EL ELEFANTE EN LA SALA

Neoliberalismo e historiografía revisionista del Porfiriato

Jose Alfredo Rangel Silva



El elefante en la sala.
Neoliberalismo e historiografía revisionista del Porfiriato

COLECCIÓN INVESTIGACIONES

EL ELEFANTE EN LA SALA. NEOLIBERALISMO E HISTORIOGRAFÍA REVISIONISTA DEL PORFIRIATO

JOSE ALFREDO RANGEL SILVA



EL COLEGIO
DE SAN LUIS

Primera edición en formato digital, 2022

Parque de Macul 155
Colinas del Parque
San Luis Potosí, S.L.P. C. P. 78294

E-ISBN COLSAN: 978-607-8906-08-6

Conversión gestionada por:
Sextil Online, S.A. de C.V./ Ink it ® 2023
+52 (55) 52 54 38 52
contacto@ink-it.ink
www.ink-it.ink

Hecho en México

AGRADECIMIENTOS

Este libro fue posible gracias al periodo sabático que me otorgó El Colegio de San Luis, en 2019. Un tiempo que, entre otras cosas, me permitió leer, reflexionar y organizar mis perspectivas con calma y detenimiento; en consecuencia, tuve el ánimo de escribir un libro sobre los detalles y problemas que, de tiempo atrás, había percibido respecto de cierta historiografía dedicada al Porfiriato. He finalizado este texto en octubre de 2021. Así que agradezco a las autoridades del Colsan por su apoyo. Igualmente agradezco a los dictaminadores anónimos que le dieron el visto bueno, así como a quienes rechazaron de forma destemplada las primeras versiones de mis balances historiográficos. Sin esas críticas y rechazos, no habría tenido el estímulo para escribir el texto, aunque también es cierto que, sin las críticas positivas de los dictaminadores, no habría salido a la luz. Por supuesto, agradezco a todo el equipo del departamento editorial del Colsan por su apoyo para que esta obra sea una realidad.

Finalmente, dedico este libro a Alejandra y a Daniel, cuyas conversaciones y sugerencias me ayudaron y, sobre todo, me inspiraron.

ÍNDICE

Los acontecimientos que rodean al historiador y en los que éste participa constituyen la base de su presentación, como un texto escrito con tinta invisible.

Walter Benjamin *Hay que admitir con franqueza y alegría que el conocimiento histórico es parcial, el más parcial de todos los conocimientos, o lo que es lo mismo, que es un conocimiento basado en preferencias individuales y circunstanciales, en suma, que es un conocimiento producto de una selección, el conocimiento selecto por excelencia.*

Edmundo O'Gorman *Algunos, al considerar que los hechos más cercanos a nosotros son, por lo mismo, rebeldes a todo estudio realmente sereno, simplemente quieren evitar que la casta Clío tenga contactos demasiado ardientes […] la incomprensión del presente nace fatalmente de la ignorancia del pasado. Pero quizá es igualmente vano esforzarse por comprender el pasado, si no se sabe nada del presente.*

Marc Bloch *Pero ocurre que este libro no se ha escrito para exponer un progreso, sino para ayudar a desentrañar una crisis.*

Josep Fontana *Nada hay nuevo debajo del sol.*

Eclesiastés

PRÓLOGO

Para un historiador es muy importante leer todo lo publicado sobre el tema de investigación en el que está concentrado; sin embargo, en estos tiempos eso es prácticamente imposible debido a la enorme cantidad de publicaciones que se añaden cada año al conjunto existente en español, inglés y otros idiomas. Cualquier investigador haría de émulo de Sísifo si pretendiese leerlas y analizarlas en su totalidad. La historiografía sobre el Porfiriato es un ejemplo paradigmático de esa multiplicación de trabajos académicos en México en las últimas tres o cuatro décadas. Esto es testimonio de la profesionalización y de la expansión de la disciplina, y un tributo a la vitalidad de las instituciones dedicadas a la investigación y a la formación de investigadores.

No obstante, este auge historiográfico tiene también sus problemas. Al revisar con cuidado ciertos trabajos en áreas específicas, como la historia política y la historia económica enfocadas en el Porfiriato, es posible distinguir un tipo de contraseña discursiva que afirma que ahora prevalece una historiografía "matizada" o "equilibrada" que rectifica los errores de una "historiografía tradicional". La contraseña aparece en textos que tienen como propósito, explícito o implícito, reevaluar y reconsiderar al general Porfirio Díaz y a su régimen porque fueron objetos de distorsión o negación por el enfoque tradicional. La narrativa que comparten describe al Porfiriato como un periodo caracterizado por el orden político y social, es decir, un tiempo de paz y una etapa de progreso y desarrollo económico; ese orden y ese progreso se debieron a un líder carismático, señorial y paternal ¡admirado hasta por León Tolstoi y por el zar Nicolás II! Esta narrativa se dice nueva y, a decir de sus constructores, se ha convertido en una ortodoxia o verdad establecida. Todo ello es repetido sin cuestionamiento no sólo por historiadores profesionales, sino también por aficionados a la historia, así como por políticos y analistas de derecha.

No pretendo ser "políticamente correcto" en el ámbito historiográfico, porque serlo neutraliza la capacidad de examinar a profundidad las cosas. Aquí propongo un análisis crítico sobre los orígenes y los fundamentos de la "nueva historiografía" académica, para mostrar que responden sobre todo a los contextos políticos, económicos y socioculturales de nuestros días (con todo lo obvio y trivial que esto pueda parecer). Con ello cuestiono su pretensión de

representar cambios en los procesos de investigación, debates en la academia, o la descripción verdadera del pasado tal cual. Este cuestionamiento del nuevo pretendiente a dogma es, sin duda, polémico y problemático, porque es ir contracorriente; lo que aquí planteo es "salir del huacal" como decían las abuelas. Planteo sacudir la normalidad historiográfica y académica, que invita a dejarse llevar por la tendencia que *naturaliza* el orden dominante desde una narrativa conservadora-neoliberal. En esa normalidad amplios sectores de la academia parecen deslumbrados con el supuesto carácter "científico" de la historia económica sobre el Porfiriato, tanto como con el elogio del exdictador y su régimen, otros están hipnotizados por los cantos de sirena posmodernos y otros más, diciéndose artesanos apolíticos, alegan no darse cuenta de lo que sucede ahora mismo. Una normalidad que ha sido la trampa de las izquierdas derrotistas, entregadas al orden dominante e incapaces de reinventarse en términos políticos adecuados para los tiempos que corren.

Este libro comenzó como una serie de borradores de artículos sobre la historiografía del Porfiriato, a partir de los materiales consultados para mi anterior monografía. Cuando los propuse para su dictamen en ciertas publicaciones especializadas, fueron rechazados sin siquiera ser considerados para su evaluación y con argumentos endebles o inverosímiles (por ejemplo, una revista argumentó que ¡no publicaban balances historiográficos!). Eso me hizo pensar que mis textos necesitaban mucho trabajo, pero también que algo raro pasaba con quienes ni siquiera los consideraron para dictamen. Además, entre más leí y examiné bibliografía, más evidentes se hicieron ciertos rasgos característicos en la producción historiográfica sobre el Porfiriato, por lo que valía la pena ampliar y profundizar el estudio. Entretanto, llamaron mi atención las coincidencias entre la historiografía que ensalza a don Porfirio (con él las cosas iban realmente bien en México) y narrativas políticas contemporáneas: los insufribles políticos, los economistas, y los analistas en los medios de comunicación ("gente muy seria y responsable") aseguraban que todo iba bien, que México iba por buen camino (por lo menos hasta 2018, ahora vociferan que todo va mal), mientras ensalzaban un sistema económico-político-social que produce una desigualdad extrema como su rasgo más destacado. Sólo mediante una aproximación crítica se puede esclarecer de qué manera cierta historia académica mantiene una íntima relación con los intereses político-económicos dominantes del presente. Este libro es el resultado de esa aproximación, y es políticamente incorrecto porque cuestiona los argumentos y los discursos predominantes en historia política y en historia económica. Sobre todo, es una invitación a repensar de forma crítica ciertas corrientes historiográficas como productos ideológicos que legitiman

el orden vigente.

INTRODUCCIÓN

Para abordar el análisis de la historiografía sobre el Porfiriato, propongo una metáfora de uso común en el idioma inglés: el elefante en la sala ("the elephant in the living room").[1] Ese voluminoso paquidermo ocupa el centro y gran parte del espacio disponible; su presencia es un problema porque limita a los residentes y condiciona sus comportamientos e interacciones. El punto es que ellos parecen ignorar la presencia del elefante y no hablan de él; se han acomodado a su presencia y lo han incorporado a su particular visión del mundo. El animal se ha vuelto *invisible* e *inexpresable* para los residentes. Un no-residente puede ver al elefante, pero si lo menciona recibe un silencio indiferente; si insiste, descubre que aquellos se niegan a aceptar su existencia y, en algunos casos, reaccionan con abierta hostilidad. La negación y el silencio indican, además, un problema de comunicación.

La metáfora generalmente describe situaciones donde existe un asunto problemático, sensible, que los involucrados eluden mencionar y prefieren no resolver. En este libro, la sala de la metáfora está constituida por la reciente historiografía sobre el Porfiriato, sobre todo por la denominada corriente revisionista en las áreas políticas y económicas. Analizar esta historiografía requiere hablar del elefante, romper los silencios y expresar lo no-dicho. Pero, como suele suceder, las cosas son más complicadas de lo que parece. ¿Qué llevó al elefante al lugar preponderante que ahora ocupa?, ¿por qué difícilmente se le menciona, y cuando se menciona se le niega?, ¿por qué el tono de los discursos historiográficos se vuelve autoritario y/o agresivo en ocasiones?, ¿por qué se ha vuelto válido descalificar expresiones, ideas y textos que presentan cuestionamientos o desacuerdos?

El elefante no es un ente inmóvil, oscuro y amorfo, se trata de un problema político-ideológico con varias partes interconectadas, la más importante de las cuales es la racionalidad neoliberal ubicada en el corazón de la historiografía, que rescata, recicla y da un nuevo sentido a la narrativa de orden y progreso para el Porfiriato.[2] Esa racionalidad impone un lente economicista, con el que todos los aspectos de la sociedad y la vida humana se perciben desde la perspectiva del mercado; esta manera de entender el mundo, en las últimas décadas, ha alcanzado y reordenado a su favor las diferentes sociedades con las promesas de libertad individual y progreso económico, y bajo la amenaza de que no existen alternativas viables, sólo el atraso y la

miseria. Pero es claro que el neoliberalismo favorece primordialmente a las elites políticas y a las elites económicas (en especial a las financieras) mientras acentúa la pobreza, la injusticia, la desigualdad, el hiperindividualismo y el caos.[3] Puede decirse que se trata de una biopolítica que ahora "todo lo ordena con callado pie" (parafraseando un viejo dicho de historiadores).[4]

Otra parte del paquidermo es el perfil político de derechas del discurso académico. Si bien las *derechas* han sido y son múltiples, y su conceptualización se presta a discusión y a confusión; conviene comenzar por identificar rasgos de la historiografía aquí examinada que expresan admiración y añoranza por el régimen de Porfirio Díaz, derivados de la identificación con el orden elitista y el progreso material de aquella época; mientras se minimizan la desigualdad económica y la falta de democracia, o su simulación.[5] El perfil derechista contiene diferentes tendencias, como el hispanismo, el catolicismo militante y el liberalismo; este último es clave para entender mejor de qué estoy hablando. El liberalismo político surgido en el siglo XIX postulaba como ideales la libertad individual, la igualdad ante la ley y la democracia.[6] Sin embargo, en la práctica, se convirtió en una doctrina elitista que expresaba fobias y temores por la plebe/las masas, que había que controlar y disciplinar, de manera que los gobiernos liberales derivaron hacia sistemas restringidos donde sólo unos cuantos se atribuían el derecho y la capacidad para elegir a los gobernantes y para gobernar.[7] Incluso algunos autores europeos les han denominado democracias "del pueblo de los señores", esto es, regímenes de propietarios varones, generalmente blancos, en los cuales quedaban excluidos los obreros, los trabajadores del campo, los sirvientes, las mujeres, los indígenas, además de la chusma o plebe, es decir, todos aquellos considerados inferiores y destinados a obedecer.[8] En el siglo XX y en lo que llevamos del XXI, el liberalismo político continúa siendo útil como bandera ideológica de las derechas para la defensa de la *libertad* y la *democracia*, y del individualismo.[9] Por ello es importante recalcar el carácter elitista del liberalismo, que naturaliza las desigualdades de todo tipo: "Un estado liberal no es por fuerza democrático: más aun, históricamente se realiza en sociedades en las cuales la participación en el gobierno está muy restringida, limitada a las clases pudientes."[10]

Una porción más del elefante es la hostilidad manifiesta hacia las posturas diferentes, a los cuestionamientos, las dudas y los desacuerdos que pudieran surgir sobre la *nueva* imagen del Porfiriato, por medio de un lenguaje cargado de fórmulas y adjetivos descalificativos expresados en tonos autoritarios y despectivos. Además, se toman burdamente ciertos términos de la psicología y se mezclan en una jerga confusa como respaldo para etiquetar autores y

textos fuera del consenso neoporfirista, como elementos irracionales y perjudiciales. Así, en consonancia con la altanería del neoliberalismo que se asume vencedor en todos los ámbitos, este discurso historiográfico aprovecha cada oportunidad para denostar argumentos rivales.[11] Situación que contrasta con la descrita por Enrique Florescano, en 1992, cuando la pluralidad de interpretaciones y la competencia entre enfoques habían "promovido la tolerancia, la aceptación de interpretaciones distintas a las que profesamos, y la confrontación intelectual –no personal– de los resultados."[12] En este nuevo siglo predomina un ambiente dividido y confrontado, que muestra cómo se han incorporado las prácticas de la política en el ámbito académico, algo ya observado en Europa por Karl Mannheim desde mediados del siglo XX. La hostilidad y la descalificación de lo diferente, en conjunto con la jerga psicologizante, han dado lugar al dogmatismo y al conflicto de cariz político. Ahora se busca demoler al adversario, o por lo menos sus teorías, su prestigio social y su confianza. Todo ello es parte de la racionalidad dominante que pretende cerrar el universo político a las alternativas posibles.[13] Las expresiones hostiles restringen el diálogo (práctica que debiera ser normal en la academia), hasta convertirlo en algo extraño o ajeno a la investigación. La combinación de neoliberalismo, prácticas políticas y lenguajes intolerantes produce un extravagante y peligroso paquidermo.

Finalmente, los residentes de la sala son los historiadores profesionales. Mientras algunos han reconocido en un principio la influencia neoliberal y la postura política como parte de los contextos de su trabajo, en general reducen su importancia; otros sencillamente no lo perciben. Unos más niegan que los contextos extraacadémicos condicionen las narrativas sobre el pasado, prefieren hablar de procesos revisionistas propios de la disciplina, envueltos en la contraseña políticamente correcta de las interpretaciones *matizadas* o *equilibradas*. Se dice que los historiadores nos encerramos en el archivo porque no nos gusta pensar, y preferimos alejarnos de la reflexión teórica y la epistemológica. Lo cierto es que somos proclives a no dar importancia a los influjos de la cultura y de las condiciones sociales, de la política y de la economía sobre nuestro trabajo, por lo que no percibimos cómo es afectado por las circunstancias y preocupaciones de nuestra época.[14] Pero para analizar la historiografía revisionista no basta con examinar sus interpretaciones o la relevancia de sus contribuciones, también hay que identificar las corrientes teóricas de las que abreva, y examinar los contextos extraacadémicos de su producción. Visibilizar al elefante y cuestionarlo es asunto complejo, sobre todo cuando los involucrados niegan su existencia.

> … en tanto que la reconstrucción del pasado es una operación que se hace a partir del presente, los intereses de los hombres que deciden y gobiernan ese presente intervienen en la recuperación del pasado. Cada vez que un movimiento social triunfa e impone su dominio político sobre el resto de la sociedad, su triunfo se vuelve la medida de lo histórico: domina el presente, comienza a determinar el futuro, y reordena el pasado: define el qué recuperar del inmenso y variado pasado y el para qué de la recuperación. Así, en todo tiempo y lugar la recuperación del pasado, antes que científica, ha sido primordialmente política: una incorporación intencionada y selectiva del pasado lejano e inmediato, adecuado a los intereses del presente para juntos modelarlo y obrar sobre el porvenir.[15]

Identificar en los textos historiográficos la racionalidad neoliberal, además de contribuir a evaluar la situación contemporánea de la historia académica en México, es un asunto de la mayor actualidad pues el neoliberalismo, además de profundizar las desigualdades económicas y justificar la miseria de millones, también es capaz de reformular el pasado. Identificar estos vínculos e influencias no quiere decir que yo proponga descartar las investigaciones aquí analizadas, o que se nieguen sus aportaciones; algunas son contribuciones de gran calidad y profundidad. De hecho, varios de estos trabajos me resultan útiles y gratos porque, además de su calidad y de ser muy informativos, invitan a la reflexión y a continuar por las sendas de la investigación. Con todo, la evaluación conlleva necesariamente hacer preguntas, cuestionar, criticar, e incluso plantear desacuerdos, operaciones que debieran ser normales en la discusión académica, pero que se han vuelto elementos extraños. Hablar de lo no dicho requiere entender que los textos historiográficos son productos que comunican discursos derivados de condiciones e instituciones académicas, pero también de condiciones e instituciones sociales y políticas que definen lo correcto, que permiten y encauzan temas mientras silencian o marginan lo disonante y disimulan las influencias no académicas.

Luis Chávez Orozco, historiador y funcionario mexicano de la primera mitad del siglo XX, advirtió cómo la historiografía sobre la Revolución era vista por los escritores como un tema que les permitía "manifestar sus pasiones y exhibir sus posiciones políticas. Las interpretaciones que hacen del pasado son convertidas en una arena de combate para el presente".[16] Algo similar ocurrió a lo largo del siglo XIX en varios países latinoamericanos, cuando la historia escrita fue

> un campo de batalla, un campo vivo donde se definen identidades

> y se reclaman derechos y obligaciones que generalmente abren el camino a la conducción del aparato estatal y al control de la sociedad que este organiza o trata de organizar. El relato es un arma con la que se reivindica un pasado que justifica las aspiraciones de determinados grupos o facciones, que descubren o inventan raíces, genealogías, y linajes que otorgan privilegios a unos y se los niegan a otros.[17]

Aunque la investigación histórica en México se profesionalizó lentamente a partir de la década de 1940, lo cual ha proporcionado un nivel y un tono académico (o *científico*, si se prefiere) a las investigaciones, lo cierto es que la utilización de la historia como arma política y como escenario de conflicto entre posturas político-ideológicas continuó a lo largo del siglo XX.[18] El siglo XXIno es la excepción, pues así "como el poder, el pasado es disputado en la política, la guerra y la revolución".[19] Y México no es la excepción, pues incluso el destacado historiador económico Douglas North reconoció la importancia de las disputas ideológicas:

> Las explicaciones alternativas tienden a poseer una fuerte carga ideológica. Los marxistas escriben la historia económica como una historia de la lucha de clases; los ideólogos del mercado libre la escriben como el desarrollo de mercados eficientes. Las controversias profundas en las discusiones sobre aspectos de la historia [...] no son explicables como puros debates entre estudiosos. Tienen sentido si las consideramos como una parte, una parcela de puntos de vista más amplios, en las que la historia es un campo de batalla de ideologías en conflicto.[20]

En este *campo* de disputas ideológicas, la historiografía revisionista del Porfiriato se caracteriza por su punto de vista neoliberal y de derecha, y por fundamentos epistémicos positivistas.[21] Pero no es ninguna novedad; antes bien, se trata de una puesta al día (un reciclaje) de viejos temas e interpretaciones. Como presento en el capítulo 2, el historiador sinaloense José Cayetano Valadés identificó, en 1944, una narrativa elaborada durante el régimen de Díaz que mostraba como algo caótico y odioso todo lo sucedido durante los dos primeros tercios del siglo XIX, y con ello realzar la obra y el gobierno del oaxaqueño. Unos años después, en 1963, el economista e historiador Daniel Cosío Villegas identificó una "leyenda positiva" del Porfiriato que buscaba destacar la "consolidación" de la nacionalidad, y de las instituciones, durante aquel periodo. Aunque esa leyenda,

> más que señalar el carácter positivo que una obra de consolidación supone, pretende subrayar el carácter negativo,

> disgregador, de las épocas anteriores, sobre todo del trecho del siglo XIX transcurrido antes del advenimiento del Porfiriato, es decir, de 1810 a 1876.[22]

Un argumento retórico en el que el caos y la miseria antes de Díaz contrastan con el orden, la paz y el progreso de su régimen. Cosío Villegas confirmó en 1972 que esta interpretación ya había alcanzado a la opinión pública mexicana, que veía con simpatía al Porfiriato mientras estaba en marcha "una nueva producción literaria tendiente a rehabilitarlo". Poco después Arnaldo Córdova llamó a esa narrativa un mito, una mercancía ideológica, y una imagen política del autócrata excepcional. Esa "mercancía ideológica" creada durante el Porfiriato ha llegado a nuestros días como la "nueva" narrativa neoporfirista, y ahora pretende ser hegemónica, en conflicto con cualquier interpretación diferente o alterna a las que busca inhabilitar mediante la descalificación abierta o sutil, porque "la paulatina descalificación del adversario vacía de sentido su proyecto alternativo".[23]

Se ha dicho que la economía, la política y la historia están estrechamente relacionadas, y en la historiografía contemporánea esto es más cierto que nunca.[24] Parafraseando a Clausewitz, la historiografía es un campo (académico y público) de disputa que resulta ser la continuación de la política contemporánea, y la validación de las doctrinas económicas, por medios discursivos. Lo que está en juego no sólo es la definición de la narrativa *correcta* sobre el pasado, desde la izquierda o desde la derecha, la contienda es por la justificación de un proyecto de dominio económico-político, por la idea misma de la historia como representación institucionalizada neutra e imparcial, así como por la categoría de evidencia histórica (qué vale como *prueba*, como *realidad* y como *verdad*).[25]

Este libro es una crítica a la racionalidad neoliberal inserta en la historiografía, para ello me apoyo en argumentos y conceptos de autores ubicados en las diferentes izquierdas, si bien no me considero ni marxista ni de izquierda, porque estoy en contra de los extremos políticos de todo tipo. En consecuencia, no pretendo validar interpretaciones maniqueas de buenos *versus* malos, héroes *versus* villanos, patriotas *versus* traidores, ni de ciencia alternativa *versus* ciencia neoliberal, que sólo confunden las cosas y alejan el foco de atención de la dominación neoliberal. Tampoco comparto ninguna perspectiva posmoderna, pues aunque algunas de sus propuestas pueden ser útiles y relevantes, en general los posmodernismos resultan conjuntos confusos, oscuros, incluso conservadores, ejercicios escolásticos incapaces de autocrítica pero tan profundos que se pierden en lo insondable.[26] Lo que planteo es un análisis de los

argumentos que conforman una narrativa historiográfica, para revelar la relación entre la racionalidad dominante y la escritura académica de la historia en las últimas décadas, y que provea elementos para cuestionarla y socavarla. Creo firmemente que los académicos tenemos la obligación de reflexionar de forma crítica para desmontar ideologías extremas y mostrar sus efectos perniciosos, como lo fue en su momento cierto marxismo dogmático, y como lo es ahora el fundamentalismo de mercado y la perspectiva de derecha que le acompaña.

Para articular un efectivo análisis crítico se requiere poner atención al mundo circundante, a los discursos dominantes, los alternativos y los contrahegemónicos, también a sus propias articulaciones personales, intelectuales e institucionales; al mismo tiempo requiere estar atento a lo que están discutiendo economistas, filósofos, epistemólogos, geógrafos, politólogos y sociólogos, además de los mismos historiadores en México y en otras partes de este planeta. El mundo del historiador son los documentos y testimonios que puede encontrar y/o elegir, y los libros que lee y las teorías que adopta, las escuelas de pensamiento y las corrientes historiográficas en las que se inserta, y las bases de datos a las que tiene acceso, y la institución en la que se desempeña, y sus redes profesionales y políticas, redes de amistades y redes familiares, y los espacios y sociedades locales y nacionales a los que pertenece, y el conjunto de sus preferencias personales políticas e ideológicas. Es obvio, pero lo que no parece obvio es la necesidad de reflexionar sobre las formas en que ese mundo incide en el proceso de investigación y en el de producción de textos.[27]

Dedico el primer capítulo a desglosar los elementos constitutivos de la metáfora mediante una presentación de la historiografía revisionista, otra dedicada a identificar qué es el neoliberalismo como racionalidad rectora (desde sus orígenes en Occidente y en México), y cierro con una breve discusión epistemológica, un ejercicio que me parece más necesario que nunca porque permite reconocer y recordar lo que otros han señalado sobre la naturaleza del conocimiento y las formas en que es construido en historia. En el segundo capítulo presento un repaso analítico de algunas investigaciones sobre el Porfiriato, publicadas entre 1930 y 1973, para identificar interpretaciones y argumentos presentados por historiadores de todas las tendencias políticas y que antecedieron al revisionismo neoporfirista; destaca la obra de Daniel Cosío Villegas. En el tercer capítulo reviso obras que contaron con perfiles más académicos y con sustentos teóricos más definidos, publicaciones entre 1973 y 1991. En esos años ya se hablaba abiertamente de revisionismo tanto desde la izquierda militante y académica como desde la derecha liberal. Dedico

los últimos dos capítulos al análisis de la historiografía política (capítulo 4), y la historiografía económica (capítulo 5), en algunas publicaciones presentadas a partir de 1990 y hasta 2018. En el capítulo 4 identifico los elementos que comparten los revisionistas, y analizo algunos de sus textos más populares, que denomino “piedras angulares” en cuanto son los más citados. En el capítulo 5 concentro el análisis en los argumentos ideológico-políticos de la historia económica, justo el tipo de asuntos que los especialistas del área niegan, o ignoran, o minimizan. Esos argumentos están presentes desde los inicios de la economía política como disciplina “científica” en el siglo XIX.

Algunos de los temas y de los textos analizados se caracterizan por el uso de teorías, conceptos, esquemas, referencias y términos técnicos y/o especializados, que de entrada parecen difíciles de entender. Suelen ser utilizados como artilugios discursivos que configuran una esfera críptica, compleja, fuera del alcance de los lectores legos o poco familiarizados. Al oscurecer la construcción y la comunicación de conocimientos, esos trucos crean una impresión de superioridad de los especialistas o *expertos* (esa *gente muy seria*) sobre los *no iniciados*, como si los primeros fueran sumos sacerdotes de conocimientos demasiado elevados a los que no se debe objetar nada, sólo admirarlos calladamente, creerles y obedecerlos.[28] En contrapartida, he intentado utilizar un lenguaje sencillo y accesible, en lo posible, en la exposición de los temas y ejemplos de este libro, el lector disculpará si no lo conseguí. Creo sinceramente que la historia y la economía son muy importantes, al igual que la política, como para dejarlas sólo en manos de *expertos*, en especial si son neoliberales.

1 ¿Por qué una metáfora del idioma inglés? Me parece que es adecuada en cuanto el revisionismo neoporfirista, en especial el que corresponde a la historia económica, se sustenta en enfoques teórico-metodológicos originados e impulsados desde los Estados Unidos.

2 Racionalidad como concepto indica un orden normativo de la razón que termina por enmarcar todo aspecto de la vida humana, por lo que incluye a la ideología como uno de sus elementos, véase Wendy Brown, *El pueblo sin atributos. La secreta revolución del neoliberalismo* (Barcelona: Malpaso, 2016), 5-7. Entiendo ideología como el conjunto difuso de ideas y valores que predominan en un grupo social y le dan sentido como tal; ese predominio no es fortuito, sino producto de las condiciones sociales y de los intereses de los productores mismos, véase Pierre Bourdieu, *Intervenciones políticas. Un sociólogo en la barricada* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2015), 103-109. La definición está en contraposición con la que maneja el neoliberalismo y en especial la teoría económica, que reduce

ideología a un producto marxista, es decir, un conjunto de ideas falsas, anticientíficas y dogmáticas. Para el tema de la ideología puede revisarse el clásico de Karl Mannheim, *Ideología y utopía. Introducción a la sociología del conocimiento* (México: Fondo de Cultura Económica, 2019); primera edición en alemán en 1936. Una perspectiva reciente en Terry Eagleton, *Ideología* (México: Paidós, 2021); primera edición en inglés en 1995.

3 Para una breve evaluación de los resultados económicos del neoliberalismo en México, véase Máximo Ernesto Jaramillo Molina, "Lo que el neoliberalismo nos dejó", *Nexos* (11 de diciembre de 2018), https://economia.nexos.com.mx/?p=2034 (consultado el 5 de abril de 2019). Balances similares para Estados Unidos, aunque más extensos, en los siguientes textos: Joseph E. Stiglitz, *El precio de la desigualdad. El 1 por ciento de la población tiene lo que el 99 por ciento necesita* (México: Penguin Random House, 2018); y Joseph E. Stiglitz, *Caída libre. El libre mercado y el hundimiento de la economía mundial* (México: Penguin Random House, 2018).

4 Véase Enzo Traverso, *La historia como campo de batalla. Interpretar las violencias del siglo XX* (México: Fondo de Cultura Económica, 2017), 211-226. El concepto biopolítica en Michel Foucault, *Historia de la sexualidad. 1. La Voluntad de Saber* (México: Siglo XXI, 2007), 168-176; primera edición en francés en 1976. Una interpretación reciente en Brown, *El pueblo sin atributos*, 57-150.

5 Izquierdas y derechas son conceptos que denotan un continuo de preferencias políticas que resulta rígido y limitado. Ideas y prácticas políticas han sido y son múltiples y complejas. Cualquier persona puede ser conservadora en ciertos aspectos, y al mismo tiempo aceptar ideas más progresistas, de izquierda o alternativas, en otros. Incluso grupos aparentemente antagónicos pueden coincidir en términos políticos pragmáticos (por ejemplo, el conglomerado PAN-PRD en 2018). Sin embargo, en términos políticos, tanto derecha como izquierda todavía denotan posturas específicas y diferenciadas acerca de las características de un gobierno, la naturaleza de la administración de los asuntos públicos y los límites entre la esfera de gobierno y la de los intereses particulares. Dos textos colectivos contribuyen a dar una idea de la compleja dinámica política de las derechas en la historia y en la historiografía: Erika Pani (ed.), *Conservadurismo y derechas en la historia de México* (México: Fondo de Cultura Económica/Conaculta, 2009) [dos tomos]; y Ernesto Bohoslavsky, David Jorge y Clara E. Lida (eds.), *Las derechas iberoamericanas desde el final de la Primera Guerra Mundial hasta la Gran Depresión* (México: El Colegio de México, 2019). Para una idea de las derechas en España examínese Álvaro Castro Sánchez, "Contribución para una sociología del pensamiento reaccionario

español previo a la Guerra Civil. Sociogénesis del filósofo nacional-católico José Pemartín (1888-1954)", *Sociología Histórica* 2 (2013): 181-210.

6 Otros ideales incluían la tolerancia religiosa, la libertad de discusión, las elecciones libres, el gobierno constitucional con división de poderes, la defensa de la propiedad privada y la libertad de contratar, entre otros. Véase Marcello Carmagnani y Riccardo Forte, "Introducción. Cultura política liberal y nuevo orden", en *Tradición y modernidad en la historia de la cultura política. España e Hispanoamérica, siglos XVI-XX*, ed. Riccardo Forte y Natalia Silva Prada (México: Juan Pablos / UAM-Iztapalapa, 2009), 147-158; también, José Antonio Aguilar Rivera, "Presentación", en *La espada y la pluma. Libertad y liberalismo en México. 1821-2005*, ed. José Antonio Aguilar Rivera (México: Fondo de Cultura Económica, 2011), 12-13. Para Europa véase Andrew Gold, *Origins of Liberal Dominance. State, Church, and Party in Nineteenth-Century Europe* (Ann Arbor: The University of Michigan Press, 1999).

7 Para entender las coincidencias y afinidades del liberalismo decimonónico con el conservadurismo véase José Antonio Aguilar Rivera, *Ausentes del Universo. Reflexiones sobre el pensamiento político hispanoamericano en la era de la construcción nacional, 1821-1850* (México: Fondo de Cultura Económica/CIDE, 2012), 276-319. Breves reflexiones sobre el liberalismo decimonónico y la democracia en Norberto Bobbio, *Liberalismo y democracia* (México: Fondo de Cultura Económica, 2018), 7-10 y 54-60. Un ejemplo del elitismo liberal, en su expresión clasista y racista más refinada, en Emilio Rabasa, *La Constitución y la dictadura. Estudio sobre la organización política de México* (México: Conaculta, 2015), 139-161.

8 Véase Traverso, *La historia*, 43-48; también Brown, *El pueblo sin atributos*, 55. En México, el régimen de Porfirio Díaz combinó la necesidad "doctrinal de elecciones libres con la desconfianza innata de las elites sobre el impacto desestabilizador del voto de las masas", véase Luis Medina Peña, "El maderismo: la oportunidad perdida", en *El siglo del sufragio. De la no reelección a la alternancia*, ed. Luis Medina Peña (México: Fondo de Cultura Económica/ Conaculta/IFE, 2010), 31.

9 Se dice que el liberalismo pone el énfasis en el individuo de pensamiento autónomo, idiosincrático, libre (véase Aguilar, "Presentación", 14). Pero considerar de manera aislada a un personaje, letrado o intelectual, sin sus vínculos con su grupo social, su formación, sus intereses personales y de grupo, su historia personal y sus acciones concretas, puede hacerlo parecer como un ejemplo peculiar o excéntrico de pensamiento libre. Parafraseando a Marx, ese tipo de Robinson Crusoe sólo puede existir en la mente de

un literato.

10 Bobbio, *Liberalismo y democracia*, 7.

11 Tomo la frase "altanería del vencedor" de una crítica hecha al libro del historiador conservador François Furet en el que denuesta a la Revolución francesa. Véase Traverso, *La historia*, 59-60.

12 Enrique Florescano, "La nueva interpretación del pasado mexicano", en *El historiador frente a la historia*, Horacio Crespo *et al.* (México: UNAM, 1992), 17.

13 Mannheim, *Ideología y utopía*, 69-72. Véase Brown, *El pueblo*, 85-86.

14 Véase Thomas Benjamin y Marcial Ocasio-Meléndez, "Organizing the Memory of Modern Mexico: Porfirian Historiography in Perspective, 1880s-1980s", *Hispanic American Historical Review* 64, núm. 2 (1984): 323-364.

15 Enrique Florescano, "De la memoria del poder a la historia como explicación", en *Historia ¿para qué?*, Carlos Pereyra *et al.* (México: Siglo XXI, 1986), 93-127; primera edición en 1980.

16 Citado en Thomas Benjamin, *La Revolución mexicana. Memoria, mito e historia* (México: Taurus, 2005), 192.

17 Guillermo Palacios, "Presentación", en *La nación y su historia, independencias, relato historiográfico y debates sobre la nación. América Latina, siglo XIX*, ed. Guillermo Palacios (México: El Colegio de México, 2009), 9-15.

18 Por ejemplo, véase la descripción de las disputas por el pasado en los últimos años del siglo XX en Claudio Lomnitz, *La nación desdibujada. México en trece ensayos* (Barcelona: Malpaso, 2017), 217-242. Se ha dicho que, a partir de la profesionalización de la historia, las investigaciones carecen de objetivos políticos, lo que me parece una ingenuidad. Véase Javier Garciadiego, "Daniel Cosío Villegas y la modernización de la historiografía mexicana", en *Llamadas*, de Daniel Cosío Villegas (México: El Colegio de México, 2001), 15.

19 Benjamin, *La Revolución*, 40.

20 Douglas C. North, *Estructura y cambio en la historia económica* (Madrid: Alianza Universidad, 1984), 68. Considérese lo sucedido en Estados Unidos, donde la interpretación de Milton Friedman, economista Premio Nobel que achacó las culpas de la Gran Depresión del siglo XX a los "fracasos" del gobierno estadounidense, contribuyó al auge de los postulados económicos neoliberales (Stiglitz, *El precio de la desigualdad*, 215).

21 Como se verá en el primer capítulo, es llamativo que el revisionismo del Porfiriato se asemeja, epistemológica e ideológicamente, a otros revisionismos que se han identificado en la historiografía europea, véase Pier Paolo Poggio, *Nazismo y revisionismo histórico* (Madrid: Akal, 2006), 199-222.

22 Daniel Cosío Villegas, “El Porfiriato, era de consolidación”, *Historia Mexicana* XIII, núm. 1 (1963): 76.

23 Durante los años inmediatamente posteriores a la fase armada de la Revolución se produjo un ejemplo de la implementación de ataques personales y descalificaciones como parte de ciertas polémicas entre proyectos políticos e ideológicos, diferentes y opuestos, tuvo lugar durante los años inmediatamente posteriores a la fase armada de la Revolución. Véase Víctor Díaz Arciniega, “Calles: el voluntarioso circunspecto”, *Historia Mexicana* 34, núm. 135 (1985): 460-505.

24 Victor Bulmer-Thomas, *La historia económica de América Latina desde la Independencia* (México: Fondo de Cultura Económica, 2010), 34-36. Véase también el planteamiento inicial de Stephen Haber, Armando Razo y Noel Maurer, *La política de los derechos de propiedad. Inestabilidad política, compromisos creíbles y crecimiento económico en México, 1876-1929* (México: Instituto Mora, 2015), 17-36. Igualmente, vale la pena revisar el comentario inicial en Leonardo Lomelí Vanegas, *La política económica y el discurso de la reconstrucción nacional (1917-1925)* (México: UNAM, 2016), 7-14.

25 Para una discusión actual sobre esos temas, aunque desde un punto de vista filosófico *poscolonial*, con el que no necesariamente estoy de acuerdo, véase Emanuela Fornari, *Líneas de frontera. Filosofía y poscolonialismo* (México: Gedisa, 2017).

26 Una buena crítica del posmodernismo y de la hermenéutica, en relación con la historia y con el materialismo histórico, en Francisco Erice, *En defensa de la razón. Contribución a la crítica del posmodernismo* (Madrid: Siglo XXI España, 2020). Sin embargo, difiero de su propuesta que sólo el materialismo histórico puede ser verdaderamente crítico en el estado actual de las cosas.

27 Esto es, se requiere una historiografía crítica que haga un trabajo similar al de una sociología del conocimiento.

28 Una incisiva crítica a los discursos de los “expertos”, “sumos pontífices” del mercado, en Pierre Bourdieu, *Contrafuegos. Reflexiones para servir a la resistencia contra la invasión neoliberal* (Barcelona: Anagrama, 2003), 64-72. Véase también Bourdieu, *Intervenciones políticas*, 135-140.

CAPÍTULO 1. DESGLOSAR LA METÁFORA

I.I SOBRE LA SALA

Respecto del Porfiriato y la figura del general Porfirio Díaz ha corrido mucha tinta desde el abrupto final de su gobierno, en mayo de 1911. Ya en 1984, un ensayo historiográfico contabilizó más de mil libros, panfletos y artículos relativos al tema. Para 2006, un manual para estudiantes registró 857 libros publicados entre 1940 y 2003, aunque en su bibliografía "solamente" aparecen unos 540 textos, la mayoría académicos, entre libros, capítulos y artículos.[1] A estas alturas del nuevo milenio es difícil que los académicos puedan seguir el ritmo de lo que se produce en México y en el extranjero, y cada vez es más complejo intentar balances completos, porque conocer el número exacto de publicaciones y leerlas todas sería prácticamente imposible.[2] Esta sobreabundancia de investigaciones vuelve necesario seleccionar aquellas que se van a revisar. A continuación presento un comentario de algunos balances publicados en las últimas cuatro décadas.

Los historiadores estadounidenses Thomas Benjamin y Marcial Ocasio-Meléndez publicaron un ensayo historiográfico en 1984.[3] Su texto presenta un reconocimiento general de lo publicado hasta los comienzos de la década de 1980, y de entrada señala que los textos sobre Porfirio Díaz y su época constituían uno de los conjuntos más grandes de la historiografía mexicana. Además, afirmaron que el interés en el tema era más grande que nunca y que el Porfiriato seguía siendo relevante en el debate político contemporáneo.[4] Evidentemente, muchas cosas más se han publicado desde entonces, por lo que algunas propuestas y preocupaciones del ensayo han quedado rebasadas en la actualidad. Escrito en los días en que el neoliberalismo iniciaba su despegue como razón dominante del mundo contemporáneo y cuando el revisionismo era una más de las corrientes de interpretación de la historia mexicana, el ensayo encuentra que, a pesar de la reluctancia de los especialistas en elaborar un recuento del Porfiriato, había ya cierto consenso sobre la importancia de su herencia para entender lo que México ha llegado a ser, así como para explicar sus limitados éxitos y sus prolongados y persistentes problemas.[5]

El historiador inglés Paul Garner incluyó un balance selectivo de la historiografía en su biografía de 2003 *Porfirio Díaz. Del héroe al dictador: una biografía política*, que se convirtió en un éxito de ventas en México. Presentada en el momento más optimista y de mayor auge

del neoliberalismo, sus diferentes ediciones han sido celebradas como ejemplos de la nueva historiografía, "más equilibrada", sobre el Porfiriato y sobre el general-presidente-dictador.[6] De entrada, Garner toma partido en favor del personaje: Porfirio Díaz ha sido incomprendido y difamado, así que su enfoque es político además de académico.[7] No obstante, su trabajo aporta una adecuada caracterización de tres rubros historiográficos: porfirismo, antiporfirismo y neoporfirismo, cada uno correspondiente con una etapa histórica y relacionado con un enfoque político específico. El porfirismo presentaba el retrato favorable del líder, y fue predominante durante su gobierno; el antiporfirismo, dominante después de la Revolución mexicana, denigra al oaxaqueño y a su régimen; el neoporfirismo, que interpreta la época del general "bajo una luz mucho más positiva", pertenece a los años finales del siglo XX y "constituye ahora la última forma de ortodoxia historiográfica".[8] Este cambio historiográfico corresponde a las condiciones prevalentes al comenzar la presente centuria:

> Evidentemente, no es casualidad que la reciente evaluación positiva de la estrategia económica porfirista coincida con la estrategia neoliberal de las administraciones posteriores a 1982. El neoliberalismo de México y Latinoamérica se ha caracterizado por un regreso a la apertura a la inversión extranjera, un renovado estímulo al desarrollo hacia afuera y un impulso hacia la privatización y la desregulación –distintivos de la política porfiriana anterior a 1910–, en claro contraste con la ortodoxia posrevolucionaria de intervención estatal, nacionalización y sustitución de importaciones.[9]

Garner revela así, con toda sinceridad, la naturaleza política y económica del cambio historiográfico: no se trata de cambios casuales, tampoco de discusiones académicas solamente, las tendencias socioculturales, políticas e ideológicas influyen en las investigaciones y en la presentación de resultados. Si prevalece el neoporfirismo, tiene mucho que ver con el estado de las cosas en el México contemporáneo.

En las obras citadas por Garner como parte del antiporfirismo sólo hay dos trabajos de investigación: *El Porfirismo*, de José C. Valadés, y la *Historia moderna de México*, de Daniel Cosío Villegas, al lado de textos polémicos como el *México bárbaro* de Turner, o uno de Jesús Reyes Heroles, un político, funcionario e ideólogo del Partido Revolucionario Institucional (PRI).[10] Resulta extraño y sorprendente encontrar a Valadés con los antiporfiristas, pues, como presentaré más adelante, él fue el primer historiador que intentó escribir una historia "matizada". Resulta igualmente extraño ver a Francisco Bulnes entre

los neoporfiristas, como si el ingeniero no hubiera sido un destacado personaje durante los años del régimen.[11] Como la filiación política cuenta mucho en la manera de ver las cosas, en este raro esquema de autores aparece también el halago a Enrique Krauze, quien se formó como historiador profesional pero como empresario intelectual celebró desde mediados de la década de los ochenta del siglo XX el giro neoliberal del gobierno priista, mientras proporciona sustento ideológico a las derechas mexicanas, es decir, se trata de un protagonista de la política, como lo fue Reyes Heroles a mediados de siglo.[12] La exitosa biografía de Garner se ha convertido en una "piedra angular" del revisionismo; cuenta con varias reimpresiones y otras dos ediciones, en 2010 y en 2015, las que comentaré en el capítulo cuatro. Un reciente ensayo suyo en la revista *Nexos* representa un compendio de sus posturas e interpretaciones historiográficas.[13]

El mayor esfuerzo por realizar un análisis historiográfico general sobre el Porfiriato se publicó en 2006 por parte de los historiadores mexicanos (doctorados en Estados Unidos) Mauricio Tenorio Trillo y Aurora Gómez-Galvarriato. Su texto *El Porfiriato* tuvo el propósito primario de servir como una guía o manual para estudiantes universitarios, pero ha sido tan exitoso en el medio académico que se ha convertido en una piedra angular del revisionismo. *El Porfiriato* establece de forma categórica consensos revisionistas: la época de Díaz fue un tiempo de progreso económico, de articulación al sistema económico mundial y una época de orden gracias a una dictadura benévola. Además, se definió a la historia económica del periodo como la rama más productiva y robusta de toda la historiografía en México.[14] El texto se caracteriza por su tono irónico, incluso polémico, y su escasa tolerancia para con aquellos textos y autores que no comulgan con su perspectiva. En el capítulo cuatro presento un análisis más detallado.

Cabe aquí mencionar dos textos de Alan Knight. El primero es un ensayo sobre la historiografía mexicana centrada en el periodo nacional, publicado en 2006 en una revista inglesa, en el cual mencionó brevemente la historia económica del Porfiriato como una de las áreas de "progreso" o avance en la investigación.[15] En su opinión, los estudios en esta área no mitificaban sus resultados, además de tener la virtud de considerar al Porfiriato en sus propios términos: "Such studies take the Porfiriato on its own terms (not just as the bleak preamble to the Revolution)".[16] En aquellos días, el investigador inglés estaba concentrado en debatir con autores estadounidenses de la Nueva Historia Cultural y sus propuestas "posmodernas", por lo que dedicó buena parte del ensayo a mostrar sus fallos y a desmontar sus supuestos teóricos y metodológicos. En ese contexto, no percibió que el revisionismo neoporfirista o la

influencia neoliberal fueran dominantes en la historiografía mexicanista, justo cuando esta tendencia tomaba mayor fuerza. El otro texto del profesor de Oxford es un brevísimo ensayo de 2015 para *Nexos*, donde comenta de manera sucinta los cambios en la historiografía sobre el Porfiriato, y lo que supone es el inicio de una etapa de síntesis hegeliana entre el revisionismo dominante y la antigua historia ortodoxa.[17] Resulta claro que este destacado especialista en la Revolución mexicana minimizó la importancia del neoliberalismo entre los historiadores mexicanistas, pues primero descartó la importancia del revisionismo neoliberal en 2006, y nueve años después lo supone dominante pero en vías de síntesis, algo que no ha ocurrido.

Además de los mencionados balances generales, se han publicado otros trabajos enfocados en temas específicos. Por ejemplo, en 1998 el historiador radicado en Holanda, Raymond Buve, hizo un breve análisis sobre la historiografía relativa al binomio haciendas-pueblos y el final de la llamada leyenda negra.[18] Además, la introducción del libro donde se encuentra este artículo, realizada por Buve y por la historiadora mexicana Romana Falcón, presenta una brevísima revisión historiográfica que, de entrada, establece que el Porfiriato "constituye uno de los periodos clave de la historia moderna de México", sobre el que ya se experimentaba un cambio general de interpretaciones.[19] Más recientemente, Sandra Kuntz Ficker y Paolo Riguzzi, cada uno por su lado, publicaron detallados análisis sobre la nueva historia económica del periodo, los cuales reviso con detalle en el capítulo 5.[20] En tanto, María Eugenia Ponce Alcocer presentó un ensayo dedicado a la historia política con la premisa de que, entre 1996 y 2006, esa historiografía proporcionó "otra visión, más equilibrada y matizada, del régimen encabezado por el general Porfirio Díaz, e incluso la historiografía oficial comenzó a presentarlo como una época positiva y constructiva de modernización y desarrollo económicos".[21]

Igualmente, deben mencionarse algunos textos colectivos que dividen las tareas historiográficas en varios autores. Por ejemplo, un libro de 2015 coordinado por María Luna y María José Rhi Sausi se centra en la historiografía mexicana sobre el siglo XIX.[22] Ese conjunto de trabajos muestra que los historiadores prefieren segmentar los análisis historiográficos en áreas reducidas; sus participantes se centraron en "la construcción del estado, su diseño institucional, las políticas públicas que desarrolló y las reacciones entusiastas o adversas de la población", mientras renunciaron "a ofrecer un recuento exhaustivo sobre la hoy voluminosa producción histórica".[23] Más recientemente, otra obra colectiva parte de los argumentos revisionistas, aunque sin aportar algo diferente.[24]

En este libro me concentro en revisar dos áreas específicas de la historiografía: la historia política y la historia económica, aunque he de mencionar algunos trabajos que no pertenecen a ninguna de ellas. Y de estos ámbitos, que están estrechamente relacionados, he seleccionado sólo ciertos textos, aquellos que destacan por su influencia sobre otros, por la nitidez de su discurso y, sobre todo, porque contribuyeron a dar forma a los consensos de interpretación y a lo que denomino revisionismo neoporfirista. Ahora bien, primero debo explicar de forma breve qué quiero decir con revisionismo.

1.1.1. Revisionismo

El revisionismo es un término de uso común en historia; normalmente, un texto revisionista presenta una interpretación novedosa de algún tema, que contrasta con los argumentos establecidos, oficiales si respaldan la historia encargada por los gobiernos, o *tradicionales* si se trata de las versiones dominantes. La nueva investigación, con base en hallazgos documentales, ha *revisado* de forma crítica lo publicado y lo considera como interpretaciones rebasadas o superadas por ser equivocadas o incompletas. Se trata de una operación que ofrece una *lectura* nueva o una perspectiva renovada, por lo cual puede producir una necesaria innovación en la discusión académica. La nueva mirada, crítica, representa un quiebre más o menos leve o una ruptura radical frente a interpretaciones prevalentes, que representan discursos y contextos que están fuera de lugar en las condiciones cambiantes del mundo contemporáneo. Hasta aquí puede decirse que forma parte del trabajo normal de la historiografía.[25] También ocurre que algunas revisiones no aportan nuevas pruebas, sino que interpretan de forma novedosa las fuentes disponibles y así modifican argumentos vigentes.

El revisionismo en México tomó forma al enfocarse en la historiografía sobre la Revolución mexicana y los regímenes surgidos de ella y, por extensión, ha continuado con la historiografía sobre el Porfiriato.[26] La idea inicial era remarcar que las interpretaciones sobre esa época, moldeadas o influenciadas desde el régimen posrevolucionario-priista, fueron equivocaciones, distorsiones, o exageraciones. Esto coincidió con la crisis del régimen priista, y también concordó con los desarrollos historiográficos y los cambios internacionales. Así, en Europa existe un movimiento revisionista que representa “una reescritura radical, ante todo en lo que respecta a los juicios de valor, de todo lo que se refiere a los acontecimientos fundadores de la modernidad contemporánea, de la Revolución francesa, de 1789 a hoy en día”.[27] Su objetivo es atacar, anular y suprimir las interpretaciones de izquierda (en su acepción más amplia, es decir, aquellas que hacen referencia a nociones de justicia-

injusticia, igualdad-desigualdad) en la historia de Occidente, formulando en cambio un modelo que justifica el dominio del neoliberalismo en el marco de la llamada "revolución conservadora" que le acompaña.[28] El historiador francés François Furet postuló, en *El pasado de una ilusión*, que después de que Occidente derrotara al fascismo y al comunismo, "estamos condenados a vivir en el mundo en el que vivimos", esto es, el mundo del capitalismo liberal definido por "los derechos humanos y el mercado". La propuesta teleológica, dogmática y fatalista es que los seres humanos debemos acomodarnos a ese destino ineludible.[29]

En esta perspectiva toda forma de resistencia o de crítica a los excesos del capitalismo es etiquetada como atrasada y reaccionaria en términos económicos, y todo aquello que le favorece se presenta como un asunto o proceso modernizador (en sentido económico).[30] De manera que los "experimentos ideológico-políticos" y las "utopías revolucionarias" (normalmente todas las de signo izquierdista o marxista) son descalificados, mientras los regímenes de "filiación liberal" (gobiernos de derecha, regímenes fascistas, e incluso la Alemania nazi) son justificados y exaltados.[31] A pesar de su evidente enfoque conservador o incluso reaccionario, los revisionismos se presentan ante el público como vanguardias "postideológicas" y "científicas", es decir, retoman la perspectiva positivista como si fuera la gran novedad epistemológica para asegurar que sus investigaciones son neutras y objetivas, en tanto que rechazan toda referencia a consideraciones alternas etiquetándolas como posmodernismo, "ideología dogmática" socialista-comunista-marxista, o como simple irracionalismo.[32]

Más allá del ámbito académico, los revisionismos ofrecen reinterpretaciones históricas como productos de consumo acordes con las tendencias de nuestra época, como una perspectiva tranquilizadora y con una envoltura "científica" del orden neoliberal dominante. Esto les permite conseguir prosélitos en todos los campos de conocimiento, y en todos los grupos sociales además de las elites; en el proceso coadyuvan a la nueva racionalidad a "reorientar marcos interpretativos, juicios de valor y concepciones de la historia y de la sociedad". Los éxitos de los revisionismos les permiten expandirse para modificar interpretaciones sobre otros periodos aparte del mundo moderno; como dice un historiador italiano, "el trabajo del revisionismo acaba de empezar."[33]

1.1.2. El revisionismo del Porfiriato

Casi todo lo anterior aparece en la historiografía revisionista del Porfiriato. A ciertos investigadores les incomoda que su trabajo se

considere como revisionista, prefieren los términos menos politizados y más diplomáticos de historiografía "matizada" o "equilibrada", porque argumentan que buscan dejar atrás los excesos, distorsiones y exageraciones, en favor de investigaciones apartidistas y "moderadas". Un buen ejemplo puede verse en una reseña de 2007 a la biografía de Díaz hecha por Paul Garner, donde se critica la clasificación que hizo de la historiografía (porfiristas, antiporfiristas y neoporfiristas), y su "concesión gratuita" al injusto "juego de palabras" que califica las investigaciones recientes:

> Los estudios de las últimas dos décadas sobre el porfiriato se privilegian del natural adormecimiento de las pasiones que sigue a un siglo de distancia, así como de propuestas metodológicas que permiten construir historias más equilibradas; también de la desmitificación paulatina de la que ha comenzado a ser objeto la revolución de 1910, y del alejamiento que la academia puede guardar hoy en día con relación al poder y sus contiendas. Los esfuerzos de la historiografía mexicana reciente por recuperar al porfiriato, me parece, obedecen más a esfuerzos comprensivos del pasado –algo que por lo demás Garner reconoce– que a filias que justifiquen el calificativo partidista que se les asigna.[34]

Así, "recuperar" al Porfiriato (como si se hubiera perdido) equivale a dejar el campo de batalla ideológico de la ardiente Clío (como dijo Marc Bloch), en favor del dormilón, metódico y frígido positivista que comprende el pasado (al estilo Ranke y Dilthey). Pese a las buenas intenciones académicas, el revisionismo no representa un momento historiográfico neutral (apolítico o apartidista), ni siquiera equilibrado porque, como cualquier otra persona, los historiadores tenemos posturas, preferencias y simpatías de tipo político. Para poner en perspectiva el tema es pertinente revisar lo que, en los años 30 del siglo XX, Walter Benjamin denunciaba: que cierta historia de la literatura pretendía erigirse como una ciencia autónoma, supuestamente aislada de cualquier conexión con su presente.

> Sea cual sea la respuesta que se dé a este punto, creemos que es imposible definir el estado actual de una disciplina cualquiera, sin mostrar que su situación actual no es solamente un eslabón dentro del desarrollo histórico autónomo dentro de dicha ciencia en cuestión, sino también y ante todo, un elemento dentro del más vasto conjunto de lo que es la cultura en general.[35]

Lo que dice de la historia de la literatura se aplica a cualquier disciplina, pues las investigaciones en un área determinada son eslabones de su desarrollo, pero también elementos que contienen

vínculos que van mucho más allá de los estrechos límites académicos. Analizarlos posibilitaría entender desde donde se perciben e interpretan las cosas, pero resulta más cómodo disimularlos o callarlos en favor de una autonomía ilusoria que deviene en neutralidad. La coartada ha permitido el viraje de ciento ochenta grados con respecto a la historiografía llamada tradicional, ya que en lugar de las distorsiones contra el régimen porfirista se ha construido un consenso argumental que le es favorable, una imagen "postideológica", tranquilizadora (adormecedora) y "científica".

Según los revisionistas hasta mediados de los años setenta del siglo XX pocas investigaciones revisaban fuentes primarias, por lo que el conocimiento histórico era limitado; problema acompañado del predominio de enfoques marxistas y antiporfiristas.[36] El producto de esas condiciones era una conveniente amalgama de la Revolución mexicana y el Porfiriato en un *historical construct*: el Porfiriato era un régimen dictatorial "corrupto y retrógrado", de carácter oligárquico y entregado a intereses económicos extranjeros, que fue derribado por la Revolución popular que instauró un régimen de justicia social, democracia y desarrollo económico, mientras Díaz era un vendepatrias autoritario y corrupto, derrocado por la heroica Revolución.[37] Todo el periodo equivalía a un "paisaje lunar habitado por bribones", una metáfora utilizada sobre todo para describir las condiciones vigentes en los espacios agrarios; una metáfora

> muy estereotipada sobre las relaciones entre las haciendas y los pueblos durante el Porfiriato. Serían sobre todo los hacendados, como supuestos pilares de este régimen y con el apoyo total de la policía y las autoridades, quienes habrían privado a los indios de sus bienes y los habrían explotado como trabajadores.[38]

Ese "concepto ideológico-histórico", creado después de la Revolución mexicana para etiquetar al pasado inmediato como el *Ancien regime*, se aplicaba por extensión a todos los aspectos del régimen de Díaz. Por ejemplo, el revisionismo asegura que la parte económica del constructo se sustentaba en un rígido materialismo histórico, que en ciertos casos derivaba de la teoría de la dependencia.[39] Excesos de ese estilo sin duda afectaron la investigación académica, como se ha resaltado en tonos más que dramáticos:

> Por años la historiografía mexicana se vio atrapada ente la historia oficial y los antiguamente dogmáticos seguidores de los sistemas de teorías marxistas. No obstante las diferencias fundamentales en los puntos ideológicos de partida y los objetivos políticos, existía un cierto consenso sobre la imagen bribón-

víctima.[40]

El argumento implícito es que, con el predominio del constructo dogmático antiporfirista, doblemente sustentado en el dogma marxista y en la historia oficial, no existieron versiones alternas o contrarias, o bien que tales versiones fueron encerradas en algún oscuro rincón. Es decir, la historiografía estaba atrapada entre Escila y Caribdis. Sin embargo, no toda la historiografía producida entre las décadas de 1930 y 1980 padeció de excesos, de vigilancia gubernamental, ni fue prisionera de la teoría marxista rígida y las presiones oficiales. Algunos investigadores hicieron un esfuerzo serio por revisar fuentes primarias, a partir de lo cual reconocieron los logros y los éxitos económicos de ese régimen, pero sin dejar de lado las críticas sobre sus defectos, los excesos y las injusticias. Que estos puntos de vista no fueran predominantes entonces tuvo diversas causas, entre ellas que el régimen político mexicano y sus ideólogos (como Reyes Heroles) se concentraron en sostener que la Revolución mexicana era el gran acontecimiento que le daba sentido a todo, y por ello les fue necesario dibujar al Porfiriato en tonos muy oscuros.

A partir de los años setenta de siglo XX, se perciben cambios en la historiografía sobre la Revolución, relacionados con varios factores. En el ámbito político, el descrédito de los gobiernos salidos del PRI era cada vez mayor, lo que llevó a algunos analistas de izquierda, como Adolfo Gilly y Arnaldo Córdova, a cuestionar la naturaleza de la Revolución, mientras los tecnócratas de inspiración neoliberal y de tendencias de derecha comenzaron a tomar posiciones clave en la administración pública.[41] En lo académico se amplió y se profundizó la profesionalización iniciada a partir de 1940 (con más instituciones, más historiadores y más investigaciones), mientras que en lo teórico, el posestructuralismo y el "giro lingüístico" socavaron el predominio del materialismo histórico como clave general de interpretación. Pero los cambios sólo se hicieron evidentes hasta los años ochenta. Una de las razones de este desfase reside en que la era neoliberal comenzó en México a partir de 1982; el gobierno mexicano fue uno de los primeros en adoptar las nuevas políticas económicas.[42] Entonces, el revisionismo comenzó a tomar fuerza hasta convertirse en la tendencia dominante. Esta historiografía, que comenzó como un cuestionamiento sobre la naturaleza del régimen mexicano que se decía heredero de la Revolución, fue apropiada por analistas de derecha y se ha enfocado en denunciar los excesos y errores de la leyenda negra, mientras minimiza los peores aspectos de un régimen que ya no es dictatorial. Como describe Alan Knight:

> Desde los 1980, si no antes, la reputación de Díaz fue recuperándose y se cuestionó cada vez más la de la Revolución.

> Díaz se volvió un estadista constructivo, algo paternalista, más simpático; la Revolución, un motor de oportunismo, corrupción y opresión. A veces este proceso involucró una sencilla –hasta ingenua– inversión de la antigua dicotomía maniquea: los héroes de antaño se volvieron los villanos de hoy, y viceversa, mientras que la vieja leyenda negra del porfiriato fue transferida, *mutatis mutandis,* a la Revolución.[43]

Aquí algunos ejemplos del cambio de percepción: ya no se habla de jueces sujetos a la voluntad del dictador, ni de leyes hechas en favor de los poderosos. Al contrario, algunas investigaciones sobre procesos judiciales durante el Porfiriato muestran sentencias en favor tanto de actores poderosos como de pueblos e individuos. Estos estudios de casos deben todavía contrastarse con los cientos o miles de juicios ventilados durante el periodo y la totalidad de sentencias locales, estatales y federales, sin contar que se enfocan en los resultados jurídicos, como aplicación impecable de leyes que eran por lo menos incompletas, y confusas, amén de todos los factores extralegales que incidieron en cada proceso. Pero la impresión tranquilizadora que se transmite es que, si no en todos los casos, en buena medida había una aplicación de la ley "en estricto derecho", por lo que se puede suponer que prevalecían la ley y la justicia.[44] Un argumento implícito de este enfoque legalista, pocas veces expresado, es que los jueces en general eran rectos e imparciales; otro argumento es que el sistema jurídico porfirista fue parte de "un esfuerzo por consolidar un Estado-nación liberal de derecho, mismo que definió, por mucho que sus detractores se nieguen a reconocer, gran parte del pensamiento jurídico moderno".[45] No se trata de negar el carácter liberal del entramado jurídico, por el contrario, lo que el revisionismo niega es la naturaleza conservadora y elitista de ese armazón.

Ocurre algo similar en los estudios sobre las elecciones, un proceso rutinario y una práctica política controlada por el gobierno federal y sus contrapartes estatales. Algunos historiadores hablan de escenificaciones rituales necesarias para el régimen, otros hablan de espacios de negociación entre diferentes grupos regionales y el centro, y otros incluso señalan la utilidad política que suponía celebrar elecciones, aunque los resultados estuvieran decididos de antemano. Sólo cuando la negociación fallaba se presentaban disturbios o actos violentos en los comicios.[46] En esta área predomina el enfoque funcionalista, que enfatiza la existencia de un sistema político que funcionaba bien y que tendía al equilibrio.[47] Así que el argumento es que los procesos electorales funcionaban para los propósitos específicos de los actores involucrados en cada caso, aunque es imposible negar que don Porfirio siempre tuvo la última palabra.

Por el lado económico, el crecimiento logrado en el Porfiriato mediante el modelo exportador (*export-led growth*) y la industrialización selectiva llevan a algunos a postular que el régimen tuvo un gran éxito económico, confundiendo la prosperidad de ciertos sectores de elite con la prosperidad de todo un país.[48] Incluso se ha impuesto la idea de que los ferrocarriles (el rasgo material más notorio del régimen) al crear un mercado "nacional" unieron el territorio en una nación por primera vez en su historia, equiparando la unificación nacional con la implementación de un mercado gracias a una red de transportes, que estuvo limitada a ciertas rutas.[49] El argumento traslada de los ámbitos políticos y socioculturales a la esfera económica la discusión sobre la construcción de una nación, que ahora es primordialmente un producto del proceso económico, y el mercado se convierte en el eje explicativo y en el núcleo de justificación de la existencia de un país. Se asegura que las cosas iban tan bien en el ámbito económico, que incluso los salarios y las condiciones de los trabajadores eran "aceptables", y el camino seguido era el correcto porque, de hecho, no había otro. La historiografía económica es la más claramente influenciada por el neoliberalismo, aunque de entrada aduce que se trata de un cambio de perspectiva teórica, que deja atrás el enfoque estructuralista y la teoría de la dependencia, en favor de la teoría neoinstitucional propugnada por Douglas North.[50] Pero "sin duda, el auge neoliberal en las políticas económicas contemporáneas de América Latina tiende a reforzar el atractivo intelectual de la NEI [economía neoinstitucional o nueva historia económica]".[51]

Así pues, la narrativa neoporfirista refiere un mundo definido por jueces probos y procesos jurídicos impecables, en un sistema judicial autónomo y más o menos eficiente, con procesos electorales que más o menos servían para dar salida a las inquietudes políticas, todo acompañado por un modelo económico exitoso, como ejemplos de lo que se ha denominado el establecimiento de los cimientos de un proyecto de Estado-nación. En otras palabras, el régimen del general Díaz logró configurar un Estado, una sociedad y un país que se movían por la mejor senda posible, es decir, por la única posible. Añádase la nueva figura señorial, carismática, del oaxaqueño, quien ha pasado de ser un mestizo levantisco y un férreo dictador a ser ahora un gran estadista, "*a nation builder*", y "casi blanco", según decir de sus contemporáneos.[52]

En este nuevo paisaje desaparecieron los cráteres lunares y los pícaros o truhanes; la imagen del México del Porfiriato se acerca ahora a una utopía muy terrenal: un país unificado, pacífico y estable, una nación moderna, exitosa y próspera. Dejar los dogmatismos, las historias oficiales y tradicionales, y cualquier producto similar, ha

permitido rescatar lo mejor de un régimen tan injustamente vilipendiado. La conclusión sugerida, retomada por comentaristas políticos de derecha, es que, con Díaz, México iba por el camino correcto, luego él se fue y México se extravió, hasta que el neoliberalismo nos permitió como país retomar la vieja y gloriosa senda (por lo menos hasta 2018).[53] En este nuevo constructo encuentra pleno sentido la postura política disfrazada de nostalgia por aquella época, los tiempos de don Porfirio fueron verdaderos años dorados en la historia de México.[54] En este nuevo pasado, detalles como el elitismo, el racismo, la discriminación, la desigualdad económica y social, la injusticia y la violencia, la corrupción y la polarización social que aquejaban al régimen elitista y autoritario, se minimizan o se acotan a casos específicos y por medio de estudios muy especializados.[55] ¿Por qué? Porque fueron la cara opuesta, oculta y disimulada del régimen; y porque la desigualdad, la corrupción y la violencia formaban parte integral del proyecto de Estado-nación que se construía.

La narrativa revisionista es una versión refinada, sofisticada, en algunos casos bien escrita y mejor documentada, de viejos argumentos historiográficos. El reciclaje de esos argumentos y su mezcla con posturas político-económicas actuales convierten al revisionismo en un *neoporfirismo*, término que retomo tanto de Daniel Cosío Villegas como de Paul Garner.[56] El concepto es útil porque describe dos cosas diferentes, aunque estrechamente ligadas: una convicción política conservadora o de derecha (como señaló Cosío Villegas), y una tendencia historiográfica (como argumentó Garner). El consenso revisionista neoporfirista de inspiración neoliberal ha sido tan exitoso en difundir sus propuestas que, consciente o inconscientemente, buena parte de las investigaciones actuales descansan en ellas. Garner tiene razón cuando afirma que el neoporfirismo ahora es una ortodoxia historiográfica.

Pero entonces ¿cuáles son los factores que permiten que un argumento o discurso logre imponerse como la norma historiográfica? Debe tenerse presente que el revisionismo proviene, también, de las convicciones políticas personales de los historiadores y de las posturas políticas de las instituciones donde desarrollan su trabajo. En este sentido representa una versión académica del modelo político, económico y social impulsado por los empresarios, los tecnócratas neoliberales y por buena parte de las derechas. Esta versión tiende a exaltarse contra las desavenencias y críticas, pues, como iré mostrando a lo largo de los siguientes capítulos, aplica adjetivos negativos que etiquetan negativamente las divergencias. Es decir, se descalifica como asunto no académico y problemático cualquier opinión diferente. Existe, soterrada, una postura dogmática neoporfirista, que se revela

en las disputas políticas e ideológicas por la hegemonía en el presente y por las interpretaciones del pasado mexicano.

I.2. ACERCA DEL ELEFANTE

Neoliberalismo es un término polémico, sin duda. Algunos lo califican como vago o difícil de definir; incluso se llega al extremo de negar que exista algo llamado neoliberalismo porque, simplemente, se trata de una etiqueta utilizada por académicos de tendencia izquierdista para embrollar o confundir los términos del análisis económico y político.[57] Se han propuesto otras designaciones como una narrativa dominante llamada "gran relato propietarista, empresarial y meritocrático", o bien un "relato hiperdesigualitario" que configura los discursos y las ideologías contemporáneas en Occidente.[58] Un concepto más sencillo es el de capitalismo corporativo o corporativista, que corresponde con una ideología neoconservadora.[59] No es sorpresa entonces que muchos historiadores desconfíen del término, y no sólo en México; en 2006, por ejemplo, Alan Knight decía acerca del "neoliberal turn" en la historiografía económica sobre el Porfiriato:

> Personalmente, creo que denostar al neoliberalismo actualmente es un poco como reprender al Comunismo durante la Guerra Fría –resulta demasiado amplio e indiscriminado, generaliza cuando debería precisar las cosas y, en el proceso, crea una cruda reificación que ciertamente no contribuye al avance de nuestro entendimiento de la historia.[60]

Al parecer, en esos días el profesor Knight no comprendía con claridad la importancia del neoliberalismo, más allá de las políticas económicas aplicadas en muchos países. Pero, otros economistas e historiadores como Paul Garner se han referido al neoliberalismo y su importancia en estos tiempos; si bien los historiadores lo hacen como de pasada en sus consideraciones historiográficas. Entonces es necesario analizar si tiene o no importancia en el siglo XXI.

La supuesta vaguedad que señalan los críticos manifiesta la complejidad del neoliberalismo, que no consiste en una tendencia monolítica, como tampoco es un conjunto unívoco de medidas y consideraciones económicas. El neoliberalismo ha tomado formas variadas según se ha implementado en los diferentes países.[61] Para entender esta capacidad de adaptación, ese carácter multidimensional, es necesario recordar que el liberalismo, del que se origina, tampoco fue o ha sido unívoco ni monolítico como concepto o como doctrina. Por ejemplo, Charles A. Hale mostró, en dos estupendos libros, los numerosos cambios que experimentó el liberalismo tan sólo en México en el siglo XIX.[62] En 1944, el economista e ideólogo conservador de

origen austriaco Friedrich von Hayek, uno de los padres fundadores del neoliberalismo, decía que "no hay nada en los principios básicos del liberalismo que hagan de éste un credo estacionario; no hay reglas absolutas de una vez y para siempre".[63] Décadas después, en 1964, un empresario seguidor de Hayek e ideólogo de la derecha mexicana, Gustavo R. Velasco, expresó así esa característica versatilidad: "El liberalismo no es una ortodoxia, ni una doctrina monolítica. Prueba de ello es la vivísima discusión que se desarrolla en su interior, entre los que podríamos llamar liberales tradicionales, neoliberales y partidarios de la economía social de mercado".[64] De manera que, para analizar de qué trata el neoliberalismo, es menester examinar su desarrollo.

Actualmente existen muchos estudios y análisis sobre el tema por lo que, en aras de tener claridad, aquí me concentro en los aspectos más políticos e ideológicos. Para ello presento su ascenso en Estados Unidos y en Gran Bretaña, sedes de los dos centros rectores del sistema financiero mundial en el siglo XX, Wall Street y la City, y ejes de lo que se ha llamado la "revolución conservadora"; también describo su lenta construcción en México. El geógrafo y antropólogo de izquierda David Harvey presentó en 2005 una *Breve historia del neoliberalismo*, donde explica que se trataba de un discurso minoritario y oscuro que fue abrazado por los gobiernos de Estados Unidos, Gran Bretaña y China entre 1979 y 1980, y que en la actualidad se ha convertido en hegemónico.[65] Este dato no es menor, pues han sido los gobiernos, en conjunto con organizaciones internacionales, los que han diseñado e impulsado las políticas económicas que han resultado en la posición hegemónica del neoliberalismo.[66] Harvey define al neoliberalismo como una

> teoría de prácticas político-económicas que afirma que la mejor manera de promover el bienestar del ser humano consiste en no restringir el libre desarrollo de las capacidades y de las libertades empresariales del individuo dentro de un marco institucional caracterizado por derechos de propiedad privada fuertes, mercados libres y libertad de comercio.[67]

En este esquema, el Estado debe crear el marco institucional apropiado mediante ciertas medidas como disponer de las funciones y medios legales necesarios para garantizar los derechos de propiedad privada y el correcto funcionamiento de los mercados. También debe crear mercados en áreas donde no existan, como en la educación, los servicios de salud, el acceso al agua, etcétera. Es decir, más allá de auspiciar la mercantilización y la monetización en todos los ámbitos posibles, el Estado debe reducir su intervención al mínimo.[68]

Pero el neoliberalismo no se detiene en encauzar las acciones del

Estado o en impulsar los mercados y los intereses financieros, en cuanto "posee penetrantes efectos en los modos de pensamiento" y ha logrado ser interiorizado como parte de las formas en que las personas "interpretamos, vivimos y entendemos el mundo".[69] Una de las razones de su éxito reside en que los "defensores de la vía neoliberal" ocupan actualmente puestos de influencia y decisión en las instituciones financieras internacionales, en los gobiernos nacionales y en los bancos centrales, en los medios de comunicación y, por supuesto, en el ámbito académico. Otro incentivo, en Occidente por lo menos, fue el temor de las elites a perder sus posiciones privilegiadas; así que, desde ese punto de vista, puede entendérsele como un instrumento político-económico diseñado "para lograr la restauración del poder de clase", la reconstrucción del poder de las élites económicas.[70] Ciertamente, las elites del siglo XXIno son exactamente las mismas de hace cincuenta años, pero constituyen ese 1 % de la población mundial que posee más de la mitad de la riqueza mundial y, en consecuencia, una enorme influencia y poder político, en sus propias naciones y a nivel global.[71]

El neoliberalismo se originó en buena medida en un grupo de intelectuales que se reunieron en el balneario Mont Pèlerin, Suiza, liderados por el economista austriaco y profesor de la London School of Economics, Friedrich von Hayek, en 1947.[72] Sin embargo, ese grupo tuvo su primera reunión en 1938 en París, Francia, en un coloquio convocado por un filósofo francés y un periodista estadounidense para revisar la crisis del liberalismo como teoría económica y buscar su renovación, en especial frente a las amenazas del fascismo y el comunismo en Europa, y la mezcla *sui géneris* de las teorías económicas de John Maynard Keynes y el *New Deal* en Estados Unidos.[73] A ese coloquio asistieron Hayek, su colega y compatriota Ludwig von Mises, el filósofo Raymond Aron y otros intelectuales europeos.

Los asistentes consensaron, entre otras cosas, un concepto de neoliberalismo, la relevancia del mercado libre para un correcto funcionamiento de los precios y una óptima utilización de los medios de producción; además, postularon que el Estado debe determinar el régimen jurídico que permita el libre desarrollo económico; y que otros fines sociales pueden ser sustituidos en favor de objetivos económicos. Estos teóricos deseaban un Estado fuerte con funciones múltiples e intervenciones repetidas, respetuoso del individuo libre y a su servicio.[74] Además, consideraban que únicamente los individuos más capacitados debían estar en los puestos de poder y autoridad; "cualquiera que sea el régimen adoptado, la elite es la que debe manejar las palancas de mando".[75] Nueve años después, en Mont Pèlerin se congregaron casi todos los asistentes al coloquio de París, y

se incorporaron personajes como el filósofo Karl R. Popper y el economista de la Universidad de Chicago Milton Friedman. De importancia fundamental fue la inclusión en su programa del discurso de la defensa de ciertos valores del liberalismo político como la dignidad humana, la democracia y la libertad, que consideraban amenazados por tendencias políticas totalitarias, por la relativización de la moral y por la declinación de la fe en la propiedad privada y el mercado competitivo. Sin embargo, para Hayek y Friedman el liberalismo se basaba en la libertad del individuo, que se expresaba sobre todo en sus elecciones como consumidores, mientras que la democracia sólo tiene un valor instrumental. Esos intelectuales mantuvieron como creencia central el principio de que "el intercambio es la relación social fundamental", y se decían neoliberales por "su adherencia a los principios de mercado libre acuñados por la economía neoclásica" del siglo XIX.[76]

Aquí vale la pena recalcar que Mises partía de una teoría *a priori*, un presupuesto filosófico que supone que "la teoría económica estaría constituida por enunciados necesariamente verdaderos". Es decir, que "la verdad de los enunciados no se debe a los solos hechos empíricos; de otra manera, la evidencia empírica no puede refutar un enunciado *a priori*; la experiencia no es el árbitro final de la verdad de un enunciado".[77] Se trata de un enfoque con base en la praxeología o teoría de la acción humana, cuyos enunciados aspiran a ser como los de las matemáticas o de la lógica, es decir, que "no están sujetos a verificación ni falsificación por la experiencia", pero son verdaderos por "autoevidencia" y porque "su verdad es necesaria". En otras palabras, como su teoría económica es necesariamente verdadera, no admite contraevidencias empíricas ni alternativas teóricas.[78] Algunos economistas han presentado esta postura en términos menos drásticos, pero su rigidez es cercana al dogmatismo al declinar apoyarse en evidencias empíricas.[79]

Ni Mises, ni Hayek, ni Friedman querían sostener un diálogo o un debate académico, sino imponer sus teorías como las que debían regir al mundo. En su fundamentalismo percibieron toda teoría distinta a la suya como una aberración, toda economía que no fuera de *laissez-faire* como una distorsión, y a sus impulsores como agentes nefastos. Cual *cruzados del libre mercado*, emprendieron una guerra por las ideas económicas y políticas, con la conciencia de que ganarla tomaría una generación por lo menos.[80] Entretanto, la Sociedad Mont Pèlerin celebró varias reuniones, financiada por multimillonarios estadounidenses desconfiados del intervencionismo estatal y críticos de sus regulaciones durante las décadas de la posguerra. Mientras, el departamento de economía de la Universidad de Chicago, con Friedman como líder, se convirtió en el centro de la doctrina

neoliberal.[81] Hayek y Friedman ganaron Premios Nobel de Economía en 1974 y 1976, respectivamente, mientras la sociedad estableció estrechos vínculos con organizaciones como la Heritage Foundation, de Washington D.C., y el Institute of Economic Affairs, de Londres.[82]

El ascenso del neoliberalismo al primer plano ocurrió durante las décadas de los años setenta y ochenta. Para entonces el gobierno estadounidense había hecho colapsar los acuerdos de Bretton Woods, en 1971, que habían permitido a los gobiernos adscritos controlar, más o menos, intercambios comerciales y flujos de capitales. Sin ese mecanismo (de por sí deficiente), los gobiernos quedaron sin capacidad para hacer frente a presiones financieras, mientras experimentaban crisis no vistas desde la Segunda Guerra Mundial.[83] Esto abrió las oportunidades a la alternativa neoliberal. Uno de los primeros países donde se instauraron políticas neoliberales fue en Chile, tras el golpe de Pinochet contra Salvador Allende, en 1973.[84] En Gran Bretaña, el estado de bienestar existente hasta la década de 1970 fue afectado por diferentes crisis, en especial una en la balanza de pagos de 1975-1976, que llevó a que el país aceptara un programa de restricciones y austeridad presupuestaria impuesto por el Fondo Monetario Internacional (FMI). Se sucedieron oleadas de huelgas en 1978, presentadas por los medios como impulsadas por alborotadores y codiciosos, por lo que tuvieron escaso apoyo público. Esto se combinó con el trabajo de organizaciones como el Institute of Economic Affairs, los financieros de la City, y medios prestigiosos (el *Financial Times*), para impulsar la elección de Margaret Thatcher. Perfecta heredera de los cruzados neoliberales, declaró en la campaña de 1979: “Soy una política de convicciones. Los profetas del Antiguo Testamento no dijeron: ‘hermanos quiero un consenso’. Dijeron: ‘esta es mi fe, esto es en lo que yo creo apasionadamente. Si ustedes también lo creen, entonces vengan conmigo’.”[85]

Electa, Thatcher comenzó liberando el sector financiero y atacando a los sindicatos, pero debió esperar a que una crisis (las Malvinas) le diera el respaldo popular necesario para emprender las “reformas estructurales” con las que desmanteló la industria, impulsó la privatización de compañías y servicios estatales, y la nulificación de los ayuntamientos como representaciones de intereses locales.[86] Entretanto, las clases medias se contentaron con poder tener la propiedad de sus viviendas (que antes eran de carácter público), en medio del impulso al individualismo, al consumismo y el endeudamiento.[87] Ella hizo del dominio público algunos lineamientos ideológicos: no hay sociedad, sólo hay individuos; “la economía es el método”, “el objetivo es cambiar el alma”; y no hay alternativa al neoliberalismo: “There is no alternative!” (conocida como la afirmación TINA). Esta mezcla de fatalismo y providencialismo

asegura que no hay opciones, lo que oscurece el hecho de que han sido decisiones conscientes de los gobiernos, y de las agencias internacionales como el FMI, la OCDE, y el Banco Mundial, lo que ha favorecido una doctrina económica (en detrimento de las opciones) y benefician a ciertas elites en perjuicio de todos los demás.[88] En EUA Ronald Reagan también atacó a los sindicatos y puso en vigor restricciones salariales a empleados y obreros, además de controles inflacionarios; en contrapartida amplió la desregulación de la banca y de los mercados financieros, y redujo impuestos a los más ricos. En el ámbito internacional se impusieron “terapias de *shock*” a países endeudados, como México, mientras que los costos de los préstamos a sus gobiernos y las posibles pérdidas de las inversiones financieras debían ser cubiertos por las poblaciones locales, y no por los prestamistas e inversionistas. Otros gobiernos impusieron “reformas” o “ajustes estructurales” que apenas se diferencian de las “terapias de *shock*” (recorte de gastos sociales, legislaciones flexibles del mercado laboral, desregulaciones y privatizaciones) como estrategias de desarrollo.[89]

Además de las imposiciones y de las condiciones concretas de las crisis económicas y políticas en los diferentes países, ¿cómo se generó el consenso que legitima este “giro neoliberal” a nivel mundial? Eso depende de a quién se quiere convencer; por ejemplo, en Estados Unidos existe una campaña organizada por empresarios, fundaciones y *think-tanks* (centros de estudios y análisis) para influir en las decisiones políticas, la opinión pública y los centros académicos a favor de las grandes empresas y el libre mercado, siempre con el lema de la salvaguardia de las libertades individuales. El objetivo fue establecer como verdad pública que los enemigos de la democracia y de la libertad son el Estado interventor, ineficaz y corrupto, el comunismo y otros sistemas similares. La campaña parece haber conseguido con amplitud sus objetivos.[90] Pero para tener éxito completo, el neoliberalismo debió desplazar de las agendas nacionales a sus competidores: el desarrollismo con base en la sustitución de importaciones, y las economías planificadas socialistas. Así que se han aplicado diferentes medidas según cada país, pero siempre desde el fundamentalismo que cree que “los mercados sin trabas pueden por sí solos asegurar la prosperidad y el crecimiento económico”.[91] Para ser claro, no es que sea *natural* el predominio del capitalismo, o que los *mercados* hayan impuesto su lógica con base en un desempeño exitoso; su preponderancia actual resulta de la combinación de imposiciones de organismos internacionales, políticas gubernamentales favorables, convencimiento ideológico, y, en algunos casos, golpes de Estado y represiones violentas, como en Chile.[92]

Harvey supone que en México las políticas neoliberales fueron

impuestas por el FMI a raíz de la crisis económica de 1982, lo que es cierto parcialmente.[93] La historiadora mexicana María Eugenia Romero Sotelo, en su libro *Los orígenes del neoliberalismo en México*, identifica sus comienzos en la primera mitad del siglo XX, fundamentados en la tradición económica neoclásica. En este enfoque, el individuo es un "*homo economicus*, provisto de información perfecta que le permite ordenar sus preferencias en un proceso de elección libre y racional como ente maximizador", en tanto que el mercado y la propiedad privada son las instituciones fundamentales del proceso económico.[94] Banqueros, políticos e intelectuales como Luis Montes de Oca, Faustino Ballvé, Gustavo R. Velasco y Aníbal de Iturbide fueron los encargados de adoptar y difundir esas ideas en México. Además de ser apoyados por empresarios como Raúl Baillères, gracias a los esfuerzos de Montes de Oca (secretario de Hacienda durante el Maximato de Calles, director del Banco de México en el sexenio de Lázaro Cárdenas y banquero privado desde 1941), este grupo se vinculó estrechamente con Hayek, Mises y el grupo Mont Pèlerin. Romero Sotelo muestra de forma convincente que la formación de esta corriente "fue un acto consciente de la elite económica del país, cuyo fin era crear un proyecto alternativo" ante el nacionalismo económico de los gobiernos surgidos de la Revolución.[95]

Montes de Oca trajo a Mises a México, en 1942, y éste escribió en 1943 un texto llamado *Problemas económicos de México*, pero publicado hasta 1998, en el cual criticó las políticas del cardenismo, como los salarios mínimos por ley, y etiquetó de "populistas" las políticas desarrollistas. El libro promueve la acumulación de capital como vía del desarrollo, y al empresariado como agente de ese cambio; pedía libertad de movimiento para la mano de obra, pues, de lo contrario, los salarios serían bajos en un país con pocos recursos naturales y escaso capital. Es decir, México necesitaba un régimen político que auspiciara la libertad económica, que no estigmatizara como explotador al empresario afortunado y eficiente, que no confiscara empresas ni utilidades, que no controlara el valor de la moneda y que no interfiriera en la transferencia de recursos al extranjero, para así dar certidumbre al capitalista. La mano de obra barata era fundamental para "hacer redituables a las empresas mexicanas", y aunque los salarios industriales fueran bajos comparados con los de Estados Unidos, serían mucho más altos que los que existían en las actividades agrícolas.[96] La propiedad privada y la libre empresa "son los cimientos de la civilización y de la democracia política. La motivación de las ganancias es el vehículo del progreso". Mises concluyó señalando que México "no tiene otra opción".[97]

Luis Montes de Oca comentó en una conferencia, en 1943, que el

liberalismo económico no estaba en contra de la intervención del Estado en la vida económica, pues política y economía no eran independientes una de la otra, ni se mueven en mundos separados. Lo que estaba mal era que el Estado restringiera el libre mercado: "en una economía libre el mercado es el primordial regulador que determina qué se debe producir, a qué precio, en qué debe invertirse el capital, dónde debe ocuparse el trabajo". En otras palabras: "no hay verdad más bien fundada por los economistas que la que afirma que la libertad es el mejor camino para conseguir abundancia".[98] El banquero mexicano también invitó a Hayek en 1946, junto con Mises. Ambos condenaron la intervención estatal en la economía, pues conducía a un régimen totalitario que acabaría con la libertad individual y destruiría las bases políticas de la democracia.[99]

El abogado Gustavo R. Velasco también fue funcionario, empresario, profesor e ideólogo neoliberal cercano a Mises, Hayek y otros. Participó en varias de las reuniones de la sociedad Mont Pèlerin, e incluso fue vicepresidente de ella entre 1962 y 1967. Velasco trajo a Hayek y Mises de nuevo a México en septiembre de 1958, como parte de una serie de mesas redondas de la sociedad, acompañados de otros miembros, como Anthony Fisher, el fundador del mencionado Institute of Economic Affairs. En esas reuniones se enfatizó la necesidad de inversión extranjera para países como México.[100] Este abogado fue muy crítico de la intervención del Estado en la economía como regulador, también del *welfare state*, papeles que definen al Estado como "un Leviatán o un Be-hemot", así como de cualquier solución económica diferente del libre mercado.[101] Velasco definió al neoliberalismo:

> Lejos de rectificarla o modificarla, los adelantos de las ciencias políticas y sociales y, especialmente, de la teoría económica, han confirmado y fortalecido superabundantemente la esencia del programa liberal. El neoliberalismo no representa, pues, ni siquiera una puesta al día de los principios de la libertad, sino una re-enunciación de ellos en los casos en que los avances de la ciencia, experiencias posteriores o las formas actuales de pensar y expresarnos lo hacen conveniente[102]

Con los ejemplos de Velasco y del abogado y economista Faustino Ballvé, español transterrado, autor de un libro muy exitoso en el ámbito internacional y también miembro de Mont Pèlerin, se constata cómo las ideas de la escuela austriaca fueron cultivadas y desarrolladas acordes con una peculiar manera de entender la realidad mexicana.

Además de su ortodoxia económica, Montes de Oca y sus colegas creían que los hombres de convicciones liberales debían tomar el

mando para resolver los problemas. Con el patrocinio de banqueros como Raúl Baillères crearon instituciones que pudieran contrarrestar los planteamientos gubernamentales, en especial del cardenismo, y para formar los cuadros académicos e intelectuales que desarrollaron la teoría neoliberal en México, y que la aplican como política gubernamental desde 1982. Por ejemplo, crearon centros de educación superior como alternativas a lo que consideraban era el predominio de la ideología de izquierda en la universidad pública, para difundir las ideas económicas ortodoxas y formar una elite que construyera proyectos alternativos para la política económica intervencionista y nacionalista.[103] El Tecnológico de Monterrey (ITESM), fundado en 1943 por empresarios regiomontanos, y el Instituto Autónomo de México, fundado en 1946 y convertido desde 1962 en el actual Instituto Tecnológico Autónomo de México (ITAM), son fruto de este impulso.[104] Éste último proveería a los empresarios de economistas neoliberales "no contaminados", frente a la escuela nacional de economía de la UNAM, que descalificaban como ejemplo de desorden izquierdista. Aseguraba Baillères: "Vamos a preparar muchachos para que dentro de treinta o cuarenta años puedan hacer la transformación de un país estatista a un país liberal capitalista".[105]

El ITAM ha sido y es el semillero de economistas tecnócratas que han copado los puestos más relevantes en las administraciones federales desde los años ochenta del siglo XX . Entre ellos Gustavo Petricioli, secretario de Hacienda en el sexenio de Miguel de la Madrid (1982-1988), Pedro Aspe Armella, secretario de Hacienda con Carlos Salinas de Gortari (1988-1994); así como Luis Videgaray, secretario de Hacienda con Enrique Peña Nieto (2012-2018).[106] Allí han dado cursos Agustín Carstens y Aspe. Se dice que su programa de economía es "el más americanizado fuera de los EUA", con una acentuada orientación econométrica que aseguran es "técnica pura y objetiva".[107] Una generación después de la llegada de Mises y Hayek a México, su proyecto ha sido implementado a tal grado que los tecnócratas mexicanos (educados en el ITAM y con posgrados en EUA) son figuras destacadas del sistema de organizaciones internacionales impulsoras del proyecto neoliberal (como Gurría, Carstens, Zedillo).

El neoliberalismo en México no es una entelequia imaginada por izquierdistas trasnochados, ni un término vago para confundir los análisis. Es mucho más que una receta económica impuesta por el FMI a México en 1982. Desde los años finales del sexenio de Lázaro Cárdenas, ha sido y es la ideología central de empresarios, intelectuales y profesionistas interesados en impulsar un proyecto económico y político alterno, ubicado en la derecha política. Un proyecto que aseguró la difusión de sus ideas por medio de instituciones educativas privadas. Como postula Romero Sotelo, el

neoliberalismo mexicano "se mantuvo en constante tensión con el Estado de la Revolución mexicana, del que fue su antítesis".[108] Montes de Oca decía, con toda razón, que los neoliberales no creen "que la política y la economía se muevan en dos mundos separados, ni que la segunda sea enteramente independiente de la primera".[109] Por eso sus críticas a los proyectos desarrollistas y nacionalistas, la denostación del sistema educativo público, su justificación para los salarios de miseria, su preferencia por un régimen elitista, y otro largo etcétera. Banqueros, financieros y empresarios en México han mostrado una gran capacidad para actuar coordinadamente cuando ven sus intereses amenazados, cuando consideran que una iniciativa les resulta beneficiosa, y para impulsar una ideología que les es favorable.[110]

Una doctrina económica que favorece al capital y plantea restricciones a los gobiernos es, sin duda, atractiva para banqueros e industriales, así como para personajes de la derecha convencidos de que los actos de los diferentes gobiernos mexicanos son manifestaciones del socialismo o el comunismo. Pero esto no explica su éxito en reorganizar prácticamente cada aspecto de las sociedades contemporáneas, por lo que es menester incluir la teoría política y la filosofía en el análisis. La politóloga estadounidense Wendy Brown se ha concentrado en analizar los procesos políticos, económicos y socioculturales que han afectado las prácticas básicas de la democracia durante las últimas décadas, en lo que denomina "modernidad euroatlántica". Brown identifica al neoliberalismo como el factor central de esta compleja situación, por lo que propone entenderlo como algo mucho más extenso y profundo "que un conjunto de políticas económicas, una ideología o una reconfiguración de la relación entre el Estado y la economía".[111] Lo define como un orden normativo de la razón que toma la forma de una racionalidad rectora que ha podido formular valores, prácticas y mediciones económicas (esto es, lógicas empresariales y de mercado) en cada ámbito de la sociedad en el siglo XXI.[112] En esta racionalidad, toda conducta es considerada económica, todo es traducible en un capital, incluido el propio ser humano.

Como consecuencia se produce lo que Brown denomina "la reducción del deseo de democracia, junto con su inteligibilidad discursiva cuando aparece". Lo que contradice la supuesta relación entre libre mercado y democracia, cantaleta de diferentes grupos que apoyan la globalización.[113] De hecho, se ha mostrado que regímenes militares, autoritarios, totalitarios y dictatoriales, como el Chile de Pinochet, se acoplan mejor a las medidas neoliberales que sus contrapartes democráticas.[114] Otro resultado, según Brown, es que las decisiones y los puntos de vista de naturaleza política se presentan como asuntos puramente económicos, es decir, relacionados con la

"realidad económica" o las exigencias "macroeconómicas" (crédito nacional o individual, certidumbre para inversiones, crecimiento del PIB). De interés particular para los académicos es el impacto de este cambio en su propio ámbito:

> El léxico empresarial ha colonizado los medios de comunicación hasta penetrar en el universo de la investigación (confiada a equipos "competitivos") y de las ciencias sociales (cuyos resultados ya no se miden según el rasero de los debates que suscitan, sino según la clasificación –*ranking*– establecida sobre la base de criterios puramente cuantitativos –"indicadores de resultado" de una agencia de evaluación).[115]

La razón neoliberal ha transformado a los centros de estudio y universidades públicas. En Gran Bretaña se procedió a privatizar muchas instituciones, al mismo tiempo que se condicionaron los recursos económicos a mediciones de la productividad académica "de acuerdo con su impacto".[116] En Estados Unidos, los gobiernos han establecido criterios clasificatorios de las universidades tipo "rendimiento sobre inversión", por encima de criterios de calidad educativa o académica, mientras limitan la inversión pública en la educación superior.[117] En México los cambios fueron sutiles, sobre todo entre quienes decidieron dejar atrás los enfoques de izquierda en favor de un "realismo pragmático" y un "Estado delgado"; académicos cercanos al poder político que aceptaron la reducción de apoyos económicos para las pocas instituciones de enseñanza e investigación, no como resultado de crisis económicas sino como "un proyecto de largo plazo" que elevaría la calidad académica.[118] Otro de los resultados de los cambios es la implementación del Sistema Nacional de Investigadores (SNI), un instrumento del Estado para evaluar cuantitativamente la actividad científica y académica, que es, además,

> un indicador del proceso social más amplio, al que podemos caracterizar como un cambio de época a partir de los años ochenta en el mundo, y del que México no fue la excepción. Con velocidades variables en distintos países, se presenta la transformación del Estado benefactor o benevolente a un Estado neoliberal o evaluador en el contexto de la globalización. Se modifica, entonces, la forma de regular (gobernar) los sistemas de educación superior.[119]

Pero la transformación no se limita a las formas externas, las privatizaciones o el financiamiento; el proceso apunta a una "conversión del propósito, la organización y el contenido de la educación pública superior". Por ejemplo, los contenidos formativos

dejan de lado aquellas cosas que se considera que los estudiantes *no utilizarán* en sus carreras o en su vida profesional. En especial, la educación humanista y las "artes liberales" son desdeñadas como reliquias caras, y las instituciones que las fomentan son vistas como torres de marfil, con profesores "con una paga excesiva y muy poco trabajo". En este nuevo escenario, la educación no es percibida como un bien social y público, sino como "una inversión en futuros individuales"; con ello aparecen los *rankings* que califican a las universidades y que calibran las posibilidades de ingresos y éxitos profesionales para sus egresados, tal como las llamadas calificadoras de riesgo, sus contrapartes en el mundo financiero, utilizan sus grados de inversión para evaluar gobiernos y países enteros.[120] El neoliberalismo apunta a eliminar dos ideas: que el sistema educativo de un país forme ciudadanos que puedan participar en los debates públicos de forma razonada, y que la educación promueva y permita una movilidad social; en cambio, favorece la idea del individuo visto sólo como capital humano.[121] Esta verdadera revolución de formas y contenidos dibuja la silueta del elefante en la sala: el neoliberalismo como racionalidad rectora que define las maneras de vivir, de sentir y de pensar en el mundo contemporáneo.

¿Cómo se traslada esta racionalidad economicista a las interpretaciones en historia? La preeminencia de la teoría de la elección racional, central en la teoría económica neoclásica y neoliberal, apuntala la idea de que el mercado es en sí mismo verdadero y racional, y que discrepar de esta *verdad* es absurdo: "Los actores racionales aceptan estas verdades y, por consiguiente, aceptan la 'realidad'; contrariamente, aquellos que actúan de acuerdo con otros principios no solamente son irracionales sino que rechazan la 'realidad'".[122] Como se verá en el capítulo 5, esta idea ha penetrado profundamente en la historiografía. Pero antes de profundizar en ello es menester revisar algo de teoría de la historia, o de epistemología, en sintonía con la sugestiva y oportuna declaración de Michel de Certeau, un brillante historiador francés, expresada ya algunas décadas atrás:

> toda investigación historiográfica se enlaza con un lugar de producción socioeconómica, política y cultural […] en función de este lugar, los métodos se establecen, una topografía de intereses se precisa y los expedientes de las cuestiones que vamos a preguntar a los documentos se organizan.[123]

I.3. UNA NOTA EPISTEMOLÓGICA

Con excepción de algunos de los investigadores especializados en

historia económica, los historiadores en general desconfiamos de las reflexiones teóricas sobre nuestra disciplina, y nos causa suspicacia la epistemología. Frente a una sugerencia epistémica, la actitud más común es no darse por aludido o, en todo caso, decir que esas cosas pertenecen a las esferas de los filósofos, o que son *rollos teóricos*. Algunos investigadores evaden el tema con la pretendida humildad de considerarse a sí mismos como "simples artesanos" u "obreros" de la historia, otros se autodefinen como pragmáticos, unos más se dicen eclécticos en cuanto toman de aquí y de allá conceptos y teorías según les parece conveniente. Sólo entre historiadores economistas se aduce que la cientificidad de sus métodos, en especial los econométricos, es suficiente carga teórica.[124] Con cierta dureza, Michel de Certeau se refería a esas inaceptables renuncias de los historiadores a teorizar sobre su trabajo y, por consiguiente, a realizar una práctica sin una teoría correspondiente, dejando esa labor a "otro mundo filosófico":

> Si para establecer la condición de su trabajo [el historiador] recurriera a otro mundo filosófico, a una verdad formada y recibida fuera de los caminos por los cuales, en historia todo sistema de pensamiento se refiere a "lugares" sociales, económicos, culturales, etcétera. Ese tipo de dicotomía entre lo que hace y lo que diría, serviría por lo demás a la ideología reinante protegiéndolo de la práctica efectiva. Condenaría además, las experiencias del historiador a un sonambulismo teórico. Más aun, en historia como en todo lo demás, una práctica sin teoría cae necesariamente, tarde o temprano, en el dogmatismo de "valores eternos" o en la apología de un "intemporal".[125]

Sea cual sea la autoadscripción que se use, o la metáfora laboral que se levante como excusa, es ineludible proceder con una mínima reflexión teórica sobre un trabajo que es, en palabras de Marc Bloch, "un esfuerzo intelectual". Incluso Bloch, en su libro póstumo, *Apología por la historia o el oficio del historiador*, reflexionó sobre los procesos de construcción de conocimiento en historia.[126]

Los historiadores necesitamos reflexionar teóricamente sobre nuestro propio trabajo, y eso implica reconocer cuáles son las influencias académicas y no académicas en nuestras investigaciones. Pero, a pesar de todos los cambios ocurridos en el mundo, y en los ámbitos académicos, con sus diferentes modas o tendencias, y de exhortaciones aisladas a la reflexión, pareciera como si apenas atendiéramos a los tumultuosos tiempos en los que vivimos. Georg Iggers ha señalado que los historiadores escasamente toman en cuenta las observaciones teóricas de Roland Barthes, Hayden White, Paul Veyne, Hans Kellner, sobre el positivismo y el realismo predominantes

en historia, y acerca de los elementos de ficción presentes en los textos publicados.[127] Incluso se ha sugerido que el rechazo a teorizar, entre los historiadores como en general en el mundo académico, proviene del cuestionamiento generalizado al materialismo histórico, no tanto por su dogmatismo (porque no todos los intelectuales de izquierda eran o son dogmáticos), sino porque hacía énfasis en los problemas de explotación y de dominación en las sociedades capitalistas. Cuando dejaron de importar esos problemas, prevalecieron perspectivas funcionalistas donde a todo se le encuentra acomodo, su lugar y su razón de ser, o las verborreas posmodernas, confusas, oscuras y mayormente vacías de contenido crítico para con el sistema socioeconómico dominante; de esta manera el análisis crítico y las metanarrativas (así se le dice a la teoría) desaparecen.[128] Otra consecuencia de la reluctancia a reflexionar sobre el propio quehacer provoca que los historiadores en cuanto sonámbulos de la teoría no atiendan, y ni siquiera perciban, los elementos extraacadémicos presentes en su trabajo y en sus textos. Iggers apunta con su característica sensatez, cuando se refiere al problema de la subjetividad, que no se trata de sugerir:

> que el trabajo del científico o el historiador pueda ser explicado primordialmente en términos de factores sociales, o que tenga una función principalmente ideológica. Pero sí quiere decir que la ciencia, y especialmente la "ciencia histórica", tan estrechamente relacionada con los valores y las intenciones humanas, debe ser vista en el marco sociocultural y político en el que se practica, no es posible una historia de la historiografía que toma en cuenta solamente los factores internos de la disciplina.[129]

Lo paradójico es que sigue siendo posible investigar, publicar y realizar balances historiográficos sin dar importancia a los factores no académicos. Se puede publicar historia del Porfiriato con ribetes neoliberales, sin siquiera reparar en ese marco ideológico. Es posible que, detrás de la modesta noción de ser artesanos practicando un oficio, entre los historiadores profesionales subyace la idea de que las investigaciones son producidas en una torre de marfil autónoma o separada del mundo en que vivimos. O bien, que algunos investigadores se asumen como científicos que trabajan en laboratorios aislados, esterilizados, asépticos, y, por tanto, creen producir resultados *científicos* igualmente esterilizados, asépticos, neutros, es decir, textos objetivos e imparciales, completamente vacíos de pasiones e intereses humanos, libros y artículos transparentes como cristal que permiten contemplar la realidad del pasado tal cual fue. Ambas concepciones son herencia del positivismo decimonónico que predominaba cuando comenzó la profesionalización de la historia, y

que permanece profundamente arraigado en las prácticas contemporáneas; no se expresa conscientemente, pero contribuye a configurar las formas y los contenidos de las investigaciones.

La historiografía ha sido definida como "un ejercicio relativamente reciente", y a la vez como "un campo indispensable para la comprensión de la historia", porque analiza corrientes de pensamiento histórico y examina "los supuestos en los que se basa el historiador". Sobre todo, examina los "conceptos de evidencia, objetividad, causalidad y progreso"; también aquilata las innovaciones, así como los "entrecruces con otras disciplinas, como la filosofía, las ciencias sociales y, más recientemente, la crítica literaria".[130] Esta noción de historiografía, "tradicional" o estándar, circunscribe las investigaciones a la condición de textos elaborados dentro del universo académico, que apenas resulta tocado por variables externas. Se sostiene en nociones de imparcialidad y de objetividad, y en el examen minucioso de las operaciones metodológicas que dan forma a un texto (aparatos críticos, fuentes, estado de la cuestión, hallazgos documentales, novedad de las interpretaciones, aportaciones argumentales). La discusión especializada es la variable interna más importante de todas, porque conocer las interpretaciones vigentes, las novedades y la vanguardia, permite identificar lagunas en el conocimiento, las preguntas no planteadas y las oportunidades para debatir. Algunas revisiones historiográficas mayores incluyen las condiciones socioculturales y políticas, inclusive llegan a mencionar, aunque de pasada, las intenciones personales en las investigaciones.

Qué contradictorio resulta que los historiadores buscamos *comprender* los contextos políticos, socioculturales, económicos, etcétera, del pasado que nos interesa, mientras minimizamos (consciente o inconscientemente, por desinterés o por conveniencia) la influencia de nuestro entorno sobre el trabajo de investigación. Por ejemplo, se dice que la objetividad absoluta ha sido abandonada por imposible, para convertirse en un propósito, una meta que alcanzar, mientras que el concepto de verdad, o de verificabilidad, con respecto a las fuentes sigue siendo indispensable.[131] Es cierto que una objetividad absoluta es imposible de conseguir, pero tal certeza desplaza el foco analítico que también debería aplicar al investigador para concentrarlo en las fuentes. En otras palabras, la subjetividad del historiador es un tema secundario porque se trata de un científico en busca de la objetividad, por lo que es más importante cómo trabaja las fuentes, las teorías que maneja, las herramientas que utiliza y la metodología que aplica. Así, las subjetividades son exiliadas al territorio de los filósofos y los teóricos. La noción metodológica positivista de que el investigador se acerca sin ideas preconcebidas a su objeto de estudio se ha convertido en la convicción de que esas

ideas preconcebidas tienen poca o ninguna importancia, o bien que existen operaciones metodológicas que las neutralizan. Lo anterior vuelve necesario revisar los presupuestos positivistas que predominan en la historiografía en México. El enfoque positivista predominante en historia corresponde a lo que se ha llamado el "programa científico" de Leopold von Ranke (historiador alemán que vivió en el siglo XIX), y que puede resumirse en

> el intento de organizar una escritura que sea capaz de mostrar los hechos tal como sucedieron de manera imparcial y objetiva. Este propósito se orienta a la realización de una lectura inmanente de los sucesos históricos encarnados en las fuentes "originales" o "primarias", es decir, una lectura sin mediaciones excepto las de la propia razón.[132]

El modelo de investigación e interpretación de Ranke incluía la reverencia al Estado nacional, al orden social y a las autoridades. Otro elemento fue expresado por el historiador inglés Lord Acton, en una carta a los colaboradores de la Cambridge Modern History, en los últimos años del siglo XIX:

> Nuestro esquema requiere que nada revele el país, la religión o el partido a que pertenecen los escritores. Ello es esencial, no sólo sobre la base de que la imparcialidad es la característica de la historia legítima, sino porque el trabajo es realizado por hombres que se han reunido con el solo objeto de aumentar el conocimiento exacto.[133]

Se trata de un modelo epistemológico donde el investigador debe volverse un recipiente vacío y transparente, neutral (o como se ha dicho, incapaz de pensar), lo que le permitiría una supuesta asepsia en el manejo de la información y la expresión diáfana del pasado (tal cual fue) desde sus fuentes originales.[134] El positivismo empirista rankeano difería del de Comte (para el francés las observaciones sí estaban guiadas por teorías), pero ambos coincidían en la dualidad de hechos y valores, por lo que el conocimiento empírico debe separarse de finalidades morales o normas éticas.[135] De allí a creer que era posible "eliminar" o "desaparecer" al historiador para lograr la imparcialidad deseada por Acton hay un solo paso. Aunque se discute si Ranke fue o no el pilar de ese modelo, lo cierto es que fue adoptado en México de forma indirecta a lo largo del siglo XX, ya que no se tradujo su obra sino hasta mediados de la centuria.[136] En esa época predominó "la herencia metódica: el tener que basarse en los datos positivos, empíricos, para construir con ellos las narraciones de lo que *realmente pasó* sin sustentarlas en creencias metahistóricas".[137] Gracias

al trabajo y a la influencia del historiador mexicano Silvio Zavala y del historiador español transterrado Rafael Altamira, el modelo positivista consiguió prevalecer justo cuando comenzó el proceso de profesionalización e institucionalización de la historia en nuestro país. Zavala expresó esta epistemología con claridad: “Yo trato únicamente de decir, con apoyo en datos histórico-jurídicos, lo que hubo realmente. Por eso acudo al estudio objetivo de hechos”.[138]

Frente a la perspectiva basada en ese “método científico”, Edmundo O’Gorman denunció, en un artículo publicado en 1945, la fijación cientificista por la supuesta imparcialidad como elemento indispensable del quehacer entre los historiadores positivistas.[139] En aquellos días, O’Gorman y otros intelectuales de filiación historicista estaban envueltos en una polémica con Silvio Zavala y los seguidores de la historia “tradicional” acerca de la forma de hacer historia en México. Éstos daban un papel central al trabajo de archivo para buscar y encontrar documentos con datos “en apego irrestricto a la ‘verdad’ de los hechos”, que les permitirían producir una visión “objetiva” e “imparcial” del pasado.[140] Los historicistas señalaban que esa historiografía estaba al servicio de los intereses del gobierno mexicano y le servía de justificación y legitimación, por lo que pedían su renovación. O’Gorman tenía como propósito evidenciar “el carácter político-instrumental del discurso histórico-científico”, que buscaba beneficiar al gobierno mexicano posrevolucionario y su proyecto nacionalista.[141] Por eso, el profesor universitario subrayaba que “las preferencias del historiador son las que comunican sentido pleno y significatividad a ciertos hechos que, por eso mismo, son efectivamente los más importantes, los más históricos, y en definitiva, los más verdaderos”, por lo que la pretendida imparcialidad en realidad era una monstruosidad.[142] Y esas preferencias estaban fuertemente influidas por los intereses políticos personales, que coincidían con los del gobierno mexicano en turno.

El discípulo de José Gaos profundizó, en un trabajo de 1956, unas cuantas proposiciones sobre lo que entendía era la naturaleza del hecho histórico. Mostró que “no hay hechos históricos en sí; que el hombre puede dotar de ese ser peculiar a cualquier acontecimiento cuando una necesidad previa así lo exige”; el sentido histórico de un acontecimiento estriba en el investigador y no en el documento, esto es, el sentido histórico, “nosotros se lo concedemos y de ese modo lo dotamos de aquel ser”. En esta propuesta “el conocimiento historiográfico es la manera de adecuar el pasado a las exigencias del presente, es decir, una operación que consiste en poner al pasado (concebido como hecho histórico) al servicio de la vida”.[143] Así, O’Gorman invitaba a una reflexión sobre el proceso de investigación en historia que, en mi opinión, todavía resulta pertinente. El

investigador necesita ser consciente de la complejidad de su trabajo intelectual, en lugar de suponer que los hechos del pasado, o las fuentes, hablan por sí mismos. Esta reflexión no consiguió arraigar en la profesión histórica en México, además de que el historicismo ha sido criticado sobre todo por sus propuestas filosóficas, propuestas y posiciones que aquí no tomo en cuenta.[144] El positivismo cientificista terminó asentándose y dominando en las publicaciones y las instituciones.[145] Aunque se ha dicho que las propuestas historicistas fueron más o menos incorporadas, esa incorporación, de haberse dado, fue limitada ante el predominio de prácticas políticas disfrazadas de criterios científicos marxistas; así como por la novedad representada por la llamada Escuela de los Annales.[146]

Ahora bien, los historiadores franceses también partieron de una postura crítica ante el positivismo. Por ejemplo, Lucien Febvre, uno de los fundadores de esa corriente, utilizó una metáfora tomada de la física para remarcar que "el hecho en sí" no era el "pretendido átomo de la historia", sino que se descomponía en "un complejo intrincado… no de datos, sino de lo tantas veces creado por el historiador, lo inventado y lo fabricado con ayuda de hipótesis y conjeturas, mediante un trabajo delicado y apasionante". De manera que "toda historia es elección" porque "el historiador crea sus materiales o los recrea, si se quiere". El investigador no parte de cero ("no va rondando al azar"), sino que acude a las fuentes con un proyecto preciso, un problema que resolver. Así que "elaborar un hecho es construir. Es dar soluciones a un problema".[147] De esta corriente surge la crítica epistemológica de Michel de Certeau.

En 1975, Certeau, un jesuita interesado en la historia, las ciencias sociales y el psicoanálisis, publicó un libro sobre el proceso de escribir historia o, como él la llamaba, la operación historiográfica.[148] En *La escritura de la historia*, se perciben influencias del filósofo Raymond Aron, del historiador Paul Veyne, y del filósofo e historiador Michel Foucault, mientras resalta el interés personal del autor en el psicoanálisis.[149] Sin embargo, Certeau tomó distancia frente a esas influencias, por ejemplo, evitó la dispersión temática y verbal de Foucault, así como su lenguaje aforístico y contradictorio.[150] En cambio, le resultaron útiles las sugerencias del "sol negro del lenguaje" acerca de la importancia de las instituciones como centros de disciplina y castigo, para su análisis del mundo académico. El historiador jesuita fue sistemático, claro y congruente en su esquema epistemológico, algo que difícilmente puede decirse de Foucault (o de muchos historiadores); también aplicó el relativismo sugerido por Veyne para cuestionar empirismos y realismos ingenuos sobre los hechos en historia, pero sin aceptar que todo se reduce a un texto de ficción. De manera que Certeau comenzó por un punto básico: si el

dato es construido por el historiador (como asegura Febvre) entonces ¿cómo se construye? ¿desde dónde, a partir de qué punto, o elemento, o razón, se configura? ¿cuáles son los condicionantes de esa operación? O en términos foucaultianos ¿qué posibilitó el dato histórico?

Certeau planteó ver a la historia como una "práctica (una 'disciplina'), su resultado (el discurso), o su relación bajo la forma de una 'producción'".[151] Desde su perspectiva, el origen de la escritura de la historia como disciplina en Occidente estuvo ligada al poder político. Los príncipes, o el Estado, fueron los patrocinadores del desarrollo de esta forma de conocimiento, y por lo mismo, la historia era esencialmente una historia política. El producto del trabajo del historiador es un discurso, el discurso histórico, que es, a su vez, un capital. Sólo hay que recordar que en México O'Gorman señaló la estrecha relación entre el poder político y los historiadores.[152] Ahora bien, no basta con develar la relación entre el poder y la historia, porque los historiadores decimos que nuestro objeto de estudio es la realidad del pasado, constituida por *hechos* o *datos*, es decir *hechos históricos* identificables en las fuentes.

Al igual que para Febvre, para Certeau, el trabajo del historiador se coloca en lugar del dato histórico. "Cambia el significado de la investigación: de un sentido revelado por la realidad observada, pasa al análisis de opciones o de organizaciones de sentidos implicados por operaciones interpretativas". Los hechos se constituyen con la lectura que hace el historiador, es él quien dota de sentido al pasado desde su presente. Esto es fundamental: "Todo 'hecho histórico' es el resultado de una praxis, signo de un acto y por consiguiente afirmación de un sentido. Es resultado de procedimientos que han permitido articular un modo de comprensión con un discurso de 'hechos'".[153] En palabras del filósofo francés Paul Ricoeur, es necesario "rechazar la confusión inicial entre hecho histórico y acontecimiento real rememorado. El hecho no es el acontecimiento, devuelto a su vez a la vida de la conciencia testigo, sino el contenido de un enunciado que intenta representarlo".[154] En este sentido, la interpretación del pasado, aunque esté controlada por análisis documentales, "siempre está guiada por una lectura del presente", desde los modelos de investigación, las preguntas relevantes, hasta las imposiciones sociopolíticas y las problemáticas del investigador. Así que, la historiografía (la producción de investigaciones históricas) combina un lugar social, unas prácticas científicas y una escritura. En este punto, Certeau fue lúcido y brillante:

> Toda investigación historiográfica se enlaza con un lugar de producción socioeconómica, política y cultural. Implica un medio

> de elaboración circunscrito por determinaciones propias: una profesión liberal, un puesto de observación o de enseñanza, una categoría especial de letrados, etcétera. Se halla, pues, sometida a presiones, ligada a privilegios, enraizada en una particularidad. Precisamente en función de este lugar, los métodos se establecen, una topografía de intereses se precisa y los expedientes de las cuestiones que vamos a preguntar a los documentos se organizan.[155]

Las investigaciones históricas se construyen con los datos configurados a partir de las fuentes, pero también desde las instituciones donde se formó el historiador (académicas y de otros tipos), que ejercen diversas formas de presión y manifiestan de diferentes maneras su poder académico, social, simbólico y, por supuesto, político. En una investigación, se entrelazan los encuadres disciplinarios que guían el desarrollo de una carrera académica, pero también los intereses personales subjetivos. Todo lo anterior incide en lo que el historiador elige incluir en su trabajo y en lo que decide excluir, en aquello que detalla y aquello que soslaya, en lo que elige para darle voz y lo que elige para silenciar. Las instituciones académicas establecen las formas de lo posible y lo expresable, así como también de lo que no se dice en una investigación. Pero no están aisladas del mundo (no son las torres de marfil imaginadas por algunos), pues dependen de financiamientos públicos y privados y están sujetas a los intereses políticos y las tendencias sociales y culturales de cada época; y aquí *institución* refiere también a los grupos académicos administrativos que gobiernan los procesos internos, y que tienen sus propias políticas, sus luchas, y ejercen poder a su manera.[156] Una investigación de historia expresa todo lo anterior pero sin palabras, pues queda oculto en los entramados teórico-metodológicos y en las formas lingüísticas que utiliza.[157] Así, tiene sentido la afirmación de un historiador haitiano en que “los dispositivos de poder[…] hacen que toda narrativa histórica no sea otra cosa que un particular ‘conjunto de silencios’”.[158] El texto histórico es, además, un producto académico en el más amplio sentido de la palabra, organizado según las reglas y prácticas de la academia y dirigido a ese grupo porque el autor busca ser aceptado y reconocido como par. En síntesis, “desde el acopio de los documentos hasta la redacción del libro, la práctica histórica depende siempre de la estructura de la sociedad”.[159]

Aquí resultan útiles algunas ideas de Paul Ricoeur sobre la noción de neutralidad. Si bien sus razones y preocupaciones eran de tipo ontológico más que epistemológico, lo que Ricoeur apuntó respecto a la literatura es aplicable también a la historia: “No hay relato

éticamente neutro. La literatura es un amplio laboratorio donde se ensayan estimaciones, valoraciones, juicios de aprobación o de condena".[160] La diferencia es que en la literatura esta peculiaridad es más o menos consciente, en tanto que en historia se mantiene la pretensión de una neutralidad ética. Ante ello, el filósofo aclara que "la forma de relato que se considera la más neutra a este respecto, a saber, el relato historiográfico, no alcanza nunca el grado cero de la estimación".[161] La neutralidad en la narración histórica queda limitada desde el momento en que somos seres humanos los que seleccionamos ciertos temas, ciertos documentos, ciertos enfoques, ciertas teorías, y conjugamos todo ello en un texto sobre otros seres humanos igualmente inmersos en las pasiones de su propio tiempo. La neutralidad y las posiciones equilibradas son presupuestos quiméricos o ilusorios que encubren lo contrario: los intereses y los deseos de control.

> Una vez desenmascarada la falsa pretensión del historiador de producir historia en una especie de estado de ingravidez sociocultural, surge la sospecha de que toda historia con pretensión científica esté viciada por un deseo de dominio, que erige al historiador en árbitro del sentido.[162]

Se trata, pues, de rechazar los presupuestos positivistas que dan primacía al dato documental (considerándolo como transmisor directo de una realidad pasada), que descansan en una idea simple del lenguaje como "reflejo de la realidad" (o como un medio transparente que deja "hablar a los hechos del pasado") y que postulan la objetividad (entendida como neutralidad o "ingravidez sociocultural") como único valor de la investigación.[163] El pasado *no está dado* en la documentación ni es recibido de forma pasiva por el investigador; es éste quien lo construye, elaborándolo como *un producto* al manipular los materiales que utiliza como fuentes.[164] En palabras de Ricoeur, "no hay observación sin hipótesis ni hecho sin preguntas. Los documentos sólo hablan si se les pide que verifiquen, es decir, que comprueben la verdad de semejante hipótesis". Todo puede devenir en documento o fuente mediante los cuestionamientos que realiza el investigador.[165] Mientras que la operación que organiza y transforma informaciones primarias es científica, la subjetividad es parte integral por medio de los encuadres disciplinarios, personales e institucionales que guían el trabajo.

Con base en lo dicho hasta aquí, es evidente que, cuando se apela al documento como dador o contenedor del pasado, cuando se dice que se deja que los hechos o los actores hablen por sí mismos, lo que se busca es encubrir la subjetividad del investigador y favorecer un enfoque positivista acorde con el orden dominante. Cuando se afirma

que el lenguaje es un reflejo claro y transparente de las realidades del pasado, y cuando se apela a la objetividad como elemento que autoriza a escribir tal o cual cosa, se silencian (se ocultan) los intereses del historiador y su presente, intereses de dominación ideológica y política. Esos intereses inciden en las investigaciones, y cuando cambian esas condiciones, también se desplazan las miradas de los historiadores y sus productos de investigación; “un cambio de la sociedad permite al historiador tomar otra distancia en relación con lo que se convierte globalmente en pasado”.[166] De pronto, las nuevas condiciones parecen mejores, y es mayor la lucidez sobre los defectos y límites de las anteriores historiografías, y sobre sus polémicas y sus prejuicios.

El modelo propuesto por Michel de Certeau ha sido aplicado para analizar la historiografía mexicana en general, así como algunas discusiones teórico-metodológicas de mediados del siglo XX en México, desde la premisa de que los “fundamentos que aporta la academia son imprescindibles para el poder estatal, pues con ellos se crea una apariencia de racionalidad en cualquier acción del Estado que el discurso académico explique”.[167] Poco después de la aparición del texto francés de Certeau, Enrique Florescano retomó sus propuestas, y las adaptó desde el materialismo histórico para reflexionar sobre la historiografía en México, que consideraba un ámbito limitado a examinar contextos intelectuales e ideológicos de las publicaciones, sin referirse a las “condiciones sociales que permiten” la reconstrucción histórica.

> Es decir, para los historiadores, la crítica de su actividad sólo es pertinente en el alto momento del discurso elaborado, no en los bajos fondos que lo producen. Y precisamente esta operación que oculta las condiciones materiales y sociales que permiten la actividad del historiador es la que hace aparecer a la obra histórica como un producto individual o gremial, no social.[168]

Florescano se concentró en los aspectos menos glamorosos e intelectuales del proceso de construcción de las obras de historia, pues, al exaltarse el texto como producto terminado, se borran los contextos materiales, académicos y sociales de su producción. Así, el trabajo intelectual y la ciencia aparecen como autónomos, “lejos de los ruidos del trabajo y las relaciones sociales que la crean”. Pero el investigador no define en soledad y libertad temas y procedimientos de su investigación, lo hace inserto en una red de condiciones materiales y medios sociales como universidades, centros de investigación, archivos, y podemos añadir becas, financiamientos, encuentros académicos, congresos, redes de investigación, pares, etcétera. Por encima de esta red, el Estado autoritario mexicano se

interesa en determinar "el para qué de la obra histórica" y en utilizar a los historiadores como instrumento de su poder, pero también delega en las instituciones de enseñanza e investigación esa prerrogativa, los *cuerpos* que controlan o dominan las instituciones podían imponer sus propios intereses ideológicos, de grupo, políticos y personales.[169]

El régimen autoritario priista se ha transformado en un sistema político neoliberal, el cual sigue igualmente interesado en definir y encauzar las interpretaciones del pasado y en condicionar a los historiadores. Así, desde la década de los ochenta, el gobierno patrocinó un proceso de privatización de la cultura y de reinterpretación de la historia nacional, por medio de "subsidios y ayudas" a ciertos intelectuales metidos a empresarios de medios dirigidos al público en general, en consonancia con los intereses del nuevo orden neoliberal.[170] Hoy, igual que en 1980, la libertad de discurso, la neutralidad, "la objetividad y la imparcialidad científica" y académica resultan artilugios ilusorios que disimulan los intereses en favor de una determinada corriente de pensamiento y en detrimento de otras, mientras se impulsan ciertas investigaciones y se excluyen otras. Los programas de enseñanza pueden ser utilizados para imponer "una manera de pensar y construir la realidad histórica"; incluso los métodos de investigación, "objetivos e imparciales", también "permiten defender, afirmar e incrementar el poder o las ideas de quienes los transmiten".[171]

> De este tejido real de intereses, ambiciones y manipulaciones del aparato institucional que condiciona la base material de la investigación y los procedimientos bajo los que ésta se desarrolla, no se escribe ni se hace la crítica cuando se habla de "escuelas históricas", "de corrientes de la investigación", de "políticas de investigación". Y sin embargo, es tan determinante de éstas como la misma práctica científica que produce las obras.[172]

Este y otro texto de Florescano muestran que algunos investigadores mexicanos estaban al tanto de las vanguardias epistemológicas y las desarrollaban para el ámbito nacional.[173] Sin embargo, hubo pocos intentos similares en las décadas siguientes, quizá como resistencia a la reflexión epistémica, o el rechazo a cuestionar los aspectos no dichos del trabajo intelectual, o sencillamente porque la racionalidad neoliberal se impuso. Se puede mencionar una conferencia de Elías Trabulse de 1987, con un "diagnóstico crítico" del estado de la historiografía en México, con referencia a la obra de Hayden White, poco conocida entonces, y todavía poco referida en la actualidad; un indicativo del vacío en torno a las reflexiones teóricas críticas.[174] También es posible que la indiferencia sea por comodidad o por

simple conveniencia, ya que, al no hacer inteligible el lado nada glamoroso de las posiciones políticas, convicciones personales, lagunas de información, información dejada de lado, condicionamientos académicos y restricciones no escritas, la atención de los lectores se concentra en el texto publicado, producto que, como escribió Certeau, disimula todo lo anterior en un discurso acabado. La reflexión crítica hecha en México reapareció desde 2003 con la revista *Contrahistorias*, un esfuerzo encabezado por el historiador Carlos Alberto Aguirre Rojas. La publicación es una opción a "contrapelo" dentro del mundo editorial. Con base en una perspectiva de izquierda, se argumenta que no existe en México "el debate teórico fuerte" como tampoco una "historia de la historiografía", lo que deriva en una pobreza académica y una serie de carencias de una disciplina "terriblemente empirista" (además de aburrida, positivista, oficial y complaciente con los poderes establecidos). La revista va "en contra de esas formas hoy dominantes y ampliamente difundidas de concebir, investigar, escribir, y difundir" la historia.175 Con un sentido parecido, el historiador Carlos Illades muestra que la reflexión epistémica es deseable y necesaria para una historiografía acotada por intereses de todo tipo. Con motivo de su reciente libro sobre el médico socialista Rhodakanaty, apunta en su prefacio que,

> aunque los historiadores se resistan a admitirlo, la elección de temas de estudio y enfoques teóricos no es ingenua y menos accidental. Ensimismados en la Babel académica, los profesionales de la historia se piensan a sí mismos autónomos, inmersos en un pasado que sólo ellos entienden, propietarios de "sus fuentes", a resguardo de los vaivenes de la política. Cuesta trabajo, sin embargo, encontrar algún saber más perturbado por esta: la Historia –objeto y conocimiento a la vez– despierta una tentación grande. De igual forma, las omisiones no son simples descuidos, objetos extraviados por falta de testimonios documentales o de otra índole: revelan rasgos y tendencias.176

En la investigación histórica publicada actualmente en México existen condicionamientos académicos y extraacadémicos, en especial posiciones políticas e ideológicas, que dan forma al elefante en la sala. Es tiempo de hablar abiertamente de su importancia, de ser conscientes de su incidencia, e incluirlos en una crítica historiográfica que permita dejar atrás inercias y displicencias en la academia. En los siguientes capítulos mostraré cómo la historiografía sobre el Porfiriato refleja ciertos intereses e ideologías.

1 El ensayo es el ya citado de Benjamin y Ocasio-Meléndez, "Organizing the Memory"; el manual mencionado es: Mauricio Tenorio Trillo y Aurora Gómez-Galvarriato, *El Porfiriato* (México:

Fondo de Cultura Económica/CIDE, 2006).

2 Algo similar se ha dicho de la historiografía de la Revolución mexicana, véase Luis Barrón, *Historias de la Revolución mexicana* (México: CIDE/Fondo de Cultura Económica, 2004), 13. Un comentario parecido, para la historiografía y filosofía en idioma inglés, en Frank Ankersmith, "Historiografía y posmodernismo", *Historia Social*, 50 (2004): 7-23; el texto apareció originalmente en 1989, en *History and Theory*. En una conferencia de 1991, Umberto Eco también habló de la increíble cantidad de información disponible gracias a la informática, alertando que "la abundancia de información puede generar la absoluta ignorancia [...] saber que existen diez mil libros sobre Julio César es lo mismo que no saber nada". Umberto Eco, *La memoria vegetal* (México: Lumen, 2021), 16-17.

3 Benjamin y Ocasio-Meléndez, "Organizing the Memory".

4 *Ibid.*, 323-324.

5 *Ibid.*, 361-364.

6 Paul Garner, *Porfirio Díaz. Del héroe al dictador. Una biografía política* (México: Planeta, 2007). La primera edición en inglés salió en 2001; la primera en español, en 2003. El libro de Garner tiene varias ediciones, señalaré cada una cuando sea necesario. Algunas reseñas favorables para el libro de Garner y su "visión equilibrada" se encuentran en las siguientes revistas: la inglesa *Journal of Latin American Studies* 34, núm. 4 (2002): 965-966; la española *Revista de Estudios Políticos*, núm. 130 (2005): 245-303; y en *Historia Mexicana* 54, núm. 2 (2004): 602-609.

7 Garner, *Porfirio Díaz* (2007), 14.

8 *Ibid.*, 15.

9 *Id.*

10 *Ibid.*, 16-20.

11 *Ibid.*, 25. Véase Rafael Lemus, *Breve historia de nuestro neoliberalismo. Poder y cultura en México* (México: Penguin Random House, 2021), 25-57. A diferencia de Reyes Heroles, Krauze nunca ha sido funcionario público.

12 Garner, *Porfirio Díaz* (2007), 26-27.

13 Paul Garner, "Vaivenes de la 'leyenda negra'", *Nexos*, 2015, http://www.nexos.com.mx/p=25430 (consultado en julio, 2017).

14 Tenorio y Gómez, *El Porfiriato*, 11-22.

15 Alan Knight, "Patterns and Prescriptions in Mexican Historiography", *Bulletin of Latin American Research* 25, núm. 3 (2006): 340-366.

16 *Ibid.*, 347.

17 Alan Knight, "VIII. El precio de la longevidad", *Nexos*, 2015, www.nexos.com.mx/?p=25427 (consultado en enero, 2017).

18 Raymond Buve, "Un paisaje lunar habitado por bribones y sus víctimas. Mirada retrospectiva al debate sobre las haciendas y los pueblos durante el porfiriato", en *Don Porfirio presidente…, nunca omnipotente. Hallazgos, reflexiones y debates. 1876-1911*, ed. Romana Falcón y Raymond Buve (México: Universidad Iberoamericana, 1998), 121-151.

19 Raymond Buve y Romana Falcón, "Introducción", en *Don Porfirio presidente…, nunca omnipotente. Hallazgos, reflexiones y debates. 1876-1911*, ed. Raymond Buve y Romana Falcón (México: Universidad Iberoamericana, 1998), 13-36.

20 Sandra Kuntz, "La historiografía económica reciente sobre el México decimonónico", *Mexican Studies/Estudios Mexicanos* 21, núm. 2 (2005): 461-492; Paolo Riguzzi, "From Globalization to Revolution? The Porfirian Political Economy: An Essay on Issues and Interpretations", *Journal of Latin American Studies* 41, núm. 2 (2009): 347-368.

21 María Eugenia Ponce Alcocer, "Un vistazo a la historiografía política del Porfiriato (1996-2006)", *Historia y Grafía*, núm. 27 (2006): 107-135. Un texto sobre la "nueva historia política" mexicana no menciona el Porfiriato, si bien critica a la historia cultural mientras recalca que se dejaron atrás las teleologías, Véase Érica Pani, "La 'nueva historia política' mexicanista: no tan nueva, menos política, ¿mejor historia?", en *Ensayos sobre la nueva historia política de América Latina. Siglo XIX*, ed. Guillermo Palacios (México: El Colegio de México, 2007), 63-81.

22 María Luna Argudín y María José Rhi Sausi, eds., *Repensar el siglo XIX. Miradas historiográficas desde el siglo XX* (México: Secretaría de Cultura/Fondo de Cultura Económica/UAM, 2015).

23 María Luna Argudín y María José Rhi Sausi, "Introducción", en Luna y Rhi, *Repensar el siglo XIX*, 17.

24 Véase Carlos Becerril, "Introducción", en *Historiografía del Porfiriato. Diversas interpretaciones en torno a un polémico asunto*, ed. Carlos Becerril (México: Universidad Anáhuac, 2017), IX-XXIII.

25 Como señala un historiador italiano "el revisionismo, una vez arrinconados los excesos polémicos y el propio término en su connotación negativa, vuelve a formar parte del trabajo normal de la historiografía", Poggio, *Nazismo y revisionismo*, 200. Algunos trabajos revisionistas han sido aportaciones de primera importancia en diversos temas, como la guerra de 1948 que dio lugar a Israel como país, o la del número de víctimas del Gulag, entre otros, véase Enzo Traverso, "Revisión y revisionismo", *Pasajes. Revista de pensamiento contemporáneo* 14 (2004): 70-71.

26 Luna y Rhi, "Introducción", 24-26. Véase también Álvaro Matute, *Aproximaciones a la historiografía de la Revolución mexicana* (México:

UNAM, 2005), 39-54.
27 Poggio, *Nazismo y revisionismo*, 200.
28 Traverso cita el caso de un libro del historiador marxista Eric Hobsbawm que fue desechado por una editorial francesa porque el editor e historiador Pierre Nora lo consideró anacrónico, en medio de la ola revisionista impulsada por la derecha francesa. Traverso, *La historia*, 13-14, 36. El mismo Hobsbawm comparó el asunto con la censura que el régimen soviético impuso sobre su trabajo, Eric Hobsbawm, Prefacio a *Sobre la historia* (Barcelona: Crítica, 2002), 9. Para España véase Francisco Sevillano Calero, "El revisionismo historiográfico, sobre el pasado reciente en España", *Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea*, núm. 6 (2007): 183-190.
29 Traverso, *La historia*, 59-61.
30 La interpretación retoma y recicla los argumentos marxistas que consideraban necesario implantar el capitalismo en todo el mundo antes de la victoria socialista, por lo que cualquier movimiento fuera de las organizaciones obreras era retrógrado o reaccionario. Se trata de una "versión antibolchevique de una historia bolchevizada" entre historiadores europeos, Traverso, *La historia*, 71-73.
31 Por ejemplo, se considera que la revolución francesa fue un enloquecido baño de sangre impulsado por razones puramente políticas (por no decir criminales), Traverso, *La historia*, 76-85. En tanto que el fascismo italiano resulta haber sido sencillamente una expresión de la burguesía, y su líder, Mussolini, en realidad no era fascista; en cuanto al nazismo, es maquillado como una respuesta natural a los peligros y excesos bolcheviques, por lo que Hitler simplemente fue un angustiado y desbocado nacionalista defensor de Alemania, véase Poggio, *Nazismo y revisionismo*, 209, 213. Para una crítica del revisionismo desde la política y la opinión pública en Alemania, pero válida para los revisionismos en general, véase Jürgen Habermas, "Del uso público de la historia. La quiebra de la visión oficial de la República Federal de Alemania", *Pasajes. Revista de pensamiento contemporáneo* 24 (2007): 77-84, artículo que se publicó originalmente en un diario alemán en noviembre de 1986.
32 Poggio, *Nazismo y revisionismo*, 203-208. Véase Traverso, *La historia*, 140-142.
33 Poggio, *Nazismo y revisionismo*, 218-221. El revisionismo en México incluye ahora temas como la conquista, véase Martín Ríos Saloma, "Conquista, ¿qué conquista? Notas para una revisión y crítica historiográfica", en *La disputa del pasado. España, México y la leyenda negra*, ed. por Emilio Lamo de Espinosa (México: Turner, 2021), 33-58.

34 Alicia Salmerón, “Paul Garner: Porfirio Díaz. Del héroe al dictador. Una biografía política”, *Revista Fuentes Humanísticas* 19, núm. 34 (2007): 171-177.

35 Walter Benjamin, “Historia literaria y ciencia de la literatura”, *Contrahistorias. La otra mirada de Clío* 3 (2004): 21-26.

36 Buve, “Un paisaje lunar”, 129-143.

37 La mención del constructo en Buve, “Un paisaje lunar”, 121. Véase, al respecto, Charles Hale, *La transformación del liberalismo en México a fines del siglo XIX* (México: Fondo de Cultura Económica, 2002), 32-34. También véase Knight, “VIII. El precio de la longevidad”. Sobre el revisionismo enfocado en la Revolución mexicana, véase Alan Knight, *La revolución cósmica. Utopías, regiones y resultados, México 1910-1940* (México: Fondo de Cultura Económica, 2015).

38 Buve, “Un paisaje lunar”, 121.

39 Para la teoría de la dependencia en América Latina, véase Marcia Solorza y Moisés Cetré, “La teoría de la dependencia”, *Revista Republicana*, núm. 10 (2011): 127-139. Un comentario preciso en Alejandra Salas-Porras, *La economía política neoliberal en México ¿Quién la diseñó y cómo lo hizo?* (México: Akal FOCA, 2017), 17-18.

40 Buve, “Un paisaje lunar”, 132.

41 Una breve descripción de este proceso entre las décadas de 1960 y 1980, concentrada en el discurso sobre la Revolución mexicana, en Benjamin, *La Revolución*, 211-214. Un análisis profundo del ascenso y dominio de los tecnócratas neoliberales en México, en Salas-Porras, *La economía política*.

42 Políticas neoliberales rigen al Estado mexicano desde noviembre de 1982 debido a una carta de intención con el Fondo Monetario Internacional (FMI). Véase Evel Cadena, “El neoliberalismo en México: saldos económicos y sociales”, *Quivera* 7, núm. 1 (2005): 198-236.

43 Knight, “VIII. El precio de la longevidad”. Cursivas en el original.

44 Un ejemplo, en Felipe Ávila Espinosa, *La justicia durante el Porfiriato y la Revolución. El problema agrario a fines del Porfiriato y en los comienzos de la Revolución* (México: Suprema Corte de Justicia de la Nación, 2010).

45 Carlos Becerril Hernández, “‘Poca política y mucha administración’. Historiografía jurídica del Porfiriato. Un acercamiento”, en Carlos Becerril Hernández, ed., *Historiografía del Porfiriato. Diversas interpretaciones en torno a un polémico asunto* (México: Universidad Anáhuac, 2017), 75. Esos años dorados resultan por lo menos discutibles, pues detrás de la aplicación de las leyes incidían muchos factores extrajudiciales que sencillamente son ignorados de forma consciente por los investigadores, o bien porque, por su naturaleza sutil, pasan desapercibidos. Otra forma de apreciar una

impecable aplicación de la ley es mediante la escenificación del poder jurídico (juzgados, leyes, castigos, jueces implacables) en los ámbitos locales de disputa, como complemento del poder político, no como su contrapeso.

46 Ponce, "Un vistazo a la historiografía", 107-135. Véase estudios recientes en José Antonio Aguilar Rivera, ed., *Las elecciones y el gobierno representativo en México (1810-1910)* (México: Fondo de Cultura Económica/Conaculta/Instituto Federal Electoral, 2010); también, Fausta Gantús y Alicia Salmerón, eds., *Cuando las armas hablan, los impresos luchan, la exclusión agrede… Violencia electoral en México, 1812-1912* (México: Instituto Mora, 2016).

47 Sobre el enfoque funcionalista véase Jeffrey C. Alexander, *Las teorías sociológicas desde la Segunda Guerra Mundial* (México: Gedisa, 2008), 11-108.

48 Confusión que existía desde el Porfiriato, lo que se ejemplifica con el comentario de Molina Enríquez sobre *El Imparcial*, un periódico porfirista: "Ese periódico que confunde la prosperidad de los criollos nuevos con la nacional" (Andrés Molina Enríquez, *Los grandes problemas nacionales* (México: INEHRM/Secretaría de Cultura, 2016), 119).

49 Tanto Coatsworth como Kuntz Ficker tenían clara la extensión del tendido de ferrocarriles y lo limitado de los mercados que contribuyeron a conformar, véase Sandra Kuntz Ficker, Introducción a *Ferrocarriles y obras públicas*, ed. por Sandra Kuntz Ficker y Priscilla Connolly (México: Instituto Mora, 1999), 9-38. Sin embargo, después ese discurso cambió.

50 Véase Jonathan C. Brown, "From Structuralism to the New Institutional Economics: A Half Century of Latin American Economic Historiography", *Latin American Research Review* 40, núm. 3 (2005), 97-99.

51 "Without doubt, the neoliberal surge in contemporary Latin American economic policies tends to reinforce the intellectual appeal of the NIE [New Institutional Economics]" (Brown, "From Structuralism", 99). Traducción mía.

52 Un ejemplo reciente del renovado Porfirio Díaz, carismático y señorial, puede verse en Lara Campos Pérez, *Ave, oh, Porfirio! Conmemoraciones, cesarismo y modernidad al final del Porfiriato (1900-19119)* (México: UNAM, 2018).

53 Esta conclusión se condensa en afirmar que después de la caída de Díaz siguieron "cien años de confusión", una de las frases favoritas de la derecha mexicana y de los gobiernos surgidos del Partido Acción Nacional (PAN). Véase Enrique Semo, "Tres fines de siglo", en *Fin de siglos ¿fin de ciclos? 1810, 1910, 2010*, ed. Leticia Reina y Ricardo Pérez Montfort (México: INAH/CIESAS/Siglo XXI, 2013),

15.

54 Ejemplos de la nostalgia convertida en textos de historia (y *best sellers*) son Carlos Tello Díaz, *El exilio: un relato de familia* (México: Random House Mondadori, 2013), cuya primera edición es de 1993; y Rafael Tovar y de Teresa, *El último brindis de don Porfirio* (México: Penguin Random House, 2016), la primera edición es de 2010.

55 Por ejemplo, la interpretación que señala que el "capitalismo clientelar" caracterizaba al régimen de Díaz pone el acento en elementos como la corrupción, las clientelas, el tráfico de influencias y el uso de información privilegiada en favor de miembros e intereses, de las elites, y en detrimento de los demás actores. Véase Stephen Haber, "The Commitment Problem and Mexican Economy History", en *The Mexican Economy, 1870-1930. Essays on the Economic History of Institutions, Revolution, and Growth*, ed. Jeffrey L. Bortz y Stephen Haber (Stanford: Stanford University Press, 2002) 324-336. La perspectiva revisionista descarta esa interpretación como una visión parcial y poco útil para la comprensión del Porfiriato y su proceso de construcción de un Estado-nación (Riguzzi, "From Globalization", 352-353).

56 El término *neoporfirismo* fue utilizado por el historiador mexicano Daniel Cosío Villegas para describir las peores tendencias del gobierno mexicano de su tiempo y que él consideraba representaban un abandono de la Revolución mexicana (Luna y Rhi, "Introducción", 17-34). Aunque el término fue utilizado primero por Vicente Lombardo Toledano, véase Henry C. Schmidt, "The Mexican Intellectual as Political Pundit, 1968-1976: The Case of Daniel Cosío Villegas", *Journal of Interamerican Studies and World Affairs* 24, núm. 1 (1982): 91. El término *Porfiriato* también es de Cosío Villegas (Elisa Cárdenas Ayala, "El Porfiriato: una etiqueta historiográfica", *Historia Mexicana* 65, núm. 3 (2016): 1405-1433). Véase Charles A. Hale, "The Liberal Impulse: Daniel Cosío Villegas and the *Historia moderna de México*", *Hispanic American Historical Review* 54, núm. 3 (1974): 479-498.

57 Para algunas polémicas relativas al término *neoliberalismo* véase Raewyn Connel y Nour Dados, "Where in the World does Neoliberalism Comes From? The Market Agenda in Southern Perspective", *Theory and Society* 43, núm. 2 (2014): 117-138. Una discusión sobre la vaguedad de términos como *democracia* y *neoliberalismo* en Brown, *El pueblo*, 13-20.

58 Thomas Piketty, *Capital e ideología* (México: Grano de Sal, 2020), 13-16. Otro ejemplo es el "capitalismo meritocrático liberal", véase Branko Milanovic, *Capitalismo, nada más. El futuro del sistema que domina al mundo* (Madrid: Taurus, 2020), 23-86.

59 Véase Naomi Klein, *La doctrina del shock. El auge del capitalismo del desastre* (México: Paidós Booket, 2021), 38-39. Primera edición en inglés en 2007.

60 "Personally, I think that slagging off 'neoliberalism' nowadays is a bit like berating 'Communism' during the Cold War – it is way too broad and indiscriminate, lumping where it should split and, in the process, creating a crude reification which certainly does no further our understanding of history" (Knight, "Patterns and Prescriptions", 350). Traducción mía.

61 Una breve apreciación de las múltiples, y a veces contradictorias, facetas del neoliberalismo, en Brown, *El pueblo*, 57-59. Véase Carlos Tello y Jorge Ibarra, *La revolución de los ricos* (México: Fondo de Cultura Económica, 2020). Otra interpretación enfrenta esta multiplicidad al dividir los enfoques de análisis en tres ámbitos distintos, pero entrelazados, la teoría económica en prácticas concretas, las decisiones políticas que favorecen esas prácticas y la ideología hegemónica que les da sentido, véase Miguel A. Centeno y Joseph N. Cohen, "The Arc of Neoliberalism", *Annual Review of Sociology* 38 (2012): 317-340.

62 El primer libro es: Charles A. Hale, *El liberalismo en México en la época de Mora, 1821-1853* (México: Siglo XXI, 1972); el segundo es, el ya mencionado: Hale, *La transformación del liberalismo*. Para una idea de las diferencias entre los liberalismos y los liberales en México, y en el mundo occidental, véase José Antonio Aguilar Rivera, "Tres momentos liberales en México (1820-1890)", en *Liberalismo y poder. Latinoamérica en el siglo XIX*, ed. Iván Jaksic y Eduardo Posada Carbó (Santiago de Chile: Fondo de Cultura Económica, 2011), 119-152. Otro punto de vista sobre los cambios del liberalismo decimonónico, y sus versiones, en América Latina, en Carmagnani y Forte, "Introducción", 147-158.

63 Friedrich A. Hayek, *Camino de servidumbre* (Madrid: Alianza, 2017), 60. La primera edición es de 1944.

64 Citado en María Eugenia Romero Sotelo, *Los orígenes del neoliberalismo en México. La Escuela Austriaca* (México: UNAM/ Fondo de Cultura Económica, 2016), 169. Hay diferencias entre el liberalismo europeo inspirado en Hayek y otros teóricos, y el neoliberalismo de la escuela de Chicago. Véase Brown, *El pueblo*, 74-76; también, Aguilar, "Presentación", 13-14.

65 No fue coincidencia que el líder chino Deng Xiaoping visitara Londres en noviembre de 1978 y Washington en enero de 1979, como primer paso en su esfuerzo de "vuelta al mundo" y de transformación económica de su país. Véase Carlos Riojas, "América Latina entre narrativas influyentes y tiempos de historia global", *América Latina en la Historia Económica* 25, núm. 3 (2018): 7-39.

66 Stiglitz, *El precio*, 101-108. Sobre la importancia de las decisiones gubernamentales para diferentes aspectos de la economía de un país, véase Thomas Piketty, *El capital en el siglo XXI* (México: Paidós, 2018). Para México hay que leer a Salas-Porras, *La economía política*, 27-44. Véase el comentario sobre la implementación pinochetista del neoliberalismo en Chile, en Ronaldo Munck, "Neoliberalism, Necessitarianism and Alternatives in Latin America: There Is No Alternative (TINA)?", *Third World Quarterly* 24, núm. 3 (2003): 495-511.

67 David Harvey, *Breve historia del neoliberalismo* (Madrid: Akal, 2015), 5-6.

68 *Ibid.*, 6-7. Para Michel Foucault el análisis debía enfocarse en las formas en que el neoliberalismo reorganiza al Estado y se convierte en su racionalidad, un nuevo "arte de gobernar", Michel Foucault, *Nacimiento de la biopolítica. Curso en el Collège de France (1978-1979)* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2007), 17.

69 Harvey, *Breve historia*, 6-7. Margaret Thatcher encabezó una revolución conservadora, clasista, incluso reaccionaria, de modo que puede hablarse de una "revolución de los ricos", o un "rebelión de los ricos contra los pobres", Poggio, *Nazismo y revisionismo*, p. 220; también, Tello e Ibarra, *La revolución*, 34.

70 Harvey, *Breve historia*, 20-26.

71 Véase Stiglitz, *El precio*.

72 Hayek era un ferviente creyente del darwinismo social y de la evolución, la competencia despiadada y la selección natural como metáforas aplicables a la economía (Stiglitz, *Caída libre*, 452). Foucault distinguía un doble origen del neoliberalismo: europeo por medio de la escuela de Friburgo y estadounidense con la escuela de Chicago, ambas corrientes tuvieron en Hayek el elemento vinculante. Más que una reorientación de la teoría, es una "reprogramación de la gubernamentalidad liberal" en crisis ante el keynesianismo, el fascismo, el nazismo y la socialdemocracia". Véase Brown, *El pueblo*, 73-74; también Connel y Dados, "Where in the World", 118-122.

73 Actualmente continúan las diferencias entre quienes se asumen como keynesianos y quienes se dicen antikeynesianos. Véase Stiglitz, *Caída libre*, 401-454. Sobre la relación entre las teorías de Keynes y las medidas del *New Deal*, véase Eric Roll, *Historia de las doctrinas económicas* (México: Fondo de Cultura Económica, 1992), 465-475.

74 Romero, *Los orígenes*, 34-40.

75 Louis Baudin citado en Romero, *Los orígenes*, 40.

76 Harvey, *Breve historia*, 26-28. Romero, *Los orígenes*, 176. Klein, *La*

doctrina, 83. La igualdad como valor fue cuidadosa y sigilosamente dejada de lado, mientras que la democracia se redujo al papel de marco útil, aunque no indispensable, para el desarrollo del libre mercado. Popper escribió: "la libertad es más importante que la igualdad", claro que se refería a la libertad de mercado; véase Josep Fontana, *Historia: análisis del pasado y proyecto social* (Barcelona: Austral, 2013), 157-159; la edición original es de 1982. Véase también el comentario de Bobbio, *Liberalismo y democracia*, 97-99.

77 Véase Eduardo R. Scarano, "Teoría *a priori* en economía: criterios para su evaluación", *Éndoxa: series filosóficas* 21 (2006): 375-394.

78 *Ibid.*, 382-386. Una discusión en ese sentido, en Pablo Sebastián García, "Apriorismo y refutabilidad en el conocimiento económico: sobre una tesis de Lawrence Boland", *Epistemología e historia de la ciencia* 9, núm. 9 (2003): 174-177.

79 Puede consultarse "El método de Mises: a priori y realidad", en la página web del Mises Institute, MisesWire: https://mises.org/es/wire/el-metodo-de-mises-apriori-y-realidad

80 Mises decía que "El único camino que se ofrece a quien quiera reconducir el mundo al liberalismo estriba en convencer a sus conciudadanos de la necesidad de adoptar el programa liberal" (citado en Gustavo R. Velasco, "Un programa para un partido liberal", en *La espada y la pluma. Libertad y liberalismo en México. 1821-2005*, de José Antonio Aguilar Rivera [México: Fondo de Cultura Económica, 2011], 899). Véase Klein, *La doctrina*, 82-89.

81 Sobre la llamada escuela de Chicago, véase Stiglitz, *El precio*, 91-94. El departamento de economía de Chicago se convirtió en el centro que más estudiantes latinoamericanos preparó entre 1957 y 1970 (Klein, *La doctrina*, 92-99).

82 Harvey, *Breve historia*, 26-28. Aunque Hayek modificó un poco sus posturas y llegó a aceptar que los gobiernos debían tener papeles relevantes para la sociedad y la economía (Stiglitz, *Caída libre*, 452-453). Véase Joao Rodrigues, "Where to Draw the Line Between the State and Markets? Institutionalist Elements in Hayek's Neoliberal Political Economy", *Journal of Economic Issues* 46, núm. 4 (2012): 1007-1033.

83 Una breve descripción en Centeno y Cohen, "The Arc of Neoliberalism", 318-320; véase también Salas-Porras, *La economía política*, 35-37. Sobre los acuerdos de Bretton Woods, desde el punto de vista de las teorías económicas, véase Roll, *Historia*, 515-519.

84 Para el caso chileno puede verse la breve descripción en Klein, *La doctrina*, 109-123. Hayek apoyó públicamente la dictadura pinochetista, ya que prefería una buena dictadura que una mala democracia, véase Andrew Farrant, Edward McPhail y Sebastian Berger, "Preventing the 'Abuses' of Democracy: Hayek, the 'Military

Usurper' and Transitional Dictatorship in Chile?", *The American Journal of Economics and Sociology* 71, núm. 3 (2012): 513-538; el artículo intenta exculpar al austriaco pero se enreda ante la evidencia. Otros países que aplicaron reformas neoliberales antes que EUA e Inglaterra fueron Turquía, Brasil, Uruguay y Australia (Connel y Dados, "Where in the World", 122).

85 Thatcher citada en Jacques Lereuz y Fernando I. Salmerón, "El legado del thatcherismo en Gran Bretaña", *Foro Internacional* XXXII, núm 4 (1992), 618.

86 Un balance de la gestión de Thatcher en Lereuz y Salmerón "El legado", 617-643.

87 Harvey, *Breve historia*, 64-72. Para la importancia de la guerra de las Malvinas véase Klein, *La doctrina*, 184-191. Una breve reseña de las políticas de Thatcher como primera ministra en Jeremy Gaunt, "Thatcherismo' la ideología radical que se convirtió en norma global", en *Reuters mundo*, 8 de abril de 2013, https://www.reuters.com/article/internacional-gente-thatcherismo-idLTASIE93707B20130408 (consultado en abril 2021).

88 Stiglitz, *El precio*, p. 198; Salas-Porras, *La economía política*, 35-44.

89 Harvey, *Breve historia*, 29-36. Esos años fueron como bisagras del cambio, cuando palabras y conceptos como *mercado*, *empresa*, *capitalismo*, *neoliberalismo* o *individualismo* dejaron de tener connotaciones negativas para convertirse en "los fundamentos naturales de las sociedades liberales postotalitarias" (Traverso, *La historia*, 12-14). Sobre las terapias de Shock, véase Klein, *La doctrina*.

90 Harvey, *Breve historia*, 47-64. Por ejemplo, el trabajo de adoctrinamiento emprendido por la John M. Olin Foundation para *educar* en las bondades del neoliberalismo al público estadounidense, en especial en las facultades de Derecho de diversas universidades, y entre los jueces (Stiglitz, *El precio*, 92, y 435, nota 32). EUA se ha caracterizado, a lo largo del siglo XX, por una fuerte injerencia de agencias gubernamentales (la CIA y el Departamento de Estado) y de entidades privadas en la forma como se presenta la historia en la educación básica y la media, así como en los lineamientos ideológicos en las universidades y los centros de investigación (Fontana, *Historia: análisis*, 264-271).

91 Stiglitz, *Caída libre*, 14-15. Una descripción del fundamentalismo en las teorías económicas desarrolladas en EUA, en Paul Krugman, *Contra los zombis. Economía, política y la lucha por un futuro mejor* (México: Crítica, 2020), 142-159. Véase también Connel y Dados, "Where in the World", 123.

92 El neoliberalismo y su base teórica (la economía neoclásica de mercados perfectos y eficientes) se sustentan en creencias, es decir

en ideologías; véase Stiglitz, *Caída libre*, 428-447. Las ideologías son tan relevantes que incluso Douglas North señaló que el neoinstitucionalismo requiere desarrollar una teoría del Estado, y otra sobre la ideología; véase North, *Estructura y cambio*, 31-48 y 61-75. Desde la década del sesenta del siglo XX algunos analistas estadounidenses consideraban que la escuela de Chicago tenía como uno de sus defectos una "estrechez de miras ideológicas", Klein, *La doctrina*, 94.

93 En noviembre de 1982 el gobierno mexicano firmó una carta de intención con el FMI, además de un memorándum técnico de entendimiento firmado por Jesús Silva Herzog y Carlos Tello Macías. Mediante ambos documentos, se estableció al neoliberalismo como la directriz de la política económica mexicana (Cadena, "El neoliberalismo", 198-236). Sin embargo, seis años antes, en 1976, durante una crisis similar, el gobierno había aceptado un convenio con el FMI, que no se aplicó gracias al inesperado auge petrolero (Enrique Cárdenas Sánchez, "La restructuración económica de 1982 a 1994", en *Del nacionalismo al neoliberalismo, 1940-1994*, ed. Elisa Servín (México: Fondo de Cultura Económica/CIDE/INEHRM/Conaculta, 2010), 241).

94 Romero, *Los orígenes*, 9. Una discusión sobre este *homo economicus*, desde la filosofía política, en Brown, *El pueblo*, 57-150.

95 Romero, *Los orígenes*, 10-11 y 19-24. Luis Montes de Oca y Gustavo Raúl Velasco Adalid eran parientes cercanos, Sobre Montes de Oca como funcionario público véase Víctor Edgardo Galván Vargas, "Luis Montes de Oca. Una biografía política, 1892-1958", tesis de maestría en historia, UNAM, 2017.

96 Una crítica a este tipo de modelo económico, en Stiglitz, *Caída libre*, 412-435.

97 Romero, *Los orígenes*, 94-111.

98 Montes de Oca citado en Galván Vargas, "Luis Montes de Oca", 158-159.

99 Romero, *Los orígenes*, 126-134.

100 *Ibid.*, 211-216.

101 Gustavo R. Velasco, "El mayor peligro, el Estado", en *La espada y la pluma. Libertad y liberalismo en México. 1821-2005*, de José Antonio Aguilar Rivera (México: Fondo de Cultura Económica, 2011), 886-898.

102 Velasco, "Un programa", 901.

103 Romero, *Los orígenes*, 43-53.

104 *Ibid.*, 114-121.

105 Citado en Romero, *Los orígenes*, 200. El impacto del ITAM en los ámbitos políticos y económicos puede verse en Salas-Porras, *La economía política*, 45-81. Una lista de egresados aparece en la

página web 21 egresados del ITAM entre "Los 300 líderes más influyentes de México 2020", ExITAM, consultado en enero de 2021.

106 Romero, *Los orígenes*, 196-197. El gobierno salinista dejó una crisis en diciembre de 1994, resuelta gracias a un enorme rescate financiero por parte del gobierno estadounidense y al costo de un enorme endeudamiento público. Un breve diagnóstico estadístico del impacto de las reformas salinistas en términos de salarios, desempleo y desigualdad, en John T. Harvey, "Neoliberalism, Neoclassicism and Economic Welfare", *Journal of Economic Issues* XLIV, núm. 2 (2010): 359-367.

107 Salas-Porras, *La economía política*, 74-77.

108 Romero, *Los orígenes*, 233-266.

109 Luis Montes de Oca, "La intervención del Estado en la actividad económica", *Investigación Económica* 3, núm. 3 (1943), citado en Romero, *Los orígenes*, 148.

110 Ejemplos en Romero, *Los orígenes*, 137-144.

111 Brown, *El pueblo*, 5. Otras miradas críticas en Pierre Bourdieu, *Contrafuegos. Reflexiones para servir a la resistencia contra la invasión neoliberal* (Barcelona: Anagrama, 1999), 83-94; también en Slavoj Žižek, *Sobre la violencia. Seis reflexiones marginales* (Buenos Aires: Paidós, 2009), 24.

112 Brown, *El pueblo*, 6, 34-35 y 57-61. Sobre las teorías económicas favorables para el capital financiero y la globalización, véase José Manuel Naredo, "La economía en evolución: invento y configuración de la economía en los siglos XVIII y XIX y sus consecuencias actuales", *Manuscrits. Revista d'Història Moderna*, núm. 22 (2004): 83-117. Para los elementos discursivos, retóricos, presentes en teorías e investigaciones en economía e historia económica, véase Donald McCloskey, "The Rhetoric of Economics", *Journal of Economic Literature* 21, núm. 2 (1988): 481-517. Un historiador describe este proceso como "un vuelco, una transición al cabo de la cual el paisaje intelectual y político conoció un cambio radical, nuestro vocabulario se modificó y los antiguos parámetros fueron reemplazados" (Traverso, *La historia*, 12).

113 Brown, *El pueblo*, 278. Una idea representada sobre todo por *El fin de la historia* de Francis Fukuyama, que ha sido desmentida por el curso actual de las cosas. Véanse las críticas en Georg Iggers, *La historiografía del siglo XX. Desde la objetividad científica al desafío posmoderno* (Santiago de Chile: Fondo de Cultura Económica, 2012), 167-168. Probablemente, la mejor muestra de ese error sea China, que tiene una de las economías más neoliberales en conjunto con un sistema político de los menos "democráticos" del

mundo.

114 Por eso el régimen de Pinochet fue tan defendido por Hayek, véase Farrant, McPhail y Berger, “Preventing the ‘Abuses’ of Democracy”. Otros ejemplos, en Connel y Dados, “Where in the World”, 127-130.

115 Traverso, *La historia*, 13.

116 Alan Knight comentó con ironía la “estalinista” RAE (Research Assessment Exercise) impuesta en Gran Bretaña: “To evaluate the quantity and quality of research done by university departments, adjusting the flow of resources accordingly” (Knight, “Patterns and Prescriptions”, 342, especialmente nota 5).

117 Brown, *El pueblo*, 21-24. También Connel y Dados, “Where in the World”, 132.

118 Esto se puede comparar con las propuestas “realistas” para la academia mexicana, inspiradas en el empresario e ideólogo de la derecha, Gabriel Zaid, presentadas en Florescano, “La nueva”, 24-25.

119 Manuel Gil Antón y Leobardo Eduardo Contreras Gómez, “El Sistema Nacional de Investigadores: ¿espejo y modelo?”, *RESU Revista de la Educación Superior* 46, núm. 184 (2017): 3, http://doi.org/10.1016/j.resu.2017.12.004 (consultado en mayo, 2020).

120 Tanto las agencias de *rankings* académicos como las que se dedican a calificar gobiernos, economías, bancos y empresas de todo tipo, son ellas mismas empresas dedicadas a ofrecer servicios a sus clientes; es decir, que trabajan para quien las contrata, con lo cual sus resultados son productos *ad hoc* para sus usuarios.

121 Brown, *El pueblo*, 243-244.

122 *Ibid.*, 86.

123 Michel de Certeau, *La escritura de la historia* (México: Universidad Iberoamericana, 1993), 69. La edición original en francés es de 1975.

124 Sobre las suspicacias frente a la epistemología y el historiador como artesano, entre historiadores franceses, véase François Hartog, *Evidencia de la historia. Lo que ven los historiadores* (México: Universidad Iberoamericana, 2011), 219-224. Otro ejemplo, referido a algunos historiadores anglófonos “mexicanistas”, en Knight, “Patterns and Prescriptions”, 340-366.

125 Certeau, *La escritura*, 68. Un comentario similar en Álvaro Matute, *Pensamiento historiográfico mexicano del siglo XX. La desintegración del positivismo (1911-1935)* (México: UNAM/ Fondo de Cultura Económica, 1999), 13.

126 En francés el libro es *Apologie pour l’histoire ou métier d’historien*; en español se tradujo primero como Marc Bloch, *Introducción a la historia* (México: Fondo de Cultura Económica, 2019); en 1996 se

publicó una edición en español, anotada por Etienne Bloch, con una mejor traducción del título. Véase también lo que señala Paul Ricoeur, *La memoria, la historia, el olvido* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2013), 220-226.

127 Iggers, *La historiografía*, 19-46.

128 Véase la crítica contra el abandono de las teorías por parte de cierta historiografía francesa, que implicaba obviar o ignorar los problemas económicos y de explotación, en Fontana, *Historia: análisis*, 200-213. Insisto: no estoy de acuerdo en que la mejor opción teórica sea el materialismo histórico, pero si con su crítica hacia los historiadores que se acomodan al orden social dominante y lo justifican. Otra crítica marxista, mucho más reciente, en Erice, *En defensa de la razón*.

129 Iggers, *La historiografía*, 46.

130 Iván Jaksic, "Presentación", en *La historiografía del siglo XX. Desde la objetividad científica al desafío posmoderno*, de Georg Iggers (Santiago de Chile: Fondo de Cultura Económica, 2012), 9.

131 Véase Knight, "Patterns and Prescriptions", 343; también Iggers, *La historiografía*, 35-37.

132 Guillermo Zermeño, *La cultura moderna de la historia. Una aproximación teórica e historiográfica* (México: El Colegio de México, 2002), 152. Una perspectiva algo diferente, concentrada en la definición estricta de términos, en Álvaro Matute, "Notas sobre la historiografía positivista mexicana", *Secuencia* 21 (1991): 49-64.

133 Lord Acton, citado en Fontana, *Historia: análisis*, 119.

134 Según Marc Bloch, describir las cosas tal como fueron es "invitar al sabio, al historiador, a desaparecer ante los hechos", Bloch, *Introducción a la historia*, 135.

135 Hay que tener claro que no existe una definición única de positivismo, ya que el término se ha extendido notablemente desde la época de Augusto Comte. Por ello me concentro en el que incide directamente en la historia como disciplina. Sobre el positivismo como epistemología y propuesta científica véase Anthony Giddens, "El positivismo y sus críticos", en *Historia del análisis sociológico*, ed. por Tom Bottomore y Robert Nisbet (Buenos Aires: Amorrortu, 2001), 273-326.

136 También fueron muy importantes los franceses Langlios y Seignobos, y el movimiento krausista, entre otros (Zermeño, *La cultura moderna*, 154-180; véase Iggers, *La historiografía*, 49-56). Véase también Guillermo Zermeño, "La historiografía en México: un balance (1940-2010)", *Historia Mexicana* LXII, núm. 4 (2013): 1697-1698. Una versión diferente sobre el positivismo en Matute, *Pensamiento historiográfico*, 15-25. Sobre Ranke, historiador y

funcionario prusiano, véase Fontana, *Historia: análisis*, 127-131.

137 Matute, "Notas sobre la historiografía", 63. Cursivas en el original.

138 Zavala citado en Germán Luna Santiago, "Vuelta al cliché: Silvio Zavala positivista", *Revista de Historia de América* 155 (2018): 199. Sobre la importancia y el poder académico de Silvio Zavala, desde su regreso a México en 1936, véase Zermeño, "La historiografía en México", 1700-1703. También Roberto Fernández Castro, "Silvio Zavala y la historiografía americana. Una vida de vínculos intelectuales", *Revista de Historia de América* 155 (2018): 33-55.

139 Edmundo O'Gorman, "Consideraciones sobre la verdad en historia", en *La teoría de la historia en México (1940-1968)*, ed. Álvaro Matute (México: Fondo de Cultura Económica, 2015), 95-97. El trabajo de O'Gorman se publicó originalmente como parte de un artículo llamado "Sobre el problema de la verdad histórica", que incluía propuestas de Alfonso Caso, Ramón Iglesias y otros.

140 Véase el contexto y la descripción del conflicto entre las dos corrientes historiográficas en Abraham Moctezuma Franco, "El camino de la historia hacia su institucionalización", *Historia y Grafía* 25 (2005): 45-78. Un comentario breve en Zermeño, "La historiografía en México", 1698-1700. La influencia de los intelectuales transterrados como José Gaos sobre Edmundo O'Gorman, Leopoldo Zea y otros, es tratada en Andrés Kozel, "Historicismo e hispanoamericanismo. En torno al itinerario intelectual de José Gaos", artículo en línea, consultado el 20 de abril de 2020 en http://lanic.utexas.edu/project/etext/llilas/vrp/kozel.pdf

141 Moctezuma, "El camino de la historia", 52-54.

142 O'Gorman, "Consideraciones", 99-100.

143 O'Gorman, "Historia y vida", en *La teoría de la historia en México (1940-1968)*, ed. Álvaro Matute (México: Fondo de Cultura Económica, 2015), 161-177. Artículo publicado originalmente en 1956. O'Gorman creía que la historia servía de guía frente al futuro, pero este rasgo discutible no demerita su propuesta epistemológica.

144 Los elementos filosóficos del historicismo incluyen la novedad irreductible de cada acontecimiento, la necesidad de identificar tendencias fundamentales en la historia, el significado y destino de cada pueblo dentro de ella, la identificación de las etapas del desarrollo histórico, la posible predictibilidad del futuro y la historia como guía de él. Un crítico destacado del historicismo fue Popper, véase Óscar Cornblit, "Karl Popper, el historicismo y la narración", *Estudios Públicos* 62 (1996): 197-214. Otros, como Walter Benjamin, no distinguían entre la historia de corte

positivista y el historicismo, véase Francisco Castilla Urbano, “Walter Benjamin: una filosofía de la historia entre la política y la religión”, *Anuario de Filosofía del Derecho* VIII (1991): 453-471. Véase también Iggers, *La historiografía*, 57-68.

145 Véase Javier Garciadiego, “Revistas revisitadas: ventana a la historiografía mexicana del siglo XX”, *Historia Mexicana* LI, núm. 202 (2001): 221-231. O’Gorman “no culminó con ningún tratado teórico importante”, sino que desarrolló sus afirmaciones en diversos ensayos (Conrado Hernández López, “Edmundo O’Gorman y la polémica de la historia”, *Iztapalapa* 51 (2001): 17-52). Para un comentario conciso del dominio de la “escuela objetiva”, y de la disidencia representada por los historiadores de izquierda como Enrique Semo, véase Zermeño, “La historiografía en México”, 1698-1720.

146 Sobre el cientificismo seudomarxista véase Florescano, “La nueva”, 18-19. Marc Bloch y Lucien Febvre fundaron la revista *Annales d’histoire économique et sociale* en 1929, con la propuesta de mezclar ciencias sociales e historia. La revista ha cambiado de nombre varias veces, aunque siempre conserva el título de *Annales*; en tanto que la escuela los Annales ha tenido, por lo menos, tres generaciones de destacados historiadores franceses. Véase Lucien Febvre, *Combates por la historia* (México: Ariel, 1982), 59-71. Iggers, *La historiografía*, 87-107, da una semblanza de esta tendencia durante el siglo XX; véase también Felipe Ruiz Martín, “Prólogo”, en *La historia y las ciencias sociales*, de Fernand Braudel (México: Alianza Editorial Mexicana, 1989), 7-17. Una evaluación general en Peter Burke, *La revolución historiográfica francesa. La escuela de los Annales: 1929-1989* (México: Gedisa, 2006). Una interpretación sobre sus desarrollos teóricos en Ricoeur, *La memoria*, 237-258.

147 Febvre, *Combates*, 21-23. Una crítica a Febvre y los cambios que incorporó a los Annales en Fontana, *Historia: análisis*, 200-205.

148 Tomás Elías Zeitler, “Cuarenta años de *La escritura de la Historia*. Reflexiones en torno a la operación historiográfica, de Michel de Certeau a Paul Ricoeur”, *Historiografías* 9 (2015): 65-80. Sobre las actitudes *rebeldes* o iconoclastas de Certeau como miembro de la orden jesuita, véase Cecilia Padvalskis, “Michel de Certeau, recorrido por sus múltiples pertenencias”, *Revista Teología* XLVII, núm. 102 (2010): 189-207.

149 Aron había afirmado, antes de la Segunda Guerra Mundial, que la historia tenía muy poco de empresa científica; Paul Veyne publicó en 1971 su *Comment on écrit l’histoire. Essai d’epistemologie*, celebrado libro en el que mostró que la historia no era una ciencia, dada la naturaleza de sus objetos de estudio, más bien era una

narración de eventos únicos, individuales e irrepetibles; véase la reseña comentario: Michel de Certeau, "Una epistemología en transición: Paul Veyne", *Historia y Grafía* 1 (1993): 103-116 (el texto original es de 1972). Michel Foucault había publicado en los años sesenta dos de sus obras más leídas: la *Arqueología del saber* y *Las palabras y las cosas*. Véase Wim Weymans, "Michel de Certeau and the Limits of Historical Representation", *History and Theory* 43, núm. 2 (2004): 161-178.

150 Si bien los escritos de Foucault son oscuros, confusos, e incluso por momentos vacíos de significación, es posible retomar algunas de sus ideas como sugerencias de investigación y de análisis. Sobre los problemas en la obra de Foucault véase Erice, *En defensa de la razón*, 167-207.

151 Certeau, *La escritura*, 35.

152 *Ibid.*, 20-29. Moctezuma, "El camino de la historia", 45-78. Sobre esas relaciones durante el siglo XIX, puede revisarse el estudio de Guillermo Zermeño, "Apropiación del pasado, escritura de la historia y construcción de la nación en México", en *La nación y su historia, independencias, relato historiográfico y debates sobre la nación. América Latina, siglo XIX*, editado por Guillermo Palacios (México: El Colegio de México, 2009), 81-112.

153 Certeau, *La escritura*, 45.

154 Ricoeur, *La memoria*, 233. Críticas a las propuestas de Ricoeur en François Hartog, "La inquietante extrañeza de la historia", *Historia y Grafía* 19, núm. 37 (2011): 181-201. Otra crítica en Erice, *En defensa de la razón*, 136-140.

155 Certeau, *La escritura*, 69.

156 Cabe aquí recordar los análisis sociológicos de Bourdieu respecto del "homo academicus" (Pierre Bourdieu, *Homo academicus* (México: Siglo XXI, 2019); la primera edición es de 1984). Un análisis sobre grupos de poder en una facultad de la UNAM, en Leticia Meyer, "Centros de poder en una facultad universitaria", *Relaciones. Estudios de Historia y Sociedad* III, núm 12 (1982): 91-118.

157 Véase Ricoeur, *La memoria*, 217.

158 Se trata de Michel-Rolph Trouillot, citado en Fornari, *Líneas de frontera*, 66.

159 Certeau, *La escritura*, 71-76.

160 Paul Ricoeur, *Sí mismo como otro* (México: Siglo XXI, 1996), 109. Véase Esteban Lythgoe, "Pasado y presente en Ricoeur y De Certeau. Algunas consideraciones", *Tópicos* 18 (2009).

161 Ricoeur, *Sí mismo*, 167, 174-175.

162 Paul Ricoeur, *Tiempo y narración III. El tiempo narrado* (México: Siglo XXI, 1999), 851-852.

163 Coincido con Ricoeur en que “debe combatirse el prejuicio según el cual el lenguaje del historiador podría hacerse totalmente transparente, hasta el punto de dejar hablar a los hechos mismos” (Ricoeur, *Tiempo y narración*, 860). Véanse también las observaciones de François Godicheau y Pablo Sánchez León, “Introducción. Por una semántica histórica sobre el vínculo social”, en *Palabras que atan. Métaforas y conceptos del vínculo social en la historia moderna y contemporánea*, ed. por François Godicheau y Pablo Sánchez León (Madrid: Fondo de Cultura Económica/Université Bordeaux Montaigne, 2015), 9-31.

164 Certeau, *La escritura*, 84-90.

165 Ricoeur, *La memoria*, 231-232.

166 Certeau, *La escritura*, 75-83. Para el Porfiriato, véase Knight, “El precio de la longevidad”.

167 Moctezuma, “El camino de la historia”, 54.

168 Florescano, “De la memoria”, 123-124.

169 *Ibid.*, 124-126.

170 Lomnitz, *La nación*, 225, 239. North denomina a ese tipo de personajes “empresarios intelectuales de la ideología” (North, *Estructura y cambio*, 67).

171 Florescano, “De la memoria”, 124-126.

172 *Ibid.*, 126.

173 En un ensayo posterior, Florescano desarrolló de forma más crítica estas ideas. Véase Enrique Florescano, “Los historiadores, las instituciones y el poder en el México contemporáneo”, en *La historiografía del siglo XX en México. Recuentos, perspectivas teóricas y reflexiones,* ed. Evelia Trejo (México: UNAM, 2015), 305-325. No obstante, este destacado historiador abandonó el enfoque de izquierda, a finales de la década de los ochenta del siglo XX, porque consideró que ya era “la hora del revisionismo”; Florescano, “La nueva”, 21-22.

174 Véase Guillermo Zermeño, “Volver a Hayden White: algunas reflexiones”, *Historia y Grafía* 28, núm. 55 (2020): 26-27.

175 Carlos Antonio Aguirre Rojas, “Presentación”, *Contrahistorias. La otra mirada de Clío* 1 (2003): 5-7.

176 Carlos Illades, *En los márgenes. Rhodakanaty en México* (México: Fondo de Cultura Económica, 2019), 11.

CAPÍTULO 2. ANTIGUAS Y REPETIDAS INTERPRETACIONES

Los principales postulados de la historiografía neoporfirista *matizada* no son contribuciones novedosas, son elementos reciclados en una operación que los adecua a las preocupaciones e intereses de la época presente. Entre los factores políticos que concurren para esta reutilización de los razonamientos se encuentra la conveniencia que diferentes actores, a lo largo del tiempo, han percibido en su repetición y/o en su relectura. En lo académico aparece, como factor, un defecto que resulta bastante común en la historiografía, como lo señaló atinadamente cuatro décadas atrás Andrés Lira:

> Sucede que en estos tiempos de explosión bibliográfica los profesores de historia nos vemos en la obligación de leer lo que va saliendo de las prensas, relativo a los tiempos y países que estudiamos. Gran parte de nuestras lecturas son decepcionantes; hallamos bajo alardes de novedad viejas y repetidas interpretaciones, si es que tal puede decirse de volúmenes en los que listas de documentos y libros consultados y citados (mal citados muchas veces) encubren la ausencia de comprensión y explicación de los hechos.[1]

Es un defecto recurrente que interpretaciones originadas tiempo atrás sean presentadas otra vez como si fueran novedad, lo que ocurre por desconocimiento de lo que ya ha sido publicado, sobre todo ahora que la cantidad de publicaciones y de tesis constituyen un verdadero *boom* bibliográfico; pero también puede darse el caso de ser simples omisiones.[2] Una razón más puede ser que los historiadores adoptamos un discurso o una interpretación que nos gusta, o nos conviene para nuestro propio trabajo, y lo repetimos sin ser conscientes de que sencillamente lo reciclamos.[3] Con todo esto en mente, procedo a revisar argumentos que se dicen revisionistas pero que ya tienen siglo y medio circulando, elaborados por los intelectuales cercanos a Porfirio Díaz como parte de los discursos de justificación del régimen. Su premisa era que convenía más el pragmatismo político que el "idealismo iluso" de los liberales de la época de la Reforma, todo dentro del marco del positivismo y del darwinismo social.

2.I. VIEJOS ARGUMENTOS

Leopoldo Zea mostró, desde mediados del siglo XX, que el positivismo como práctica en México fue distinto del positivismo como teoría filosófica.[4] Zea partió del principio clave del materialismo histórico, que señala que durante el siglo XIX la burguesía como clase social necesitaba consolidar su ascenso en Occidente, lo que permite entender que ideologías como el positivismo tuvieran un talante conservador.[5] La filosofía de Augusto Comte, fundador del positivismo, era reaccionaria en el sentido que predicaba la necesidad de un orden social y político que permitiera a la burguesía francesa frenar los ímpetus revolucionarios de la época y consolidar su posición preponderante; por añadidura, esta ideología estaba en contra de la igualdad de los seres humanos y a favor de una diferenciación social entre superiores e inferiores.[6] El médico Gabino Barreda introdujo esta ideología en los círculos liberales victoriosos tras la derrota de Maximiliano de Austria, pero fueron Justo Sierra y el grupo de redactores y escritores del periódico *La Libertad* quienes adaptaron ciertos elementos del positivismo (sobre todo del inglés Herbert Spencer), para darle un sentido concreto al acceso de Porfirio Díaz al poder.[7]

En su momento, Charles Hale señaló que el positivismo era una doctrina incompatible con el liberalismo *clásico*, por lo que la combinación de ambos dio lugar, en México, a una forma contradictoria e inestable, aunque funcional, de "liberalismo conservador".[8] Tal vez la contradicción fuera entre términos formales pero, para ser claro, en la práctica no hubo ninguna contradicción. El positivismo dio expresión y legitimidad a los anhelos de las elites políticas y económicas decimonónicas por restringir los valores de igualdad y libertad para sí mismos; les permitió construir una separación ideológica con las demás clases, y justificó su propósito de someterlos a su control y dominación. El liberalismo europeo aplicado a espacios como África, Asia y Oceanía, o en este caso a México, puede ser entendido como "un liberalismo internacional concebido en términos social-darwinistas y racistas".[9] En este sentido, el positivismo casó perfectamente con esta manera de ver el mundo. Las elites porfiristas se consideraban a sí mismas como la gente de bien, la gente respetable, separada en todos los sentidos de los "pelados", de la plebe. Al igual que las elites de la primera mitad del siglo, consideraban a los indígenas, y a todos los que clasificaban como plebe, incapaces de participar en la política, inferiores intelectualmente y ocupados en el robo y la anarquía.[10]

Aquellos letrados porfiristas eran "una elite cuyo mundo intelectual era Europa", en especial Francia y España, y en menor medida Inglaterra. Se veían como "realistas", pues aseguraban que únicamente se basaban en la observación de la realidad, y no en las ideas o las

utopías, esto es, que observaban y describían “la realidad tal cual es, y no como debería ser”. Se decían “liberales nuevos” para distanciarse de los “viejos” y su política metafísica favorable a la Constitución y al liberalismo clásico o “doctrinario”. Pueden realizarse juegos de palabras con los liberales-conservadores porfiristas, pero lo cierto es que diferían muy poco de los “hombres de bien” (liberales, conservadores, federalistas, centralistas, etcétera) de la época de Alamán y Gómez Farías. Al igual que sus antecesores, sostenían que México necesitaba salir del caos y el desorden, y que sólo un gobierno fuerte podría lograr encauzar al país por la senda del orden y el progreso, un gobierno que, dejando de lado los derechos, se ocupase de dar seguridad a los ciudadanos; lo que se necesitaba era “más administración y menos política”.[11] Entendían el progreso en su dimensión material, por lo que la riqueza y la propiedad privada debían ser protegidas por el gobierno. El desorden y la anarquía padecidos por México habían sido causados por las ideas de la Ilustración, las cuales después dieron forma al liberalismo, por lo que debían ser dejadas atrás. Eso incluía a la constitución liberal de 1857, calificada de utópica. El rechazo a la Constitución no era nuevo, Lucas Alamán lo había enunciado en un texto donde comentaba el gobierno del general Anastasio Bustamante:

> El congreso constituyente no reflexionó que esta constitución que había redactado infundiendo en la forma de la de los Estados Unidos el espíritu todo de la de las Cortes de Cádiz, destruyendo por sus cimientos todo cuanto existía, no hacía más que poner en contradicción la forma de gobierno con la legislación toda entera de la nación, y que siendo ésta congruente con sus costumbres y sus usos, la práctica de esa misma Constitución venía a presentar grandes dificultades.[12]

Para esos intelectuales la sociedad podía definirse como un organismo en el que cada hombre tenía un puesto determinado, por lo que era natural que hubiese hombres superiores destinados a mandar, y hombres inferiores destinados a obedecer, y cualquier oposición a este orden tendría resultados nocivos. Los poseedores de riquezas eran superiores por ese simple hecho, lo que también les daba una superioridad moral; todos los demás, y en especial los pobres, estaban obligados a respetarlos y obedecerlos. Un gobierno positivo debía proteger y dar seguridad a los privilegios establecidos, mientras dejaba que sobreviviesen los más aptos, sin intervenir en favor de los débiles.[13] Esta ideología justificó el orden político y social que se consolidó con el Porfiriato: la “ciencia positiva” permitía a sus miembros considerarse a sí mismos como los más aptos, superiores moralmente, únicos capaces de ejercer el mando y el poder, y únicos

capaces de disfrutar adecuadamente la libertad y los derechos. El argumento necesitaba forzosamente suponer que antes de 1877 sólo hubo desorden, anarquía, caos y pobreza, por lo que sólo un gobierno fuerte y con fundamentos positivistas podía dejar atrás esa etapa metafísica. Su lema, "Orden y progreso", implicaba que la estabilidad del orden social elitista traería el progreso material.

Esos principios influían en un discurso político conservador, enarbolado por intelectuales deseosos de un gobierno fuerte (una "tiranía honrada", en palabras de Cosmes), admiradores de Porfirio Díaz y cómodos con su gobierno; es decir, ese discurso no describía las realidades mexicanas tal cuales, sino como ellos querían verlas.[14] Estos intelectuales, además de sustentar sus ideas y actitudes en "elementos científicos" y en su idea de realismo, tenían a la paz como el bien más preciado y se concentraban en el progreso material y en los aspectos financieros de la economía, lo que los diferenciaba del viejo conservadurismo que trató de mantener el predominio de la Iglesia y de la religión. Así que intelectuales, políticos y elites económicas coincidieron en la necesidad de un orden social estratificado.[15] Sus representantes declararon, con motivo de la elección presidencial de 1880, que eran necesarios "más de cuatro años para generar estabilidad, atraer el capital extranjero y promover el progreso material del país".[16] En 1892, la Unión Liberal articuló estas preocupaciones como un verdadero proyecto político al apoyar otra de las reelecciones de Porfirio Díaz:

> Se trata de conducir al fin de su periodo más delicado una obra por extremo compleja en que se compenetran profundamente la cuestión de nuestro crédito, factor de nuestra prosperidad, la de nuestra organización fiscal, garantía de ese crédito; la de nuestro progreso material, fuente de la fortuna pública y nuestra potencia financiera; y sobre todo de la trasmisión de la paz, base de toda solución de esos problemas.[17]

La declaración subraya las áreas consideradas fundamentales por los intelectuales conocidos con el nombre despectivo de "científicos". La estabilidad (expresada como la paz) era la base sobre la que descansaban el progreso material, la organización fiscal y el crédito internacional.[18] Claro que esas metas eran en beneficio de las elites; los demás grupos sociales quedaban fuera de consideración, y los derechos constitucionales que pudiesen reclamar pertenecían a un segundo o tercer plano. Los "científicos" fracasaron en convencer a Díaz, pero sus ideas y el lenguaje político-económico conservador y pragmático en que las expresaron se han convertido en un modelo discursivo recurrente en la política y en la historiografía; es en esta última donde coinciden las preocupaciones decimonónicas con las

políticas neoliberales de nuestro tiempo.[19]

Una generación más joven (Francisco Bulnes, Emilio Rabasa, Jorge Vera Estañol) se incorporó al grupo de políticos e intelectuales que encabezó Justo Sierra. Entre los últimos en aparecer estuvieron los abogados Andrés Molina Enríquez y Nemesio García Naranjo, intelectuales a los que ni Zea ni Hale prestaron mucha atención en sus análisis sobre el positivismo y el liberalismo. Molina Enríquez, abogado y sociólogo mexiquense, publicó en 1909 *Los grandes problemas nacionales*, obra escasamente leída pero muy celebrada después de la caída de Díaz como fundamento de programas sociales y políticos posrevolucionarios. Sin embargo, se trata de un texto escrito por un admirador del general oaxaqueño en donde aparece condensada en unas páginas la narrativa porfirista. Para el mexiquense la obra colosal de Benito Juárez, que representaba "la nacionalidad fundada en el elemento mestizo", había terminado con el fin de la intervención francesa, por lo que debió haber abandonado el poder en 1867. Pero pasó una década para que un nuevo líder alcanzara la presidencia, un mestizo que estaba por encima de los partidos debido a su prestigio personal: Díaz tenía "el triple prestigio del guerrero afortunado, del esforzado patriota y del administrador prudente".[20] Era la forma discursiva con la que Molina Enríquez justificaba al régimen, dándole un tono "científico". Incluso introdujo la figura de Lucas Alamán como un "verdadero precursor" de la situación política porfirista; de haber contado con alguien como Porfirio Díaz aquel brillante político habría conseguido un gobierno estable.

El señor general Díaz inauguró en éste la política integral que en realidad no es sino la virreinal adaptada a las circunstancias, tal cual Alamán la soñó sin haber podido realizarla. Esa política ha consistido primordialmente en rehacer la autoridad necesaria para la organización coercitiva, de cooperación obligatoria, verdaderamente militar, integral […] El fundamento de esa política ha sido, sin duda alguna, la personalidad del señor general Díaz, pero su secreto fundamental ha sido la concentración del poder.[21]

Esa operación de concentración tuvo como obstáculos la Constitución y las leyes de Reforma, cuya estricta observancia llevaba a la anarquía. Como su "carácter sagrado" las hacía intocables, Díaz las respetó en las formas, pero concentró todo el poder en sus manos por lo que fue capaz de designar a los gobernadores (y estos a sus subordinados), además, consiguió concentrar extralegalmente las funciones legislativas y las prerrogativas judiciales, sin derogar leyes lectorales ni dejar de realizar elecciones. Aunado a lo anterior estuvo la obra "sin precedentes en la historia de la humanidad" de conciliar

> Tantos elementos de raza y tan distintos los unos de los otros, por su origen, por su edad evolutiva y por sus condiciones de participación en la riqueza general, que fuera necesario unir en iguales, coordinar en equilibrados intereses y mantener en fraternal comunidad, para constituir una nación[22]

La conciliación se sustentó en el instinto y la intuición de Díaz, que Molina Enríquez explicó como un sistema sostenido en redes de amistad, ya que el patriotismo o el deber eran nociones abstractas que no servían como lazos de unión entre los mexicanos. Describió una red clientelar en la cual se exigían cosas del amigo, y se adquirían obligaciones correlativas "según también el grado de amistad que une a los dos, y la categoría, personalidad y condiciones del obligado".[23] El abogado incluso justificó el maquiavelismo, la crueldad y la perfidia de Díaz como cualidades necesarias para deshacer los viejos cacicazgos ("señores feudales") y las resistencias a su poder:

> Todo descontento ha sido su enemigo y lo ha tratado como tal. Muchos fueron y han sido sus enemigos en esa forma, y para acabar con ellos o reducirlos o someterlos, la personalidad histórica del señor general Díaz ha presentado una faz, que ha nuestro entender, se parece bastante a la vez, a la de Luis XI y a la de Richelieu.[24]

Para su fortuna, Molina Enríquez terminó en el lado de los constitucionalistas vencedores y fue considerado un ideólogo de la consecuente reforma agraria, por lo que la historiografía ha ignorado su declarada admiración por el "dictador".[25] Pero no hay duda de que, por lo menos hasta mayo de 1911, compartía el discurso de los intelectuales y los políticos porfiristas. Como testigos y participantes privilegiados del régimen caído, varios de estos escribieron sus versiones de la historia del Porfiriato durante los años de turbulencia. Estos personajes y sus escritos dieron al conservadurismo porfirista la forma específica que adoptó durante y después de la Revolución mexicana, sin embargo, quedan fuera de los propósitos de este libro. Pero el discurso favorable al anciano exiliado perduró durante y después de la Revolución mexicana.[26]

2.2. HISTORIOGRAFÍAS CRÍTICAS, ALTERNAS Y DE VIEJO CUÑO

Después de la fase violenta de la Revolución mexicana, se fraguó el nuevo régimen autoritario, condensado en la creación del Partido Nacional Revolucionario (PNR) en 1929, convertido después en Partido de la Revolución Mexicana (PRM) y finalmente en el PRI.[27]

Entretanto, políticos, periodistas e historiadores no profesionales escribieron historias de la Revolución, con lo que se produjeron decenas de publicaciones de diversa calidad; no es sino hasta 1949 cuando se puede identificar el primer trabajo de historia oficial, patrocinado por el PRI.[28] A partir de entonces, políticos e historiadores se concentraron en sostener a la Revolución como mito fundacional del régimen, "un mito que todo lo abrazaba", por lo que les resultó lógico alimentar la idea de que el Porfiriato era el "Antiguo Régimen" con el que se había roto por completo. El ejemplo más destacado fue, sin duda, *El liberalismo mexicano*, de Jesús Reyes Heroles, político, líder del PRI, funcionario federal e intelectual defensor del régimen. Su obra en tres volúmenes dio forma al discurso oficial que liga el liberalismo de la época de la Reforma con la Revolución y el régimen producto de ésta; en este esquema, el Porfiriato era una anomalía, una ruptura con el liberalismo, y la antítesis de la Revolución.[29]

Sin embargo, de forma paralela a la historia oficial al servicio del régimen, se desarrollaron interpretaciones alternas sobre el pasado revolucionario y sobre el Porfiriato. No se trata sólo de puntos de vista diferentes, que siempre los habrá sobre cualquier evento, su aparición y su persistencia tienen que ver con el conflicto entre la versión oficial de las cosas y las versiones de los grupos fuera de la órbita dominante:

> El desarrollo de una memoria oficial generalmente no expulsa ni tampoco incorpora a todas las otras memorias colectivas. Aquellas construcciones, aquí denominadas contramemorias, que resisten e impugnan la versión oficial, a veces son marginadas, pero en otras ocasiones persisten para desafiar y ejercer presión sobre la construcción dominante.[30]

El éxito de una narrativa histórica, su persistencia o su marginalidad tienen poco que ver con criterios de *objetividad* o de *verdad*, más bien están en relación con disputas ideológicas, patrocinios económicos y condiciones políticas. En el transcurso del siglo XX siempre hubo quien añoró los "viejos buenos tiempos" de don Porfirio. Pero también hubo analistas que, sin ser sus admiradores, reconocieron que su gobierno tuvo sus aspectos positivos, sobre todo en lo que respecta a la expansión económica y al proceso de formación de un Estado nacional.[31] A continuación presento de manera cronológica algunos de los textos que ubico fuera de la historia oficial posrevolucionaria, para entender cómo los viejos postulados porfiristas sobrevivieron, y mostrar que los "éxitos económicos" del Porfiriato nunca fueron negados por quienes se dedicaron a investigar con sentido crítico. El primer texto que presento corresponde a Nemesio García Naranjo, cuyo periodo de actividad política e intelectual es paralelo al de

Molina Enríquez, pues despuntó a partir de 1909 cuando se tituló como abogado, mientras que sus publicaciones pertenecen por completo al periodo posrevolucionario.

2.2.1. Nemesio García Naranjo y la nostalgia por el héroe

El abogado e intelectual neoleonés Nemesio García Naranjo publicó en 1930 un pequeño libro titulado sencillamente *Porfirio Díaz*.[32] El autor provenía de la elite política estatal porfirista, en cuanto era sobrino del general Francisco Naranjo, cacique neoleonés en conjunto con Gerónimo Treviño, enemistado con el general Bernardo Reyes, gobernador de Nuevo León y también cacique norteño. Reyes fue varias veces "casi candidato" a la vicepresidencia de México durante el gobierno de Díaz.[33] García Naranjo fue un porfirista convencido, que comenzó su carrera política cuando el régimen se derrumbaba, como diputado antagonista del presidente Madero. Al igual que Emilio Rabasa, trabajó en el gabinete del golpista Victoriano Huerta, en su caso como secretario de Instrucción Pública. Como intelectual, García Naranjo, además de ser profesor, fue cofundador del Ateneo de la Juventud; debido a su cercanía con Huerta, debió salir exiliado; a su regreso a México, llegó a ser miembro de la Academia Mexicana de la Lengua.[34]

Los exilios no le impidieron participar en los asuntos políticos y en las polémicas de su época, pues fue un decidido antirrevolucionario. Durante la fase más violenta de la Revolución colaboró en la *Revista Mexicana*, una publicación llena de nostalgia por don Porfirio y su dorada época, editada en los EUA entre 1914 y 1919. Después, desde su columna en un periódico nacional, el ex ministro declaró su apoyo al Partido Fascista Mexicano, organizado en 1922; incluso manifestó públicamente su ferviente deseo de que "la intervención de los más aptos y de los moralmente más capacitados, más ilustrados y más sanos, salve a la Patria para que vuelva a ser nuestro México".[35] Ese oscuro episodio muestra los extremos a los que podía llegar el elitismo heredado del Porfiriato, así como la relación cercana que existe entre liberalismo y fascismo, pero no tuvo consecuencias y el abogado regresó a México en 1924.

Al año siguiente desde su columna en *El Universal* criticó abiertamente al gobierno de Calles y al abogado Narciso Bassols, lo que desató una agria polémica con ataques personales entre los involucrados. Don Nemesio denunciaba lo que llamaba "cerrazón dogmática" del nuevo régimen al no considerar los aportes de intelectuales de derecha, como él mismo. Don Nemesio salió reivindicado de la polémica gracias a la Academia Nacional de Historia y Geografía y al rector de la UNAM, Alfonso Pruneda, así

como a la Academia Mexicana de la Lengua, aunque también se ganó un segundo exilio, del que no volvería hasta 1934.[36] Nada de esto es anecdótico; son muestras de las disputas entre grupos y posturas políticas e ideológicas irreconciliables: los "revolucionarios" contra los "antirrevolucionarios", los jóvenes pensadores del nuevo régimen contra la elite intelectual de origen porfirista, "los comunistas" contra los fascistas y los "neoconservadores". Se ha dicho que la dicotomía revolucionarios *versus* conservadores es ficticia, dadas las cercanías entre miembros de ambos grupos dentro del aparato gubernamental, y dentro de la "familia revolucionaria", pero sí que había una retórica violenta, con ataques personales e infundios en todos los bandos.[37]

Mientras participaba de las disputas político-ideológicas de su época, García Naranjo escribió su apología del general Díaz, del régimen y de sus elites, en forma de biografía del oaxaqueño, en un tono apasionado. Estaba enfurecido de que cuando "alguien levanta la voz en defensa de la memoria del general Díaz, se le acusa inmediatamente de ser partidario del régimen dictatorial. Eso es una calumnia. El porfirismo, como escuela política, está bien muerto y enterrado en la historia".[38] No es calumnia ni difamación decir que Nemesio García era, al momento de escribir su *Porfirio Díaz*, un ferviente partidario de los regímenes autoritarios o fascistas, a pesar de su retórica democrática y humanista. Además, la "muerte" del porfirismo era una exageración que buscaba desviar la atención de sus afinidades. El neoporfirismo es predominante en este siglo XXI, pero, en 1931 y desde el exilio, defender públicamente al viejo dictador no era tan sencillo como parece.

> Con objeto de derrumbar la fama del héroe del 2 de abril, se han pronunciado miles de discursos, se han impreso centenares de folletos, se han despertado todas las envidias, se han favorecido las apostasías más sórdidas, se han atizado los rencores más bajos. Algunos se han puesto a recompensar generosamente a los deturpadores del gran gobernante que construyó los ferrocarriles y los puertos de México, y colocó el crédito del país al cuatro y medio por ciento [...] Algunos libros de texto de las escuelas primarias fueron inyectados de odio, a fin de que las nuevas generaciones se educaran (a esto se le llama educación) en el aborrecimiento del periodo fecundo que se inicia en 1876 y termina en 1911.[39]

En su encendida opinión, "nadie hasta hoy ha emprendido la tarea de rehabilitar la memoria del general Díaz", por lo que García Naranjo estaba decidido a desempolvarla y desenlodarla, así como a confrontar cualquier polémica; su veredicto era que "durante treinta años, la historia de Porfirio Díaz fue la historia de México".[40] Su interpretación

sobre sobre Díaz era una entre docenas, por lo que estaba en competencia desde una posición precaria, minoritaria y débil; lo que le destacó fue su elogio incondicional del dictador. Esto puede verse en los adjetivos que utilizó para descalificar a las publicaciones antiporfiristas: “envidias”, “apostasías más sórdidas”, “rencores más bajos”, libros “inyectados de odio”. Los críticos del Porfiriato sólo eran envidiosos llenos de rencor por los éxitos de Díaz y de su elite. Esta hostilidad ante las versiones opuestas tampoco es anecdótica, se trata de un elemento del discurso político que se ha mantenido vigente en México. García Naranjo estaba convencido de que no había lugar para el exceso de cautela entre los admiradores del general Díaz:

> No hay que falsear la verdad, pero tampoco hay que enfriarla, como lo hace con frecuencia don Emilio Rabasa en “La evolución histórica de México”. Es un error creer que la historia, para ser imparcial, debe podarse de todo entusiasmo y escribirse a veinte grados bajo cero.[41]

El abogado neoleonés prefería el modelo incendiario y grandilocuente de su correligionario Francisco Bulnes, sobre todo en la serie de comparaciones históricas para destacar la figura del “gran dictador” oriundo de Oaxaca; por ejemplo, Napoleón exiliado en la isla de Elba, cuando fue atacado por todos, en especial por los Borbones; o la figura del emperador romano Augusto.[42] Pero esas comparaciones apenas tenían impacto en los años de la postRevolución, para defender a Porfirio Díaz había que recalcar sus *éxitos* en el área económica: traer capitales extranjeros para impulsar la minería, estimular el espíritu empresarial, mantener el crédito nacional, los elementos exitosos de “un programa que se puede aplicar a cualquier país y en cualquier periodo de la historia”. Si además de ese impulso material, “se consigue la paz de los espíritus, es indiscutible que se realiza un progreso”, pues durante un tercio de siglo el gabinete porfirista se dedicó a dejar atrás las guerras civiles “y reconciliar entre sí a todos los mexicanos”. Entonces, eran puros sofismas antiporfiristas el llamado “infierno para las clases laborales” y la “dictadura embrutecedora”, fácilmente desmentidos por el hecho del establecimiento de tantas industrias “que nutren al país” y la publicación de “las mejores obras” de Sierra, Bulnes, Rabasa, Díaz Mirón, Federico Gamboa, Amado Nervo y Gutiérrez Nájera.[43]

Aunque el libro de don Nemesio no es un texto de historia sino un panegírico, incorporó algunos requisitos de un trabajo historiográfico combinado con una tesis política: presenta un argumento central y una revisión crítica de las obras publicadas sobre el tema; lo que no tiene es un aparato de citas y notas. En su análisis de lo publicado durante los años de la Revolución y la postrevolución, solamente las

obras de José López Portillo y Rojas y de Francisco Bulnes merecían ser leídas, a pesar de que, desde su perspectiva, López Portillo sólo quiso destacar los defectos de Díaz, resentido por la persecución y el encierro que le aplicó el régimen durante la campaña presidencial de 1910, y de que Bulnes escribió "insatisfecho y con el alma llena de amargura". En tanto, la obra de Emilio Rabasa (*La evolución histórica de México*), además de haberse escrito con hielo en vez de tinta, "es de carácter general y muy tímida en el elogio". En cambio, el nacido en Lampazo, Nuevo León, presentó un relato novelado y detallado. Su empeño era hacer de esa vida una epopeya, donde el héroe se levantó desde la infancia más humilde, en un rincón de la provincia, al destino más elevado. Ciertos detalles dan el tono al relato, como el que los indios de Oaxaca maestros de Díaz, Marcos Pérez y el propio Benito Juárez, habían "salido del idioma zapoteco 'como se sale de un calabozo' (símil bellísimo de don Justo Sierra)".[44] Es decir, Juárez y Díaz triunfaron a pesar de su trasfondo étnico. Porfirio Díaz, además de haber estudiado derecho, era atlético, con un estilo de vida cercano a lo puritano, hábil con las manos, carpintero, curtidor, era un "hombre completo", capaz de fabricar sus propias armas: "Había forjado su espada como Sigfrido, y tenía derecho de enfrentarse con el Dragón".[45] Además de relatar sus peripecias militares, García Naranjo cita una carta respuesta del oaxaqueño a su anterior camarada, el general López Uraga, quien trato de convencerlo de pasarse a las filas del Imperio, respuesta en la que Díaz aparece como insigne patriota.[46] Por supuesto, en el relato Benito Juárez termina lleno de envidia y recelo por el héroe del 2 de abril, en tanto que Sebastián Lerdo de Tejada es descrito como un hombre "frío, escéptico y perezoso", un aristócrata y conservador disfrazado de jacobino.[47]

Para el autor, el programa político de su héroe fue sencillo: frente a la anarquía se necesitaba el orden; es decir, había que imponer el principio de autoridad a todo México, con lo cual habría orden por primera vez para un país caótico; jamás se le ocurre reflexionar en que Díaz había sido promotor y parte de ese desorden, por lo menos entre 1868 y 1877. "Enfrente de aquel caos, había que endurecer el mando, endurecerlo aunque se llegara hasta los excesos despóticos, para que todo el mundo volviese a sentir la disciplina acerada de las jerarquías". Para eso había que centralizar el poder, reduciendo a los 27 caciques (gobernadores) de todo el territorio, esas pequeñas "tiranías regionales". Fue un programa de tipo monárquico, que se podía comparar con las obras de Luis XI en Francia, y de Augusto en Roma.[48] Es tal su admiración por el general Díaz, que una y otra vez propone comparaciones hiperbólicas: a veces es Odiseo, a veces Bismarck, a veces es la elegancia (anticipada) de Eduardo VII; incluso le pareció que tuvo más aire de príncipe que Maximiliano de

Habsburgo.[49] La intención del autor fue mostrar que hubo un proyecto y un programa político de tipo centralista, tal como había ocurrido en algunas ocasiones durante la primera mitad del siglo XIX. Una centralización traducida en el sometimiento de los gobernadores al presidente. En sus palabras se trataba de "un régimen unitario" o, desde una óptica actual, un régimen que anticipa al presidencialismo mexicano del siglo XX. Además, ese sistema porfirista tenía que ser jerárquico, con el presidente como verdadero autócrata, casi un monarca. Desde esta perspectiva, García Naranjo adelanta una de las consideraciones que diversos historiadores y politólogos señalan respecto de las continuidades o similitudes entre el Porfiriato y los gobiernos posrevolucionarios.

Por otro lado, "la disciplina acerada de las jerarquías", se refiere al sistema político tanto como al orden social, donde cada grupo e individuo tiene su lugar preestablecido, de manera natural. La utópica igualdad liberal republicana nada tuvo que ver con la realidad de un orden jerárquico, aristocrático, donde las elites gobiernan porque les es natural y consustancial, y donde los obreros y campesinos obedecen y están agradecidos con su situación. En este sentido, el autor y su héroe fueron mucho más aristocráticos que Lerdo de Tejada o Maximiliano. El líder tuxtepecano era tan genial, que incluso el orden fiscal y la bonanza económica atribuidos a las gestiones de Limantour en realidad se debían a la paz y al orden impuestos por Díaz.[50]

El texto de García Naranjo permite identificar algunas ideas centrales del porfirismo que sobrevivieron como argumento político alternativo a los gobiernos surgidos de la Revolución mexicana, ideas acompañadas de un lenguaje provocativo y descalificador de las opiniones opuestas. Presenta su discurso como interpretación verdadera del pasado, envuelto en la añoranza por los viejos tiempos, por aquel orden sociopolítico, por el crédito en las capitales financieras y por el progreso. Esas ideas se reciclan con el neoporfirismo y el revisionismo historiográfico: Díaz fue un héroe, capaz de dar el orden y la paz a un país atribulado, y con esto trajo, además, el progreso material, las inversiones y el crédito internacional. A la altura de los grandes estadistas de su época (como Bismarck), el general supo guardar las formas republicanas para una mejor y futura época en bien de todos, mientras aplicó en los hechos un programa político más acorde con la realidad prevaleciente y con la voluntad y la naturaleza de los mexicanos: el centralismo autoritario y elitista, en forma de una dictadura que "no abusó" de su poder.[51] El breve libro del ex funcionario de Huerta tuvo dos ediciones consecutivas por lo menos, en Texas en 1930 y en México en 1931. Testimonio de cómo los sobrevivientes del viejo régimen sirvieron de puente entre la generación a la que pertenecieron como

funcionarios del gobierno autoritario, los grupos políticos conservadores que fueron reagrupándose en México, y los intelectuales e historiadores simpatizantes de Don Porfirio.

2.2.2. El Porfirismo de José C. Valadés

El primer estudio sobre el Porfiriato hecho por alguien que no fue funcionario en el gobierno de Díaz, o en el de Victoriano Huerta, corresponde al sinaloense José Cayetano Valadés Rocha. Su trabajo, *El Porfirismo*, se publicó en la década de los cuarenta del siglo XX.[52] Valadés señaló que fue el régimen de Díaz el que dio inicio al Estado mexicano, además de haber modernizado la economía y vigorizado a la nación. Nacido en 1899, en Mazatlán, en una familia de tradición liberal en la que un abuelo o tío suyo dirigió un "periódico político de combate que le acarreó numerosos enemigos y aun la muerte"; su padre también dirigió un periódico y fue un ferviente maderista. Valadés también fundó y dirigió un periódico en Los Ángeles, California, donde pasó su adolescencia y primera juventud; en 1915 regresó a México.[53] Simpatizó y participó en grupos anarco-sindicalistas y comunistas, en movimientos obreros, e incluso fue fundador o cofundador de varias organizaciones, pero se alejó de esa esfera política decepcionado de sus dinámicas y de sus supuestas amistades. No congenió con las formas y las prácticas que se utilizaban, ya que chocaron con su idea personal de la libertad. Sobre todo, quedó muy decepcionado del plagio de su primer libro, por gente que se decía de izquierda.[54] Es probable que su decepción y alejamiento de las posturas de extrema izquierda, y su desilusión con la forma y el rumbo que tomaba el régimen político mexicano, le hiciesen más receptivo a perspectivas conservadoras, sobre todo porque desarrolló lo que se convirtió en una profunda hispanofilia personal, ya que supuso que la esencia mexicana provenía de la grandeza de España.[55]

La hispanofilia fue una reacción entre intelectuales conservadores que rechazaron el afrancesamiento y la influencia de ideas y modelos anglosajones en México durante el Porfiriato, por lo que se incorporaron al movimiento hispanista impulsado desde España.[56] Después de la Revolución, algunos grupos retomaron el tema, e incluyeron la hispanidad como parte de los elementos que constituían la *esencia* del mexicano, en oposición a los discursos gubernamentales centrados en el indigenismo, el nacionalismo y el latinoamericanismo.[57] Por ejemplo, Carlos Pereyra y Toribio Esquivel Obregón, intelectuales formados durante el Porfiriato y ministros en el gabinete de Victoriano Huerta, encabezaron un movimiento hispanófilo y crítico de la Revolución mexicana, además de una

reinterpretación de la historia de México desde una postura católica que rechazaba el liberalismo (calificado como producto anglosajón y protestante).[58] Esos eruditos postulaban una historia positivista, basada en la verdad de los documentos y en los hechos reales del pasado, útil para la política, la economía, la sociedad y la cultura de México. Se veían a sí mismos como historiadores “desfalsificadores” o “rectificadores” del pasado mexicano.[59]

Los hispanistas, descritos como historiadores aficionados, anticuarios, jerarcas de la Iglesia católica, aristócratas diletantes, hispanista de ideología conservadora, “clérigos y señores elegantes que disfrazaban su nostalgia por el pasado, en el que habían sido parte de los grupos dominantes, con labores propias de anticuarios”, fundaron y controlaron por décadas la Academia Mexicana de la Historia. Valadés adoptó el hispanismo gracias a su amistad con el erudito jalisciense Juan B. Iguíniz, censor de la Academia y director de la Biblioteca Nacional, y quien “mucho censuraba su comunismo”. Fue desde esa perspectiva político-ideológica que escribió y publicó su libro sobre el Porfiriato. Valadés fue profesor de la UNAM, además de embajador, pero no parece que se incorporara a las discusiones teórico-metodológicas de los años cuarenta del siglo XX.[60]

Valadés profundizó su convencimiento de que la libertad era el bien más preciado de los hombres, así como su rechazo personal del comunismo, del anarquismo y del marxismo. En cambio, adoptó una postura liberal y llegó a publicar una apología de Ludwig von Mises y de Luis Montes de Oca, con motivo de la publicación en español de un libro del austriaco. Aunque se ha enfatizado que la obra de investigación del sinaloense puede calificarse de “auténticamente científica y honrada”, lo cierto es que él derivó hacia la derecha en una época en que el régimen posrevolucionario configuraba lo que se ha llamado una dictadura perfecta, definiendo al Porfiriato como su Antiguo Régimen.[61] Así, Valadés fue uno de los primeros intelectuales de derecha que afirmó que la neutralidad era uno de los atributos de su trabajo:

> Para México, el vocablo *porfirismo* ha sido, por largos años, una expresión, casi técnica, de tiranía, y este solo hábito era suficiente para incitar a la investigación histórica, en un deseo no de ratificar o rectificar lo específicamente concreto del vocabulario, sino en un propósito de penetrar en una época tan rodeada de abrojos como tan plantada de laureles.[62]

Aunque explícitamente señaló que no trataba de rectificar el sentido dado al término *porfirismo*, Valadés partió de su interés personal en hacer una revisión de figuras polémicas, de tinte conservador, cuando pocos usaban la palabra *revisionismo*. En su momento, Daniel Cosío

Villegas señaló el tono apologético de los textos de Valadés sobre Lucas Alamán y sobre el propio Porfirio Díaz, "el otro héroe conservador del siglo XIX".[63]

Desde el primer volumen, de 1941, Valadés se sumergió en la investigación de una manera profesional gracias a su acceso a documentos y archivos, en una época cuando los trabajos sobre el Porfiriato "eran anémicos en el capítulo documental". Pensaba que eran peligrosas "las afirmaciones y repeticiones de la literatura política de y sobre el Porfirismo", debido al "abuso de la anécdota, al manejo inescrupuloso de la crónica y al celo y a la obsesión de interpretaciones partidaristas", todo lo cual resultaba en "las desfiguraciones del Porfirismo, y sobre todo, que este vocablo haya llegado a tomar el equivalente de tiranía".[64] Este propósito de reevaluación, reescritura o "rectificación" define su postura personal y su trabajo. Pero, al igual que Nemesio García Naranjo, lo que presenta es el culto al "hombre fuerte", al líder, al héroe. Por ejemplo, asegura de entrada que el joven Porfirio Díaz se refugiaba en "la religión que Croce llama de la libertad".[65] Una compleja idea de libertad porque incluía a Gabino Barreda, el fundador de la Escuela Preparatoria e impulsor del positivismo en México, como "sacerdote de esa religión que parecía alumbrar el universo: la religión de la libertad".[66]

El historiador recurrió una y otra vez a la figura del Estado para explicar la necesidad del régimen porfirista, pero sin definir lo que entendía por tal; por ejemplo, describe al Porfirio Díaz triunfante de 1877: "Prometió formar una nación. Anunciaba así la autoridad, y con la autoridad, al Estado; y con el Estado, teniendo bajo su ala a las castas, las razas, las clases, los partidos, formaba el concepto de nacionalidad". Así continuó y profundizó el argumento de García Naranjo: Díaz era la encarnación de la autoridad, de la nación y del Estado, pero sin explicar esos conceptos: "México, en cincuenta y cinco años de vida de independencia política, no había asistido todavía al proceso de mecanización de los grupos humanos que se opera en la formación del Estado, de la nacionalidad".[67] ¿Qué quiso decir con *mecánica*? Pudo ser una organización de masas al estilo fascista o soviético, o bien el orden administrativo o la burocracia disciplinada y eficaz de las que México carecía entonces:

> Si el Estado tiene alguna virtud, ésta debe ser la reducción de las fórmulas individuales, por la acción de una mecánica en y sobre la colectividad; y la fuerza de esa mecánica no puede funcionar únicamente por el ejercicio de la violencia, sino por el poder y la disciplina del orden administrativo.[68]

Sin ese orden no podría haber nacionalidad; así pues, en 1877 Díaz era la necesitada encarnación del orden, la disciplina y la eficacia en

México, elementos caros a los conservadores y a los ideólogos de la derecha. Entonces el trabajo de Valadés se vuelve un panegírico del general oaxaqueño bajo la apariencia de un análisis menos partidista que sus antecesores, por lo que el tono le es a veces candorosamente favorable y obtusamente contrario a Juárez y a Lerdo. Sus comparaciones son reveladoras: Díaz es "el héroe de la paz y la concordia nacionales", "opuesto a la política de violencia" de Juárez; y mientras éste padecía "la obsesión de la autoridad", aquél se "sometió a la ley".[69] En pocas palabras, los males que aquejaban a la política mexicana de la época y a la sociedad (autoritarismo, caciquismo, dictadura, burocracia, violencia, fraudes electorales, etcétera) son directamente achacados a Benito Juárez y a Sebastián Lerdo de Tejada, porque "no era dueño don Porfirio del poderío que sus enemigos le atribuían; sobre el general Díaz estaban dos partidos que se disputaban el triunfo: uno era el burócrata, otro el militar".[70] Así que Díaz no sólo era un héroe, sino casi un ángel de pureza. Del gobierno de Manuel González, cuenta el autor que su reforma al artículo séptimo constitucional, que estableció límites a la libertad de prensa, fue para contener una prensa mordaz: "El libelismo era amenazador", pero que "el Estado no abusó de ella, limitándose a emplear 'actos correctivos' para algunos libelistas".[71] El adorador de la libertad justificó así, sin más, una notoria restricción a la libertad de prensa. No es sorprendente que apuntalara algunos argumentos habituales en la historiografía revisionista. Por ejemplo, que "el nacimiento del régimen porfirista no sólo es formación de Estado; es también comienzo de una nueva economía de la sociedad". Una economía basada en las inversiones extranjeras porque el país estaba prácticamente en bancarrota: "No solamente la industria de México se encuentra en estado anémico en el nacimiento del régimen porfirista; la situación de la agricultura es deprimente".[72] Así que la economía fue abierta a los capitales extranjeros:

> Al entregar al capitalismo extranjero los ferrocarriles, los bancos, la explotación de las materias primas y el alto comercio interior, el Estado mexicano necesariamente hubo de fortalecer una clase dirigente nacional [...] *No había en la realidad, otro camino a seguir*. México, por su raquítica población, por su corte topográfico triangular, por la escasez de agua, por la inacabada conjunción de sus razas, por la falta de unidad moral autoritaria, por la insalubridad de su territorio, no podía levantar una propia economía capaz de rivalizar con los imperios económicos europeo y norteamericano.[73]

No había otro camino posible, no había opciones para un país con las peores condiciones geográficas, climáticas y raciales posibles, por

lo que Díaz debió por necesidad, y por lógica, entregar amplios sectores de la economía al capital extranjero. "No hay opción" es una de las tesis centrales del neoliberalismo, del revisionismo historiográfico, y de Hayek, Mises y Montes de Oca; y es adoptada recién terminado el sexenio cardenista por el historiador, desde una óptica *realista*. Otro argumento de Valadés tiene que ver con los ferrocarriles. Dedica varias páginas a los proyectos y al interés de los estadounidenses por invertir en este rubro. Supone que los ferrocarriles formaron parte de una estrategia estadounidense de conquista "pacífica" de tipo económico-comercial, de México, pero que fueron de gran beneficio para el país:

> Si los ferrocarriles construidos en plan de conquista pacífica fueron la causa de la absorción de la economía nacional por intereses extranjeros, en cambio sirvieron para fortalecer al Estado. No fue la política de "pan y palo", como tan superficialmente asienta un escritor norteamericano, la que afirmó una paz de treinta años; fue la unidad de un estado nacional –para cuya organización tanto contribuyeron el ferrocarril y el telégrafo–la que trajo al país la tranquilidad y el orden.[74]

Esta afirmación se ha repetido una y otra vez en las últimas décadas para subrayar el éxito del régimen porfirista, su "solidez tangible", y su importancia como periodo histórico. ¿Acaso puede haber algo más importante que la unificación nacional? Sin embargo, Valadés moderó su afirmación porque se dio cuenta de que las líneas de ferrocarriles no unieron ciertos espacios y puertos del Pacífico mexicano con el resto del país.[75] Los ferrocarriles tenían ciertas rutas que cubrían ciertas localidades y sus áreas adyacentes, pero no todo el territorio; amplias áreas quedaron fuera de la red. La pretendida unidad nacional quedó limitada a las comunicaciones y al transporte de mercancías entre ciertos territorios.

Un reproche de Valadés al régimen de Díaz tiene que ver con el hispanismo. Lo español era, en su opinión, una especie de esencia cultural de México que residía tanto en la religión católica como en la tradición jurídica heredada del periodo colonial. Entendía que esa esencia fue ignorada o desplazada durante el Porfiriato en favor de un afrancesamiento "ostentoso": "Para sustituir a lo español el naciente régimen no logró crear una cultura mexicana, ni una conciencia mexicana, y se entregó a lo más afín de su pensamiento político, y éste fue el origen del afrancesamiento".[76] La influencia francesa es innegable, como también la importancia que mantuvo el pensamiento político español en México; pero, de ser cierto el predominio del afrancesamiento, ya no se puede hablar de una unificación nacional

alrededor del Estado. La supuesta unidad quedaría limitada al aspecto económico, sin enraizar en lo cultural ni lo ideológico.

Debido a las críticas recibidas por “estudiar personajes –excluidos o mancillados por la historia liberal– como Antonio López de Santa Anna, Lucas Alamán, José María Gutiérrez de Estrada y Porfirio Díaz”, Valadés señaló en 1944 que la historia como ciencia no debía vilipendiar ni “extirpar épocas o individuos; esa tarea pertenece, en todo caso, a la política”.[77] Así que hizo exactamente lo contrario: elogiar y honrar a ciertos personajes; aunque se cuidó de aceptar alguna etiqueta comprometedora, pues declaró que su trabajo era una historia “aoficial” escrita para refutar la historia hecha durante el régimen de Díaz, que buscaba que se odiase “todo lo acaecido durante los dos primeros tercios del siglo pasado [...] para realzar la magia pacifista”.[78] Buscaba una interpretación diferente de aquellas patrocinadas por el Estado porfirista, primero, y por el Estado revolucionario después; una historia que, antes que condenar a los personajes y sus “antimexicanidades”, debía preferir identificar las huellas de lo mexicano.[79] Una definición cercana al sentido positivista de una historia neutral, pero en el texto de Valadés no hubo neutralidad ni objetividad, su revisionismo se nutre de una añoranza por lo español y lo católico como los únicos elementos auténticos de lo mexicano. A pesar de ello, consiguió identificar la narrativa porfirista y su necesidad de enfatizar el caos de México antes de Díaz, para ensalzar la figura y el régimen del oaxaqueño.

En el segundo texto Valadés fue menos generoso con el general Díaz debido a su “autoridad enérgica y cruel”, y a su “moral elástica”, aunque no dejó de admirar y ensalzar su “majestad que seduce y embelesa, que encanta y atrae”. El historiador debió revisar los hechos de violencia y represión, como la crueldad e impunidad de los rurales y las guerras contra los yaquis, que representaron la inocultable faceta violenta y brutal del régimen para con los grupos de abajo, mientras le daba pase libre a tropas estadounidenses.[80] Díaz dejó entonces de ser el héroe impoluto –casi divino–, cuando el historiador entendió que encubrió al gobernador de Zacatecas por el asesinato de un adversario político (el general García de la Cadena). Valadés abandonó las consideraciones sobre “evitar vilipendiar a una época o un personaje”, y calificó como inhumano, falso y tiránico el silencio gubernamental en torno a los acontecimientos de Tomóchic.[81] En cuanto a José Yves Limantour, la opinión de Valadés fue bastante mala, en especial en lo relativo a los empréstitos extranjeros. Son igualmente desfavorables para el régimen los balances que realizó de la economía, de la propiedad agraria, de las condiciones de trabajo en las haciendas y de la producción agropecuaria.[82]

Al final, el historiador descubrió con amargura que Díaz se

reconocía a sí mismo como guardián de los intereses y los capitales extranjeros: “Como soy responsable de la inversión de cientos de millones de dólares de capital extranjero en mi patria, creo que he de continuar en mi puesto hasta que asegure un competente sucesor”.[83] Ese “enorme sacrificio personal”, entretanto, permitió a su círculo cercano hacer pingües negocios de todo tipo, aprovechando, además, la información privilegiada que poseían. En suma, más allá del oropel de las elites –“la sociedad oficial”, la denomina el autor–, el México porfirista fue un país en el que reinaron “la desnutrición y las pestes, el racismo y la delincuencia”.[84] Y cada uno de estos problemas es mostrado en el texto. El capítulo final, el último día del Porfirismo, es un retrato bien logrado de Díaz y de sus manejos de la política y el poder; una crítica de un régimen centrado en la voluntad de un solo hombre, que construyó su poder

> en la anticonstitucionalidad, con lo cual la República se cubrió con pesares y desafectos al paso que sus bases y columnas perdieron solidez y equilibrio; sin embargo, el prestigio de Porfirio Díaz, por más grande elevación que se le quiera proporcionar, no deja de ser amargo y siniestro.[85]

Valadés comenzó con el propósito de rectificar la interpretación histórica dominante sobre Porfirio Díaz y su régimen, y terminó con un texto donde aparecieron tanto los logros del general como sus errores, que consideró derivados de su dependencia de elementos foráneos. El sinaloense no dejó de criticar los aspectos más sórdidos del régimen: la desigualdad socioeconómica, la pobreza de millones, la corrupción disimulada del gobierno, el racismo de las elites. A pesar de este cierre crítico, *El Porfirismo*, además de ser la primera investigación con base en fuentes de archivo y hemerografía de la época, dio forma a algunos argumentos historiográficos que han tenido mucho éxito, como que se había minimizado la importancia del Porfiriato, y se le había creado una leyenda negra. Así que era necesario resaltar lo positivo en busca de una perspectiva menos politizada y “más equilibrada”. Habría sido difícil para un liberal, hispanófilo y católico, ensalzar sin más un régimen que terminó sujeto tanto a las modas francesas como a la influencia, los modelos y la opinión de los países anglosajones. Sin embargo, el autor elaboró otro argumento que es parte del credo político de los diferentes grupos de la derecha mexicana: al lado de los “jacobinos” y nefastos presidentes Benito Juárez y Sebastián Lerdo de Tejada, el general y presidente Porfirio Díaz brilló con luz propia.

2.3. DANIEL COSÍO VILLEGAS Y LA *HISTORIA*

MODERNA DE MÉXICO

A los pocos años de que Valadés publicara su texto, el economista Daniel Cosío Villegas organizó un equipo de investigadores para escribir una historia crítica de México centrada en la segunda mitad del siglo XIX. El resultado de ese esfuerzo fue la *Historia moderna de México*, en una decena de volúmenes publicados entre 1955 y 1972, obra que hasta el día de hoy sigue siendo el estudio más amplio sobre aquella época.[86] Al igual que el sinaloense y que los intelectuales de derecha críticos de los gobiernos posrevolucionarios, Cosío Villegas también partió de un desencanto personal.[87] Aunque, en su caso, su desilusión tenía que ver con lo que consideraba las desviaciones de los gobiernos mexicanos después de 1940 y lo que entendía como abandono de las supuestas metas de la Revolución mexicana en favor de un régimen neoporfirista.[88] Como apuntó Charles Hale, las convicciones políticas de Cosío Villegas influenciaron su interpretación del régimen porfirista, que fue muy crítica. En cuanto a su perspectiva teórico-metodológica, Cosío Villegas estaba persuadido de que era indispensable fundamentar su investigación en fuentes primarias:

> Trabajar fuentes documentales desconocidas o intocadas; leer y releer la prensa periódica, tan abundante y rica en la República Restaurada y bastante más libre durante el Porfiriato de lo que se supone; usar documentos oficiales [...] dar el lugar debido a las fuentes regionales... y todo esto con la consigna de no admitir ninguna afirmación o hipótesis sin hallarle una comprobación documental y tan primaria como fuere posible.[89]

Este enfoque anclado en la "historia científica" positivista de la época le permitía suponer que sería el documento, o la "historia misma", lo que diera testimonio, lo que hablaría en el relato y no el historiador, lo cual no debía ser tan difícil porque consideraba que "la realidad es fluida, continua, como la clara corriente del agua". No obstante, Cosío Villegas también se dio cuenta de que el autor sí interviene en la confección del relato histórico, pues le quedaba claro que era el investigador quien establecía la división del pasado de forma "convencional y arbitraria".[90] Charles Hale señaló, en 1974, el positivismo de la *Historia moderna de México*:

> A reverence for "facts" is one of the prominent characteristics of the *Historia*. The application of Cosío's theory has contributed to one of the major strengths of the work [...] namely its objective tone and particularly its treatment of the Porfiriato on its own terms, freed from the usual Revolutionary perspective.[91]

Para Hale, la preferencia de Cosío Villegas por los documentos y periódicos de la época, y su minimización de las fuentes secundarias, seguía la orientación teórico-metodológica de Fustel de Coulanges. Historiador francés decimonónico que conjugó el idealismo hegeliano con el positivismo, Coulanges postulaba que "la historia es una ciencia, que utiliza un método riguroso y debe analizar los hechos tal como han sido vistos por los contemporáneos, no como el espíritu moderno los imagina". Además de la influencia del alemán Ranke y el francés Coulanges, la *Historia moderna de México* muestra la influencia de la escuela de los Annales, en especial de Fernand Braudel.[92]

Definir el carácter del régimen porfirista siempre ha sido tema de debate entre los historiadores, pero para Cosío Villegas se convirtió en un problema lingüístico y un nudo gordiano. Porfirio Díaz fue un tirano, "es decir, una persona que impone su poder o su superioridad en grado extraordinario", escribió en 1965.[93] Lo era porque se había hecho del poder por una revuelta que violó la ley; y aunque no fue ni mejor ni peor que otros, no por eso dejaba de ser dictador. Cinco años después, en el volumen editado en 1970, Cosío Villegas expresó una opinión más atemperada: Díaz no fue ni un ángel que trajo orden y progreso material, ni un demonio que acarreó la explotación del indio y el fin de las libertades, simplemente fue un ser humano "y, por si algo faltara, muy mexicano".[94] Al mismo tiempo, durante su primer periodo de gobierno, "a Porfirio Díaz le preocupaba entonces mucho que se le tomara como un dictador, es decir, un hombre cuyo poder político proviene de la violación o del olvido de la ley".[95] La relación entre el general y la ley, que violó para llegar al poder y que siguió quebrando durante todo su mandato, no le alcanza al historiador para definir el régimen, pues al mismo tiempo la Constitución y las leyes fueron observadas de manera formal. ¿Cómo se define entonces a Porfirio Díaz?

El tema resultó tan complicado que el fundador del Fondo de Cultura Económica dedicó una buena cantidad de páginas a revisar las reflexiones sobre el tema entre los grupos católicos, los escritores del periódico *La Libertad* (les llamó "los libertinos") y las del intelectual liberal José María Vigil, durante la primera administración de Díaz, es decir, cuando todavía no se convertía en dictador.[96] Sin embargo, en el volumen final de la *Historia moderna de México*, Cosío supuso que una definición lingüística del régimen dictatorial no casaba bien con lo que mostraba la investigación; desafortunadamente, no aclaró el contenido de la definición rechazada. Tampoco aceptó el término de tiranía, el "abuso de poder" no le convenció como descripción, pero sí el de régimen autoritario en cuanto implicaba que Díaz era un "partidario extremoso del principio de autoridad".[97] El concepto provenía de la politología estadounidense de las décadas de 1950 y

1960, y servía para clasificar a cualquier régimen que no fuera una democracia liberal al estilo de Occidente ni un régimen comunista, por ejemplo, el sistema político mexicano.[98] Dadas las similitudes que Cosío Villegas encontraba entre el Porfiriato y el régimen priista, parecía una buena solución designar al primero como autoritario. Esta solución ha sido muy exitosa en la historiografía y en la política mexicana actual.

En el área económica, el equipo de Cosío Villegas propuso que durante el Porfiriato se dio la transformación de la economía colonial en una moderna y de alcance nacional, e incorporada al entramado dominado por Occidente. En ese esquema el gobierno de Díaz sobrevaloró impulsar el comercio internacional, los productos agrícolas de exportación y las inversiones externas en la minería. De hecho, la inversión extranjera llegó en cantidades inéditas gracias a dos factores internos concurrentes: "Por primera vez, una estabilidad política lo bastante visible para inspirar la creencia de que nada perturbaría ya la paz, el orden y la tranquilidad", y que esa "estabilidad reposaba en un cesarismo ilustrado".[99] En lo externo, el periodo coincide con un momento de gran prosperidad en Europa Occidental y Estados Unidos, lo que "produjo una abundancia de fondos disponibles, ansiosos de invertirse donde pudieran conseguirse el más alto rendimiento".

A la vista de los resultados que presentó el equipo de investigación, Cosío Villegas declaró enfático que "ninguna duda puede caber acerca de la imposibilidad de que México alcanzara el progreso material que entonces logró sin la ayuda del capital extranjero", porque los capitales nacionales resultaban escasos y "ridículamente" desproporcionados para la tarea, y se inclinaban por inversiones poco o nada riesgosas. Sin embargo, este argumento que hoy en día es casi un mantra revisionista, no era una alabanza al régimen ni tampoco a sus supuestos aciertos y logros económicos, ni siquiera a su modelo económico; se trata de una crítica a la "burguesía" mexicana, incapaz de sustentar por sí misma el crecimiento económico, en medio de una economía desarticulada y "atrasada", y que contribuyó a la mirada proextranjera de los funcionarios. En esto Cosío Villegas coincidió con la opinión del intelectual liberal y comentarista político de la primera etapa porfirista, José María Vigil, quien en 1883 opinaba que México difícilmente podía desarrollarse con recursos propios:

> ¿Podría México consumar esta gran transformación con sus recursos propios, o las dimensiones de ella, por el contrario, imponían el auxilio extraño? Quizás no fuera imposible el primer camino; pero suponía un tiempo desesperadamente largo; y como el México de hoy "quiere vivir de prisa", en realidad sólo estaba

abierto el primero.[100]

Así que la idea de que era necesario el capital extranjero tuvo orígenes en las opiniones políticas de la época, no como un fatalismo que supone un modelo de desarrollo ineludible, sino como el resultado de condiciones específicas como una "burguesía" nacional sin capitales suficientes y, sobre todo, reacia a lo que percibía como riesgos, en conjunto con el interés del gobierno en impulsar el crecimiento y, no menos importante, la disponibilidad de capitales en los centros financieros mundiales. Pero con el neoliberalismo, las opiniones políticas y la aversión al riesgo de empresarios y comerciantes mexicanos han sido combinadas en una verdad incontrovertible: no había otro camino. Esto no implica negar que se produjo un desarrollo económico en México durante el Porfiriato "bajo el franco predominio del capital extranjero".[101] Para el cofundador de El Colegio de México, durante ese periodo, este país, "por primera vez en su historia, se moderniza, acercándose un tanto a su modelo de una sociedad occidental".[102] Sin embargo, el crecimiento alcanzando, de forma paradójica, dejó estancada la producción de alimentos para consumo interno, además de bajos salarios para los peones del campo, y millones de asalariados y de jornaleros viviendo en los límites de la pobreza, mientras "el país padeció también la alucinación de que la prosperidad del productor de los artículos de exportación era un buen augurio, hasta una prueba, del enriquecimiento general del país y de sus pobladores".[103] Esta contraparte del argumento, que muestra los límites y las ineficiencias del modelo, fue ignorada por los políticos e intelectuales porfiristas, y es soslayada por los historiadores neoporfiristas. Sin embargo, y a diferencia de Valadés, para Cosío Villegas, el régimen de Porfirio Díaz no fue un lacayo de los intereses extranjeros; antes bien, el dictador "entendió los intereses nacionales y los defendió con eficacia".

Con cierta frecuencia los historiadores nos concentramos tanto en el tema de nuestra investigación, nos ensimismamos, que podemos volvernos admiradores, partidarios o defensores inconscientes de sus protagonistas. Algunos consideran que esto es una tendencia historicista en la que la empatía con los sujetos de estudio evita la trampa de enjuiciarles desde el presente, mientras permite una mejor comprensión del pasado, pero en todo caso el investigador se pone del lado de los actores del pasado, lo que implica ya una justificación de sus actos. Así parece haberle sucedido al organizador de la *Historia moderna de México* con Porfirio Díaz. En 1972, en el volumen final de la magna obra, Cosío Villegas evalúa tanto la figura de Díaz como la condena que ha recibido su régimen. Ubicó el origen de buena parte de esa condena en los escritores y políticos surgidos de la Revolución,

mientras que, por su parte, terminó aceptando que Porfirio Díaz, como político, fue superior en casi todo a sus contemporáneos.[104]

Si se lee con cuidado el último volumen de la *Historia moderna de México*, además de identificar las maniobras políticas de Díaz a lo largo de sus años como gobernante, Cosío también descubre una estrategia de propaganda que construyó lentamente un cuadro interpretativo: "Porfirio avanzó señaladamente en la tarea de propagar su imagen, no sólo de gran gobernante, sino de hombre de quien dependía todo el porvenir del país", lo que impulsó el culto a su personalidad.[105] La propaganda política fue utilizada hábilmente por el general oaxaqueño y sus incondicionales; y el autor consiguió identificar este proceso: si "los círculos políticos y aun el país entero habían consentido en la permanencia indefinida de Porfirio", ello se debía a que "la propaganda hizo de él un gobernante necesario, en realidad insustituible, pero también al hecho innegable de que poseía prendas excepcionales de político y de administrador".[106] Sin embargo, Cosío también destacó que en la reelección de 1892 el sentir de las mayorías era contrario al "caudillo necesario". Esas contradicciones aparecen varias veces, pues mientras que el historiador afirmó que "asombra que la prensa oficiosa asegure que toda la nación mexicana ha depositado su confianza en Porfirio", en su balance olvida esa propaganda y la estrategia política correspondiente, para aceptar que "el país entero" consentía a Díaz porque era un político excepcional.

En 1953 Cosío coincidió con Valadés en que Díaz era un dictador desagradable y funesto. Recuérdese que el sinaloense se había escandalizado al quedar patente cómo el presidente encubrió "con el manto de la impunidad" a los asesinos del general zacatecano García de la Cadena en 1886, hecho que era suficiente para "dictar el más severo de los fallos contra don Porfirio". Cosío Villegas argumentó entonces que Porfirio Díaz era un hombre de carne y hueso, pero sin dejar de transcribir la opinión de Valadés de que su prestigio era "amargo y siniestro".[107] La *Historia moderna dedica* 22 páginas del último volumen al asunto que manchaba "la reputación de gobernante [de Díaz], no digamos justo y humano, pero ni siquiera hábil y eficaz".[108] Cosío destacó el silencio del régimen ante las exigencias públicas de que se aclarara el crimen, lo que muestra que la violencia, la complicidad y la impunidad eran parte de los métodos políticos de Díaz; pero también aceptó el argumento porfirista de que el peso del asunto recaía sobre todo en el gobernador de Zacatecas, Morfín Chávez. El historiador terminó por creer que Díaz fue un gran gobernante, que supo dar paz a un atribulado país y encaminarlo en la senda del progreso. Porfirio Díaz dejó de ser el malvado tirano, el maquiavélico dictador, para ser aceptado como un político autoritario

pero excepcional; uno que hizo que México dejara de ser una democracia para convertirse en una “aristocracia mal disimulada”.[109] La diferencia entre las líneas de Cosío y la famosa frase de Bulnes es únicamente de grados de admiración: “El dictador bueno es un animal tan raro, que la Nación que posee uno debe prolongarle no sólo el poder sino hasta la vida”.[110] Al parecer a Cosío Villegas le ocurrió lo contrario que a Valadés, pues empezó desde una posición crítica y terminó aceptando que Díaz fue un personaje excepcional, mientras que el sinaloense empezó alabando al “necesario” y terminó con un sabor amargo. Quizá por eso historiadores del siglo XXIapenas mencionan el trabajo de Valadés, mientras reprochan al profesor del Colmex no haber declarado abiertamente su admiración por el presidente Díaz.[111]

La última sección de la *Historia moderna* comenta la abundante historiografía sobre el Porfiriato disponible en su tiempo. Lo publicado era tan cuantioso que la perspectiva de tener que leer todo el material “paralizaba” a Cosío Villegas. Es interesante que, entre 1949 y 1972, tuvo a la vista una plétora de “literatura secundaria”, mientras que los revisionistas han dicho que el Porfiriato fue por mucho tiempo un *no tema* historiográfico.[112] Ciertamente, el historiador incluyó como fuentes secundarias desde autobiografías y panegíricos hasta textos condenatorios, todas obras con claro acento político, sin olvidar los balances históricos producidos durante el régimen y después de su caída. En tanto, los revisionistas de ahora acotan el universo historiográfico a las investigaciones realizadas durante los últimos cien años. Sin embargo, la abundancia de textos sobre el Porfiriato es innegable, por lo que éste ha sido un tema siempre atractivo para historiadores y políticos.

El análisis historiográfico partió de lo que Cosío Villegas consideró rasgos sobresalientes del régimen: primero, que éste representó una ruptura con el pasado, con la generación de la Reforma, lo que llevó a muchos de los nuevos políticos a tratar de demostrar, mediante la publicación de biografías, que tenían antecedentes valiosos o méritos suficientes para su ascenso; segundo, el carácter autoritario del Porfiriato hizo del elogio impreso al régimen “uno de los medios más seguros de hacerse presente y de ascender política y socialmente”; claro que a la caída del régimen la literatura antiporfirista proliferó hasta publicar “dicterios y calumnias sin fundamento”, lo que, para Cosío Villegas, provocó a su vez una nueva tendencia “de carácter ‘revisionista’, es decir, que quiere restablecer la ‘imparcialidad’ o la ‘objetividad’ para juzgar al régimen autoritario caído”. Tercero, que la longevidad del régimen permitió a sus aduladores producir historias escritas. Finalmente, el carácter controvertido del régimen, y del mismo Porfirio Díaz, que representaron la “primacía del progreso

material sobre la libertad política y aun la civil"; los partidarios de esa "filosofía política" escriben para defenderla, y es natural "que hagan lo mismo quienes prefieren la libertad a la riqueza y aquellos otros que juzgan imaginaria la incompatibilidad entre una y otra de esas dos metas de la acción pública".[113] Es decir, las distintas versiones no pueden ser objetivas ni imparciales; están sesgadas de antemano por la preferencia político-económica de sus autores. Esto, que debería ser obvio a cualquier historiador, es ignorado por el revisionismo *equilibrado*, que se presenta investido de objetividad. Para reafirmar su punto, Cosío Villegas señaló (escribía en 1972) que la corriente historiográfica que comenzaba a predominar era aquella favorable para el régimen de Díaz:

> Pero no paran allí las cosas: como la Revolución mexicana, con el correr de los años, cambió de credo y acabó por preferir el progreso económico al progreso político, la opinión pública no sólo juzga hoy con menos rigor al régimen porfiriano, sino que de hecho lo ve con simpatía, y se inicia así una nueva producción literaria tendiente a rehabilitarlo.[114]

Como cierre de la obra, el análisis historiográfico destaca por su agudeza en mostrar las tendencias políticas, económicas y sociales que daban tono a las investigaciones; y medio siglo después, sigue siendo válido. Con todo, el esfuerzo iniciado en 1947 partió desde una historiografía crítica y antiporfirista pero, al final de la empresa, Cosío Villegas estaba enredado en la propaganda creada por aquel régimen, con lo que terminó admirando discretamente al "necesario". Su interpretación de la historia de México como una disyuntiva entre la búsqueda de la libertad política y la búsqueda del progreso económico, argumento en el que coincidió con Leopoldo Zea, le permitió caracterizar al Porfiriato como un régimen que optó por consolidar una centralización política e impulsar el desarrollo económico.[115] Sobra señalar la importancia que tiene el esfuerzo de investigación encabezado por Cosío Villegas. Por su profundidad y su amplitud, por el volumen documental, hemerográfico y bibliográfico revisado y utilizado, y como resultado de un esfuerzo académico colectivo de magnitud pocas veces vista en México, la obra equivale a una enciclopedia del Porfiriato. La mayor contribución de Cosío Villegas fue mostrar que las interpretaciones sobre Díaz y su régimen parten siempre de consideraciones y posturas políticas e ideológicas antes que historiográficas o "científicas". Además, buena parte de lo que después se ha dicho y escrito sobre el régimen de Díaz fue argumentado en esta colección.

2.4. OTROS ANÁLISIS

En los años que tardó en completarse la *Historia moderna de México* ningún otro historiador profesional presentó algún trabajo sobre el Porfiriato, probablemente porque en México había muy pocos historiadores académicos. Vale la pena mencionar un breve texto de Cosío Villegas en *Historia Mexicana*, de 1963, donde menciona una "leyenda" del Porfiriato, pero no la mentada "fábula negra"; por el contrario, describe una narrativa positiva, un cuento de hadas de "consolidación" de la nacionalidad y las instituciones durante este periodo. Esa narrativa tenía como propósito "subrayar el carácter negativo, disgregador, de las épocas anteriores, sobre todo del trecho del siglo XIX transcurrido antes del advenimiento del Porfiriato, es decir, de 1810 a 1876".[116] La leyenda contrastaba las luchas interminables entre facciones de todo tipo, y las cuatro "guerras extranjeras" que hubo antes de 1877, con su total inexistencia en el Porfiriato, cuando prevalece la cordura y aparece "un hombre superior, identificado con los intereses generales, cuya celosa guarda constituye, precisamente, su función y su dignidad". Aunque José Valadés ya había mencionado la narrativa y su origen porfirista, Cosío Villegas parece no haber reparado en ello, y de hecho no profundizó en su reflexión sobre "esa pintura, mitad tenebrosa, mitad idílica.[117] Se enfocó en mostrar que las instituciones políticas fueron nulificadas por Díaz, que la nacionalidad se fraguó a lo largo de todo el siglo XIX y que la contribución del Porfiriato fue indirecta, concentrada en el ensalzamiento de la figura del caudillo de Tuxtepec. Lo más relevante, para los propósitos de este libro, es que Cosío Villegas identificó esa narrativa positiva sobre Díaz, que adjudica todo lo bueno a su gobierno y todo lo malo a las épocas anteriores. Esa leyenda positiva necesita de una leyenda negra frente a la cual contrastarse, y a la cual desbancar; un dispositivo retórico que los revisionistas usarán una y otra vez: se asumirán como una nueva historia equilibrada frente a una historia tradicional/ leyenda negra.

Aparte de Cosío Villegas, investigadores de otras áreas –como la filosofía, la economía y la política– adelantaron esquemas de interpretación sobre el régimen y su época. Mencioné al inicio a Leopoldo Zea, quien en la década de los cuarenta del siglo XX publicó sus libros sobre el positivismo en México. Zea no tuvo la intención de dar un esbozo del régimen; antes bien, buscaba entender la ideología positivista que consideró estaba detrás del mismo; pero a lo largo de las páginas de su libro se percibe un régimen dominado por lo que denominó la burguesía, un grupo social que dio lugar a la dictadura de Díaz, lo sostuvo y se sometió al general entregándole el poder y los derechos constitucionales de forma entusiasta, porque no quería

derechos sino orden, y desarrollo material.[118]

En 1959, el economista y profesor Jesús Silva Herzog escribió, desde una postura de centro izquierda, *El agrarismo mexicano y la reforma agraria*, una exposición crítica de ambos fenómenos derivados de la Revolución mexicana.[119] Es un trabajo de corte histórico cuyo capítulo IV dedica unas páginas a describir el régimen del general Díaz porque "durante su larga gestión administrativa el país progresó en varios renglones económicos". El texto presenta algunas cifras sobre las principales actividades productivas: minería, textiles, ferrocarriles y comercio exterior. Por ejemplo, la producción de plata y de oro que aumentó considerablemente entre 1875 y 1910; la expansión de las fábricas de textiles, y del consumo del algodón; y, por supuesto, el espectacular desarrollo de los ferrocarriles.[120] No dejó de mencionar el logro del que se enorgulleció García Naranjo: la reanudación del "servicio de la deuda exterior, motivo por el cual México gozaba a principios de este siglo de un amplio crédito en las grandes metrópolis del capitalismo". Estos aspectos económicos son los que el revisionismo neoporfirista ha estudiado, resaltado y exaltado como logros magníficos que, por sí solos, deberían imponer la revaloración del régimen. Sin embargo, Silva Herzog no podría ser mencionado como revisionista ni nada que se le parezca, porque inmediatamente añadió que

> el progreso de un pueblo no debe medirse solamente por su avance en varios renglones de la producción, sino también en lo que atañe al reparto de la riqueza, o en otras palabras, a la razonable y equitativa distribución del ingreso nacional; y a este respecto no hubo ningún adelanto, sino más bien retroceso durante el gobierno de Porfirio Díaz.[121]

Este economista mexicano de mediados del siglo XX puso el acento en una variable que el revisionismo ha soslayado, y que solo recientemente ha sido retomada por economistas de todo el mundo: la desigualdad derivada de una pésima distribución de la riqueza.[122] Silva Herzog, además, no concedió que hubiera una paz porfiriana como tal; por el contrario, y debido al tema de su libro, menciona algunos ejemplos de rebeliones con motivaciones agrarias. Evidentemente, el texto fue escrito desde una óptica crítica; sin embargo, el autor tenía perfectamente claro cuáles habían sido las características de los procesos económicos. De hecho, mantuvo su opinión en un subsecuente trabajo, *El pensamiento económico mexicano*, publicado en 1967.[123] En este señaló que durante el régimen porfirista "progresó la República en casi todos los renglones de su economía". Vuelve entonces a dar cifras similares, correspondientes a la expansión económica del periodo, y anticipa en un párrafo algunas de las líneas

de investigación que pertenecen a la historiografía social y cultural contemporánea:

> El progreso alcanzado se advierte cada vez y con mayor optimismo en la ciudad de México y en las capitales de provincia. Las poblaciones se embellecen, se modernizan con sus calles asfaltadas, sus líneas de tranvías eléctricos en varias de ellas; con suntuosos edificios gubernamentales y bellos monumentos en honor de los héroes de la Independencia y la Reforma. La alta burguesía, los grandes terratenientes, los profesionistas afortunados al servicio de unos y otros, lo mismo que en ciertos sectores de la clase media acomodada, se hallaban satisfechos y prósperos y confiados en el porvenir.[124]

El autor no negó la expansión económica ocurrida durante el Porfiriato, como tampoco los otros aspectos llamativos como el embellecimiento de algunos centros urbanos, la introducción de tecnologías y formas citadinas modernas, etcétera. Sin duda, el régimen favoreció esa notoria expansión, que destaca más cuando se le compara con lo existente hasta antes de 1877. Pero no deja de remarcar que la expansión económica y el sentido de satisfacción tan favorecedores de las clases altas y medias no se hizo sentir de la misma manera en sectores como el de los obreros o el de los jornaleros, tampoco con los peones o los pequeños propietarios, por eso clarifica la diferencia entre progreso y desarrollo:

> Durante el régimen porfirista se progresó en varios renglones de la economía nacional como antes se anotó; pero no hubo desarrollo porque ese vocablo en sentido moderno significa avance paralelo de lo económico con lo social, o mejor dicho con la justicia social.[125]

Otro aspecto destacable del análisis de Jesús Silva Herzog es su caracterización de Porfirio Díaz; una descripción que el revisionismo de nuestra época denominaría como “matizada” y “equilibrada”:

> No puede negarse que el general Díaz prestó eminentes servicios a México, sobre todo como soldado de la República. Fue hombre capaz y honorable; pero cometió entre otros errores el de haber tratado de perpetuarse en el poder. Además, es cierto que fue un dictador, pero por lo menos en los últimos tiempos, su dictadura fue relativamente benévola. Varios de sus colaboradores fueron hombres de indiscutible probidad; mas no todos lo fueron, en especial algunos gobernadores de los estados de la República y muchos de los jefes políticos de los distritos.[126]

En esta interpretación el hombre honorable se convirtió en dictador, aunque uno benévolo (la famosa *dictablanda*), los verdaderos villanos fueron algunos de sus colaboradores y de los funcionarios estatales y locales. Como puede verse, el comentario crítico de la desigualdad social y la deficiente distribución de la riqueza no proviene de una postura antiporfirista ni de un marxismo "trasnochado" o "dogmático". Reconocer las dotes políticas de Díaz, así como los resultados favorables de su gobierno, no impide una postura crítica, como tampoco necesariamente llevan al revisionismo neoporfirista. Silva Herzog fue un analista destacado, un autor erudito y un profundo conocedor de las obras que comenta en sus textos. Es sorprendente que en la actualidad no sea tan leído y citado, sobre todo porque esboza argumentos que complacerían a muchos revisionistas, así como a los analistas críticos del Porfiriato.[127] Sobre todo, era un economista y no un historiador.

Otro destacado economista que escribió sobre el porfiriato fue Fernando Rosenzweig. Había participado en el proyecto de la *Historia moderna de México* dirigido por Daniel Cosío Villegas, por lo que publicó en la revista *El Trimestre Económico*, en 1965, un estudio con base en sus notas preparadas para el proyecto.[128] Adelantándose al neoinstitucionalismo estadounidense, este economista planteó que la Constitución de 1857 y el triunfo de la Reforma diez años después permitieron "marcos jurídicos apropiados para la formación de capitales, para la circulación de la riqueza y, en una palabra, para el funcionamiento de la economía capitalista en ascenso".[129] En cuanto a lo económico, destacó la expansión de las líneas férreas, como tantos otros lo han hecho, aunque apuntó que su trazado fue sobre viejas rutas comerciales y de comunicación, y no como parte de un plan de absorción económica por parte de los capitales extranjeros.[130] Señaló que esa red estimuló el crecimiento de diversas y nuevas actividades económicas, pero también favoreció la articulación con el mercado estadounidense. Para él, no había ninguna duda sobre el crecimiento económico:

> El rasgo más notable de la economía mexicana, a lo largo de los cerca de siete lustros que duró el porfiriato, fue la tendencia a crecer que mostró la producción en sus diferentes ramas, primarias, manufactureras y de servicios, tanto en términos absolutos como en la magnitud relativa por habitante. A la luz de las cifras disponibles, mientras la población total del país creció a una tasa de 1.4 %, el producto lo hizo en el 2.7 %. El crecimiento implicó procesos de innovación, aumento de la capacidad y cambios en la estructura de los sectores productivos, en respuesta a demandas internas y externas crecientes y más diversas y, en

> general, a un firme avance del intercambio y los mercados. En pocas palabras, México entró en una etapa de desarrollo económico, no exenta, sin embargo, de profundas contradicciones que la llevaron a una brusca detención al comenzar la segunda década de este siglo.[131]

Al igual que Silva Herzog, Rosenzweig destacó los aspectos del crecimiento económico de la época, pero sin dejar de señalar las "profundas contradicciones" que implicó para todo el país. También puntualizó el dilema administrativo que representaba la escasez de fondos. Esa insuficiencia de recursos internos para impulsar el desarrollo económico fue lo que llevó al gobierno a "abrir de par en par las puertas para que entrara a México el ahorro del exterior", decisivo para impulsar ciertos sectores como los ferrocarriles y la electricidad. Sin embargo, también apuntó que "el capital nacional desempeñaba un papel bastante dinámico en algunos sectores, sobre todo el comercio y las manufacturas, y dominaba totalmente la agricultura".[132] Pero, si los recursos nacionales eran "escasos" o "insuficientes" en algunos sectores, ¿cómo pudieron tener tal dinamismo en otros? Rosenzweig no se detuvo en ello, le bastó con señalar la insuficiencia de capitales.

En suma, para este economista la combinación de un marco jurídico adecuado, un moderno sistema de transportes y comunicaciones, y la inversión extranjera, fueron los elementos que auspiciaron el crecimiento económico, es decir, prescinde de la *necesaria* figura de Díaz como eje explicativo, también del "genio" de Limantour, y de la crítica a las "burguesías" mexicanas. Es claro que, conforme a sus intenciones y a sus recursos expositivos, un economista puede o no destacar la importancia de tal o cual elemento de un tema, una época o una teoría, porque prefiere describir procesos "impersonales" y su aparente convergencia. Así que difícilmente puede decirse que Rosenzweig presentó un texto antiporfirista, como tampoco era parte de dentro de la tendencia revisionista que Cosío Villegas identificó en 1972. Rosenzweig simplemente fue un economista e historiador que supo discernir con inteligencia que, conforme a sus investigaciones, durante el Porfiriato, en México se experimentó un proceso económico contradictorio, de expansión y de crecimiento, sin duda; pero al mismo tiempo, un proceso de desigualdad, pobreza y subdesarrollo. Imposible de negar, pero tampoco para celebrar.

Cabe mencionar aquí *La revolución interrumpida*, obra publicada en 1971 por el intelectual y militante de izquierda Adolfo Gilly. Según el propio Gilly, esta obra fue escrita durante su estancia en la cárcel de Lecumberri, como prisionero político durante los años 1966-1972.[133] El libro, que ha tenido traducciones al inglés, además de varias

ediciones, era una propuesta de síntesis e interpretación de la Revolución mexicana, al mismo tiempo que "un trabajo de combate cultural y político" y un instrumento para "la continuación de la lucha teórica del marxismo en México y en América Latina". En el siguiente capítulo analizo la edición de 1994, corregida y aumentada por el que ahora es doctor en Estudios Latinoamericanos por la UNAM.[134] Sólo cabe decir aquí que el texto de Gilly adelantó varias de las ideas que Arnaldo Córdova vertería en su libro sobre la Revolución mexicana, y que ambos autores de izquierda son considerados iniciadores del revisionismo de la Revolución y, por tanto, del Porfiriato.

La historiografía examinada hasta aquí coincidió en que el Porfiriato tuvo aspectos positivos y negativos, excepto, claro, García Naranjo. Ninguno de los autores se interesó en negar los procesos económicos en expansión, pero la mayoría no dejó de mencionar las partes oscuras, negativas e incluso violentas y brutales del régimen. Ciertamente, son estudios que presentan visiones más o menos generales, y hacían falta análisis pormenorizados y de alcances regionales que cubriesen diferentes aspectos particulares del México gobernado por Díaz; pero la imagen global del Porfiriato aparece con claridad. Algunos elementos pertenecientes a la leyenda negra fueron esbozados en algunos casos, e inclusive fueron señalados abiertamente por Gilly, pero de ninguna manera son dominantes en las narrativas o en los argumentos. Tampoco aparece el marxismo "obtuso", pues, aunque Gilly es un declarado marxista, su trabajo es bastante crítico de las interpretaciones simplistas; mientras que la famosa teoría de la dependencia apenas está dibujada aquí y allá. En la siguiente sección presento un texto que, producido por un investigador que en primera instancia estaba del lado oficialista, contiene elementos de la leyenda negra tanto como argumentos revisionistas.

2.5. RALPH ROEDER Y EL MÉXICO MODERNO DE DÍAZ

En 1973, un año después de la aparición del último volumen de la *Historia moderna de México*, el Fondo de Cultura Económica publicó de manera póstuma la obra del estadounidense Ralph Roeder, titulada *Hacia el México moderno: Porfirio Díaz*, en dos volúmenes. Historiador formado en la Universidad de Harvard, había realizado investigaciones en archivos europeos sobre figuras del Renacimiento antes de volcarse en una biografía de Benito Juárez. Entonces el gobierno mexicano le encargó escribir una historia de los años entre la muerte de Juárez (1872) y la entrevista Díaz-Creelman (1908).[135] Nadie mejor que un admirador del presidente benemérito para escribir una historia favorable para los intereses del gobierno mexicano, que se

asumía heredero de Juárez y ajeno al Porfiriato. Es llamativo que, a pesar de proceder de una prestigiosa universidad estadounidense, Roeder no se incorporó a las dinámicas y debates de la academia mexicana; prefirió trabajar en solitario, como había sido su costumbre toda su vida. Quizá por eso, y por no citar de forma detallada las fuentes de su texto, ha sido mayormente ignorado por los académicos.[136]

El texto de Roeder empieza con un planteamiento claro: mostrar que la entrevista Díaz-Creelman era el objetivo final de su narración, y las premisas políticas y económicas que llevaron de la presidencia de Juárez a la de Díaz, el fundamento de la historia.[137] Las premisas políticas eran dos: la necesidad de los presidentes mexicanos de contar con un poder real, no limitado por el congreso ni por los gobernadores estatales, y el control por parte del ejecutivo de las elecciones legislativas y presidenciales. Para Roeder, Benito Juárez, Sebastián Lerdo de Tejada y, por supuesto, Díaz percibieron la necesidad de que el poder ejecutivo federal tuviera más autoridad y poder frente al legislativo, preponderante gracias a la Constitución de 1857; sin embargo, cuando Juárez propuso algunas reformas para fortalecer al ejecutivo sólo consiguió dar a sus enemigos políticos el pretexto para tacharlo de dictador. Las medidas de emergencia para enfrentar levantamientos, asonadas y bandolerismo fueron otra fuente de duras críticas. En ese contexto, el Plan de la Noria de 1871 denunciaba el “peligro” en que se encontraba la democracia y ensalzaba la no reelección. Por su parte, el presidente Lerdo consiguió crear el senado, con lo que pudo más o menos controlar a los gobernadores y también reducir el poder de la cámara de diputados, sin embargo, su ambición personal lo llevó a prácticas políticas justificadas en la era de Juárez, pero no en la suya. Mientras que a Juárez se le tachó de dictador, a Lerdo sus torpezas, aunadas a su creciente impopularidad y a su propósito de reelegirse, le costaron su caída.[138]

En cuanto a las elecciones, mientras que las municipales podían ser bastante animadas, las estatales y federales manifestaban la fuerte contradicción entre el sufragio universal reconocido por la Constitución y la realidad de indiferencia y desconfianza de los votantes ante procesos manipulados por quien organizaba las elecciones, que siempre era el gobierno. En ese contexto, Roeder cita a un despectivo y racista Emilio Rabasa quien, como buen liberal, intentó justificar los fraudes electorales al señalar que en México se vivía la falacia de una democracia impracticable, por ser un país lleno de indios ignorantes. El egresado de Harvard se limitó a señalar que un observador cuidadoso entendería que los indios no tenían nada que ganar con los procesos electorales, por lo que su abstención representaba su resistencia pasiva, y lo mismo aplicaría para todos los

que se abstenían de votar. Era innegable que el control y la manipulación de las elecciones comenzaron con Juárez, en buena medida por la necesidad imperiosa de llevar a cabo los procesos electorales, pero el proceso fue perfeccionado por Díaz y, como señala el autor, "tan fructífero fue el precedente, que se repitió hasta una época muy reciente".[139] Páginas adelante, Roeder comentó la corrupción electoral estadounidense de 1876, que llevó a la presidencia a Rutherford B. Hayes, como un proceso muy parecido a lo que ocurría en México, lo que ciertamente anulaba los enfoques racistas de los porfiristas.[140]

El egresado de Harvard escribe que Díaz, victorioso en 1876, debió enfrentar un último rival, "un contrincante mucho más formidable": la opinión pública que se formaba en las columnas de la prensa, dividida entre los partidarios de Lerdo, los de Díaz y los independientes, encabezados éstos por los editoriales de *El Siglo XIX* y de *El Monitor Republicano*.[141] De hecho, al igual que con Cosío Villegas, la prensa fue la principal fuente de información utilizada por Roeder. Una y otra vez destacó sus discursos, por ejemplo, que el país entero estaba sumido en la pobreza gracias a tantos años de guerra, y que la empleomanía era una "patología de un pueblo pobre y una enfermedad nacional".[142] En las notas de la prensa se constata que algunos veían al jefe tuxtepecano, además de como caudillo, como la "última esperanza", como "el hombre que ha de salvar a la República", casi como un Mesías que redimiría a México.[143] Esas expectativas interesadas, de un sector intelectual muy politizado, fueron aprovechadas por el oaxaqueño tanto en el mediano como en el largo plazo, pues dejó fluir la propaganda cuando le favorecía y la purgaba cuando no. Otro punto destacado por Roeder (coincidente con Cosío Villegas) es la prudencia de la diplomacia de Díaz frente a Estados Unidos, ante el cual mantuvo una posición patriótica, digna y decorosa.[144] Sin embargo, Roeder nos recuerda que esa actitud, y sobre todo las actividades de Manuel María de Zamacona, enviado por Díaz a Estados Unidos, le valió el reconocimiento diplomático, porque defender en lo posible la soberanía y la independencia de México era mantener su propio gobierno a flote.[145]

El solitario historiador también apuntó la indiferencia y el menosprecio del gobierno por las protestas de los indígenas que se dieron en el centro del país en 1879, y, sobre todo, la brutalidad de las ejecuciones en Veracruz de junio de ese mismo año. Ciertamente, la difícil situación de los grupos indígenas no es achacable únicamente al Porfiriato, en especial con respecto a la posesión y propiedad de sus tierras, pero al régimen de Díaz no le interesaban los problemas de los grupos de abajo. Roeder cita al *Monitor Republicano* cuando señaló los abusos de los jefes políticos, las levas, la ignorancia lacerante de las

clases menesterosas y el cinismo de los funcionarios que, una vez elegidos, sólo se dedicaban al saqueo:

> Pequeños sátrapas que viven y prosperan a costa de la miseria general, que ven a la nación como un patrimonio del que pueden disponer a su capricho, con la seguridad de quedar impunes, pues los cambios de gobierno no alteran la sustancia de las cosas y la palabra responsabilidad no existe en nuestro diccionario.[146]

He aquí un rasgo perdurable de la sociedad mexicana y de la política hasta nuestros días: la miseria, la corrupción y la impunidad florecen porque no se exigen responsabilidades. En cuanto a las ejecuciones en Veracruz, el estadounidense mostró que, además de exigir por meses de forma infructuosa que se castigara a los responsables del atroz crimen, la prensa opositora destacó que ni Juárez ni Lerdo habían tratado así a Porfirio Díaz o a Luis Mier y Terán (gobernador de Veracruz en 1879), cuando conspiraron y se levantaron en armas contra el gobierno establecido legalmente. Sin embargo, el asunto se enfrió y pronto la mayor parte de la prensa se asoció de forma voluntaria al silencio y la indiferencia del gobierno.[147]

La premisa económica de la narración de Roeder estribó en el impulso dado a los ferrocarriles, que interpretó como el elemento que permitió la supervivencia del régimen y el arreglo de las deudas exteriores, en especial la deuda inglesa. *Hacia el México moderno* destaca la urgencia del gobierno de Díaz en celebrar los primeros contratos con inversionistas estadounidenses, aunque fueran gravosos. Los ferrocarriles se convirtieron en *el proyecto* del régimen pero, para su adecuado desarrollo, se requería la estabilidad política de una sucesión presidencial pacífica, lo que aseguraría a los inversionistas que las cosas irían bien. De hecho, Roeder especula si los ferrocarriles fueron una moneda de presión tanto como una atractiva inversión para ambos lados. Supone que el dilema explica la salida de Díaz de la presidencia a pesar de que hubo quienes ya pedían su reelección. Más aún, "los ferrocarriles resolvieron la cuestión política en 1880, y no sólo para esa fecha, sino para todos los años venideros de su gobierno".[148] Durante el periodo de Manuel González los ferrocarriles entraron en auge, lo que provocó que las subvenciones amenazaran con la bancarrota al gobierno. Pero González estaba tan ocupado en crear condiciones favorables para el regreso de Díaz al poder, que la ley de 1883 contra la libertad de imprenta (la *ley mordaza*), fue diseñada para tal propósito. Entretanto, el asunto de la deuda inglesa, una de las banderas del Plan de Tuxtepec contra Lerdo en 1876, se le salió de control ante las leoninas condiciones que había aceptado.[149]

Desde la perspectiva del historiador estadounidense, la *ley mordaza*

tuvo un origen económico y político, por lo que sirvió perfectamente para reprimir a la prensa crítica durante 1885.[150] Entretanto, la prensa oficial y la oficiosa respaldaban con todo al régimen. Así como Leopoldo Zea mostró la influencia de la ideología positivista en el régimen y Charles Hale llamó la atención sobre el desarrollo ideológico del liberalismo conservador y el predominio de teorías francesas y españolas, Roeder remarcó la influencia de Herbert Spencer y la filosofía política inglesa en periódicos partidarios del régimen porfirista, como *El Observador*, para justificar el control de las elecciones, la anulación de grupos opositores y la represión:

> Parece que el gran filósofo inglés escribió expresamente para refutar las críticas que hace *El Monitor* a todos los gobiernos libres por no practicar al pie de la letra las doctrinas del credo democrático. No es posible, por más que nuestras instituciones sean excelentes, que un pueblo ignorante y apenas educado, como lo es, por desgracia, el nuestro, pueda ser perfectamente gobernado por esas instituciones observadas al pie de la letra. La ciencia de gobernar es la ciencia de lo posible, de lo hacedero, de lo práctico, y precisamente lo que no es posible, ni práctico, es sujetarse estrictamente a doctrinas políticas que presuponen un pueblo ilustrado, practicando el bien, sumiso a las leyes.[151]

El Observador era un periódico guanajuatense fundado por el ex-presidente Manuel González. Su credo político da una buena idea de la ideología liberal, elitista y temerosa de las masas, que dominó al régimen y a sus políticas mientras justificaba las acciones públicas, y las privadas e individuales, de las elites políticas y económicas. A esto se puede añadir que la prensa oficial declaró que el Plan de Tuxtepec había sido un artilugio, "un arma política" escrito por la prensa capitalina, que sirvió para combatir, pero que no servía para gobernar; mientras que el verdadero plan era práctico: la paz y el desarrollo económico. Sólo la prensa crítica, como *El Monitor*, expresaba su desacuerdo, porque esas ideas eran un "insulto que se hace a nuestro pueblo", privado de sus derechos y garantías, además de dar pie a la impunidad.[152]

Roeder también examinó las revistas de tema económico: *El Financiero Mexicano*, *La Semana Mercantil* y *El Economista Mexicano*, e incluye las duras críticas de este último a las esperanzas despertadas por el ferrocarril (que fueron apagadas por una fuerte depresión económica), al sistema agrario vigente en México, a los capitalistas, al liberalismo a ultranza, a los terratenientes, a la explotación de los trabajadores, a los salarios de miseria y a las costumbres de dilación, pereza y apatía en las transacciones económicas y en todos los rubros de la sociedad.[153] Como eran publicaciones moderadas que

expresaban puntos de vista de miembros del *establishment*, sus críticas pudieron enunciarse con tranquilidad y sin temor de la censura o las persecuciones aplicadas a la prensa independiente. En cambio, la *ley mordaza* sirvió como una medida de seguridad pública durante los difíciles años de la depresión económica, y de precaución durante la siguiente recuperación; los alegatos de calumnia, sedición y de asociación criminal sirvieron para castigar cualquier publicación perjudicial para el crédito nacional "y susceptible de causar la depreciación de los bonos mexicanos". Así, optimismo y disimulo eran obligatorios "para mantener la moral pública, sostener la confianza extranjera y ganar un punto en el mercado regulatorio de Londres". Para los porfiristas la razón de Estado exigía la colaboración de la prensa y la obediencia del ciudadano a la autoridad.[154]

Al resolver el añejo problema de la deuda inglesa, Díaz pudo solicitar un préstamo por quince millones de libras, gestionado por la casa alemana Bleichröeder en 1888. Mientras Manuel González fue repudiado por traidor cuando intentó el arreglo de la deuda, Díaz se vistió de héroe ante la opinión pública. Justo en el año de su segunda reelección (primera consecutiva), el empréstito generó confianza y una favorable opinión pública, aprovechada por sus aduladores para alegar que la abrumadora mayoría estaba de acuerdo en que era mucho más importante el progreso material que las cuestiones políticas, mientras la oposición "insignificante, rodeada, reprobada, regañada por la mayoría razonable", compuesta por hombres "obtusos" pertenecientes a las "cavernas", pesimistas históricos, se negaba a trocar la libertad política por el progreso material.[155] La manipulación discursiva por parte de los políticos, financieros, y prensa subvencionada, podía con desfachatez presentar un México donde la mayoría era ignorante, sin educación e incapaz de ser una ciudadanía responsable, y enseguida afirmar que esa mayoría era "razonable" en apoyar al régimen frente a una minoría "cavernaria".

El préstamo se destinó primordialmente "a la amortización de la deuda inglesa, al pago puntual de los créditos, y a la reducción de la deuda flotante", es decir, que "los fondos conseguidos afuera y gastados afuera sólo cambiaban de mano en ultramar", pero también produjo algo tan valioso como el dinero: la confianza de los prestamistas/financieros en el gobierno de Díaz.[156] Tanta confianza había, que en 1890, ante los apuros del gobierno para mantener los elevados subsidios a las compañías ferrocarrileras, controladas por estadounidenses e ingleses, se obtuvo otro empréstito encabezado por Bleichröeder para hacer frente a esas obligaciones.[157]

Roeder calificó a Díaz de "prohombre", en el sentido de que fue un político consumado que usaba con maestría el divide y vencerás. Apodado "don Perfidio" por el pueblo, supo "subordinar las

ambiciones ajenas a la suya propia, sembrando cizaña entre las aspiraciones rivales, fomentando y defraudando esperanzas y manejando los móviles invariables de la naturaleza humana a su antojo". El historiador cita ampliamente a Francisco Bulnes en su analogía de "don Perfidio" y el cesarismo napoleónico, destacando su paciencia y su perfidia maquiavélica. Coincide con Bulnes en que la paciencia era un rasgo "indígena" de Díaz, y su afán conquistador un rasgo "español", aunque discrepa de sus apreciaciones sobre la política de pan y palo, y sus bajos criterios sobre el pueblo mexicano.[158] Roeder no niega el patriotismo, la constancia o la sobriedad de Díaz, pero esas virtudes quedan minimizadas ante el ejercicio maquiavélico del poder que, además, negaba conciencia política, valor o moral al pueblo.[159] El autor creía que Manuel González era un hombre con muchas más virtudes, incluido el honor.[160]

Roeder no deja de recordar al lector que Porfirio Díaz tenía por bien supremo de su gobierno la paz, es decir, la estabilidad política y social, lo que le llevaba a evitar a toda costa cualquier asunto que amenazara su preciada quietud. Ejemplos de esa preocupación convertida en práctica política fueron sus consejos al gobernador de Oaxaca (sobre el sistema de jurados populares), y al gobernador de Chiapas (sobre la leva y los sirvientes adeudados). En el primer caso, el mandatario escribió que

> por favorable que sea la opinión que tenemos de nuestra patria, todavía no estamos convencidos de que sus hijos, hasta muy reciente fecha empeñados en la defensa de la independencia y las instituciones del país, hayan adquirido el desenvolvimiento moral e intelectual suficiente para sentenciar en un juicio oral sobre las circunstancias de un delito y aplicar la ley correctamente [...] El restablecimiento prematuro del sistema de jurados desprestigiaría la institución por sus consecuencias deplorables, y sería preferible aplazarlo y no exponernos por una exhibición impaciente de liberalismo a demostrar que los principios que profesamos son deficientes e impracticables [...] Yo aspiro tanto como cualquier otro al ejercicio de todas las libertades, a la realización de todas las mejoras, a la práctica de todas las conquistas del progreso, y lo he comprobado en el curso de mi carrera pública; pero la experiencia enseña que deben preverse todas las dificultades y no ilusionarse con teorías.[161]

El párrafo muestra que el presidente, como casi todos los miembros de su gobierno y de las elites económicas y políticas, tenía opiniones prejuiciadas contra los mexicanos en general, pues los consideraba ignorantes y moralmente deficientes, incapaces de discernir los delitos y la correcta aplicación de la ley. Dejar a los mexicanos actuar como

jurados sería impráctico, además de impracticable, porque exhibiría las carencias de la población y del propio gobierno ante las miradas de los extranjeros, en especial de los inversionistas. Un jurado popular avergonzaría al presidente, a su régimen y al país entero. El argumento justificó la restricción de los derechos cívicos a la gran mayoría de la población, y su concentración en unos cuantos notables. En el segundo caso, éstos fueron los consejos dados al gobernador de Chiapas:

> En cuanto a la cuestión de los sirvientes adeudados, no haga usted un esfuerzo exagerado todavía, ya que se trata de defectos formales en nuestra manera de ser que no pueden corregirse de la noche a la mañana. No haya nada más horripilante en nuestra organización social que el sistema de reclutamiento de nuestro ejército y, sin embargo, tenemos que pasar por esa vergüenza que causa su ejecución, mientras el país no se encuentre constituido tan sólidamente que pueda soportar una ley de quintas o sorteos. Con tal propósito hemos hecho algunos intentos de variar el presente sistema de peonaje en la Península, pero por lo pronto no pueden tener más que un carácter preparatorio, poniéndolos a prueba para algún efecto perceptible en cada caso en que ésta pueda hacerse sin provocar una conmoción social.[162]

Aquí el historiador estadounidense reconoce que Díaz era prudente y práctico, y que era consciente de los graves problemas que había en México, incluso que era sensible ante ellos, pero que le ganaba el pragmatismo: "Rehuyendo los grandes problemas que detenían el progreso del país para conservar la paz a toda costa, tuvo que renunciar a la ambición de hacer todo el bien posible a su patria y se conformó con el modesto mérito de un buen gobierno autocrático".[163] Así, a pesar de ser un historiador pagado directamente por el gobierno mexicano durante algunos de los años más sombríos de la dictadura priista (1965-1969), Roeder no dejó de considerar la posición de Díaz en cada asunto y de ver los aspectos positivos y pragmáticos del político. En ese sentido, su trabajo no fue parte de una historia oficial antiporfirista, ni participó de la leyenda negra del Porfiriato, pues, si bien muestra una crítica severa, irónica, e incluso cínica, del régimen y su protagonista, también dejó en claro sus virtudes cuando las encontró.

De haber sido más crítico, o antiporfirista, Roeder pudo remarcar que el temor de Porfirio Díaz de perder la estabilidad política y social, y con ella la presidencia, conjugado con su elitismo y con su menosprecio por los mexicanos *de abajo*, le condicionaban a tal grado que prefería rehuir la posible "humillación pública" de un deficiente proceso judicial en manos de personas comunes y corrientes, mientras

soportaba la vergüenza de las levas y de los sirvientes endeudados, que afectaban a los grupos populares pero no a su gobierno ni a las elites económicas o a los inversionistas extranjeros. Así que ningún problema, ningún abuso económico, social o político podía ser motivo suficiente para que el gobierno permitiera "una conmoción". Viene al caso un comentario en *El Hijo del Ahuizote* en 1892, con motivo de la segunda reelección consecutiva:

> El interés que don Porfirio Díaz tiene de darles apariencia de legitimidad a sus propósitos lamentables de indefinida y personal dominación, no para honra de las formas legales, sino para sugerir nueva confianza entre los prestamistas extranjeros.[164]

El egresado de Harvard resaltó el creciente culto a la personalidad del autócrata, culto alimentado sobre todo por las elites económicas y los inversionistas extranjeros, además, claro, de los políticos directamente beneficiados con el gobierno.[165] Los extranjeros fueron, sin duda, los más protegidos y favorecidos por Díaz, como en el asunto de los cambios a la ley para asegurar la independencia del poder judicial, que fue prometida pero detenida en seco por el dictador, ante la sorpresa y el enojo de Sierra y de Bulnes, para evitar que los juzgados fueran utilizados por todo aquel que buscara enriquecerse a costa de las compañías extranjeras, a quienes achacaba la estabilidad (y la perpetuación) de su gobierno. Roeder cita la referencia de Bulnes de las explicaciones dadas por el dictador:

> Estoy convencido de que he podido gobernar con éxito para preservar la paz y asegurar algún progreso para México, porque me he valido de la ayuda del capital extranjero [...] Estoy convencido de que si los capitalistas extranjeros no encuentran en México garantías seguras de protección contra las maquinaciones de un determinado elemento, huirán y con ellos la paz y el bienestar del país.[166]

Por otro lado, el autor consideró un gran acierto de Díaz el nombramiento de Limantour como secretario de Hacienda. Tuvo tanto éxito el ministro en todas sus medidas, tanto para enfrentar la crisis de 1892-1893 como para arreglar los presupuestos del gobierno, que Roeder le llama el virtual vicepresidente, y al régimen una dictadura doble (algo sin duda exagerado). Uno de esos éxitos fue la reforma para adoptar el patrón oro, lo cual permitió al país sortear la crisis financiera de 1907-1908 con menos dramatismo que la de quince años atrás. Otro acierto fue la nacionalización de los ferrocarriles, aunque fuese sólo nominal. Como contrapunto, se presentan las diferentes versiones sobre la brillantez de Limantour, o su increíble buena suerte,

que le ayudó a sobreponerse a su ignorancia en muchos temas (una tesis de Bulnes).[167] En un régimen donde privaba la administración sobre la política, resultó lógico que Limantour se convirtiera en un poder real sólo por detrás del dictador, a tal grado que pudo aglutinar y patrocinar su propio grupo, los llamados científicos. *Hacia el México moderno* los define como un círculo financiero, como una facción favorecida y como un corrillo de amigos influyentes, identificados, además, por el prejuicio popular "con los intereses del capital extranjero, aunque no eran más que sus apoderados y de la plutocracia mexicana, aunque no eran más que sus parásitos".[168] Sin embargo, don *Perfidio* nunca permitió que el aristocrático grupo o su jefe saliesen de su control.

De acuerdo con los testimonios citados, que incluyen a la prensa independiente, la prensa oficialista, los discursos de Díaz y los textos de Bulnes, daba la impresión de que el gobierno del general oaxaqueño dependía sobremanera del crédito extranjero y de la opinión que se tenía de él en Londres, Nueva York y Berlín. Esto sería uno de los fundamentos de la leyenda negra que describe al régimen entregado al capital extranjero, guardián de los intereses de los financieros y los inversionistas. Se puede añadir el asunto de la flota estadounidense que utilizaba Bahía Magdalena como base naval, con permiso del gobierno mexicano. Otra fuente de esa leyenda está en los escritos de los hermanos Flores Magón, profusamente transcritos por Roeder, que destilan la aversión de un sector de las clases bajas hacia el régimen político y el sistema social en que sobrevivían. Si esos escritos fueron veraces o no es algo discutible, aunque Roeder no fue crítico con esos materiales. Lo cierto es que proporcionan argumentos para el desprestigio del Porfiriato.[169] Otro asunto espinoso, y que ningún historiador revisionista menciona, es la aparente senilidad de Díaz, evidente para algunos antes de la reelección de 1904, y que parece afectó al anciano presidente cuando el país comenzó a manifestar efervescencias políticas y sociales. Un ejemplo muy crudo de un anciano incapaz de reaccionar con destreza política es su decreto de prohibir las incitaciones a las huelgas y de castigar a los obreros que hubiesen participado en tales movimientos, después de la masacre de Río Blanco, Veracruz.[170]

Hacia el México moderno cierra con el análisis de la entrevista Díaz-Creelman, a la luz de la situación política estadounidense de la época, cuando Theodore Roosevelt buscaba obtener un tercer periodo consecutivo como presidente mientras encabezaba una lucha frontal para poner freno a los grandes *trusts*, así como en el contexto del imperialismo estadounidense que había arrebatado Cuba del dominio de España, separado Panamá de Colombia para crear el canal y ocupado las islas Filipinas. En la opinión de Roeder, en ese escenario,

la falsa promesa de Díaz de dejar el poder en 1910 fue por lo menos inoportuna. El miedo al imperialismo *yanqui* dominaba entre los comentaristas y políticos adictos al régimen, quienes aseguraron que sólo otra reelección del imprescindible podía garantizar la independencia mexicana frente al coloso del norte. Sin embargo, el autor no logra articular estos escenarios con la aparición del libro de Francisco I. Madero *La sucesión presidencial*, en diciembre de 1908; sólo afirmó que ese texto marcó el inicio del fin del régimen porfirista.[171]

Roeder centró su trabajo en las acciones del "prohombre" que fue presidente. Por ello, su interpretación del Porfiriato subordina al interés político los otros posibles aspectos que estudiar. Se trata de una historia política tradicional, por no decir anticuada, aunque no con un propósito encomiástico sino crítico. En este esquema, hasta las principales decisiones económicas tienen su explicación en la política, como el arreglo de la deuda inglesa o el impulso a los ferrocarriles, que tuvieron como principal objetivo apuntalar al régimen. Mantener el orden político y social era conservar tranquilos a los inversionistas, lo que, en reciprocidad, tenía al régimen sin riesgo. El autor reconoció las habilidades políticas de Díaz, pero también presentó los defectos de don *Perfidio*, quien estaba más al pendiente de las opiniones de los financieros e inversionistas extranjeros que de las grandes masas de la población mexicana. En un panorama académico cada vez más riguroso, y al mismo tiempo más receptivo a opiniones favorables sobre el Porfiriato, la investigación de Roeder, que estaba inacabada, y por lo mismo mostraba inconsistencias, quedó desfasada, lo que, combinado con su postura crítica, le ha mantenido en el olvido historiográfico, por no decir en el ostracismo.

La obra póstuma de Roeder cierra el ciclo de las publicaciones pioneras sobre el Porfiriato realizadas por individuos con formación y experiencia ajenas al ámbito de la historia (García Naranjo, Valadés, Silva Herzog, Rosenzweig), o bien que tuvieron poco o ningún contacto con el mundo académico en esas décadas (Roeder). Ciertamente Valadés, Silva Herzog y, sobre todo, Cosío Villegas, publicaron como historiadores formados con la práctica profesional. Los trabajos aquí analizados adelantaron hallazgos, impresiones e interpretaciones que ahora pueden parecer triviales o incluso repetitivos, pero muestran cómo buena parte de los argumentos revisionistas habían sido enunciados en esos años. Sobre todo, permiten identificar la existencia de una narrativa porfirista que sobrevivió y prosperó durante el régimen priista. En el siguiente capítulo presento cómo entre 1971 y 1987 las investigaciones académicas impulsaron el revisionismo de la Revolución y del Porfiriato, a partir de las viejas interpretaciones, que presentaron

como novedades enmarcadas en esquemas teóricos novedosos, lo que preparó el terreno para el éxito del neoporfirismo.

1 Andrés Lira, "José C. Valadés. La interpretación histórica como actualidad política", *Revista de la Universidad de México*, marzo de 1974, https://www.revistadelauniversidad.mx/articles-files/0ef15b7c-aa80-4281-95e1-080f5e989785 (consultado en noviembre de 2019).

2 Un destacado antropólogo describe una situación similar en su disciplina, y en general en la academia "donde hay una especie de eterno retorno de concepciones que se nos aparecen como nuevas, e incluso recientes, cuando sólo constituyen renacimientos o si se prefiere reiteraciones, como ocurre con las discusiones actuales sobre la relación naturaleza-cultura, o sobre el denominado 'biopoder', que retoman algunas de las propuestas y discusiones teórico-ideológicas desarrolladas durante los años veinte, y hasta los años sesenta, pero que una parte de los estudiosos y teóricos actuales parecen desconocer o tal vez no las recuerdan". Eduardo L. Menéndez, "Continuidad/discontinuidad en el uso de los grandes relatos: el caso del iluminismo", en *Fronteras de iluminismo*, coord. por Enzo Segre Malagoli e Isidoro Moreno Navarro (México: UAM/Juan Pablos, 2012), 42.

3 Alan Knight también señaló el problema de la falta de originalidad dentro de la historiografía publicada hasta principios del siglo XXI, que atribuía al alejamiento de los archivos, aunque se refería sobre todo a trabajos en lengua inglesa (Knight, "Patterns and Prescriptions", 342, 345-346).

4 Leopoldo Zea, *El positivismo en México: nacimiento, apogeo y decadencia* (México: Fondo de Cultura Económica, 2014). La edición original es de 1968, y reunía dos libros anteriores de Zea, *El positivismo en México*, de 1943, y *Apogeo y decadencia del positivismo en México*, de 1944, en una edición corregida y aumentada; véase el "Prólogo a la segunda edición", en Zea, *El positivismo*, 12-14. Una interpretación reciente en José Luis Soberanes Fernández, "El positivismo, paradigma del régimen porfirista", en Raúl Ávila Ortiz, Eduardo de Jesús Castellanos Hernández y María del Pilar Hernández (eds.), *Porfirio Díaz y el Derecho. Balance crítico* (México: Cámara de Diputados LXIII Legislatura/UNAM, Instituto de Investigaciones Jurídicas, 2015), 33-50.

5 Aunque, como señaló Charles Hale, Zea no definió qué entendía por burguesía (Hale, *La transformación del liberalismo*, 46).

6 Zea, *El positivismo*, 39-45. Al analizar la polémica entre el intelectual liberal José María Vigil y el positivista Porfirio Parra, Zea mostró las serias divergencias entre Augusto Comte, Herbert Spencer y John Stuart Mill (ideólogos centrales del positivismo), y entre sus

seguidores (Zea, *El positivismo*, 359-368).

7 Además de Justo Sierra, escribieron en el periódico Francisco G. Cosmes, Telésforo García y Santiago Sierra; posteriormente aparecieron en sus páginas Miguel S. Macedo, Joaquín Casasús, José Ives Limantour y otros (Zea, *El positivismo*, 233-241). La parte relativa al programa político de este grupo de intelectuales, en las pp. 397-406.

8 Hale, *La transformación del liberalismo*, 15-49.

9 Véase Traverso, *La historia*, 51. Para América Latina otros análisis apuntan en el mismo sentido: Leandro Losada, "Sociabilidad, distinción y alta sociedad en Buenos Aires: Los clubes sociales de la elite porteña (1880-1930)", en *Desarrollo Económico* 180 (2006): 547-572; Pablo Whipple, *La gente decente de Lima y su resistencia al orden republicano: jerarquías sociales, prensa y sistema judicial durante el siglo XIX* (Lima y Santiago: Instituto de Estudios Peruanos/Centro de Investigaciones Diego Barros, 2013); Edward Telles y René Flores, "Not Just Color: Whiteness, Nation, and Status in Latin America", *Hispanic American Historical Review* 95, núm. 3 (2013): 411-449.

10 Un estudio sobre estas ideas y sus consecuencias prácticas, en Jose Alfredo Rangel Silva, "'Para reprimir a este difamador': Discursos públicos, valores y orden social en Guadalajara, México, 1885", *Hispanic American Historical Review* 97, núm. 3 (2017): 457-484. Véase Zea, *El positivismo en México*, 294-299; véase también Charles A. Hale, *Emilio Rabasa y la supervivencia del liberalismo porfiriano* (México: Fondo de Cultura Económica/CIDE, 2011), 17-34.

11 Hale, *La transformación del liberalismo*, 50-59. Puede verse un compendio de cómo pensaban esa elites, "los hombres de bien", respecto de aquellos que no pertenecían a su estrecho círculo, en David Pantoja Morán, *El Supremo Poder Conservador. El diseño institucional en las primeras constituciones mexicanas* (México: El Colegio de México/El Colegio de Michoacán, 2005), 50-102.

12 Lucas Alamán, citado en Héctor Fix-Fierro, "Porfirio Díaz y la modernización del Derecho mexicano", en *Porfirio Díaz y el Derecho. Balance crítico*, editado por Raúl Ávila, Eduardo de Jesús Castellanos y María del Pilar Hernández (México: Cámara de Diputados LXIII Legislatura/UNAM, Instituto de Investigaciones Jurídicas, 2015), 19.

13 Zea, *El positivismo*, 62-204; Hale, *La transformación del liberalismo*, 40-43. En ese esquema, el pueblo no existía porque no era responsable en ningún sentido; era como un niño o un loco a quien había que tutelar (Sierra, citado en Zea, *El positivismo*, 281).

14 Zea, *El positivismo*, 233-234. El periódico *La Libertad* tenía una clara intención política, y casi todos los intelectuales que participaron en

él se incorporaron a la política o al gobierno.

15 *Ibid.*, 262-268.

16 Hale, *La transformación del liberalismo*, 106.

17 Manifiesto de la Unión Liberal, citado en Zea, *El positivismo*, 405.

18 La preocupación por que "se restableciera el crédito internacional" del país aparece desde 1878, por lo menos (Hale, *La transformación del liberalismo*, 89).

19 Sobre el fracaso de la Unión Liberal, véase Zea, *El positivismo*, 425-430. Para los legados de ese liberalismo imbuido de positivismo, Hale, *La transformación del liberalismo*, 380-405.

20 Molina Enríquez, *Los grandes problemas*, 107-109.

21 *Ibid.*, 110. Se puede tener una idea del régimen "que soñó Alamán" con recordar su gestión durante el gobierno de Anastasio Bustamante (1830-1832), cuando se persiguió, desterró y ejecutó a opositores políticos (como V. Guerrero), se centralizaron las decisiones en el ejecutivo federal obviando o ignorando el texto constitucional (una "hoja de papel"), se desarticularon las fuerzas opositoras en varios estados, y se censuró o suprimió a la prensa opositora, entre otras similitudes con el gobierno porfirista, véase Pantoja Morán, *El Supremo Poder Conservador*, 83-95; véase también Michael Costeloe, *La Primera República federal de México (1824-1835). Un estudio de los partidos políticos en el México independiente* (México: Fondo de Cultura Económica, 1983).

22 Molina Enríquez, *Los grandes problemas*, 112.

23 *Ibid.,* 113-115.

24 *Ibid.,* 121.

25 Con excepción de Enrique Krauze, como se verá en el capítulo tres.

26 Charles Hale, *Emilio Rabasa*, 17-34.

27 El control casi absoluto de la vida política mexicana por parte del PRI y sus partidos antecedentes, entre 1929 y 2000, pueden verse como la perfección de un sistema autoritario de partido único, o bien como "una dictadura perfecta", como expresó alguna vez el escritor Mario Vargas Llosa.

28 Benjamin, *La Revolución*, 185-204.

29 Charles Hale, "Emilio Rabasa: liberalismo, conservadurismo y revolución", *Conservadurismo y derechas*, ed. por Erika Pani, vol. 2, 398. Incluso los historiadores estadounidenses Frank Tannenbaum, Stanley Ross y Charles Cumberland, produjeron obras "con una actitud de simpatía hacia la Revolución", Benjamin, *La Revolución*, 202. Véase Hale, *La transformación del liberalismo*, 32-34.

30 Benjamin, *La Revolución*, 40.

31 Benjamin y Ocasio-Meléndez, "Organizing the Memory", 323-364.

32 Nemesio García Naranjo, *Porfirio Díaz* (México: Compañía Periodística Nacional, 1931).

33 Véase Alan Knight, *La Revolución mexicana* (México: Fondo de Cultura Económica, 2010), 43-44. Nemesio García Naranjo fue uno de los escritores que atacaron la “campaña” presidencial de Bernardo Reyes en 1909 (François-Xavier Guerra, *México: del Antiguo Régimen a la Revolución*, t. II (México: Fondo de Cultura Económica, 1999), 155).

34 Guerra, *México: del Antiguo Régimen*, t. II, 21-34. Sobre su etapa como ministro con Huerta, véase Felícitas López Portillo, “El hispanoamericanismo de la ‘reacción’ mexicana”, *Temas de nuestra América, Revista de Estudios Latinoamericanos*, núm. extraordinario (2012): 95-106. Luis Arturo Salmerón, “Nemesio García Naranjo, cartografía urbana”, *Relatos e historia de México*, abril de 2016, https://relatosehistorias.mx/nuestras-historias/nemesio-garcia-naranjo (consultado en febrero de 2020). Elogios a su desempeño como intelectual en Alfonso Junco, “Evocación de García Naranjo”, en *Memorias de la Academia Mexicana. Correspondiente de la española* (México: Academia Mexicana Correspondiente de la Española, 1968), 196-198. Una sentida apología en Francisco A. García Naranjo, “El gobernador de Michoacán y el conflicto universitario de 1949. La mirada de Nemesio García Naranjo”, *Historia y Memoria* 15 (2017): 243-293.

35 Véase Claudia González Gómez, “Nostalgia por la muerte de don Porfirio. Revisión en la prensa habanera”, en *Miradas retrospectivas al México de Porfirio Díaz*, ed. Luz Carregha Lamadrid, Marisa Pérez Domínguez y María Eugenia Ponce Alcocer (México: El Colegio de San Luis/UNAM/Instituto Mora/Universidad Iberoamericana, 2018), 171-191. Para el periodo fascista véase Ricardo Pérez Montfort, “Tradición, anticomunismo y nacionalismo en el México de los años veinte (1922-1929)”, en *Las derechas iberoamericanas desde el final de la Primera Guerra Mundial hasta la Gran Depresión*, ed. Ernesto Bohoslavsky, David Jorge y Clara E. Lida (México: El Colegio de México, 2019), 299-300. Véase también Javier MacGregor Campuzano, “La derecha mexicana en los años veinte: tradición católica y conservadurismo”, *Revista de Historia de América* 160 (2021): 289-290. Sobre la relación entre fascismo y liberalismo, Bourdieu, *Intervenciones políticas*, 158-160.

36 Díaz, “Calles: el voluntarioso”, 460-505. Durante la primera mitad del siglo XX la Academia Mexicana de la Lengua era “considerada como el reducto del más rancio conservadurismo” (López, “El hispanoamericanismo”, 102).

37 García Naranjo enlistó a la elite intelectual porfirista (“cerebros esclarecidos”) sobreviviente en 1925: Moheno, Lozano, Esquivel Obregón, Bulnes y Rabasa, Gamboa, Pereyra, Vera Estañol, Calero, Carvajal, Maqueo Castellanos, además de él mismo; Díaz Arciniega,

"Calles: el voluntarioso", 460-505. Véase MacGregor Campuzano, "La derecha mexicana", 276-277.

38 García, *Porfirio Díaz*, VI. Durante su segundo exilio estuvo en Venezuela "bajo el amparo del hombre fuerte, el general Juan Vicente Gómez". Allí "defendió con ahínco el orden autoritario como ejemplo de un gobierno de orden y progreso similar al de su añorado don Porfirio". Sorprendentemente, se dice que en sus escritos "hizo gala de su equilibrio y mesura respecto de los asuntos públicos", López, "El hispanoamericanismo", 98-100.

39 García, *Porfirio Díaz*, VI. Deturpador es aquel que mancha algo, que denigra a alguien.

40 *Ibid.*, IX-X.

41 *Ibid.*, X.

42 Para Bulnes Díaz "era un dictador de raza, de la misma ganadería de Napoleón I", comparable con Luis XI, unificador de Francia, y con Maquiavelo. Véase Ralph Roeder, *Hacia el México moderno: Porfirio Díaz*, vol. I (México: Fondo de Cultura Económica, 1973), 384-392. También Molina Enríquez usó de esas comparaciones.

43 García, *Porfirio Díaz*, VI-VII.

44 *Ibid.*, 20. El "símil bellísimo" es una metáfora racista muy propia del periodo, que equipara al zapoteco con una prisión y a sus hablantes hombres encerrados en la oscuridad, como esclavos o criminales. Don Nemesio se quedó anclado mental y culturalmente en el racismo de las elites porfiristas.

45 *Ibid.*, 21-26. Sigfrido, el héroe mitológico germánico, resultó un mejor modelo para comparar a Díaz que cualquier cosa en la herencia cultural novohispana o mexicana.

46 *Ibid.*, 77-79.

47 *Ibid.*, 80-107.

48 *Ibid.*, 112-113. Otra vez el autor sigue a Bulnes en las comparaciones con Luis XI.

49 *Ibid.*, 124. Bulnes gustaba de comparar a Díaz con el emperador Augusto. Véase Guerra, *México: del Antiguo Régimen*, t. I, 211.

50 García, *Porfirio Díaz*, 126-130. Aquí también el neoleonés retoma lo dicho Molina Enríquez: fue gracias a la energía de Díaz en "sostener la paz, en equilibrar los presupuestos, en realizar las otras maravillas que tanto nos asombran y que se deben más que a la iniciativa de éstas o aquellas personas, y que a la influencia de éstos o aquellos sucesos, a la fuerza de su voluntad", Molina Enríquez, *Los grandes problemas*, 125.

51 Véase Roeder, *Hacia el México moderno*, vol. I, 11-27.

52 José C. Valadés, *El Porfirismo. Historia de un régimen* (México: Fondo de Cultura Económica, 2015); Benjamin y Ocasio-Meléndez, "Organizing the Memory", 359. Para Daniel Cosío Villegas, el

trabajo de Valadés era el primer estudio serio sobre el régimen (Daniel Cosío Villegas, *Historia moderna de México. El Porfiriato. La vida política interior. Parte segunda* (México: Hermes, 1972), 951.

53 Sobre el tío o abuelo, también llamado José Cayetano Valadés, y su periódico opositor *La Tarántula* véase Eduardo Valadés, "Un opositor silenciado con violencia", https://www.noroeste.com.mx/especiales/memoriasdemazatlan/201601/27.php (consultado en junio de 2020). Véase también Adriana Berrueco García, "El nacimiento del socialismo mexicano en la bibliografía de José C. Valadés", *Boletín del Instituto de Investigaciones Bibliográficas* XII, núms. 1-2 (2007): 219-237. Véase Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones en México, "José C. Valadés", https://www.inehrm.gob.mx/es/inehrm/Jose_C_Valades_2018 (consultado en junio de 2020).

54 Ernesto de la Torre Villar, "El historiador José C. Valadés", *Revista de la Universidad de México*, octubre de 1976, https://www.revistadelauniversidad.mx/articles-files/ed2891ea-d46341f5-abe1-321faa97387d (consultado en noviembre de 2019). Véase también, Lira, "José C. Valadés"; y Berrueco, "El nacimiento del socialismo", 222-224. Una descripción de sus días como militante de izquierda, y su frustración por el plagio de su obra, en Paco Ignacio Taibo II, "Introducción", en *El socialismo libertario mexicano (siglo XIX)*, de José C. Valadés (México: Fundación Rosa Luxemburg/Para leer en libertad, 2013),7-15. Su propio relato de esos días en José C. Valadés, "Confesiones políticas", *Revista de la Universidad de México*, junio de 1969, https://www.revistadelauniversidad.mx/articles-files/4c9f16b0-55f1-4f7e-a1d1-a428ba17b02d (consultado en noviembre de 2019).

55 Torre Villar, "El historiador José C. Valadés". Valadés la llamaba "la Grande España" (véase Valadés, *El Porfirismo*, 25).

56 El movimiento postulaba que los pilares de las naciones independizadas de España eran los elementos centrales de la tradición hispana: religión católica, idioma castellano, historia, sociedad jerarquizada, y raza, véase Aimer Granados, "Hispanismo, nación y proyectos culturales. Colombia y México: 1886-1921. Un estudio de historia comparada", *Memoria y sociedad* 9, núm. 19 (2005): 5-15; vale la pena revisar la parte que describe al hispanismo en Helwar Fernando Figueroa Salamanca, "El imperio espiritual español: lengua, raza y religión (1930-1942)", *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* 34 (2007): 165-206. Véase también César Rina Simón, "Proyección exterior, hispanoamericanismo y regeneración nacional en la península Ibérica en el siglo XIX", *Historia Mexicana* LXVII, núm. 4 (2018): 1597-1631.

57 Esos elementos eran el amor a la patria, la familia, la herencia colonial, el catolicismo, etcétera. Véase Pérez, "Tradición, anticomunismo", 285. Véase también Granados, "Hispanismo, nación", 6-7.

58 Carlos Pereyra, destacado historiador positivista, diplomático en la etapa final del Porfiriato y durante la administración de Victoriano Huerta, terminó sus días en España como un católico tradicionalista simpatizante del franquismo, véase Priscila Pilatowsky Goñi, "Sobre historiografía americanista y un caballero de la hispanidad. Carlos Pereyra en España (1916-1942)", *Revista de Indias* LXXVIII, núm. 273 (2018): 561-592. Toribio Esquivel Obregón fue abogado, historiador e intelectual, entró a la política adherido al movimiento maderista, después estuvo en el gabinete del golpista Huerta; conservador declarado, al final de su vida fue cercano al Partido Acción Nacional (PAN) y al movimiento sinarquista. Véase Guillermo Zermeño, "Toribio Esquivel Obregón: del hombre público al privado: 'Memorias' a la sombra de la Revolución", *Secuencia* 21 (1991): 65-82.

59 Zermeño, *La cultura moderna*, 195-196.

60 Garciadiego, "Revistas revisitadas", 221-231. Véase también Josefina Zoraida Vázquez, "Cincuenta y tres años de las Memorias de la Academia Mexicana de la Historia", *Historia Mexicana* L, núm. 200 (2001): 709-718. Véase Valadés "Confesiones políticas", XV; también Moctezuma, "El camino de la historia", 45-78.

61 Véase Romero, *Los orígenes*, 156-157. También Torre, "El historiador José C. Valadés"; y Benjamin y Ocasio-Meléndez, "Organizing the Memory", 345.

62 Valadés, *El Porfirismo*, 7.

63 Daniel Cosío Villegas, *La historiografía política del México moderno. Sobretiro de la Memoria de El Colegio Nacional* (México: El Colegio Nacional, 1953), 4. El breve comentario analítico de Cosío sobre el trabajo de Valadés es despiadado.

64 Valadés, *El Porfirismo*, 8-9.

65 La confesión de Valadés, en Torre Villar, "El historiador José C. Valadés"; la descripción de Díaz, en Valadés, *El Porfirismo*, 12.

66 Valadés, *El Porfirismo*, 130.

67 *Ibid.*, 11.

68 *Ibid.*, 132.

69 *Ibid.*, 16-18. El autor hizo un dibujo menos favorable de Díaz en Valadés, *El socialismo*, 202.

70 *Ibid.*, 34-35.

71 *Ibid.*, 48.

72 *Ibid.*, 50-61; lo reafirma en la 144: "Un problema era el de la perenne miseria mexicana y otro el de la bancarrota del Estado".

73 *Ibid.*, 156. Cursivas añadidas.
74 *Ibid.*, 226.
75 *Ibid.*, 484-493.
76 *Ibid.*, 250. Charles Hale mostró las buenas condiciones que gozaron los españoles en el México porfirista, y la influencia del pensamiento político peninsular (Hale, *La transformación del liberalismo*, 75-88).
77 Valadés, *El Porfirismo*, 286.
78 *Ibid.*, 287.
79 *Ibid.*, 287.
80 Sobre los yaquis, un reciente artículo da cuenta sucinta de la guerra contra ellos, de las deportaciones a Yucatán y de sus posibles condiciones de vida en las haciendas henequeneras (Luis Anaya Merchant, "Esclavitud y peonaje: el destierro yaqui en Yucatán, 1900-1912", *Jangwa Pana: Revista de Ciencias Sociales y Humanidades* 18, núm. 1 (2019): 87-101).
81 Valadés, *El Porfirismo*, 332-349. Véase Cosío, *La historiografía política*, 5.
82 Valadés, *El Porfirismo*, 359-483.
83 *Ibid.*, 484.
84 *Ibid.*, 585.
85 *Ibid.*, 699.
86 Esfuerzo que contó con el apoyo económico de la Fundación Rockefeller y el respaldo del Banco de México y de El Colegio de México. Véase Daniel Cosío Villegas, "Llamada general", *Historia Mexicana* IV, núm. 3 (1955): 334-336. Ese apoyo duró los primeros cinco años, véase Garciadiego, "Daniel Cosío Villegas", 11-33. Véase Richard Weiner, "Antecedents to Daniel Cosío Villegas's Post-Revolutionary Ideology: Justo Sierra's Critique of Mexico's Legendary Wealth and Trinidad Sánchez Santos's Assault on Porfirian Progress", *Mexican Studies/ Estudios Mexicanos* 30, núm. 1 (2014): 91.
87 Los años cuarenta del siglo XX son escenario de ese *despertar* desencantado de algunos intelectuales, tanto de corte liberal como conservador, ante la Revolución mexicana, sus resultados y sus tendencias. Véase Zermeño, *La cultura moderna*, 194-196. Aparte de su desilusión personal con el régimen priista, a Cosío Villegas le motivó mucho que José Revueltas le recriminara, en una carta de finales de la década de 1940, su carencia de conocimiento histórico (Garciadiego, "Daniel Cosío Villegas", 12-13).
88 Hale, "The Liberal Impulse", 479-498. Véase también Lorenzo Meyer, "Daniel Cosío Villegas", *Letras Libres* 29 (2001), https://www.letraslibres.com/mexico/daniel-cosio-villegas (consultado el 15 de diciembre de 2019). Las metas abandonadas eran la

democracia, la justicia social y económica, y la defensa de la soberanía nacional.

89 Cosío Villegas, “Llamada general”, 329.

90 *Ibid.*, 317.

91 Hale, “The Liberal Impulse”, 490.

92 Coulanges, citado en Jaume Aurel, *La escritura de la memoria: de los positivismos a los posmodernismos* (Valencia: Universitat de València, 2005), 25. Véase Zermeño, *La cultura moderna*, 201-202.

93 Daniel Cosío Villegas, “Séptima llamada particular”, en *Historia moderna de México. El Porfiriato. La vida económica* (México: Hermes, 1965), XV.

94 Daniel Cosío Villegas, “Octava llamada particular”, en *Historia moderna de México. El Porfiriato. La vida política interior. Parte primera* (México: Hermes, 1970), XIII, XIV.

95 *Ibid.*, 350.

96 *Ibid.*, 413-441.

97 Daniel Cosío Villegas, “Segunda llamada general”, en *Historia moderna de México. El Porfiriato. La vida política interior. Parte segunda* (México: Hermes, 1972), XXI.

98 Una crítica a la adopción de un concepto “que poco definía por querer abarcar demasiado”, en Luis Medina Peña, “Introducción”, en *El siglo del sufragio. De la no reelección a la alternancia*, ed. Luis Medina Peña (México: Fondo de Cultura Económica/Conaculta/IFE, 2010), 13-15.

99 Cosío, “Séptima llamada”, XXV.

100 Daniel Cosío Villegas, *Historia moderna de México. El Porfiriato. La vida política interior. Parte primera* (México: Hermes, 1970), 672. Vigil fue funcionario durante la presidencia de Manuel González (1880-1884), por lo que en 1883 era menos crítico de lo que fue con los liberales-conservadores positivistas.

101 Cosío, “Séptima llamada”, XXVI-XXVII.

102 Cosío, “Segunda llamada general”, XX .

103 Cosío, “Séptima llamada”, XXIII.

104 Cosío, “Segunda llamada general”, XXI, XXII.

105 Cosío, *Historia moderna. Parte segunda*, 171-172.

106 *Ibid.*, 314.

107 Cosío, *La historiografía política*, 5. Valadés, *El Porfirismo*, 340.

108 Cosío, *Historia moderna. Parte segunda*, 186. Para Ralph Roeder, sí hubo complicidad entre García de la Cadena y el rebelde sinaloense Heraclio Bernal (Roeder, *Hacia el México moderno*, vol. I, 330-334).

109 Cosío, *La historiografía política*, 5. Véase el detenido recuento de las posiciones políticas del periódico porfirista *El Partido Liberal*, que resumen la propaganda acerca del gran hombre que trajo a México

el orden y el progreso (Cosío, *Historia Moderna. Parte segunda*, 179-186).

110 Cosío, *Historia moderna. Parte segunda*, 292.

111 Véase Tenorio y Gómez-Galvarriato, *El Porfiriato*, 16-17. Este fenómeno que convierte al historiador "en un continuador más o menos consciente de la acción política de los regímenes que estudia; por grados sucesivos se pasa de la explicación a la comprensión, para acabar en la identificación", se presenta en todos los países, y sobre todos los temas, aun los más polémicos, véase ejemplos en Poggio, *Nazismo y revisionismo*, 95.

112 Véase Tenorio y Gómez-Galvarriato, *El Porfiriato*, 12; también, Paul Garner, *Porfirio Díaz. Del héroe al dictador. Una biografía política* (México: Planeta, 2010), 11.

113 Cosío, *Historia moderna. Parte segunda*, 948-950.

114 *Ibid.*, 950.

115 Hale, "The Liberal Impulse", 486. Cosío, "Séptima llamada", XIV; también, Cosío, "Segunda llamada", XIX. Sobre su perspectiva respecto del crecimiento económico, Weiner, "Antecedents", 91-103.

116 Cosío, "El Porfiriato", 76.

117 Cosío Villegas, "El Porfiriato", 76-77. Valadés, *El Porfirismo*, 286-287.

118 Zea, *El positivismo*, 253-284. Hale no estuvo de acuerdo en llamar burguesía al grupo que apoyó a Díaz, prefirió denominarlo elite o "establishment liberal" (Hale, *La transformación del liberalismo*, 10-11).

119 Jesús Silva Herzog, *El agrarismo mexicano y la reforma agraria. Exposición y crítica* (México: Fondo de Cultura Económica, 1964).

120 *Ibid.*, 104-105.

121 *Ibid.*, 105. Algunos analistas destacan que el economista de la Cepal, Celso Furtado, fue el primero en distinguir entre crecimiento y desarrollo, pero, sin duda, Silva Herzog se adelantó al sudamericano con esta aclaración. Véase Connel y Dados, "Where in the World", 123.

122 Sobre el tema de la distribución de la riqueza, véase Thomas Piketty, *La economía de las desigualdades. Cómo implementar una redistribución justa y eficaz de la riqueza* (México: Siglo XXI, 2015); también Branko Milanovic, *Desigualdad mundial. Un nuevo enfoque para la era de la globalización* (México: Fondo de Cultura Económica, 2021). Otro enfoque en Joseph Stiglitz, *La gran brecha* (México: Penguin Random House, 2015); y en Stiglitz, *El precio*.

123 Jesús Silva Herzog, *El pensamiento económico mexicano. El pensamiento económico, social y político de México. Obras 3* (México: El Colegio Nacional, 2007). La edición original, publicada por el

Fondo de Cultura Económica, es de 1967.

124 *Ibid.*, 14.

125 *Ibid.*

126 *Ibid.*, 17.

127 Véase su postura más antiporfirista en Jesús Silva Herzog, *Breve historia de la Revolución mexicana. Los antecedentes y la etapa maderista* (México: Fondo de Cultura Económica, 2017); la primera edición es de 1960.

128 Fernando Rosenzweig, “El desarrollo económico de México de 1877 a 1911”, *El Trimestre Económico* XXXII, núm. 127 (1965): 405-454. El artículo fue reeditado en *Secuencia* 12 (1988): 151-190.

129 Rosenzweig, “El desarrollo económico”, 412-413.

130 *Ibid.*, 414.

131 *Ibid.*, 405.

132 *Ibid.*, 426.

133 Adolfo Gilly, *La revolución interrumpida. Edición corregida y aumentada* (México: Era, 1994), 12. La primera edición apareció en 1971, con el subtítulo *México 1910-1920: una guerra campesina por la tierra y el poder*, en ediciones de El Caballito. El libro se publicó en inglés en 1983, y tuvo una segunda edición en ese idioma en 2006. En 2007 apareció una segunda edición en Era (tercera en español), que cuenta con varias reimpresiones.

134 Puede consultarse una breve semblanza académica de Adolfo Gilly como profesor de la UNAM en https://dgapa.unam.mx/index.php/semblanzas-emeritos-anio-perpae-2015/semblanzas-2009-perpae/267-malvagni-gilly-adolfo-atilio

135 Ralph Roeder, *Hacia el México moderno: Porfirio Díaz*, 2 vols. (México: Fondo de Cultura Económica, 1973). Véase Andrés Henestrosa, “Ralph Roeder”, en Ralph Roeder, *Juárez y su México* (México: Fondo de Cultura Económica, 1972), VII-XV.

136 Roeder no citó con rigor las fuentes que utilizó, lo que impide aquilatarlas de forma crítica; además, al parecer tenía una manera “difícil” de escribir que requería amplias y profundas correcciones, véase Martín Quirarte, “Ralph Roeder y su obra póstuma”, *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México* 5 (1976): 132-158.

137 Roeder, *Hacia el México moderno*, vol. I, 30-31.

138 *Ibid.*, 31-37.

139 *Ibid.*, 38-43.

140 *Ibid.*, 83-85.

141 *Ibid.*, 46-47.

142 *Ibid.*, 54-56.

143 *Ibid.*, 57-64.

144 *Ibid.*, 72-123.

145 Roeder comentó que durante el gobierno de Manuel González también hubo fricción con el gobierno de Estados Unidos a causa de Guatemala, pero que la digna actuación del presidente evitó una posible confrontación abierta (*ibid.*, 188-190).
146 *Ibid.*, 129-131.
147 *Ibid.*, 131-139.
148 *Ibid.*, 141-172.
149 *Ibid.*, 174-244.
150 *Ibid.*, 290-300.
151 *Ibid.*, 302-303.
152 *Ibid.*, 303-306.
153 *Ibid.*, 308-320.
154 *Ibid.*, 336-337.
155 *Ibid.*, 375-377, el recuento de las opiniones abrumadoramente favorables para Díaz continúa en las pp. 407 a 411. Sobre las negociaciones para el pago de las deudas, véase Carlos Marichal, "The Construction of Credibility: Financial Market Reform and the Renegotiation of Mexico's External Debt in the 1880s", en *The Mexican Economy, 1870-1930. Essays on the Economic History of Institutions, Revolution, and Growth*, ed. Jeffrey L. Bortz y Stephen Haber (Stanford: Stanford University Press, 2002), 93-119.
156 Roeder, *Hacia el México moderno*, vol. I, 418.
157 *Ibid.*, 502-504. En los primeros años de la gestión hacendaria de Limantour, se contrató otro préstamo con Bleichröeder, sólo para cubrir los servicios de deuda, negocio que Bulnes reconoció como "una operación de agio" (*ibid.*, vol. II, 95).
158 *Ibid.*, vol. I, 384-395.
159 Se ejemplifica el ejercicio maquiavélico del poder en el trato con los intelectuales (a los que Díaz despreciaba) y en su manipulación de los científicos, así como en la querella entre el general Bernardo Reyes y José Yves Limantour (*ibid.*, vol. II, 122-145).
160 *Ibid.*, vol. I, 393-402.
161 Roeder, *Hacia el México moderno*, vol. II, 24-25. Puede compararse este comentario de Díaz con los expresados por Bulnes sobre los juicios por jurados, los jurados "populares" y los de "clases", Francisco Bulnes, *El verdadero Díaz y la Revolución* (México: Conaculta, 2013), 83, 96-97.
162 Roeder, *Hacia el México moderno*, vol. II, 25-26.
163 *Ibid.*, 26.
164 *Ibid.*, 58.
165 *Ibid.*, 65-67.
166 *Ibid.*, 98.
167 *Ibid.*, 325-334.
168 *Ibid.*, 110-121.

169 *Ibid.*, 160-258. Para Bulnes "la dictadura de Díaz era plutocrática, sostenida y prestigiada por la plutocracia extranjera". Bulnes, *El verdadero Díaz*, 334.

170 *Ibid.*, 313.

171 *Ibid.*, 364-398.

CAPÍTULO 3. REVISIONISMO DESDE LOS EXTREMOS

A partir de la década de los setenta del siglo XX, investigadores formados en las ciencias sociales e historiadores con doctorados de prestigiosas instituciones se enfocaron en el análisis de la Revolución mexicana. Invariablemente se vieron en la necesidad de revisar y reinterpretar el periodo histórico inmediato anterior: el Porfiriato. En esa operación se revelaron las ideologías y las posturas políticas de los autores, que se pueden definir de manera amplia como ubicados en los extremos del espectro político tradicional, las izquierdas (Córdova, Gilly y Knight) y las derechas (Guerra y Krauze). A semejanza de Daniel Cosío Villegas, los primeros partieron de la intención de cuestionar las afirmaciones oficiales de que la Revolución estaba viva y sus ideales vigentes en el gobierno priista; los últimos se sustentaron en la idea de que el episodio revolucionario había sido un error. Para las izquierdas la Revolución y su engendro-priista eran productos envenenados que solo beneficiaron a la burguesía mexicana. Para los analistas en las derechas había que restaurar el culto a la personalidad de Porfirio Díaz y ensalzar su régimen como ejemplo de un pasado exitoso y más acorde con la *realidad* de México. En cuestión de unos cuantos años, la perspectiva revisionista de derecha predominó en la historiografía.

3.I. ARNALDO CÓRDOVA: LAS CONTINUIDADES ENTRE PORFIRIATO Y REVOLUCIÓN

Considerado uno de los más importantes exponentes de las ciencias sociales en México durante el último tercio del siglo XX, Arnaldo Córdova fue profesor de la Facultad de Ciencias Políticas de la UNAM, autor de textos relevantes sobre historia y política en México (*La formación del poder político en México*, *La ideología de la Revolución mexicana* y *La política de masas del cardenismo*), y diputado federal por el Partido Socialista Unificado de México. Su formación académica hizo que su trabajo fuera más riguroso, pero también más cargado teórica e ideológicamente que cualquiera de los hasta aquí revisados. De hecho, la ideología y el Estado estuvieron entre sus intereses centrales, y la historia le proporcionó el material de trabajo:

> La ciencia política no se puede desarrollar sin el auxilio de la historia. Cuando se empieza a hacer teoría en la ciencia política,

> empezamos a manejar la historia, manejarnos históricamente. La historia sirve para dar sustento a la investigación teórica de la política.[1]

Al igual que Cosío Villegas, Córdova postuló abiertamente que había muchas más cosas en común entre el porfirismo (no utilizó el término Porfiriato) y los regímenes posrevolucionarios de lo que se aceptaba en la política, o en los círculos académicos oficialistas. Al replantear la naturaleza de la Revolución mexicana y vincularla con los rasgos generales del Porfiriato, inició de manera abierta la revisión académica de ambos periodos. Es paradójico que este investigador que leía a Marx y a Gramsci, y que militó en un partido de izquierda, sea uno de los fundadores del "revisionismo histórico" de la Revolución junto con Adolfo Gilly.[2] Como García Naranjo, Valadés y Cosío Villegas, el profesor de la UNAM se interesó en el análisis histórico por motivaciones estrictamente contemporáneas: trataba de entender el régimen político mexicano de la segunda mitad del siglo XX:

> No consideramos de ninguna utilidad entrar en polémica con una ideología definitivamente liquidada o con un régimen que fue sepultado hace ya más de medio siglo; la tarea del historiador de las ideologías, se ha dicho hasta la saciedad, consiste en reconstruir de la manera más objetiva posible las ideas y la función que desempeñan respecto de la realidad social. Y en el caso de la ideología porfirista, esta necesidad es tanto más urgente cuanto que de su correcto tratamiento depende la claridad con que logre verse el verdadero fondo de la ideología y del régimen que sucedieron al porfirismo y que constituyen el marco en el que se desenvuelve la vida del México contemporáneo.[3]

En *La ideología de la Revolución mexicana* su planteamiento es claro y contundente: México vivía todavía (en 1973) "la misma etapa histórica que comenzó en 1876, año de la ascensión al poder del general Porfirio Díaz, o inclusive en 1867, año del triunfo de los republicanos sobre el Segundo Imperio". Esto no quiere decir que no hubiese diferencias significativas entre Porfiriato y Revolución, al contrario, esas diferencias eran más que notables; sencillamente sus semejanzas "son más numerosas que las diferencias". Ambas etapas formaron parte del mismo proyecto histórico: "El desarrollo del capitalismo".[4] Córdova desarrolló todo su argumento a partir de este postulado enmarcado en el materialismo histórico, pero si se trata de la misma etapa y el mismo proyecto capitalista entonces ¿cómo explicar que su ideología fue "liquidada"? y si fue liquidada ¿cómo pudieron darse las continuidades?

Otro problema es que el politólogo retomó casi de forma íntegra los discursos de los porfiristas como si fuesen descripciones e interpretaciones correctas de la realidad; lo que muestra el éxito de la narrativa porfirista y la extensión del método positivista en las ciencias sociales. Al dar absoluta credibilidad a sus materiales y a sus autores, no es sorpresa que Córdova ubicara el mérito esencial de la dictadura en haber impuesto el orden (como habían dicho Molina Enríquez, García Naranjo y Valadés) después de que la Constitución de 1857, "por una desgraciada e irracional oposición a ultranza al principio de autoridad", provocó una crisis al limitar los poderes del ejecutivo y ampliar "más allá de toda conveniencia práctica" los correspondientes al legislativo. Los liberales de la Reforma no entendieron que México era un país atrasado, y ese retraso no podía remediarse con las libertades "para las que el pueblo no estaba preparado, ni cultural ni materialmente"; por eso, era necesario "un gobierno fuerte, que sometiera esos elementos disolventes, mediante la violencia si se hacía preciso".

El analista de izquierda del siglo XX le dio la razón a los intelectuales elitistas del siglo XIX: México tenía una población que no estaba preparada para "las libertades"; por eso es menester reconocer que Porfirio Díaz era el "necesario" y que su gobierno fuerte restauraba el principio de autoridad, porque de ello "dependía la existencia misma de la nación".[5] En su esquema interpretativo positivista-marxista pueblos y naciones deben atravesar etapas "evolutivas" para alcanzar las condiciones mínimas para su emancipación, y México estaba en una etapa muy atrasada. Con ello se puede entender por qué Córdova retoma como dato cierto la propaganda política y el culto a la personalidad que cultivaron los intelectuales decimonónicos. Porfirio Díaz consigue, así, un siglo después de su primera presidencia, hacer coincidir los extremos político-ideológicos en la supuesta necesidad de su régimen autocrático.

Concordando con lo señalado por Leopoldo Zea, Córdova describe cómo los porfiristas supusieron que, para un país miserable y atrasado, lo mejor era proteger a quienes tuvieran la riqueza, lo que se tradujo en los privilegios de los propietarios. La reiteración de argumentos sigue en las páginas de *La ideología de la Revolución* como en cascada: la riqueza nacional era poca, "y por sí sola jamás habría superado el estancamiento material del país. Habría que traerla de fuera y ayudarla a 'ambientarse' en México, protegiéndola". Era, pues, necesaria una dictadura que se comprometiera a proteger a los propietarios y sus privilegios, como lo fue la de Díaz.[6] A fuerza de repetir lo ya enunciado, el autor proporciona, en pocas líneas, el núcleo argumental del revisionismo que conecta las ideas porfiristas

con el credo neoliberal: Porfirio Díaz era el dictador necesario porque sólo con un régimen así se podría sacar a México del atraso y de la pobreza, mediante la protección a las inversiones extranjeras y a la riqueza de las elites nacionales. Su único argumento que no es mencionado por los neoporfiristas es la función que cumplió el dictador para "someter a las demás clases sociales al servicio de los privilegiados, en la mayoría de los casos, con sacrificio ostensible de sus propios intereses".

El politólogo michoacano reiteró lo dicho por Zea: los escritores positivistas proporcionaron una justificación ideológica al régimen, bajo el lema orden y progreso.[7] La desigualdad era el estado natural de la sociedad, así como la superioridad de los seres más aptos, aquellos que son los poseedores de la riqueza: "La capacidad y aun la responsabilidad se miden por la riqueza misma". En esta perspectiva las elites eran el elemento activo de la sociedad por su educación, su capacidad mental y su capacidad para gobernar; eran el verdadero pueblo y la verdadera sociedad; los demás grupos sociales "son una turba inconsciente" que debía ser sometida mediante la violencia si no aceptaba el predominio de los ricos. Ante la falta de "instituciones sanas que pudiesen sostener de alguna manera un gobierno fuerte y estable", hacía falta una dictadura, pero no al estilo de Santa Anna, sino una "honrada" y con poder ilimitado al servicio de *los hombres de bien*; en otras palabras, se trataba de un "sistema de privilegio" para proteger y promover el capitalismo.[8] Porfiriato y Revolución mexicana, como etapas históricas, compartían la misma ideología de protección y fomento del modelo económico capitalista. El atraso material de México y el atraso sociocultural de su población justificaban que el Estado promoviera el desarrollo económico y que las ideas democráticas surgidas en el mundo atlántico (derechos ciudadanos, sociedad de hombres libres, igualdad ante la ley, etcétera) fueran

> desprestigiadas por sistema y sustituidas por valores y medidas políticas de carácter eminentemente pragmático, que implican siempre el sacrificio de la libertad de los ciudadanos y aun de su bienestar material, en aras de un futuro desarrollo y de una futura sociedad libre; en una palabra: el atraso como realidad presente y el progreso como futuro.[9]

El atraso como argumento para la gestión política también justificó lo que Córdova, en sintonía con la teoría de la dependencia, denomina "penetración económica del imperialismo", que se tradujo en subrayar la necesidad y la realidad de que sólo las inversiones extranjeras podían impulsar de forma efectiva un despegue económico. El orden, ese valor tan caro para los positivistas, los políticos y los

inversionistas, fue convertido en una de las principales necesidades a la que se respondió con un gobierno dotado de facultades extraordinarias permanentes.[10] Otro elemento destacable del planteamiento es la concepción particular del nacionalismo de la ideología revolucionaria mexicana, que otorga al Estado un papel fundamental en la negociación con la potencia dominante para salvaguardar la independencia del país.[11] Como se ha visto, también Valadés, Cosío Villegas y Roeder coincidieron en que Díaz y su gabinete defendieron lo mejor que pudieron la soberanía mexicana frente a Estados Unidos.

Otro de los aspectos que Córdova identifica, aunque de forma breve, es el culto a la personalidad de Porfirio Díaz. Si bien le reconoce su extraordinaria capacidad "para conjugar en su acción el manejo de los hombres, de las circunstancias y de las formas constitucionales", también señala que el dictador supo incorporar a su poder la imagen de estadista infalible, "el mito de cualidades que, más que poseer, eran cultivadas en la opinión pública, amaestrada para ese fin por todo tipo de colaboradores, desde los simples técnicos y administrativos del Estado hasta los más brillantes exponentes de la intelectualidad de ese tiempo". Con base en los escritos de Gabino Barreda, Justo Sierra, Emilio Rabasa y Pablo Macedo, así como en el trabajo de Leopoldo Zea, Arnaldo Córdova supone que la justificación para hacer de Díaz un dictador sabio e infalible fue la necesidad que tenía México de orden, un orden que dejara atrás los sueños de libertad a cambio de seguridad, trabajo y progreso, que se tradujeran en crecimiento económico y desarrollo material. He aquí la propaganda que Valadés y Cosío Villegas habían identificado. El mito del dictador benévolo y todopoderoso, gobernante sabio e infalible, cultivado cuidadosa pero intensamente, "devino de inmediato el mortero en el cual se hizo realidad la conciliación de las clases, de los vencedores y de los vencidos", el elemento central de la ideología porfirista y componente unificador de México, "mercancía ideológica" para consumo del pueblo.[12] Pero el autor no la llama propaganda, sino imagen política como ideología; un programa de exaltación de la figura del autócrata excepcional en todos los sentidos, tan efectivo que sobrevivió a la caída de su figura, a una revolución y a un régimen que renegó del "necesario". Es una imagen política convertida en eje de una narrativa que todavía es utilizada y creída por políticos de derecha, historiadores, analistas y quienes añoran los buenos tiempos de don Porfirio.

El problema con el culto a la personalidad y la propaganda política es que puede ser asimilada fácilmente como algo verdadero, algo real, que es lo que ha sucedido en la mayor parte de las ocasiones. Pero ese culto no fue unánime, ni fue aceptado ciegamente por los diferentes

grupos sociales y los diversos individuos, ni en los años de inicio del régimen ni en ningún otro momento. Lo que se lee en los textos de Emilio Rabasa, Francisco Bulnes o Andrés Molina Enríquez son argumentos de los intelectuales del régimen, que dependieron del mismo y que trataron de justificarlo; personajes que escribieron con toda la lógica y el convencimiento de que la dictadura de Díaz era un resultado natural, con base en una *ley natural* o en una *ley sociológica*, mientras la democracia y la libertad eran antinaturales o contrarias a las realidades y necesidades de México.[13]

Los intelectuales porfiristas creían que la desigualdad y el privilegio eran naturales y por lo mismo necesarios, mientras afirmaban desear "que un día reine la igualdad y la libertad de quienes lleguen un día a ser iguales y libres". Para lograr ese estado utópico era necesario no poner trabas a los elementos superiores, porque eran los verdaderos promotores de la igualdad futura. Tal retórica justificaba el estado de cosas vigente y negaba que un cambio fuera benéfico.[14] Ciertamente, algunos decían que los privilegios se fundaban en las capacidades personales y no en la condición de nacimiento o la raza, pero prevalecían las prácticas sociales elitistas y racistas. Por eso Andrés Molina Enríquez, tal vez para congraciarse con Díaz (calificado de mestizo), postuló la preminencia de la raza mestiza, núcleo mayoritario de la población.[15]

Otra virtud de *La ideología de la Revolución mexicana* es la explicación provista para la leyenda negra del Porfiriato. En general, las revoluciones políticas niegan el pasado inmediato mientras proyectan su acción hacia el futuro; los ejemplos son la Revolución francesa y la Revolución rusa. En México los intelectuales de los sectores medios, primero, y los revolucionarios, después, renegaron del pasado inmediato porfirista y glorificaron lo que concebían como el pasado liberal que culminó en la Reforma y la Constitución de 1857. En ese guion ideológico-político el porfirismo había traicionado y desvirtuado la tradición liberal. El estado democrático, los derechos del hombre y el sufragio universal, es decir, los elementos más elevados del pasado liberal fueron ahogados en "el autoritarismo más desenfrenado". Su progreso era una falacia en cuanto sólo benefició a un pequeño grupo, en tanto que el régimen mismo tenía como "única misión […] proteger y promover los privilegios de las clases ricas".[16]

Motivado por su posición crítica ante el Estado mexicano que se declaraba como producto y heredero directo de la Revolución mexicana, concebida como una violenta ruptura con un vergonzoso pasado llamado Porfiriato, Córdova mostró que no hubo tal ruptura, antes bien prevaleció la continuidad en muchos aspectos, sobre todo en lo político. Lo que explicaba mucho del sistema político mexicano del siglo XX. En este sentido, el autor consiguió articular la idea que

había impulsado a Cosío Villegas: que los gobiernos mexicanos de la post-Revolución se parecían demasiado al régimen autoritario del general Díaz; pero no se trataba de coincidencias ni de retornos metahistóricos, sino de un encadenamiento entre ambos periodos en el marco del desarrollo capitalista. Quizá el mayor error de Arnaldo Córdova fue suponer que el porfirismo fue destruido por completo después de 1910, pues sigue vigente como ideal político entre diferentes grupos conservadores, como modelo de gestión económica y como neoporfirismo en la historiografía.[17]

La ideología de la Revolución mexicana no negó que hubiese crecimiento en algunos sectores económicos concretos durante el Porfiriato, tampoco negó el éxito gubernamental en la renegociación de la deuda inglesa, la defensa de la soberanía frente a Estados Unidos, ni las ventajas de la red de ferrocarriles. Al contrario, todos esos elementos le sirven para sustentar su esquema explicativo. Así que, con la excepción de García Naranjo, los autores hasta aquí analizados no quedaron convencidos de que fueran *logros* sobresalientes del régimen. En lo que sí coincidieron fue en señalar sus innumerables contradicciones y sus llamativos defectos. Cosío Villegas, Córdova y, en menor medida, Roeder resaltaron la continuidad entre el régimen de Porfirio Díaz y el régimen del PRI. De esta manera nació el revisionismo historiográfico del Porfiriato. Mientras tanto la historia como disciplina universitaria, académica y profesional dio lugar a estudios más detallados y con mejores bases. Ahora procedo a revisar algunos textos publicados por historiadores profesionales, académicos formados en prestigiosas instituciones de Europa, Estados Unidos y México.

3.2. FRANÇOIS-XAVIER GUERRA: PARA EXCULPAR A DON PORFIRIO

Una tesis doctoral presentada en la Sorbona en 1983 marca el comienzo del auge de los estudios sobre el Porfiriato entre los nuevos historiadores. La tesis de François-Xavier Guerra se publicó en francés en 1985 y apareció en español en 1988 como *México: del Antiguo Régimen a la Revolución*.[18] Guerra era un hijo de españoles que se nacionalizó francés en 1969. Estudió Historia en la Sorbona y Ciencias Políticas en Grenoble, luego regresó a la Sorbona para doctorarse. Católico convencido, era miembro numerario del Opus Dei.[19] Este último dato no es menor, la polémica organización tiene entre sus áreas de mayor interés la educación superior, así como atraer a su membresía a las elites intelectuales tanto como a las económicas; además, ha tenido influencia en la manera de hacer ciencia en España, por lo menos.[20] Su visión es en extremo conservadora (incluso

reaccionaria), y un miembro debe compartir y difundir sus valores y sus puntos de vista.

La edición mexicana del libro reprodujo el prefacio del destacado historiador François Chevalier, quien explica los entramados teóricos de la investigación. Según Chevalier, el objetivo de Guerra era comparar la Revolución francesa y la Revolución mexicana, con la francesa como modelo central y a la mexicana como derivado "periférico", en el marco de la larga duración (*longue durée*) de Fernand Braudel.[21] Así que el trabajo parece inspirado en la corriente de los Annales, cuya tercera generación todavía predominaba en Francia en aquellos años. Por eso la preferencia del autor por métodos y técnicas de la sociología, enfoques de tipo estructural funcionalista y términos etnológicos como *sociedad holista* (tomado de Durkheim, de Marcel Mauss y del etnólogo Dumont). Además, introduce en la investigación histórica de México el enfoque de redes.[22] Guerra aseguró dar primacía al estudio de "los aspectos ideológicos y sociopolíticos", es decir, "los sistemas de pensamiento y sus implicaciones políticas". Punto de partida similar al de Arnaldo Córdova (y al de Zea): entender las ideologías de una época y rastrearlas en las prácticas políticas de un régimen. Pero lo que se presenta en el texto no es una ideología o un sistema de pensamiento, sino un concepto antropológico aplicado a una sociedad que considera dividida en partes bastante homogéneas: la Revolución mexicana irrumpió en una sociedad compuesta por

> dos mundos totalmente diferentes y extraños uno al otro: un Estado moderno surgido de la Ilustración y dirigido por una pequeña minoría de ciudadanos conscientes, por una parte, frente a una enorme sociedad tradicional u "holista", heredada del Antiguo Régimen –colonial–, por la otra.[23]

Guerra consideró que, al principio, Porfirio Díaz supo entender el México tradicional mejor que nadie, y que su gobierno se acomodó a tal realidad; fue hasta la última etapa, con la aparición de los afanes modernizadores capitalistas, cuando se rompió con la sociedad y las formas tradicionales. Por ejemplo, respecto de los problemas con la propiedad de la tierra, el autor afirma: "En el choque entre las estructuras campesinas tradicionales y la sociedad rural, tal como los liberales habían querido modelarla, el Porfiriato, tras un compromiso inicial con la sociedad tradicional, había querido llevar a término la lógica individualista del liberalismo".[24]

Ahora bien, a pesar de la sofisticación de los modelos sociológicos, de la seriedad del trabajo y de la amplitud de los datos recopilados (una base de datos de ocho mil personas y cien mil referencias), la investigación de Guerra tiene varios problemas. Quedó anclada en una

mezcla de encuadre positivista e interpretación católica conservadora. Además, retomó el discurso elaborado por los intelectuales porfiristas porque supuso que correspondía con la verdad y porque encajaba bien con su interpretación. Por ello concordó en que la constitución liberal "jacobina" de 1857 era "completamente inaplicable en una sociedad tradicional" atrasada respecto a Europa. La diferencia entre Guerra y porfiristas como Rabasa o Bulnes es que el francés ubicó el sinsentido del liberalismo de la Reforma en el marco de una sociedad tradicional holista; el sufragio universal individual era un absurdo en un *pueblo* formado "por actores colectivos y por grupos sociales muy apremiantes", cuerpos jerarquizados grandes y pequeños.

La introducción de modelos teóricos vuelve necesario detenerse en los detalles de *México: del Antiguo Régimen a la Revolución*. Por ejemplo, desde la invocación de la obra de Alexis de Tocqueville en el título, hasta la influencia de François Furet, quien consideraba que la Revolución francesa fue, además de innecesaria, parte de un proceso de larga duración en el que el Antiguo Régimen convivió con formas liberales *burguesas*. El trabajo comparte el viraje de varios historiadores franceses, desde una posición de izquierda hacia puntos de vista conservadores y antirrevolucionarios, en la parte final del siglo XX.[25] Es igualmente relevante la influencia de Louis Dumont, especializado en el estudio de la India, sobre todo de las estructuras jerárquicas sustentadas ideológicamente en el brahmanismo, a partir de lo cual elaboró su modelo de una sociedad *holista* donde el conjunto antecede a sus partes constitutivas, y que presenta jerarquías perfectamente definidas que rigen la vida social, la religión, la cultura y la política.[26]

Se supone que una sociedad holista es diametralmente diferente de las sociedades occidentales que insisten en la igualdad y la individualidad (por lo menos como ideales). Esto porque las ideologías y las formas de organización social no son universales y cada civilización elabora las suyas, aquellas que otorgan sentido y orden a las cosas. Sin embargo, la tradición sociológica francesa iniciada con Durkheim y reinterpretada por Dumont, propone que el holismo jerárquico era, si no natural, por lo menos universal, pues resulta "fácil de aplicar" para interpretar dinámicas sociales en otros lugares, además de la India, en tanto que el individualismo aparece como una anomalía; así pues, cualitativamente, el holismo sería mejor que el igualitarismo occidental.[27] Puede uno preguntarse ¿por qué un enfoque holista con base en modelos positivistas decimonónicos, e interpretaciones de un antropólogo francés en una región de la India, sí puede aplicarse indistintamente a otras sociedades, mientras el "individualismo igualitarista occidental" no? Como es obvio, eso depende de las intenciones del analista al preferir un esquema teórico

a otro.

Tanto Chevalier como Guerra supusieron que holismo e igualitarismo eran incompatibles, pero ya se ha mostrado que también en Europa Occidental existen estructuras jerárquicas y espacios sociales donde las jerarquías son la norma; es decir, holismo e individualismo no son incompatibles, mientras que resulta discutible (incluso ocioso) suponer que uno sea superior a otro. Uno de los problemas con el holismo y la idea de una sociedad tradicional mexicana es que asemeja a un *tipo ideal* weberiano, un modelo con suficiente elasticidad teórica y de contenido para confrontar los procesos reales, pero que es sólo eso, una herramienta heurística, mientras que las realidades sociales del presente y del pasado son mucho más ricas y complejas que cualquier encuadre teórico. *Sociedad holista* es un modelo que simplifica las complejidades de los "muchos Méxicos", y si no se tiene cuidado, el investigador puede llegar a creer que el modelo describe exactamente a la sociedad y que ésta era homogénea en todos los sentidos.

Guerra parecía también convencido de que el pasado colonial era mejor en todos los sentidos que lo que vino después; basta ver sus comentarios sobre los costos sociales del liberalismo, donde confunde las críticas liberales contra el Antiguo Régimen (el periodo colonial) con la situación durante la primera mitad del siglo XIX.[28] Desde esta perspectiva los liberales (una minoría militante) y su "ficción democrática", donde sólo ellos eran el pueblo, son asimilados a los jacobinos revolucionarios de Francia, mientras que Porfirio Díaz resultó ser un político que supo jugar a la perfección la ficción, apoyado en una pirámide de clientelas "típicas de la sociedad antigua".[29] Éste es un problema que se volverá recurrente en el revisionismo: presentar argumentos ya enunciados como si fueran una innovación interpretativa o un avance analítico. Decir que la clave de la historia de México es "la contradicción que existe entre el tipo dominante de sociedad y el sistema moderno de legitimidad democrática, nacido en otro lugar y adoptado por una elite ilustrada", es repetir lo que los intelectuales porfiristas afirmaron para justificar lo que llamaron dictadura. Chevalier redescubrió el argumento, lo aceptó y le dio validez, porque así pudo afirmar que el liberalismo era un "bicho raro" en México y que la Revolución mexicana fue un derivado espurio de una Revolución francesa, igualmente cuestionada por la derecha de aquel país. Es una visión eurocéntrica donde los procesos políticos mexicanos resultaron copias deficientes y atrasadas del modelo francés original (que por ello es superior), y en todo caso similar a lo ocurrido en lugares como la India o África.[30]

Sin embargo, las contradicciones no fueron privativas del "caos mexicano", también existieron en los países europeos, incluida

Francia, durante el siglo XIX, que es llamado por algunos historiadores "como edad de la 'persistencia del Antiguo Régimen'".[31] La centuria se caracterizó por la reorganización, defensa y reacción de las elites europeas, temerosas de la Revolución, de sus ideas, prácticas y consecuencias, así como de las ideas de la Ilustración (que consideraban raíz de todos los males), lo cual dio lugar a múltiples argumentos político-ideológicos conservadores, entre los cuales destacaron los comentarios de Edmund Burke, Augusto Comte, Tocqueville, así como de intelectuales católico-monárquico-aristocráticos, por mencionar sólo algunos.[32] Puede decirse que el discurso de los intelectuales porfiristas es una versión mexicana de esa corriente conservadora occidental, pero para *México: del Antiguo Régimen a la Revolución*, es la fuente confiable que describe la realidad del pasado. No es sorpresa que las observaciones, diatribas y afirmaciones personales de Francisco Bulnes ("el más brillante de los intelectuales positivistas") le resulten "lúcidas" e "iluminadoras" y en "gran parte verdad", a pesar de su "manifiesta" exageración.[33] En palabras de Guerra:

> Francisco Bulnes y Emilio Rabasa, en los estilos muy diferentes del polemista y del jurista, harán una crítica más radical de los fundamentos del régimen liberal. El primero pone de relieve los mecanismos reales del poder en el siglo XIX, el segundo hace una crítica rigurosa del carácter ficticio de las constituciones promulgadas hasta entonces. El estudio de los hechos y el empleo del método experimental en el estudio de la sociedad que había preconizado el positivismo producen así análisis sociales notables. Raramente se les ha igualado desde entonces, aunque son bastante más acertados en su parte crítica que en las soluciones que proponen.[34]

Creo que ningún historiador discute si aquellos intelectuales fueron o no talentosos, es claro que lo fueron a su manera, en una época y en un México cuando una persona con educación universitaria era una verdadera rareza; lo discutible es retomar sus enfoques y sus argumentos como descripciones y análisis confiables de la realidad mexicana, sin encuadrarlos en sus contextos personales, institucionales, políticos e ideológicos.

Para Guerra el régimen porfirista era autoritario, pero también "un régimen aceptado, que violaba incesantemente los principios que proclamaba". Esas contravenciones se daban en una sociedad donde el poder provenía de las relaciones de tipo tradicional preexistentes.[35] Aunque también había ciudadanos en el sentido *moderno* de la palabra, una minoría ilustrada que era además la dirigente en términos políticos. Desde este punto de vista, el Porfiriato no es el

Antiguo Régimen, el verdadero Antiguo Régimen estaba en la sociedad tradicional de relaciones y corporaciones. La sociedad holista resulta ser "la sociedad tal como era", y no las imágenes que las elites usaron para ocultarla. El de Díaz fue un régimen de compromiso entre la sociedad holista y tradicional y la minoría individualista y moderna, que hay que estudiar no como contrapunto de la Revolución ni como una parte del proceso histórico capitalista, "sino en su carácter específico".[36] Ahí el autor introduce la noción retórica del "carácter específico" del Porfiriato; es claro que singularizar al Porfiriato como un periodo importante en sí mismo era necesario todavía en 1985, pero Guerra va al extremo de desvincular el análisis de su sociedad y sus ideas políticas de las dinámicas económicas, tan ponderadas por los historiadores de la economía, además de obviar las continuidades que entrelazan Porfiriato y Revolución.

En ese esfuerzo de singularización, Guerra fundamentó su trabajo en "no estudiar las diferencias entre la realidad y *lo que debería ser*, sino reconstruir *lo que es*".[37] Lo anterior parecía una novedosa inversión de términos que dejaba atrás el enfoque normativo en favor de uno descriptivo y, como casi toda novedad intelectual venida de Francia, resultó exitosa al punto que es ahora otro elemento central del revisionismo: mostrar al Porfiriato como fue, sus procesos electorales, su democracia, su desarrollo económico, etcétera. Así que, a pesar de las teorías y los modelos tomados de las ciencias sociales contemporáneas, el trabajo vuelve al empirismo positivista decimonónico: mostrar el pasado *tal como era*, para describirlo *en su carácter específico*. Sólo para evidenciar el positivismo se puede comparar lo dicho por Guerra con lo dicho por Gabino Barreda, fundador de la Escuela Nacional Preparatoria: "estudiar a la naturaleza como es y no como nosotros quisiéramos que fuese, en mirar los hechos en sí y no de nuestra fantasía".[38] Reitero que es ilusorio suponer que se logra acceder a "la realidad del pasado tal cual era": los historiadores trabajamos con la información procesada de testimonios realizados por seres humanos con sus propios intereses, formas de pensar y de ver las cosas, mediante una selección subjetiva que responde a nuestros intereses. A la información seleccionada y filtrada le añadimos nuestros puntos de vista y la acomodamos en narrativas *ad hoc*. Finalmente, presentamos esos acomodos como interpretaciones de ese pasado, por lo que no representan un quimérico *tal cual era*. ¿Qué descripción se obtiene de una sociedad cuando se repite lo dicho por los intérpretes de la época, que exageraban, distorsionaban o disimulaban las cosas?[39] Sus versiones hablan más de sus prejuicios personales y de clase, de sus intereses económicos y políticos, y de sus ideologías, que de una realidad "pura y transparente". Este historiador francés algo más joven que Michel de

Certeau y Paul Veyne, sencillamente retomó en gran parte los discursos de los porfiristas, los acomodó en un modelo antropológico que exaltaba las "sociedades tradicionales", y presentó el resultado como algo novedoso.

Guerra subrayó que la legitimidad de la Constitución de 1857, en nombre del "pueblo mexicano", era una "ficción" inspiraba en el liberalismo europeo y en el espíritu y el ejemplo de las Revoluciones francesas (la de 1789 y la de 1848), por lo que sólo representó los intereses y la ideología de la minoría liberal. La mayoría estaba contra su promulgación. Una constitución elaborada por una "elite cultural" resultaba un "cuadro ideal" desconectado de la realidad, en especial en cuanto a la "ficción legal de la igualdad de los mexicanos y de su libertad teórica", y que contrastaba gravemente con "una sociedad tradicional cuyo aislamiento y dependencia se habían hasta acrecentado con la inseguridad provocada por las guerras civiles".[40] Si la Constitución fue denunciada por la elite porfirista, en especial por los llamados "científicos", fue precisamente por su alejamiento de la realidad, aunque algunos de ellos apelaban a la ley y a la democracia.[41] Esa desconexión entre elites y sociedad, entre leyes y realidad, se había originado durante un periodo que va desde el ascenso de los Borbones al poder en España, pasando por la Constitución de Cádiz en 1812, hasta la victoria liberal definitiva de 1867. Ese trayecto explica por qué México, "un país que se cuenta entre los más tradicionales del área europea, adopta el régimen político más contradictorio con los principios de su sociedad". Ahí Guerra escribía como católico militante que retomaba el discurso de los conservadores mexicanos de mediados del siglo XX. Para muestra, compárese con lo dicho por el erudito, militante cristero, y uno de los máximos exponentes de la extrema derecha antirrevolucionaria, Jesús Guisa y Acevedo, quien dirigió por décadas una revista (*La Lectura*):

> la culpa de todos nuestros males radica en haber adoptado el "espíritu del siglo" dieciochesco, con lo que perdimos alma y rumbo tratando de imitar las ideas políticas anglosajonas del federalismo, el equilibrio de poderes, la libertad de cultos, principios ajenos a nuestra idiosincrasia, cocinada al calor de la conquista y colonización española, cuya legitimidad estaba dada por el proceso evangelizador que nos introdujo a la civilización cristiana.[42]

El origen de todos los males estaba en los liberales "admiradores y lacayos de los Estados Unidos", y en una revolución que había sido anticlerical, anticatólica y antiespañola. De esta manera, *México: del Antiguo Régimen a la Revolución* retomó una interpretación elitista de la historia de México, en la cual se combinan perspectivas de los

porfiristas con interpretaciones del hispanismo militante y del catolicismo conservador más extremo.[43] Véase, por ejemplo, la similitud con la interpretación histórica y la explicación política del médico Gabino Barreda:

> Ese anárquico e inmoral escepticismo que fue la necesaria e inmediata consecuencia del rápido y creciente descrédito a que desde la aparición de las doctrinas disolventes del siglo XVIII y, sobre todo, desde la grande explosión francesa, quedó irrevocablemente sujeto el catolicismo.[44]

Así que la aplicación de la larga duración braudeliana permitió interpretar la historia de México desde una perspectiva conservadora. Guerra insistió en las burdas contradicciones entre las esferas tradicional y moderna: por ejemplo, el régimen individualista impulsado por la Constitución estaba en contradicción con una sociedad formada por actores colectivos; además, el régimen aparentemente democrático se desmentía cuando el voto era meramente ficticio; en tanto que el régimen ateo o agnóstico era una negación "cuando la sociedad es profundamente católica".[45] La lógica del argumento es en apariencia correcta, pero adolece del problema del holismo: es una generalización. El miembro del Opus Dei define a la Sociedad Mexicana (con mayúsculas): Tradicional, Católica y Antidemocrática; es decir, había una sola sociedad, un solo pueblo, una sola fe y una sola forma de ser. Me parece que, sociológica y antropológicamente, esa noción unívoca es insuficiente para describir al Porfiriato como época o a un México con todas sus complejidades. Pues, si hubo tal unidad, ¿por qué, de acuerdo con Guerra, no hubo nación en México? ¿Qué fue lo que evitó que se construyera una nación a pesar de la unidad religiosa, de costumbres, de formas culturales, etcétera? Si la Independencia fue "una revuelta de Antiguo Régimen", ¿por qué la organización política resultante es republicana y democrática en la forma, incluso hasta nuestros días? Con todos los ingredientes *holistas* presentes, los resultados son una extravagancia que no se explica sólo con argumentar que fueron "ficciones".[46] La sociedad unidimensional como concepto no explica nada y desemboca en un callejón sin salida, porque niega la posible participación de los diferentes grupos e individuos que componían a México en el siglo XIX en la cultura política *moderna*, liberal, republicana y democrática.[47]

Por supuesto que a lo largo de todo el siglo XIX se dio una transición entre las viejas formas coloniales y las de reciente aparición, pero estas últimas fueron adoptadas y adaptadas a conveniencia por los diferentes grupos hasta que las elites reaccionaron y cerraron en lo posible la participación política.[48] Es decir, no es que las ideas "occidentales modernas" fueran "extrañas" y

su adopción una "ficción", sino que fueron las elites las que cerraron la participación de los demás integrantes de la sociedad en las nuevas formas sociopolíticas, con un pretexto racista/clasista: que su ignorancia e incapacidad les impedía entenderlas. Al darse por sentadas la realidad y la inmutabilidad del holismo, y la verdad de las descripciones elaboradas por las elites, se ignora el conjunto de estrategias que éstas utilizaron para mantener a los demás grupos e individuos sometidos, negándoles derechos y posibilidades para actuar o pensar como clases politizadas y como ciudadanos. Los juicios expresados por Guerra no admiten ninguna posibilidad de vida política fuera de las elites:

> La nueva política era la consecuencia de las formas modernas de sociabilidad, de la adhesión a una cultura democrática no compartida por el resto de la sociedad. La "vida política" no era ni podía ser otra que la de las elites –"el pueblo real"–, que desempeñan el papel del "pueblo teórico"–la sociedad–.[49]

La afirmación es contundente: "la 'vida política' no era ni podía ser otra que la de las elites". No era posible, en la opinión de Sierra, Bulnes y demás intelectuales porfiristas, y en la opinión de Guerra, que quienes no pertenecían a las elites tuvieran vida política, reconocieran ventajas y desventajas de las nuevas ideas, y participaran abiertamente en su discusión, adaptación o rechazo.[50] Este argumento terminante expresa una postura política conservadora llena de prejuicios clasistas y racistas, y no la realidad del pasado *tal cual fue*. Otros estudios históricos proporcionan descripciones de dinámicas divergentes, y contrapuntos oportunos:

> Sólo desde esta complejidad histórica podemos alcanzar a comprender mejor la singularidad de la sociedad ochocentista mexicana y española. Una sociedad, no lo olvidemos, en lucha política, social y económica, una sociedad que se estaba conformando desde directrices liberales, más o menos dinámicas, y lo hacía desde la vertiente armada. Una sociedad, en cambio, en desarrollo, aunque éste estuviera lleno de contraposiciones al liberalismo y pervivencias coloniales. Aspiración, reivindicación de las clases populares, que fue frenada constantemente por los sectores conservadores. Aspiraciones, en ocasiones démocratas, que el liberalismo se encargó de tamizar, obviar e, incluso en ocasiones, combatir.[51]

Pero, en el esquema de Guerra, negar la intensa vida política de los diferentes grupos que conformaban México complementaba la intención de limpiar la imagen de Porfirio Díaz. Según el egresado de

la Sorbona, nadie puede acusar al general de ser responsable de la violación continua y descarada de la ley liberal, tampoco de los abusos (como el peonaje endeudado, las levas, etcétera), pues, además de que todo ello venía de mucho antes, las formas sociales tradicionales les daban sentido.[52] Otra vez en principio el argumento es lógico; sin embargo, muestra, sin ambigüedades, que François-Xavier Guerra buscaba exculpar o excusar a Díaz de cualquier cosa que dañara su imagen de hombre sabio y político hábil. La operación de lavado de imagen puede verse cuando explica la cerrazón del presidente en las elecciones de 1910, en el segundo tomo de su obra:

> El hecho de que la senilidad de Díaz haya jugado un papel en la confianza total que tenía en la adhesión de los mexicanos y en el desprecio hacia la nueva agitación política es muy probable. Pero *para excusarlo*, hay que tomar en cuenta el aislamiento de un poder ejercido demasiado tiempo en forma solitaria.[53]

¿Por qué razón un historiador profesional exculparía a Porfirio Díaz de una cosa u otra? ¿Por qué hay que lavar su figura de errores o desatinos? La historia no debería servir como banquillo de acusados o como juzgado inquisitorial de denuncia y condena, pero tampoco debería ser un lavatorio de personajes, una agencia de relaciones públicas o de propaganda política, o un altar expiatorio del pasado. Pero Guerra, para exculpar al oaxaqueño, presenta su interpretación de las huelgas de Cananea y de ferrocarrileros del centro-norte de México. La huelga de Cananea es reducida, según Guerra, gracias a "voluntarios norteamericanos", en tanto que la solución a la huelga de los ferrocarrileros mostró la capacidad del régimen para "inclinarse ante la realidad, sobre todo cuando ésta puede poner en peligro la paz y el orden que son su mismo fundamento". Llamar voluntarios a los pistoleros contratados por los dueños de la mina sonorense para acabar con la huelga es una combinación de eufemismos engañosos y desafortunados. En cuanto a la capacidad de Díaz frente a la *realidad*, parece haberle durado poco si se toma en cuenta su reacción ante el movimiento de Río Blanco. Además, excusar a Díaz al distribuir *las responsabilidades* entre todos los actores involucrados es un argumento forzado, puesto que las decisiones finales eran terreno exclusivo del anciano general.[54] Los ejemplos de la operación historiográfica de limpieza de la figura del dictador sobran en la obra de Guerra, como cuando señala que la entrevista Díaz-Creelman tuvo como objetivo evaluar a los posibles candidatos presidenciales y no, como se ha dicho (Bulnes incluido), otra torcida maniobra política de don *Perfidio*.[55]

Además, sugerir que abusos y vejaciones de todo tipo quedan justificados por darse en el marco de costumbres y normas

tradicionales es, además de un juicio arbitrario, un sinsentido. Porfirio Díaz y, con él, los funcionarios de su régimen y las elites sí fueron responsables de violaciones específicas a la ley que nada tenían que ver con marcos ideológicos, holismos o tradicionalismos. Díaz fue responsable, como líder autoritario, como funcionario público y como presidente que era, de no poner un alto a tales abusos e infracciones, como en el caso del peonaje endeudado que aconsejó no modificar. Obviamente, los vicios y problemas del país venían desde mucho antes, como las elecciones controladas o amañadas, que provenían de la época de Benito Juárez. Pero, de nuevo, el líder tuxtepecano tuvo más poder que nadie en este país y aun así no quiso corregir ninguno de esos vicios y problemas, antes los utilizó para su beneficio. Decir esto no es condenar a Porfirio Díaz, es describir la situación que conoció de primera mano durante más de tres décadas, y es señalar su responsabilidad política como gobernante al frente del país.

El régimen es descrito como "un sistema que reposaba sobre un equilibrio de fuerzas que, necesariamente, exigía compromisos"; en ese sistema hasta "los pueblos quedaron integrados en el equilibrio de fuerzas que explica la solidez del Porfiriato".[56] Otra vez, el argumento parece sólido, congruente y brillante, pero el mismo Guerra escribió, de modo contradictorio, que el poder ejecutivo era el poder dominante, "el actor esencial en la política mexicana". Ese predominio fue explotado por el general Díaz para convertirse en dictador: "Díaz puede ser calificado como dictador más por su permanencia indefinida en el poder que por los excesos de un poder que ejerció con moderación".[57] Los malabarismos del historiador en busca de esos equilibrios imaginarios no le impidieron señalar que el Porfiriato fue una dictadura, aunque moderada; cabe señalar que, en este caso, por primera vez se define de forma académica la dictadura, a partir de un concepto del politólogo francés Alain Rouquie. Guerra concluyó, al igual que todos los historiadores antes que él, que, a pesar de los supuestos equilibrios, "hasta el final todos los hilos de la política mexicana están en sus manos, y su correspondencia constante con todos los que ejercen un cargo público, cualquiera que sea, muestra bien que él es la verdadera piedra angular del régimen".[58] De modo que el dictador maquiavélico se asemejó mucho más a un soberano europeo que a un presidente latinoamericano, pero a un soberano que sí gobernaba, pues el "poder de Díaz no es compartido con nadie".[59] Entonces el historiador detalla la red clientelar en torno al dictador, un recuento tipo quién es quién, una red donde "el presidente es el único que decide soberanamente sobre todas las gracias y sobre todos los favores. La arbitrariedad es un atributo del poder absoluto del caudillo y de su independencia hacia las fuerzas que lo sostienen".[60]

Realizar una investigación de escala tan grande con base en el

modelo de larga duración es una empresa meritoria; sin embargo, tiene problemas como oscurecer muchos detalles y dar lugar a contradicciones narrativas pequeñas y grandes. Por ejemplo, en un párrafo se afirma que "el peso del Estado moderno afectaba no sólo a la sociedad tradicional", pero unas líneas más adelante, dice que "el Estado de los vínculos personales y de las clientelas, indispensables para controlar una sociedad de tipo antiguo, provocaba, sin embargo, el descontento" de los que "estaban fuera de ese sistema".[61] Parece entonces que, además de dos sociedades, también había dos estados en el Porfiriato al mismo tiempo, uno moderno y otro tradicional. Al no definir qué entendía por estado ocurre esta contradicción analítica y narrativa, resultado de los malabarismos del autor al mantener su propuesta general de una sociedad holista frente a una elite liberal.

Un hallazgo de *México: del Antiguo Régimen* es identificar el modelo revolucionario francés en el lenguaje utilizado en México: hubo una convención revolucionaria, se habló de una tiranía que era el Antiguo Régimen, y de los buenos ciudadanos contra los enemigos del pueblo. Pero tanto Chevalier como Guerra supusieron que se trataba de imitaciones o derivaciones del ejemplo francés, cuando, en mi opinión, lo destacable son las adaptaciones del lenguaje revolucionario en los diferentes usos políticos.[62] El enfoque en los lenguajes o vocabularios que responden a ciertos valores y que permiten identificar las contradicciones entre una ideología liberal *moderna* y otra de tipo tradicional holista, permea toda la investigación de Guerra. Con ello se vuelve evidente que lo que presumió era la realidad del pasado resulta ser el lenguaje registrado (el vocabulario) en los documentos y textos que revisó. Un ejemplo es la cita de las memorias de un personaje que describe con nostalgia una hacienda en Huatzingo y a sus dueños, sus parientes; el historiador se sorprende del lenguaje que describe las cosas, del "arcaísmo de las palabras" que "no es más que un reflejo de la realidad antigua descrita".[63] ¿Cuál realidad? Se trata de un recuerdo de un pariente de los dueños de la hacienda, de la gente con privilegios (término apreciado por Guerra), es decir, es una descripción autocomplaciente de un miembro de una elite local. Pero ¿qué hay de las otras realidades? ¿Cuántas versiones de realidad, o perspectivas diferentes, pueden darse sobre la situación en una determinada hacienda? Son cuestiones silenciadas bajo el "arcaísmo" de la estampa bucólica. Así que, con base en descripciones de ese tipo, el autor nos proporciona una definición de la hacienda como *tipo ideal* uniforme: "Una comunidad humana muy coherente con lazos interpersonales extraordinariamente densos y fuertes". Un ideal tan amplio que se puede aplicar a cualquier conjunto social y, por lo mismo, resulta poco útil para situaciones específicas. Guerra continúa:

> Cuando los análisis de la hacienda se limitan a los salarios, al endeudamiento de los peones, a la explotación por medio de la tienda de raya, a las condiciones de trabajo, etc…, se corre el peligro de hacer del peón una especie de híbrido entre el asalariado moderno y el esclavo de una plantación, insistiendo en uno de los dos extremos según la conveniencia del autor y el tipo de hacienda que se considera. Todas estas consideraciones económicas son legítimas y útiles, pero habría que integrarlas dentro de una visión que no aísle los aspectos económicos de las demás relaciones humanas.[64]

El autor sabía que hubo varios tipos de hacienda, por lo que su intento de definir y explicar a la hacienda era inconsecuente; entonces procedió, mediante el enfoque holista, a encauzar la discusión hacia la "sociabilidad".[65] Buscaba establecer una imagen de las haciendas como lugares y espacios centrales para los pueblos y para las personas a partir de descripciones benévolas, casi pastorales, realizadas por aquellos que conocieron el lado amable de las cosas. Claro que en esas versiones la vida en las haciendas resulta idílica, jerarquizada pero idílica; si se dieron problemas entre "amos" y trabajadores fue porque la modernización económica modificó las relaciones al interior de las haciendas, que pasaron a convertirse en inversiones productivas en lugar de espacios de sociabilidad, dejando atrás los lazos personalizados.[66] Esta imagen desmentía la leyenda negra de las haciendas como lugares de explotación, ensanchadas con base en despojos de tierras, y de los hacendados como "bribones" explotadores.[67] Como Guerra creía presentar las cosas *tal como sucedieron*, la realidad *tal cual es*, entonces la consecuencia lógica es suponer que, en general, las cosas iban bien en los espacios rurales. Otra derivación de aquella vida idílica es que las quejas de diversos pueblos, las denuncias de los maltratos y las explotaciones, y los pleitos legales por tierras, eran exageraciones de unos cuantos actores sociales, cuando no sencillamente ficciones.

Claro que el historiador explicó en una nota a pie que su enfoque estaba centrado en "la cohesión de la hacienda como célula social", y no en las condiciones de vida de los peones; explicación que sin duda matiza la versión bucólica. Entonces debió reconocer que había una "problemática, extremadamente compleja, de la evolución del peonaje bajo el Porfiriato".[68] Y, a pesar de su idea de armoniosas sociabilidades rurales, *México: del Antiguo Régimen a la Revolución* debe dedicar tres páginas al peonaje por deudas, aunque lo reduce a un fenómeno que se puede restringir al siglo XIX, y que estaba en vías de desaparición al comenzar el siglo XX.[69] La visión idílica, netamente conservadora, proyecta la nostalgia del autor por el pasado colonial y

por el antiguo orden social jerarquizado que llega a su clímax durante el Porfiriato; pero esa estampa pastoral no es la realidad tal cual, es lo que Guerra decidió que quería trasmitirnos como la realidad. Es necesario insistir en que los testimonios históricos no son espejos de la realidad, son discursos emitidos desde una u otra posición social y con diferentes intenciones, que son seleccionados desde un presente particular, donde se mezclan lo académico con lo social y lo político para reforzar argumentos, opiniones e ideologías.[70]

Para Guerra, la paz porfiriana fue un hecho, con sus notables excepciones en espacios locales como la Huasteca ("excéntrica y poco integrada al país"); también afirma que los pueblos de indios, y en general los pueblos, fueron protegidos durante el Porfiriato, no así los pequeños propietarios.[71] El método para alcanzar esa paz fue la conciliación, y la razón era política, pues el programa de Díaz era que, mediante la paz, se afirmaran los lazos entre las diferentes facciones, y se convirtieran en algo sólido y permanente. Desde esta perspectiva, parece la obra de un genio político: "El gran logro de Porfirio Díaz es haber unificado en torno a su persona la multiplicidad de cadenas de fidelidades ya existentes y de haber hecho de ellas el armazón de todo el sistema político". Esto no fue fortuito, era "el resultado de un conocimiento profundo de la vida política local. Valía más no modificar profundamente los equilibrios de fuerza de cada estado, que eran el resultado de una larga historia y que aseguraban en su base la cohesión de todo el edificio social".[72] Una vez más, el razonamiento parece brillante e indiscutible; sin embargo, si esos equilibrios locales, provinciales y estatales existieron como resultado "de una larga historia", entonces ¿por qué Guerra coincidió antes con los apologistas del general Díaz que consideraron que entre 1821 y 1877 el país vivió sumergido en el caos, la guerra, y la inseguridad? ¿Dónde estuvieron esos equilibrios de fuerzas (centenarios) durante más de medio siglo de caos? O bien fueron inexistentes, o eran de naturaleza diferente a lo que supone Guerra, o tal vez el caos antes de Díaz no fue tal caos. Me parece que el autor confundió las componendas entre facciones políticas locales o provinciales con los conjuntos sociales, con sus diferentes dinámicas, sus contradicciones y sus profundas desigualdades. La paz política no es sinónimo de paz social, tampoco de armonía social, como tampoco el caos político es sinónimo de caos social o económico.

La paz y la estabilidad eran las bases del crecimiento pero, inesperadamente, Guerra encuentra que la economía mexicana comenzó a crecer desde que Díaz inició su primera presidencia (1877) y antes del comienzo de las grandes inversiones extranjeras, y de que el gobierno federal lograra un equilibrio presupuestal (1894). Responde a esta anomalía con el argumento de que hacía falta crear

un mercado nacional, y para ello era necesaria una red de comunicaciones, y “pronto se vio que era necesario pedir amplia ayuda al extranjero ya que los capitales mexicanos eran insuficientes y estaban orientados, en la mayoría de los casos, a inversiones tradicionales”; las inversiones extranjeras tuvieron un papel “irremplazable para paliar la insuficiencia de la economía interior”.[73] Es el mismo viejo argumento sobre capitales nacionales y capitales extranjeros articulado desde el Porfiriato, que se repite una y otra vez sin mayores cambios. Con ello elude las posibles complicaciones de su inesperado hallazgo sobre el crecimiento, porque refuerza la idea de la necesidad de Díaz, de su régimen y de sus medidas económicas.

En ocasiones, François-Xavier Guerra cayó en excesos. Por ejemplo, cuando utilizó ciertos términos acuñados en otras disciplinas: “Nación, pueblo, constituciones, elecciones… verdadera esquizofrenia del lenguaje político de una elite”.[74] Entre las distintas maneras de usar el concepto *esquizofrenia*, el más importante es psicológico o psiquiátrico (un trastorno crónico grave que afecta las formas de pensar, de sentir y de actuar de las personas; caracterizado por alucinaciones, delirios, pensamiento desorganizado, bloqueos de pensamiento e incluso catatonia).[75] Otro uso es metafórico, salido del proceso de conformación de la psicología entre el siglo XIX y los principios del siglo XX, y se refiere a una separación, división o disociación de funciones mentales que explicaría comportamientos humanos calificados de extraños e impredecibles. La historia misma del concepto *esquizofrenia* es polémica, y las definiciones psiquiátricas pueden diferir entre las diferentes escuelas de interpretación, de manera que tomar a la ligera el concepto es, sencillamente, un desliz y un desacierto.[76] El egresado de la Sorbona introdujo así, de pasada, un concepto que es, al mismo tiempo, un diagnóstico clínico grave y una metáfora sobre comportamientos *extraños*, para describir a las elites (“esta elite liberal del siglo XIX en perpetuo desequilibrio”) y en general a los mexicanos decimonónicos. Posiblemente tomó el concepto de los positivistas que criticaban la separación entre la ley y la realidad mexicana, y las querían hacer coincidir: “Para los positivistas, críticos lúcidos y acerbos de la ‘ficción democrática’, la solución a la ‘esquizofrenia’ del país consiste en reformas constitucionales. Éstas deberán hacer coincidir al pueblo político con los individuos”.[77] Este historiador especializado en desentrañar los vocabularios y lenguajes políticos, y las ideologías, decidió utilizar a la ligera un complicado concepto del glosario psiquiátrico, sin ponerle ningún reparo. El yerro ha resultado ser un sorprendente éxito, pues ha sido repetido por otros revisionistas en el siglo XXI, como se verá más adelante.

Para ser claro, no pretendo hacer observaciones pedantes sobre

ciertos conceptos; el punto es resaltar los elementos constitutivos de una narrativa historiográfica sobre el Porfiriato, y que esa narrativa incide en un discurso histórico-político en la sociedad mexicana contemporánea. *México: del Antiguo Régimen a la Revolución* está planteado desde una postura política conservadora, de derecha; no hay confusión en esto, François-Xavier Guerra era admirador de Porfirio Díaz. Como antes lo hicieron Francisco Bulnes y Nemesio García Naranjo, el historiador francés no dudó en comparar al general presidente con Augusto, el emperador romano.[78] Frente a ese César la sociedad mexicana parece extraña, exótica, excéntrica y desequilibrada, además de atrasada. Esta imagen de exotismo llega, por momentos, al exceso, como cuando compara la introducción de la idea de la propiedad perfecta (una idea liberal moderna), en espacios rurales regidos por formas tradicionales, con un proceso de registro de tierras en algún lugar de África donde parece que la escritura era poco utilizada.[79] Así, Guerra olvida que pueblos e individuos en Nueva España y México poseían títulos y escrituras, y conocían plenamente su valor, como parte de una cultura legalista y pleitista de siglos.[80] El holismo novohispano mexicano, si así puede llamársele, debió de ser diferente a cualquier cosa surgida en África (y en la India), pero el argumento le sirve al autor para reforzar su punto de que México era una sociedad exótica y atrasada, entre la India y África, que debería agradecer la aparición providencial del gigante Porfirio Díaz.

Ninguna disposición de la Constitución de 1857 fue "verdaderamente respetada", y esa violación de la ley era producto de su separación de la sociedad. Una sociedad formada por cuerpos de Antiguo Régimen, por indígenas, por católicos practicantes, donde no había democracia, y donde el inmensamente poderoso presidente Díaz tuvo la autoridad que antes correspondía al rey. Éstas son las conclusiones con las que Guerra describe al México del siglo XIX. Los problemas fueron resultado del desfase entre realidad e ideal constitucional, entre sociedad tradicional y elite moderna. Los problemas no provinieron de las ambiciones ni de la inmovilidad del dictador; tampoco de la corrupción política, de la desigualdad económica, del torcer la ley a conveniencia, del elitismo, ni de clasismo o racismo, asuntos en los que otros investigadores se han enfocado.[81] Como Porfirio Díaz resolvió el desajuste entre ley y realidad mediante la ficción, su régimen fue, casi, el mejor posible: "Todos los actores sociales y políticos, antiguos y modernos, tienen por lo demás la seguridad de estar incluidos en un sistema de relaciones que garantizan que su voz sea escuchada, y que obtendrán arbitrajes".[82] Pero, ese mundo ideal desde la perspectiva funcionalista fue quebrado como resultado de "siglo y medio de política ilustrada y después liberal".

México: del Antiguo Régimen, sin duda, ha sido uno de los más influyentes libros para la historiografía sobre el Porfiriato.[83] Además de la introducción de la dicotomía sociedad tradicional/elite moderna, por primera vez un historiador académico exculpa a Díaz y lo rehabilita como el "hacedor de la nación" de Bulnes (*A nation-builder*, dirían los revisionistas de derecha). En el proceso Guerra achacó casi todos los males de este país al liberalismo de 1857 y a los afanes por copiar los errores de la avanzada Europa. Estas propuestas han sido tomadas acríticamente como hechos comprobados por los revisionistas, cuando solo eran parte de una interpretación y no la realidad del pasado mexicano *tal cual*. El historiador ni siquiera utilizó el método comparativo para resaltar diferencias tanto como similitudes entre las sociedades de la India, de donde se tomó el modelo del holismo, y las del México decimonónico; se limitó a usar el modelo porque le convenía, sin mayor justificación. Por ejemplo, no desglosa la parte correspondiente al sistema de castas de la India, una ideología que justifica la desigualdad y un sistema "considerado como una forma de régimen desigualitario particularmente rígida y extrema".[84] A partir del libro de Guerra la interpretación del Porfiriato y de la historia de México puede mezclar de forma legítima y "científica" los puntos de vista de los intelectuales porfiristas con los provenientes del catolicismo conservador y del hispanismo, así como con teorías afines como el funcionalismo y el holismo.

3.3. ALAN KNIGHT: LA RELACIÓN ENTRE EL PORFIRIATO Y LA REVOLUCIÓN MEXICANA

El reconocido historiador inglés Alan Knight publicó, en 1986, *The Mexican Revolution*, obra en la que dedica casi todo el primer volumen a analizar el Porfiriato.[85] Este libro se adentra por un sendero similar al propuesto por Arnaldo Córdova y Adolfo Gilly: Porfiriato y Revolución estuvieron estrechamente relacionados, de manera que es necesario entender primero a la dictadura para entonces estudiar la Revolución. Knight escribía desde una perspectiva que puede denominarse de la izquierda académica inglesa. Con una gran capacidad de síntesis de la información disponible, el profesor de Oxford consigue describir las múltiples facetas de la época de Porfirio Díaz con mucho menos palabras que Valadés o Cosío Villegas. En la edición estadounidense de su libro, de 1990, se describe (con base en Gramsci) cómo aquel régimen le dio paz y estabilidad a México, una paz basada tanto en la represión como en el consenso. El régimen de Díaz fue construido y centralizado alrededor de su persona, y se convirtió en un sistema que favoreció el enriquecimiento de ciertas familias en diferentes regiones, así como la formación de oligarquías

estatales; sobre todo, promovió y favoreció a aquellos que se mostraron leales, siempre atentos y dependientes de la voluntad del *centro*. Algunos de esos políticos permanecieron durante décadas en sus respectivos puestos porque mantuvieron el favor del dictador, como ciertos gobernadores, lo cual propició la inmovilidad política y la corrupción.[86]

Otro de los aspectos resaltados por *The Mexican Revolution* tiene que ver con los procesos políticos, y que puede ser captado de manera profunda cuando se entiende que Díaz construyó un poder personal por encima de las leyes y de la ideología liberal de la que supuestamente surgió. De manera que el general controlaba un sistema político cerrado, donde las elites se movían de forma lenta y cuidadosa.[87] La política quedó supeditada a las redes clientelares, lo que benefició el nepotismo y los fraudes, porque, al igual que el presidente, en todos los ámbitos (políticos, económicos, judiciales) y en todos los niveles de la sociedad, cualquier hombre con un puesto de poder (funcionarios federales, gobernadores, jefes políticos, etcétera) protegía y promovía a sus familiares y a sus compadres. En palabras de Knight: "Politics was less a high-minded, Gladstonian striving in the public interest, than a source of power, security and patronage, in a society where opportunities for advancement were often limited".[88] Este rasgo del sistema político porfirista lleva al historiador a considerar a los jefes políticos tan significativos para el régimen como lo fueron los llamados científicos.[89]

En lo económico, el profesor Knight apunta que esos científicos, que rodeaban a Díaz y que abrazaban la doctrina positivista (una oligarquía de alcance nacional "apologista y beneficiaria del capitalismo a la mexicana"), tuvieron una genuina visión para desarrollar la economía desde una perspectiva nacional o nacionalista. Su "líder", José Yves Limantour, consiguió arreglar las finanzas federales gracias sobre todo a un modelo de crecimiento con base en exportaciones similar al seguido por otros países latinoamericanos. Ese equilibrio financiero, un logro imposible de ignorar por cualquier analista, fue una de las columnas que sostuvieron la *pax* porfiriana, pero eso no significó que Díaz dependiera de los científicos, sencillamente confiaba los asuntos económicos de su gobierno en Limantour.[90] Es claro que Knight no se salió de los guiones interpretativos establecidos: así, estuvo de acuerdo en que la estabilidad política y la instalación de la red ferroviaria permitieron la expansión de la agricultura comercial y la formación de mercados regionales, que a su vez conformaron uno de dimensión nacional, mientras la economía de exportación (productos agropecuarios y minerales), que se vinculó estrechamente con los mercados internacionales, creció a ritmos impresionantes.[91] No se cuestiona el

alcance de esos mercados, ni el modelo de crecimiento guiado por exportaciones, Knight sencillamente confirma lo que los porfiristas habían dicho en estos rubros.

Sin embargo, los sobresalientes resultados económicos del régimen no impidieron al historiador analizar también los diferentes problemas existentes en los espacios rurales del país, en especial aquellos relacionados con los trabajadores del campo y las condiciones de explotación y abuso que padecían.[92] Knight no buscó presentar un retrato idealizado de los jornaleros ni de las economías de subsistencia tradicionales, como tampoco presentó una simple denuncia de sus condiciones o de las explotaciones de que fueron sujetos. En cuanto a los hacendados y terratenientes, su texto no los envilece como villanos, pero tampoco los ensalza como modernos empresarios agrícolas. En *The Mexican Revolution* no aparecen las condenas como tampoco se presentan exculpaciones. El énfasis estuvo en las notables diferencias en las situaciones socioeconómicas de los diversos sectores en México, y en las distintas respuestas y adaptaciones a éstas, en un periodo de acelerada integración al sistema capitalista mundial y de profundización de las desigualdades. Sin duda, las elites estuvieron mejor preparadas, mejor situadas, y con todas las ventajas posibles para aprovechar las nuevas dinámicas. Constarlo no significa aceptar o apoyar la idea de que son "naturalmente" superiores, por el contrario, es subrayar que sus privilegios los posicionaron mejor. Por ejemplo, los terratenientes en general gozaron de "poderes extraeconómicos" gracias a su entrelazamiento con las esferas políticas, algunas veces de manera directa, como en San Luis Potosí, otras veces por su influencia sobre gobernadores y jefes políticos. Gracias a ello podían obtener bajos impuestos catastrales, aranceles proteccionistas, créditos, leyes y procesos judiciales propicios.[93] Añádase el impacto de la concentración de la tierra durante el periodo, expresado en el poder de los hacendados sobre los trabajadores del campo en algunas regiones. De manera que, además de controlar elecciones y gobiernos municipales, jueces de paz, jueces de primera instancia y jefes políticos, podían controlar ideológicamente a los jornaleros y peones y abstraerlos o alejarlos de la política, del alcance del Estado nacional y del ejercicio de la ciudadanía (algo poco explorado por la historiografía); es decir, que ciertos hacendados ejercían una fuerza política "antinacional".[94]

En consecuencia, Knight desglosó brevemente algunos de los innumerables conflictos agrarios ocurridos en México durante el Porfiriato, en especial por la desposesión o el despojo de tierras, además de los conflictos en el ámbito de la reciente industrialización, y cuya amplitud y complejidad dejan que ver que la *pax* porfiriana no fue tal para amplios sectores de la población.[95] De especial interés es

la sección teórica sobre el descontento de los campesinos, donde el autor demostró su amplio manejo de diferentes propuestas interpretativas, así como su capacidad para discutir cada idea con base en ejemplos de México, pero también de América Latina y otras partes del mundo.[96] Cabe destacar que ningún otro autor había presentado una discusión teórica de esta manera. A pesar de esta profundidad, no reflexionó sobre la pertinencia de aplicar un concepto tan homogeneizador como el de campesino a todos y cada uno de los tipos de trabajadores del campo en México.[97]

Knight coincidió con lo dicho por los otros autores ya analizados: el régimen del general Díaz fue una dictadura, pero una bastante suave, sobre todo si se le compara con sus contrapartes sudamericanas. De hecho, concuerda con Cosío Villegas en que el régimen puede clasificarse más bien como uno de tipo autoritario tradicional, es decir, no se trató de una dictadura militar ni de un Estado policial, a pesar de la persecución a los periodistas independientes, de las arbitrariedades de los jefes políticos, de la represión y el aplastamiento de cualquier disidencia abierta, y de las crecientes actividades de las policías secretas en algunas ciudades del país.[98] Para terminar el primer volumen de su libro, el profesor de Oxford enfocó su análisis en los grupos opositores a Díaz, aparecidos en la parte final de su dictadura: el Partido Liberal Mexicano, el movimiento reyista y el maderismo, especialmente en el último, para diseccionar sus posibles causas económicas y mostrar que fue, sobre todo, un movimiento "profundamente político e ideológico".[99]

Gracias a su capacidad de síntesis, al conocimiento de los diferentes enfoques teóricos en boga, y al manejo de los detalles que permiten sustentar sus posturas, el libro del profesor Knight condensa una de las más completas visiones de conjunto del Porfiriato; una que se antoja *matizada*, como se dice ahora, por lo que, en ese sentido, se anticipa al auge del revisionismo. Indudablemente, el historiador inglés también adelantó algunas de las ideas que se han convertido en argumentos centrales de la historiografía, así como críticas pertinentes a éstas. Por eso su libro sirve como contrapunto de las tesis revisionistas, al presentar una visión de conjunto de las condiciones en las que se encontraba México antes y durante la Revolución.[100] Ese tipo de perspectivas de conjunto ha sido criticado porque se dice que supone una tautología, esto es, una búsqueda de causas y vínculos entre el Porfiriato y la Revolución, mientras que para el lado revisionista el enfoque más provechoso, por no decir el enfoque correcto, sería estudiar cada periodo en sí mismo.

El profesor inglés fue plenamente consciente del problema teórico-metodológico de examinar fuentes primarias y secundarias cuando ya se sabe lo que pasó después, porque entonces sucesos y

acontecimientos aparecen como parte de procesos encadenados e inevitables, o bien el historiador les puede ordenar para hacerles parecer de esa manera.[101] Para contrarrestar estos problemas argumentó que resultaba erróneo desde el punto de vista académico aplicar esa mirada presentista. Por ejemplo, suponer que ante la caída general de su nivel de vida el proletariado mexicano estaba a punto de involucrarse en una revolución armada en 1910; es decir, la Revolución como resultado no provino de una ecuación con base en parámetros económicos del Porfiriato.[102] El egresado de Oxford criticó que, además del descenso en los niveles de vida, los análisis económicos se concentren en la recesión de 1907, o en las malas cosechas de los años 1908 y 1909 como condiciones "objetivas" o factores "cuantificables" para una revolución.[103] De ser acertado enumerar condiciones objetivas como elementos previos y necesarios de una revolución, entonces tendríamos una fórmula o un modelo para saber cuándo se producirá una y cuando no, y eso es una falacia además de una imposibilidad. En contrapartida, Knight toma un modelo de E. P. Thompson para sugerir que las variables de justicia (e injusticia) y de legitimidad (y su ausencia) situadas en el plano de las economías morales de las localidades, las regiones, las provincias y los grupos sociales involucrados tendrían que ser tomadas en cuenta y darles la misma importancia.[104] A pesar de estas atinadas sugerencias, el hecho que la perspectiva de Knight sea de izquierda vuelve su texto poco relevante desde el punto de vista del revisionismo de derecha que ahora predomina, por lo que la historiografía sobre el Porfiriato ha tomado otros derroteros.

Este estudio y el de Guerra constituyen el parteaguas entre las obras realizadas por historiadores que analizaron el Porfiriato de manera global, hasta mediados de la década de 1980, y las investigaciones mucho más especializadas y analíticas que se han producido desde entonces. Cada uno representaba una opción narrativa diferente: Guerra, la revaloración ideológica del Porfiriato desde la derecha conservadora; Knight, el análisis crítico de izquierda que percibe por igual logros y problemas. Hasta que aparecieron ambos textos, el tono de los estudios entre los historiadores lo había dado la *Historia moderna de México* dirigida por Cosío Villegas, después de ellos comenzó el *boom* historiográfico revisionista y neoporfirista.

3.4. LA GENEROSIDAD MÍSTICA DE ENRIQUE KRAUZE

En 1987 Enrique Krauze, historiador egresado de El Colegio de México, publicó una breve biografía de Porfirio Díaz en un formato diseñado para su distribución comercial y no para el mundo

académico.[105] Krauze encabeza desde los años ochenta del siglo XX un sector intelectual de derechas orientado a aprovechar los medios de comunicación para incidir en el gran público. Ese sector al principio fue muy crítico de los gobiernos priistas, pero después se ha concentrado en criticar y descalificar las políticas e ideologías de izquierda en México y América Latina, por lo que es completamente favorable al neoliberalismo.[106] Una de las virtudes de este historiador/empresario de la cultura es escribir de forma accesible y amena, y el texto sobre Díaz, acompañado de un gran número de fotografías de la época, lo demuestra. A pesar de mencionar algunos aspectos sombríos de su régimen, el tono de la biografía fue bastante favorable para el general.

Para hacer frente a la leyenda negra la estrategia expositiva comienza enfocándose en un rasgo apolítico como la apariencia física de Díaz: un hombre de "aspecto impresionante", activo, atlético, y además con capacidad de liderazgo; "sería de desear que las provincias de México fueran administradas por hombres de su carácter", es el testimonio de un viajero francés rescatado y resaltado en el texto.[107] En ese tenor se añade una cita del ideólogo liberal José María Vigil, quien en 1877 expresó su deseo de que apareciese providencialmente "un hombre superior" que guiase a México "por caminos no ensayados", para afirmar enseguida que ese hombre "existía ya y ocupaba la silla presidencial. Se llamaba Porfirio Díaz".[108] Si la intención de glorificar al general oaxaqueño aún no quedaba clara, subsecuentes citas de Andrés Molina Enríquez y de Edmundo O'Gorman no deberían dejar ninguna duda. Molina Enríquez, declarado admirador de Díaz, escribió que éste "era un hombre único, que en una sola nación ha tenido que gobernar y ha gobernado sabiamente"; O'Gorman señaló "el excepcional talento político" del general oaxaqueño que le permitió convertirse en el libertador de un país encadenado entre liberales jacobinos y conservadores mochos.[109]

La biografía, un texto producido por un intelectual-empresario-ideólogo con fines comerciales y de difusión, representa el retorno pleno y abierto del culto a la personalidad del general Díaz que sostuvo García Naranjo, que detectaron Cosío Villegas y Córdova, y que disimuladamente retomó François X. Guerra. En ese breve texto no hay pretensiones teóricas ni metodológicas, sólo la intención política de legitimar el culto porfirista e incorporarlo a la discusión contemporánea del modelo económico y político que debía seguir México. Como toda biografía, *Porfirio Díaz* describe el carácter del personaje central, en este caso con base en aspectos *culturales* que convenientemente encubren ideas raciales, y en frases grandilocuentes que dicen mucho sin afirmar nada, como el decir que Porfirio Díaz

"fue y será siempre un enigma", la encarnación de la esfinge como afirmaban sus admiradores contemporáneos.[110] Pero, a diferencia de la esfinge, en el caso de Porfirio Díaz se pueden analizar sus actos, sus escritos, sus decisiones, y así evaluar su desempeño como presidente, es decir no hay arcanos inescrutables alrededor del "necesario", a menos que se pretenda crearlos ahora. De hecho, Krauze identifica el programa político en el que se insertaba el culto, pero dejó pasar el tema sin mayor comentario, lo que ejemplifica cómo desde las derechas se ha decidido ignorar o soslayar que se trataba de una campaña de propaganda política, probablemente porque es un producto histórico del que los conservadores han participado con gusto.[111]

A decir verdad, Krauze no dejó de mencionar en su texto el carácter violento, desconfiado, autoritario, de Porfirio Díaz, así como su crueldad, pero estos detalles son presentados como elementos narrativos que le permiten aparentar una posición balanceada o imparcial. Por supuesto que esos defectos de la "esfinge" no formaron parte del argumento central: el régimen porfirista resultó ser una "dictablanda" cuando se le compara "con otras autocracias de aquellos años, como la zarista".[112] Nada nuevo hay aquí, prácticamente todos los analistas e historiadores han aceptado en mayor o menor medida la supuesta suavidad del régimen autocrático. Pero ¿cuáles son los rasgos para comparar con el zarismo? La comparación fue enunciada, pero no trabajada a detalle. Un estudio comparativo podría dar idea de las similitudes y diferencias en los casos seleccionados, pero cuando sólo se enuncian el punto es anecdótico. En todo caso, si se quiere forzar el punto, puede decirse que el zar tuvo una duma o parlamento en los últimos años de su reinado, que no sirvió para mitigar ninguno de los problemas de los rusos de abajo, mientras que Díaz tuvo al congreso mexicano a lo largo de todos sus años de gobierno, y eso no ayudó a cambiar los miseros salarios de los trabajadores del campo, el peonaje por deudas, los castigos corporales en las haciendas, las levas forzadas, los despojos de tierras, las huelgas reprimidas violentamente, las guerras de exterminio contra grupos étnicos, el racismo y el clasismo fomentados por el elitismo y la indiferencia del gobierno. Todo ello es innegable, y Krauze debió dedicarles unas cuantas líneas, aceptando que el régimen porfirista "no tuvo ojos para la desigualdad y la miseria, ni en el campo ni en la ciudad".[113]

Lo que el autor no hizo a la ligera fueron sus afirmaciones autoritarias sobre las bondades y beneficios del Porfiriato, enunciaciones que no admiten dudas ni debate, como que "nadie pudo refutar entonces, ni lo pueden hacer ahora, los avances económicos" de la época.[114] Lo que no dice es que ningún investigador serio ha

intentado negar el crecimiento económico. Pero es que se trata del tono polémico de García Naranjo, que da el acento al discurso conservador. En ese talante de única voz capacitada para decir las cosas "correctamente", el historiador escribe que "hacer la biografía de un indígena es casi una contradicción en los términos", y su autoridad impide que le preguntemos por qué es una contradicción una biografía de un indígena, o por qué recurre a argumentos racistas. Es igualmente cuestionable que el autor escriba que la vaguedad como recurso político, así como la conciencia política de Díaz, provenía de su raigambre oaxaqueña.[115] Con su mirada llena de estereotipos racistas Krauze no puede evitar señalar que los peores defectos del dictador fueron productos de su origen étnico y geográfico; aunque el historiador alcanzó a matizar lo dicho y aceptó que la ideología liberal contribuyó en no poco a sus posturas y su cerrazón.

Finalmente, el elemento que ofrece este texto que es más relevante en los tiempos actuales es la legitimación pública de la nostalgia elitista por el régimen del anciano derrocado, que vivió sus últimos años en un exilio dorado.[116] La nostalgia y la admiración se combinan con la postura política para expresar, confiadamente, que una "mirada generosa –que siempre ha hecho falta en México– concedería sin menoscabo de la verdad, que Porfirio Díaz contribuyó decisivamente a la integración material y a la consolidación nacional de su patria".[117] Así que, debe quedar claro a cualquier lector de Krauze que los mexicanos hemos sido avaros o mezquinos para reconocer al "prohombre" que dejó un país profundamente desigual e injusto en el caos, para vivir en Europa un exilio principesco. Díaz no sólo es exculpado de los problemas de su tiempo, sino que se ubica el origen de esos problemas en el ámbito racial; y lo que se deja en el imaginario de los lectores es que su régimen fue el gran promotor del orden, la paz y el progreso para México. A pesar de ser un texto de divulgación, *Porfirio Díaz* de Krauze tiene más importancia para el revisionismo de lo que aparentaba en el momento de su publicación, porque se trata del escrito de una figura pública relevante, un historiador profesional ubicado en la esfera cultural privatizada de México y dedicado, entre otras cosas, a proporcionar legitimidad académica y discursiva a las derechas políticas que se enorgullecen de que en Porfirio Díaz y su régimen están muchas de sus raíces.

3.5. LA INTERPRETACIÓN MARXISTA DE ADOLFO GILLY

Antes de enfocar el análisis en el revisionismo neoporfirista de las últimas décadas, es conveniente cerrar este capítulo con el libro de Adolfo Gilly, *La revolución interrumpida*, que tuvo una segunda edición

corregida y aumentada en 1994, en plena efervescencia por las reformas neoliberales del gobierno mexicano de esos años. La interpretación del intelectual nacido en Buenos Aires, Argentina, se apoyó en textos de Marx, Engels y Lenin, pero sobre todo en la perspectiva de León Trotsky, a quien cita abundantemente. Si bien su tema central era la Revolución mexicana, Gilly se detuvo en describir, en su primer capítulo, que fue corregido y aumentado, lo que denomina el proyecto liberal burgués iniciado en 1855 con la revolución de Ayutla. El capítulo se titula "El desarrollo capitalista", pues el autor adelanta que el partido liberal se propuso, a mediados del siglo XIX, "abrir paso a la organización del desarrollo capitalista del país", idea propuesta antes por Rosenzweig y retomada por el mismo Gilly en 1971, y por Arnaldo Córdova en 1973. El intelectual porteño también propuso que aquellos fueron los años

> en que en toda América Latina, con las peculiaridades propias dictadas por el desarrollo anterior de cada país y por su incipiente inserción en el nuevo mercado mundial, iban a echarse los fundamentos jurídicos de la organización nacional burguesa, generalmente mucho más avanzados en los principios que en la madurez real de las fuerzas sociales y del desarrollo económico y cultural de la nación que pretendían organizar.[118]

Para Gilly, la trama argumental de la historia es doble, por un lado se trata de la incorporación de México a "la vigorosa expansión mundial del capital entre 1870 y 1910" (tema favorito de los historiadores económicos), por el otro aparece un enorme desfase entre las normas implantadas y las realidades del país.[119] Sobre esto último, incluso señala que la Constitución de 1857 concernía a "un país todavía imaginado, un sueño al cual la realidad no correspondía".[120] Al igual que en el caso de Arnaldo Córdova, la interpretación marxista de la historia por etapas evolutivas atrapa al autor y, de forma paradójica, le hace coincidir con las perspectivas tanto de los porfiristas como las de las derechas. De manera que no es sorpresa que este marxista se apoye sin sutilezas en los textos de Fernando Rosenzweig, mientras adelanta argumentos en los que coincide con los historiadores revisionistas de estos últimos años; lo único diferente es el punto de vista ideológico desde el que Gilly escribió su libro.[121]

El enfoque marxista se percibe en las referencias a las "estructuras feudales" de la propiedad eclesiástica, y la falta de trabajo de archivo se vuelve evidente cuando retoma tal cual la leyenda negra de los bribones, es decir, haciendas y compañías deslindadoras que se apoderaron de las tierras de las "comunidades agrarias indígenas" a partir de las leyes de Reforma. Pese a esos evidentes errores y fuertes

carencias, Gilly también criticó la imposición del modelo de modo de producción feudal para interpretar la historia de México, así como la "historia negra" del Porfiriato, porque, desde su punto de vista, más importante que los detalles escabrosos del despojo, la expoliación y la explotación, era el análisis de la conversión de las relaciones laborales y de producción conforme al modelo capitalista.[122] En ese contexto, las haciendas que describe Gilly son a veces tradicionales y a veces modernas empresas capitalistas que padecían "hambre de tierras", lo que les lleva a despojar a los pueblos. Los rasgos capitalistas y precapitalistas de las haciendas se combinaban, pero, por "su índole misma, esta combinación varía de caso en caso y resulta difícil de precisar y generalizar".[123]

Para el analista de izquierda, la época entre la Reforma, la República Restaurada y el Porfiriato "coincide con bastante precisión con el tránsito en el mercado mundial del capitalismo de libre competencia a la era del imperialismo", mientras que la historia del Porfiriato es "la historia del proceso de conformación y desarrollo impetuoso del capitalismo nacional en las condiciones de la expansión mundial del capital".[124] Con base en este argumento dedica varias páginas al desarrollo de los ferrocarriles, apoyándose sobre todo en la mejor investigación disponible entonces, la del estadounidense John H. Coatsworth. La red ferroviaria fue "más densa en las regiones más pobladas" y se convirtió "en el centro de la actividad económica del país" mientras acentuaba las desigualdades regionales; así se propició una "unificación nacional" de contenido económico, pero también una de contenido político.

> Visto en su conjunto, el proceso de constitución del mercado interno, de integración de la economía en el nuevo mercado mundial y de desarrollo de la producción capitalista durante el Porfiriato, aparece como un único movimiento cuyo notable dinamismo se expresa en múltiples indicadores.[125]

Esos indicadores eran el sistema de comunicaciones (telégrafos, correos, caminos), la urbanización (sistema de alumbrado público y de agua potable en las principales ciudades), la creación de un sistema bancario y el aumento de la circulación monetaria, la expansión del comercio exterior y cierta industrialización (incluida la siderurgia). En todo este desarrollo fue "decisivo el flujo de los capitales del exterior, sobre todo a partir de los años ochenta, cuando comenzó a haber plétora de capitales de los países centrales del mundo capitalista en busca de campos de inversión".[126] Como es obvio, esta descripción e interpretación desde la izquierda no se aparta ni de Rosenzweig ni de las interpretaciones revisionistas neoporfiristas.

La revolución interrumpida examina, de forma más teórica que

empírica, el ascenso de la “clase obrera” mexicana y su participación al lado de los campesinos en la Revolución. Una clase que “no tenía demasiado peso social” y que, por tanto, era incapaz de cambiar al régimen porfirista. Una clase que, además, había surgido como mano de obra asalariada del “inagotable fondo campesino” que ha sido y es un ejército de reserva para el desarrollo capitalista, a partir del cual se “despilfarra” esa fuerza laboral (en cuanto desprecio de la vida humana) y se mantiene una tendencia constante a la baja del salario.[127] Entonces, el núcleo de su narrativa es que, si la incorporación de México al sistema capitalista mundial es lo que le otorga sentido al Porfiriato, los reclamos de los campesinos por la tierra fueron lo que dio sentido a la Revolución, reclamos atendidos, por lo menos parcialmente, durante el sexenio de Lázaro Cárdenas.[128] Sin embargo, el análisis de clase no dejó el nivel teórico en esta propuesta marxista troskista, por lo que el peso de las condiciones económicas deviene fundamental en la explicación. Por ello, el autor supone que fue la crisis económica mundial de 1907-1908 la que agudizó la crisis social y alimentó la crisis política del Porfiriato:

> cayeron los precios de las exportaciones mexicanas: henequén, café, metales industriales y metales preciosos. Se produjo el despido de miles de trabajadores en las minas […] así como despidos en otras industrias. La crisis de 1907 […] repercutió también en una crisis bancaria que llevó a la quiebra o al borde ella a varios bancos, entre ellos el Banco de Londres y México, salvado por la intervención del gobierno […] se debió adquirir maíz en el exterior por más de dos millones de pesos en 1907-1908, por 4 756 000 pesos en 1908-1909 y por 15 497 000 pesos en 1909-1910.[129]

Todo ello condujo a lo que Gilly denomina una “querella interburguesa” a raíz de las desafortunadas maniobras de Porfirio Díaz en esos años. El planteamiento otorga un enorme peso a la crisis económica de 1907, como lo harán posteriormente varios revisionistas de derecha. Yes que, a pesar de poner atención a la situación de obreros, campesinos y otros “subalternos”, inevitablemente, el análisis se inclina por dar más importancia a variables propias del enfoque marxista más tradicional, como las condiciones económicas, las revoluciones burguesas y el ascenso de los obreros como clase. En su versión de 1994 este texto marxista no reparó en la propuesta de Alan Knight (o en las de E. P. Thompson) de aquilatar debidamente los factores “socioculturales”, como las nociones de dignidad, justicia e injusticia, para un mejor entendimiento del final del Porfiriato y el inicio de la Revolución.[130]

En dos décadas, entre 1971 y 1994, las ediciones del libro de Adolfo

Gilly marcan el desenvolvimiento del revisionismo de la Revolución mexicana y su derivado, el correspondiente al Porfiriato. Fueron profesores liberales en conjunto con activistas de izquierda quienes, al buscar elementos históricos para su crítica del régimen priista, le dieron forma a los argumentos políticos y económicos que cuestionaban el viejo constructo Porfiriato dictatorial/Revolución redentora. Algo que caracteriza al revisionismo desde entonces es su fuerte acento en los asuntos económicos, pues desde la izquierda se recurre al modelo de explotación laboral, despojo de la propiedad y crisis económica en el marco del desarrollo del capitalismo, mientras que desde la derecha se usa el modelo de crecimiento guiado por exportaciones como sinónimo de éxito de ese capitalismo. En cuanto al ámbito político, el popular enfoque francés de los Annales, utilizado por la derecha académica francesa para cuestionar y atacar su revolución, fue importado por Guerra para revalorar al Porfiriato y exculpar académicamente a su figura central. Krauze aprovechó las circunstancias de cambios políticos, predominio neoliberal y revisiones historiográficas para darle carta de naturalización a ese esfuerzo. Sólo Knight representó una versión diferente, que apela a variables socioculturales como elementos soslayados para entender y reinterpretar el anquilosado constructo.

Como corriente historiográfica, el revisionismo de esas décadas da cuenta de los cambios en México y de los ocurridos en el escenario internacional, cuando el neoliberalismo tomó impulso como doctrina económica, como política de gobierno y como racionalidad sociopolítica, mientras las diferentes derechas lanzaban sus reinterpretaciones de eventos y procesos como las revoluciones francesa, rusa y mexicana. Como veremos enseguida, éste es uno de los argumentos de entrada del neoporfirismo historiográfico.

1 Córdova, citado en Cristhian Gallegos Cruz, "Arnaldo Córdova y el estudio sobre la política mexicana", *Vitam. Revista de Investigación en Humanidades* 3, núm. 3 (2017): 30-45.

2 *Ibid.*, 35.

3 Arnaldo Córdova, *La ideología de la Revolución mexicana. La formación del nuevo régimen* (México: Era/UNAM, Instituto de Investigaciones Sociales, 1983), 58. La primera edición es de 1973.

4 *Ibid.*, 15.

5 *Ibid.*, 16. Compárese lo dicho por Córdova con las aseveraciones en Rabasa, *La Constitución y la dictadura*, 139-161.

6 *Ibid.*, 16-17.

7 *Ibid.*, 43-46.

8 *Ibid.*, 17-19.

9 *Ibid.*, 36.

10 *Ibid.*, 37.

11 *Id.*
12 *Ibid.*, 46.
13 *Ibid.*, 53-63.
14 Este argumento también es utilizado en economía: la desigualdad es natural, pero para que se mejoren las condiciones de todos es necesario no ponerle trabas al capital ni a los mercados.
15 Córdova, *La ideología de la Revolución*, 63-65. Véase Molina, *Los grandes problemas nacionales*.
16 Córdova, *La ideología de la Revolución*, 87-88.
17 Para Hale, un problema con el texto de Córdova es que no analiza a fondo las ideas políticas de la época porfirista (Hale, *La transformación del liberalismo*, 38-41).
18 Guerra, *México: del Antiguo Régimen*. La primera edición es de 1988.
19 Jean Meyer, "Obituario. François-Xavier Guerra", *Historia Mexicana* LII, núm. 4 (2003): 1132. El Opus Dei, que apoyó la dictadura de Francisco Franco en España, está integrado a la Iglesia católica como prelatura. Es una organización tan polémica como los Legionarios de Cristo. Ser numerario implica que la persona vive en celibato y reside en centros pertenecientes a la organización. Véase John Allen, "El Opus Dei desde dentro. Un intento de analizar con objetividad la institución fundada por Escrivá de Balaguer", *El País*, 30 abril de 2006, https://elpais.com/diario/2006/04/30/domingo/1146369161_850215.html (consultado el 18 de marzo de 2020). Véase también "Catedrática alerta sobre embestida de la ultraderecha en la UNAM. El Opus Dei intenta consolidarse como grupo de poder en la institución educativa, señala", *La Jornada*, 14 de julio de 2003, https://www.jornada.com.mx/2003/07/14/009n1pol.php?origen=politica.php&fly= (consultado el 19 de marzo de 2020). Para asuntos más sombríos véase Bernardo Barranco, "Opus Dei. Pederastia y silencio de los medios", *La Jornada*, 8 de julio de 2020, https://www.jornada.com.mx/2020/07/08/opinion/018a1pol (consultado el 8 de julio de 2020).
20 Véase David García Aristegui, "La larga sombra del Opus Dei sobre el CSIC", *Diario 16*, 13 de diciembre de 2016, https://diario16.com/la-larga-sombra-del-opus-dei-sobre-el-csic/ (consultado el 19 de marzo de 2020); véase también Manuel Castillo Martos y Juan Luis Rubio Mayoral, *Enseñanza, ciencia e ideología en España (1890-1950)* (Sevilla: Vitela Gestión Cultural/Diputación de Sevilla, 2015).
21 Por ejemplo, escribe Guerra: "Hemos querido ante todo encuadrarlo en un tiempo histórico relativamente largo, el del liberalismo; ello nos ha hecho remontarnos necesariamente hasta sus principios en la época de la Ilustración" (Guerra, *México: del Antiguo Régimen*, t. I, 377). Véase François Chevalier, "Prefacio", en Guerra, *México: del*

Antiguo Régimen, t. I, 9-17.

22 Guerra, *México: del Antiguo Régimen*, t. I, 21-23. Ejemplos de la metodología en Michel Bertrand, "De la familia a la red de sociabilidad", *Revista Mexicana de Sociología* 61, núm. 2 (1999): 107-135; también en Gladys Lizama Silva y Sergio Valerio Ulloa, "Redes empresariales en la región de Guadalajara durante el Porfiriato", *Secuencia* 64 (2006): 205-230.

23 Chevalier, "Prefacio", en Guerra, *México: del Antiguo Régimen*, t. I, 10-11.

24 Guerra, *México: del Antiguo Régimen*, t. I, 300.

25 Sobre F. Furet, A. Tocqueville y las posturas conservadoras de cierta historiografía francesa véase Traverso, *La historia*, 71-85. También el breve apunte en Piketty, *El capital*, 875-876. Furet fue financiado desde los años ochenta del siglo XX por la ultraconservadora fundación estadounidense John M. Olin. Es esclarecedor el comentario sobre el funcionalismo y el conservadurismo de los historiadores de *Annales*, que se podía percibir desde los años setenta del siglo XX por lo menos, en Fontana, *Historia: análisis*, 205-213, y 268. Véase también Erice, *En defensa de la razón*, 42.

26 Dumont era un declarado crítico del liberalismo decimonónico, véase Louis Dumont, *Homo Aequalis: génesis y apogeo de la ideología económica* (Madrid: Taurus, 1982). Sobre sus propuestas véase Robert Parkin, "Louis Dumont: estructuralismo, jerarquía e individualismo", *Revista de Occidente* 299 (2006): 9-34; Verena Stolcke, "Gloria o maldición del individualismo moderno según Louis Dumont", *Revista de Antropología* 44, núm. 2 (2001): 7-37. Sobre holismo como concepto y práctica en las ciencias sociales, véase Ángel Díaz de Rada, "Las formas del holismo. La construcción teórica de la totalidad en etnografía", *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares* LVIII, núm. 1 (2003): 237-262. Una crítica al holismo antropológico y sociológico, en Domingo González Hernández, "Holismo e individualismo. Un enriquecedor debate girardiano para el trabajo social", *La Razón Histórica. Revista Hispanoamericana de Historia de las Ideas* 34 (2016): 205-222.

27 Díaz de Rada, "Las formas del holismo", 247-251.

28 Guerra, *México: del Antiguo Régimen*, t. I, 266-269.

29 Chevalier, "Prefacio", en Guerra, *México: del Antiguo Régimen*, t. I, 11-12.

30 "Todo modelo teórico –y el modelo político moderno es uno de ellos– supone una elaboración y una transmisión. Se ha dicho ya como el nacimiento de este nuevo modelo teórico y práctico está ligado a la aparición y la expansión de las sociabilidades modernas; cómo también, México va a la zaga de España y, con mayor razón, de Francia en este ámbito", Guerra, *México: del Antiguo Régimen*, t. I,

202. Sobre las visiones académicas eurocéntricas véase Isidro Moreno, “Crisis de los pilares de la modernidad, globalización mercantilista y activación identitaria. Los papeles posibles de la antropología hoy”, en *Fronteras de iluminismo*, coord. por Enzo Segre Malagoli e Isidoro Moreno Navarro (México: UAM/Juan Pablos, 2012), 49-76.

31 Concepto de Arno J. Mayer, citado en Traverso, *La historia*, 40.

32 Para las ideas acerca de la Revolución francesa y la Ilustración, de los que fueron llamados “profetas del pasado”, véase Robert Nisbet, “Conservadorismo”, en *Historia del análisis sociológico*, 105-145.

33 Guerra, *México: del Antiguo Régimen*, t. I, 313-314. Los comentarios de Bulnes se refieren a que la Constitución de 1857 creó “esclavos para toda clase de tiranos”, al dar pie a un grupo creciente de dependientes del gobierno, hasta el “sesenta por ciento de la clase media”. Guerra repitió su favorable impresión de Bulnes más adelante en su texto, en la cita 28 de la p. 385. Su admiración por el intelectual porfirista queda clara en Guerra, *México: del Antiguo Régimen*, t. II, 94.

34 Guerra, *México: del Antiguo Régimen*, t. I, 385-386. Extraña debió parecerle a Guerra la opinión de Daniel Cosío Villegas sobre Bulnes: incapaz de sostener un análisis intelectual y “una reflexión profunda”, sus afirmaciones y escritos eran terriblemente contradictorios, véase Cosío Villegas, “El Porfiriato: era de consolidación”, 83.

35 Guerra, *México: del Antiguo Régimen*, t. I, 22.

36 *Ibid.*, 23-25.

37 *Ibid.*, 126-127.

38 Gabino Barreda, citado en Zea, *El positivismo*, 139.

39 Ejemplo de esas distorsiones fueron las descalificaciones que los redactores de *La Libertad* (positivistas aclamadores de una tiranía honrada), aplicaron a la lucha de algunos pueblos en el estado de Hidalgo por recuperar sus tierras, los llamaron trastornadores del orden público, “raza de tan cortos alcances intelectuales”, ladrones, violentos, causantes de barbarie, etcétera, véase Zea, *El positivismo*, 294-299.

40 Guerra, *México: del Antiguo Régimen*, t. I, 29-35.

41 *Ibid.*, 378-390.

42 Véase López, “El hispanoamericanismo”, 101-102.

43 Una diferencia entre François-Xavier Guerra y los intelectuales porfiristas estuvo en la religión, pues el francés era un católico militante, y los segundos eran poco dados a la religión. El catolicismo de Guerra puede constatarse en sus observaciones sobre las luchas en el campo educativo (Guerra, *México: del Antiguo Régimen*, t. I, 394-431).

44 Gabino Barreda, citado en Zea, *El positivismo*, 165. De acuerdo con Zea, este argumento contradijo lo expuesto por Barreda en un discurso diez años anterior.

45 Guerra, *México: del Antiguo Régimen*, t. I, 183-194.

46 *Ibid.*, 194.

47 Otras críticas al modelo de Guerra, en Elías J. Palti, *El tiempo de la política: el siglo XIX reconsiderado* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2007): Véase también Mark Thurner, "Indios republicanos: acerca de la posibilidad conceptual de una historia republicana en las Américas", en *Tradición y modernidad en la historia de la cultura política. España e Hispanoamérica, siglos XVI-XX*, ed. Ricardo Forte y Natalia Silva Prada (México: Juan Pablos/UAM Iztapalapa), 159-193.

48 Puede consultarse la creciente bibliografía sobre las acciones políticas de los *de abajo*, por ejemplo: Peter Guardino, *Campesinos y política en la formación del Estado nacional en México. Guerrero 1800-1857* (Chilpancingo: Gobierno de Guerrero/Congreso del Estado, 2001) y *El tiempo de la libertad. La cultura política popular en Oaxaca, 1750-1850* (Oaxaca: Universidad Autónoma Benito Juárez de Oaxaca/UAM Iztapalapa El Colegio de San Luis/El Colegio de Michoacán/Congreso del Estado, 2009). También es recomendable leer a Guy P. C. Thompson y David G. LaFrance, *Patriotism, Politics, and Popular Liberalism in Nineteenth-Century Mexico. Juan Francisco Lucas and the Puebla Sierra* (Wilmington: Scholarly Resources, 2002).

49 Guerra, *México: del Antiguo Régimen*, t. I, 197.

50 Ejemplos de la adopción y adaptación de lenguajes, ideas, conceptos y estrategias políticas "modernas", al inicio de la Independencia, en Jose Alfredo Rangel Silva, "Lo que antes era casa de Dios… Adaptaciones del liberalismo en los ámbitos locales, 1820-1825", *Historia Mexicana* LIII, núm. 1 (2003): 117-177. También en Manuel Chust y José Antonio Serrano Ortega, *Tras la guerra, la tempestad. Reformismo borbónico, liberalismo doceañista y federalismo revolucionario en México (1780-1835)* (Madrid: Marcial Pons/Universidad de Alcalá, 2019), 33-36.

51 José Antonio Serrano y Manuel Chust, *¡A las armas! Milicia cívica, revolución liberal y federalismo en México (1812-1846)* (Madrid: Marcial Pons, 2018), 79.

52 Guerra, *México: del Antiguo Régimen*, t. I, 35-37.

53 *Ibid.*, t. II, 208. Cursivas propias.

54 *Ibid.*, 55-57, 62-66.

55 *Ibid.*, 101-105.

56 *Ibid.*, t. I, 54-56.

57 *Ibid.*, 57. Otra vez Guerra coincide con algunos intelectuales

porfiristas, quienes acuñaron los términos de "tiranía honrada" (Francisco G. Cosmes), "dictadura democrática" (Emilio Rabasa), "buena dictadura" (Bulnes).

58 *Ibid.*, 80.

59 *Ibid.*, 80-81.

60 *Ibid.*, 81-125.

61 *Ibid.*, 324.

62 Chevalier, "Prefacio", en Guerra, *México: del Antiguo Régimen*, t. I, 12.

63 Guerra, *México: del Antiguo Régimen*, t. I, 133.

64 *Ibid.*, 134.

65 Concepto utilizado primero en sociología por Simmel, para referirse a comportamientos individuales que buscan la asociación de forma voluntaria. Fue adoptado como herramienta de análisis por el historiador Maurice Agulhon. Véase William Alfredo Chapman Quevedo, "El concepto de sociabilidad como referente del análisis histórico", *Investigación y Desarrollo* 23, núm. 1 (2015): 187-224.

66 Guerra, *México: del Antiguo Régimen*, t. I, 135-139.

67 Véase Buve, "Un paisaje lunar".

68 Guerra, *México: del Antiguo Régimen*, t. I, 139.

69 *Ibid.*, 367-369.

70 Guerra realiza tres operaciones simultáneas, una expositiva que etiqueta los testimonios que resultan incongruentes con su discurso como anomalías o ficciones, una sociopolítica que reduce asuntos contradictorios a dos párrafos y dos notas a pie, y una analítica que utiliza un enfoque antropológico para justificar su selección de testimonios y su interpretación de éstos.

71 Guerra, *México: del Antiguo Régimen*, t. I, 212-234.

72 *Ibid.*, 236-237.

73 *Ibid.*, 325-328.

74 *Ibid.*, 202.

75 Definición tomada de National Institute of Mental Health, "La esquizofrenia" (2015), www.nimh.nih.gov/health/publications/espanol/la-esquizofrenia/index.shtml (consultado el 28 de enero de 2019). Catatonia define un estado en el que una persona está consciente, pero no se mueve ni responde ante los demás. Véase también la definición de esquizofrenia, como un trastorno mental grave, de la Organización Mundial de la Salud (OMS), https://www.who.int/topics/schizophrenia/es/.

76 Véase Germán Berrios, Rogelio Duque y José M. Villagrán, "Schizophrenia. A Conceptual History", *International Journal of Psychology and Psychological Therapy* 3, núm. 2 (2003): 111-140.

77 Guerra, *México: del Antiguo Régimen*, t. II, 337.

78 *Ibid.*, t. I, 211.

79 *Ibid.*, 285-289.

80 Basta revisar el clásico de Woodrow Borah sobre el juzgado de indios en el periodo colonial: Woodrow Borah, *El Juzgado General de Indios en la Nueva España* (México: Fondo de Cultura Económica, 1985).

81 Racismo, clasismo, elitismo, combinados con las ideas de superioridad moral e intelectual de los ricos, la inferioridad de los pobres y la supervivencia de los más aptos, como se puede ver en Zea, *El positivismo*, 174-178; 290-299. Véase también Knight, *La Revolución*, 31-32.

82 Guerra, *México: del Antiguo Régimen*, t. II, 335.

83 En esto coinciden Tenorio y Gómez, *El Porfiriato*, 99.

84 Véase Thomas P. Piketty, *Capital e ideología* (México: Grano de Sal, 2020), 359-413. El sistema de castas pudo ser todavía más rígido debido a la intervención británica en la India.

85 Alan Knight, *The Mexican Revolution. Vol. 1. Porfirians, Liberals and Peasants* (Lincoln: University of Nebraska Press, 1990). Grijalbo publicó en 1996 en México la versión en español, y el Fondo de Cultura Económica lanzó otra edición en 2010.

86 *Ibid.*, 15-17.

87 *Ibid.*, 38.

88 *Ibid.*, 20. "La política, más que un noble esfuerzo en favor del interés público, a la manera de Gladstone, era una fuente de poder, seguridad y patrocinio, en una sociedad donde las oportunidades de avance eran a menudo limitadas" (Knight, *La Revolución mexicana*, 48).

89 Knight, *The Mexican Revolution*, 24-30. Algunos jefes políticos también fueron ejemplos destacados de corrupción, abuso y todo tipo de excesos.

90 *Ibid.*, 21-24.

91 *Ibid.*, 78-81.

92 *Ibid.*, 82-90. En este abordaje se nota la influencia de la obra de E. P. Thompson.

93 *Ibid.*, 91-94.

94 *Ibid.*, 101. Lo mismo podía decirse de las actividades mineras, véase las pp. 141-144.

95 *Ibid.*, 103-150.

96 Su punto de partida fue que México experimentó una revolución popular agraria debido sobre todo a los factores endógenos (*ibid.*, 150-170).

97 Sobre el concepto campesino véase Chris Boyer, *Becoming Campesinos: Politics, Identity, and Agrarian Struggle in Posrevolutionary Michoacan, 1920-1935* (Stanford: Stanford University Press, 2003).

98 Knight, *The Mexican Revolution*, 31-40. Sobre el régimen autoritario,

p. 103.

99 *Ibid.*, 37-71.

100 Como señala el mismo Knight, dadas las condiciones de progresiva miseria, una pregunta no debería ser por qué la Revolución comenzó en 1910, sino por qué no lo hizo antes (*ibid.*, 128).

101 Las contradicciones del Porfiriato sólo nos parecen insuperables en retrospectiva (*ibid.*, 103). Como ha señalado Žižek: "cuando ocurre un acontecimiento, éste crea la cadena de precedentes que lo hacen parecer inevitable". Es decir, el acontecimiento puede aparecer como resultado y expresión de una "necesidad histórica", Slavoj Žižek, *Robespierre. Virtud y terror* (Madrid: Akal, 2016), 28. Aunque son los intérpretes de ese acontecimiento quienes le atribuyen esos significados.

102 Otros elementos políticos, sociales y culturales, laborales, judiciales, etcétera, se mezclaron en aquella época (Knight, *The Mexican Revolution*, 128-150).

103 Recientemente, Riguzzi ha insistido en ver la crisis económica de 1907-1908 como posible factor que incidió en el desencadenamiento de la Revolución (Paolo Riguzzi, "Ciclos, crisis y ruptura. La economía mexicana, 1896-1910", en *Fin de siglos ¿fin de ciclos? 1810, 1910-2010*, ed. Leticia Reina y Ricardo Pérez Monfort (México: Siglo XXI/INAH/CIESAS, 2010), 61-73.

104 Knight, *The Mexican Revolution*, 164-167. Se pueden añadir variables como la dignidad humana y la capacidad de autonomía, que no son medibles o cuantificables, y cuyo contenido varía sociocultural y regionalmente, pero resultan de primera importancia para las personas; véase E. P. Thompson, *Costumbres en común* (Barcelona: Crítica, 1995). De hecho, algunos economistas contemporáneos han criticado la ceguera de las teorías económicas que se centran en individuos racionales aislados, motivados sólo por la ganancia o la pérdida individual y a los que no les importan los demás ni las nociones de lo que es justo o injusto. Véase Stiglitz, *El precio*, 162-167.

105 Enrique Krauze, *Porfirio Díaz. Místico de la autoridad* (México: Fondo de Cultura Económica, 1995); la edición original es de 1987.

106 Sobre la ideología de Krauze, y su intervención en la política desde la posición de intelectual conservador, véase Lomnitz, *La nación*, 217-242. Otros pormenores del papel de este historiador como ideólogo del neoliberalismo en México, en Lemus, *Breve historia*, 25-57.

107 El viajero era Charles Etienne Brasseur, y el testimonio de 1861, citado en Krauze, *Porfirio Díaz*, 11.

108 *Ibid.*, 30.

109 *Ibid.*, 81-85.
110 *Ibid.*, 65-70.
111 *Ibid.*, 32, y 52-53.
112 *Ibid.*, 34.
113 *Ibid.*, 124-125.
114 *Ibid.*, 59.
115 *Ibid.*, 58-74.
116 Para entender la importancia de la nostalgia por "don Porfirio", pueden examinarse los textos escritos por descendientes de las elites porfirianas, mencionados al principio: Tello, *El exilio*; y Tovar, *El último brindis*.
117 Krauze, *Porfirio Díaz*, 139-150.
118 Gilly, *La revolución*, 16-17.
119 *Ibid.*, 27.
120 *Ibid.*, 17. Viejo tema de Rabasa y los porfiristas, el abismo entre la realidad de México y la Constitución liberal fue retomado por Guerra, que inclusive dio pie a un libro llamado *Ciudadanos imaginarios*, de Pablo Escalante.
121 Incluso criticó a Benito Juárez, quien "reprimió implacablemente" algunos levantamientos campesinos.
122 Gilly, *La revolución*, 19-28. Su crítica al modelo feudal aparece en la nota 14.
123 *Ibid.*, 32-39. Sin embargo, sus acertadas apreciaciones sobre las haciendas se distorsionan cuando se apoya en el historiador estadounidense Frank Tannenbaum.
124 *Ibid.*, 28-32.
125 *Ibid.*, 40-45.
126 *Ibid.*, 45-49.
127 *Ibid.*, 50-78.
128 *Ibid.*, 354-367.
129 *Ibid.*, 79.
130 Antes de Knight, el estadounidense John Womack revisó las nociones socioculturales que dieron forma al movimiento zapatista (John Womack, Jr., *Zapata and the Mexican Revolution* (Nueva York: Vintage Books, 1968); la primera edición en español es John Womack J., *Zapata y la Revolución mexicana* (México: SEP/Siglo XXI, 1985).

CAPÍTULO 4. ORDEN Y EXCESO HISTORIOGRÁFICO

Con la tecnocracia neoliberal en el poder en México el ámbito académico fue mucho más receptivo para con el revisionismo de derecha, que tomó los elementos presentes en la historiografía y los articuló en un conjunto coherente, definido e impulsado por la intención política de reivindicar al Porfiriato, y con ello justificar y legitimar la nueva tendencia gubernamental. Este revisionismo neoporfirista es un nuevo constructo que pretende ser dominante. En este y el siguiente capítulo examino algunos de los textos más destacados, las piedras angulares de la nueva historiografía, investigaciones que establecieron los principales ejes interpretativos y que contribuyeron a consolidar sus argumentos, textos que son multicitados en investigaciones posteriores. Presento sus planteamientos, sus elementos ideológicos y epistemológicos, y sus razones políticas. Por razones expositivas este capítulo se concentra en la historia política mientras el siguiente se enfoca en la historia económica, pero, como se dará cuenta el lector, el entrelazamiento entre ambas áreas es significativo.

En la última década del siglo XX los revisionistas hicieron tabla rasa del pasado historiográfico, para poder denunciar que se había colocado al Porfiriato en un "vacío historiográfico", casi como un tabú para la investigación, además de que no se hacía trabajo de archivo. Así desapareció el rastro del discurso porfirista que había sobrevivido como leyenda positiva y argumento historiográfico. En consecuencia, los revisionistas declararon que explicar la Revolución como resultado de los errores y problemas del Porfiriato era una teleología, mientras que las cavilaciones ideológicas eran estériles al extremo de enredarse en tautologías como considerar qué tan revolucionaria había sido la Revolución.[1] En cambio, presentaron como una necesidad imperiosa resaltar la importancia del Porfiriato como periodo histórico. Estas observaciones, críticas y denuncias anunciaban una *nueva* historiografía que, con base en un amplio y riguroso trabajo de archivo, en la aplicación de teorías y enfoques importados de Estados Unidos, principalmente, y desde un punto de vista que se decía más objetivo, presentaba una versión más favorable del pasado porfirista. La *nueva* narrativa caracteriza positivamente la figura de Díaz, a su gobierno y a su proyecto de construcción de un Estado nación.[2]

Esta narrativa subraya que el régimen porfirista consiguió el orden necesario para un país que había padecido de forma endémica

conflictos armados internos y externos. Con el orden, vino una época de modernización y progreso, de integración y desarrollo económico.[3] Paul Garner consiguió condensar esta narrativa: "Dados los abundantes síntomas, en esta etapa, de crecimiento económico y transformación social por primera vez desde la obtención de la independencia", la nueva historiografía "ha restaurado la 'solidez' tangible de la modernización porfiriana"; etapa singular y vital porque fue cuando se dio "la construcción de los bloques del proyecto de desarrollo nacional".[4] De esta manera el principio decimonónico del "orden y progreso", sinónimo de un régimen y una época, ha sido reciclado para convertirse ahora en una descripción *precisa* de un periodo histórico.

Entre los historiadores involucrados el consenso es que el revisionismo representa un cambio beneficioso, un avance con base en los procedimientos internos de la propia disciplina y que configura una imagen más objetiva del pasado. Se dice que ahora predomina en las investigaciones una posición "equilibrada" y "mesurada", apoyada en análisis "científicos".[5] Se asegura que se trata de una historiografía interesada en comprender el periodo, con "propuestas metodológicas que permiten construir historias más equilibradas", y alejada de partidismos "con relación al poder y sus contiendas".[6] Todo ello mientras se niega que factores internos como las preferencias y las aversiones personales de los investigadores, o externos como las ideologías y las cuestiones políticas, incidan en el trabajo profesional.

En el capítulo anterior presenté cómo el viejo discurso porfirista reapareció una y otra vez en los argumentos, elementos teóricos, narrativos y de interpretación sobre el Porfiriato que diferentes historiadores fueron elaborando desde los más diversos puntos de vista. En el presente capítulo mostraré que esos elementos han sido reconfigurados para formar parte de la *novedosa* narrativa revisionista. Para ello presento de forma esquemática, y para su mejor visualización, algunos de sus supuestos, que constituyen ejes centrales de argumentación. No los enumero en orden de importancia, ni pretendo que todos estos supuestos están presentes en cada investigación dentro de esta corriente, pues su presencia y su importancia puede variar en cada texto analizado.

Primero, de acuerdo con una epistemología positivista, los historiadores revisionistas han supuesto que pueden entender al Porfiriato, es decir, al régimen y a los diferentes procesos ocurridos durante la época, tal como lo entendían los actores que lo vivieron en el siglo XIX.[7] Es más, aseguran que han eliminado las ideologías y los dogmatismos que distorsionan nuestras percepciones, por lo que entienden el pasado tal cual fue. Uno de los problemas que salta de inmediato en este argumento es que quienes se asumen como

investigadores “sin ideología” y adeptos al pragmatismo “suelen ser los más ‘ideológicos’”.[8] La ideología forma parte de los elementos centrales de toda investigación, por lo que negar su existencia y su importancia es una mistificación.

Un segundo supuesto, ligado de forma íntima con el anterior, asegura que los hechos históricos, es decir, los datos recopilados en las fuentes primarias, “hablan” por sí mismos; por lo que las investigaciones resultantes son neutras y objetivas. Como el pasado está dado “tal cual” en las fuentes, los textos historiográficos se limitan a mostrar esa realidad. Es el perenne problema, señalado entre otros por Ricoeur, de suponer que el lenguaje de las fuentes y el que utiliza el historiador son neutros y transparentes “hasta el punto de dejar hablar a los hechos mismos”.[9] Ya consideré algunos de los problemas de estos dos supuestos en el capítulo 1. Cabe señalar que este empirismo ingenuo tiene una extraña contraparte en los llamados argumentos contrafactuales que mencionaré más adelante.

En tercer término, aparece un pragmatismo enunciado como perspectiva de *Realpolitik* (sobre todo en la historia política, pero no exclusivamente), en la cual ciertas prácticas y valores como la democracia, la igualdad y la justicia son calificados como ideales extraños para la realidad del siglo XIX, y que por ello estorban y deforman el análisis empírico.[10] El argumento es atractivo porque invita a evitar los anacronismos conceptuales (una operación necesaria para todo historiador), pero al mismo tiempo silencia o esconde algunas cosas, como –por ejemplo–que han sido intelectuales de derechas como Hayek y Raymond Aron (defensor del realismo político) quienes han cuestionado la validez de la democracia como práctica política y como ideal. Para Hayek era peligroso hacer de la “democracia un fetiche”, porque no es el fin más elevado de la vida política sino “un medio, un expediente utilitario para salvaguardar la paz interna y la libertad individual”. De hecho, aseguraba que “a menudo ha existido una libertad cultural y espiritual mucho mayor bajo un régimen autocrático que bajo algunas democracias”; desde su perspectiva un gobierno de una mayoría “muy homogénea y doctrinaria” era un asunto peligroso, porque esa mayoría “podía ser tan opresiva como la peor dictadura”.[11] Raymond Aron insistía que las “ideas trascendentes: la soberanía, el pueblo, la libertad, la igualdad son conceptos abstrusos sobre los que es difícil ponerse de acuerdo”.[12]

> Las relaciones entre los hombres, trátese de economía o de política, plantean problemas específicos, irreductibles a las leyes abstractas de la ética […] las definiciones concretas están tomadas siempre a una realidad histórica y no al imperativo abstracto. En otros términos, o bien se permanece en el empíreo

de los principios vanos, o bien se cae en la deducción de consecuencias precisas que no valen sino para un momento.[13]

En consecuencia, para evitar sinsentidos el análisis debe privilegiar la condición histórica específica de una definición concreta. Otra vez, parece un argumento historicista muy coherente, de hecho en términos formales se asemeja a las propuestas de Reinhardt Koselleck y su historia de los conceptos, que analiza los significados de las palabras en los contextos en que fueron enunciadas.[14] El problema es que esta perspectiva considera como único significado válido de democracia el de una operación política circunscrita a elites políticas y económicas, al definirse como "la organización de la competencia pacífica con miras al ejercicio del poder", y no como la "soberanía del pueblo", idea esta que es etiquetada como un malabarismo ideológico.[15] Una de las expresiones más claras de este elitismo disfrazado de pragmatismo fue elaborada por el empresario e ideólogo mexicano Gustavo R. Velasco:

> Las ventajas indudables de la democracia en absoluto deben conducir a subestimarla ni a menospreciar las dificultades que suponen tanto su implantación como su funcionamiento efectivo. Menos deben llevarnos al democratismo contemporáneo, con su monstruosa superstición de que lo que la mayoría decide debe quedar fuera de toda discusión. De la manera más enfática debe proclamarse en contra que ni la voluntad del pueblo es la voluntad de Dios, ni la elección proporciona la garantía de que se escogerá a los más aptos para dirigir los asuntos públicos.[16]

¿Quiénes deben dirigir los asuntos públicos? Según Velasco los más aptos eran las "clases dirigentes", porque de hecho el sufragio ni siquiera debe ser universal: "De ninguna manera constituye un derecho que pueda reclamar todo hombre por el solo hecho de serlo, sino una función para la cual debe acreditarse que se poseen los requisitos de edad, juicio, capacidad, independencia y responsabilidad que en cada país se consideren apropiados".[17] Este enfoque pragmático, descaradamente elitista, políticamente conservador y al mismo tiempo de pura tradición liberal, es utilizado como justificación tanto de los discursos, los procesos y los acontecimientos del pasado como de las preferencias de los investigadores de la actualidad.[18]

Como cuarto supuesto revisionista aparece el enfoque economicista y especialmente econométrico. La econometría es la incorporación de métodos cuantitativos y de reconstrucción estadística, con base en la teoría económica neoclásica.[19] En el revisionismo la econometría ("cliometría") se convierte en un argumento de autoridad *científica*, pues quienes utilizan este recurso suponen que "por medio de la

econometría ilustran la validez universal y atemporal de los principios económicos".[20] Las pretensiones no son tímidas, como es evidente, pues aparte de asumir matemáticas y estadísticas como la base definitiva de un enfoque *científico* que imita los modelos de las ciencias naturales, postula la existencia de principios metahistóricos porque se aplican en todos los casos y en todo tiempo. Aquí subyacen dos creencias profundamente arraigadas, la primera es que las herramientas y los métodos de análisis se convierten en categorías epistemológicas e incluso ontológicas: ecuaciones y estadísticas por si solas garantizan la naturaleza científica de la teoría neoclásica y de las investigaciones dentro de su esquema. La segunda es que los principios económicos *per se* son los del capitalismo, y que éste existió desde siempre como tendencia universal y transhistórica, y por lo tanto natural.

La cliometría entonces es, además de un conjunto de herramientas y métodos de análisis, parte central de una racionalidad válida para todo lugar, toda circunstancia, toda sociedad, y todo tiempo: la teoría económica neoclásica. Esta verdad eterna garantiza la cientificidad del enfoque que destaca el orden político alcanzado durante el Porfiriato como un componente necesario y beneficioso para un modelo de crecimiento con base en exportaciones agromineras, la inserción en mercados financieros, la inversión extranjera, y la primera globalización.[21] La orientación economicista del revisionismo corresponde puntualmente al predominio de la racionalidad neoliberal, sobre todo en algunas de las excelentes investigaciones en historia económica sobre el Porfiriato, que han dado pie a que se le califique a ésta como la rama más sólida de toda la historiografía.[22] Al mismo tiempo, esa racionalidad conlleva implícita la idea de que si el régimen de Porfirio Díaz tuvo sus mayores "logros" en el área económica, entonces es lógico que la orientación economicista se encuentre dada en la propia documentación del periodo, y no en la mirada de los investigadores. Por si fuera poco, con la economía neoclásica como supuesta clave universal, el Porfiriato y su modelo económico aparecen como ejemplos irrefutables del único camino viable. Se trata de problemas epistémicos que hasta ahora han sido mayormente ignorados en México.

Finalmente, destaca el lenguaje autoritario del discurso revisionista que a veces roza la intolerancia y la violencia verbal, mediante la aplicación de adjetivos para descalificar cualquier postura alternativa o disonante (como simplezas, prejuicios, obsesiones y esquizofrenias). Este rasgo, que puede parecer una incidencia menor o un detalle sin importancia, corresponde a las características específicas del proceso comunicativo de las investigaciones. Para entenderlo es pertinente considerar la metáfora de la cámara de eco (*echo chamber*), aplicada

sobre todo en estudios sobre comunicación y sobre redes sociales en internet. La metáfora denota un grupo o comunidad con un núcleo homogéneo de creencias que se repiten y refuerzan entre sí hasta parecer las únicas correctas.[23] Se trata de un circuito comunicativo que da forma y sentido a las creencias compartidas por un grupo social que cuenta con un liderazgo en el que confía plenamente, y con un franco recelo de las voces divergentes, a las que se desacredita y excluye.[24] A un grupo de este tipo se le denomina estructura epistémica social.[25] Este fenómeno puede ser identificable alrededor de polémicas de tipo político o altamente politizadas.

Salvadas las evidentes diferencias y asimetrías que existen entre los sitios y procesos *online*, con su prodigiosa velocidad de difusión de cantidades estratosféricas de información, opiniones y desinformación, y los textos de historia cuya velocidad de difusión de cantidades limitadas de información, interpretaciones y puntos de vista, se asemeja a la de un caracol, la comparación surge del hecho de que en ambos casos se trata de procesos de comunicación. En ambos la idea es que cualquiera puede obtener y comentar la información, pero en realidad los contenidos se dirigen en primer lugar a los miembros del grupo que comparten la ideología (en internet), o a los pares académicos en el caso de la historia. Como señaló Michel de Certeau, los principales destinatarios del libro de historia son los pares o colegas, que juzgan la obra según criterios especializados y que ejercen presiones decisivas, de manera que se convierten en "una verdadera 'policía' del trabajo. Al no ser recibido por el grupo, un libro caerá en la categoría de una 'vulgarización', que, considerada con más o menos simpatía, no sería capaz de definir a un estudio como historiográfico".[26] El grupo de pares acredita o desacredita las investigaciones, incorpora o excluye a los investigadores.

El doble proceso de acceso o exclusión puede llevar a la formación de comunidades académicas cerradas y dogmáticas, con base en la confiabilidad atribuida a quien habla; es decir, que el elemento clave de una investigación no sería qué es lo que se dice (y cómo lo fundamenta), sino la autoridad de quién lo dice. Certeau también mostró que en historia la verificabilidad de lo que se afirma "se sustituye constantemente por su verosimilitud". Es decir, como discurso, el texto histórico "necesita de la autoridad para sostenerse: lo que pierde en rigor debe ser compensado por una superabundancia de confiabilidad".[27] Tal vez por ello se recurre al uso del plural mayestático *nosotros* en los discursos historiográficos, que al mismo tiempo que plantea un lugar específico de enunciación (el grupo de pares), excluye automáticamente a quienes no comparten la confianza en el discurso.[28] Una vez más, éstos son temas que los académicos en general prefieren obviar o ignorar. Pueden existir otros elementos

comunes en el revisionismo neoporfirista, además de distintos factores. Aquí sólo considero los que me parecen más recurrentes. Como es evidente, las opiniones políticas y las ideologías tienen una importancia mucho mayor para las investigaciones y las corrientes historiográficas de lo que se reconoce.

4.I. LA *NUEVA* HISTORIOGRAFÍA POLÍTICA

Un ejemplo temprano pero prototípico del revisionismo de las últimas décadas es un artículo de 1990 del historiador estadounidense Steven Topik, especializado en historia económica de América Latina, quien propuso seguir las tendencias internacionales que cuestionaban a las revoluciones y hacer lo propio con la Revolución mexicana.[29] Si bien un texto de historia económica parece estar fuera de lugar en la historia política, pero es importante evidenciar su intencionalidad política: cuestionar una revolución del siglo XX. De entrada no parecía haber algo nuevo aquí, el tema de la Revolución, la definición de su naturaleza, y las críticas a sus defectos, fallas y contradicciones, fueron asuntos discutidos desde la época de la *Historia moderna de México* de Cosío Villegas. Tampoco era novedad proponer que se analizaran dos regímenes políticos desde un punto de vista económico, con la idea de que en ambos momentos se desarrollaba en México un capitalismo empresarial (*corporate capitalism*). En ese marco los supuestos logros y legados de la Revolución "en particular la centralización política y el desarrollo económico" eran "casi los mismos buscados por el régimen de Díaz". Por tanto, el objetivo era "preguntarse si el cambio en la función económica" del Estado mexicano "fue realmente un legado de la revolución".[30] Historiadores norteamericanos como Womack y Cockcroft veían al Estado desarrollista mexicano como un fenómeno posterior a 1920, tesis que Topik consideraba errónea, ya que en su opinión el régimen de Díaz se volvió intervencionista en su etapa final.

El autor no menciona los trabajos de Cosío Villegas, Gilly o Córdova que, como señalé en los capítulos anteriores, habían mostrado que las diferencias entre el régimen porfirista y el revolucionario no fueron tan dramáticas como se había dicho. Gilly y Córdova señalaron que Porfiriato y régimen revolucionario eran versiones distintas del mismo proceso de desarrollo del capitalismo internacional, llámesele desarrollista, dependiente, empresarial, imperialista, etcétera. Evidentemente, Topik estaba en diálogo con estudios publicados en lengua inglesa, pero no con las investigaciones escritas en México; lo que resultó en detrimento de la calidad y los alcances de su trabajo. Lo obviado por Topik habla de un rasgo poco glamoroso: que investigaciones e investigadores en Estados Unidos y en Europa pocas

veces ponen atención en lo que se hace en México o, para el caso, en lo que se hace en América Latina y en general en lo que consideran son "países periféricos", "subdesarrollados", "atrasados" o "tercermundistas".[31] Esta tendencia de ignorar conscientemente las investigaciones hechas en México es, sencillamente, un prejuicio académico.[32] En cambio, en México cada vez se está más al pendiente y al arbitrio de lo que se hace, se dice y se publica en los Estados Unidos.

Topik mezcló la reflexión económica con una declarada intención de cuestionar al régimen priista y su quimérico doble papel como encarnación de la Revolución y como cumplidor de sus promesas; también cuestionaba una historia de México que no tomaba en cuenta los contextos internacionales en la época de Díaz. Se trataba, pues, de una reevaluación política del Porfiriato desde lo económico, para con ello replantear las características de la Revolución mexicana.[33] El artículo hace parecer necesaria una reevaluación económica del Porfiriato, porque el gobierno de Díaz fue régimen desarrollista, proempresarial y nacionalista.[34] Enumera los logros del Porfiriato en una descripción que hace eco de lo dicho por Silva Herzog o por Rosenzweig, de una forma más detallada y más acorde con un enfoque favorable para Díaz, quien aparecía así como el responsable de todo lo bueno que pasaba en su régimen, y de nada de lo malo.[35]

El artículo recurre a la retórica para apuntalar su postura. Por ejemplo, los argumentos hipotéticos del tipo historia contrafactual para sugerir que, aun sin revolución, México habría seguido el derrotero de toda América Latina, es decir, el camino de "otros estados capitalistas durante el siglo XX". Los argumentos de tipo contrafactual han proliferado en la actualidad, no sólo en historia económica, pues se les puede encontrar incluso en literatura posmoderna. El modelo contrafactual siempre parte de: "¿qué hubiera pasado sí?", normalmente seguido de un "entonces habría sucedido seguramente (o inevitablemente) esto o aquello". La respuesta entonces parece ser el resultado lógico o incluso ineludible del proceso histórico, cuando lo único verificable es que no hay forma de saber con certeza qué habría pasado. Este artificio intelectual con base en un supuesto para obtener otro supuesto, tomado el proceso como "prueba" para sus argumentos, se presenta como metodología rigurosa para justificar políticamente versiones e interpretaciones históricas, regímenes y situaciones, que resultan cuestionables.[36] Ya se ha mostrado que se trata de un artificio que es "a grandes rasgos un monopolio de la derecha". Puede uno identificar en Tocqueville una primera versión del artificio (después retomado por François Furet en 1978): los cambios traídos por la Revolución francesa habrían ocurrido con o sin revolución. Se trata entonces de un viejo artilugio

retórico reciclado por la derecha francesa y presentado como novedad analítica por la historia económica, pero que tiene un carácter dogmático porque asegura que puede conocer los resultados posibles de un proceso histórico cuando ni siquiera dispone de los datos o la información completos en cualquier tema.[37]

Además, el argumento es teleológico porque al conocer el final del relato (el régimen posrevolucionario) se pueden señalar las conexiones causales económicas para asegurar que inevitablemente así tenía que pasar. En retrospectiva siempre aparecen las conexiones de eventos que hicieron aparentemente inevitable un suceso. Como ha señalado un semiólogo, cuando un investigador decide "interpretar los datos que ha reunido como si estuvieran relacionados armoniosamente" realiza un juicio teleológico; es decir, la teleología está imbricada en la parte más profunda de la operación historiográfica.[38] Pero ello no significa que las supuestas cadenas de acontecimientos sean ejes inamovibles que conducen a desenlaces inevitables, a destinos ineludibles; no hay cursos de acontecimientos universales y metahistóricos, somos los historiadores quienes establecemos las cadenas de acontecimientos en una narrativa.

Otros ejemplos de retórica en el artículo son denominar a la "Revolución catastrófica", o el resaltar que la paz política y social fue el logro del régimen porfirista porque fue "responsable en gran medida del crecimiento económico". Es muy revelador que el autor diga que "el problema que planteo no es si el régimen de Díaz era justo, sino más bien si era un Estado capitalista moderno". Cuestión que ya había sido planteada y resuelta por Gilly y por Córdova. Lo interesante es que el "novedoso" planteamiento expresa un motivo central del neoliberalismo: que no importan las condiciones de la población, ni la desigualdad económica o los problemas políticos, lo único que debe importar al economista, al político o al historiador es "el estado de salud del capital".[39] Finalmente, hay que destacar que Topik también ignora a Alan Knight cuando asevera que fueron los problemas económicos coyunturales, como la depresión de 1907-1908, en combinación con ineptitud política, "los factores que derrumbaran al sistema porfirista, no la estructura del programa económico".[40] Esa crisis económica ya era, y desde entonces lo es, un argumento estelar en la historiografía económica.

Con el *replanteamiento* político del Porfiriato en marcha (desde François-Xavier Guerra), otros investigadores recurrieron a argumentos ilógicos pero efectivos en su impacto, como la denuncia de las teleologías en las interpretaciones históricas, específicamente el relacionar el inicio de la Revolución con el régimen porfirista. Por ejemplo, en un artículo sobre la política exterior del régimen de Díaz, que presenta como gran *novedad* decir que esa política fue nacionalista

y no subordinada a los intereses de Estados Unidos, el historiador Jürgen Buchenau alertaba:

> Los historiadores modernos, sin embargo, deben estar alerta [de] los peligros de la teleología. Ansiosos por relacionar los fracasos de Díaz con el estallido revolucionario, muy pocos historiadores se han preocupado por entender la política exterior porfirista en sus propios términos.[41]

A la vista de los trabajos examinados en los capítulos precedentes, nada hay en esta afirmación que sea novedoso, ni siquiera la denuncia del peligro teleológico, porque evitar esos problemas forma parte del quehacer de todos los historiadores. Tampoco era nuevo decir que Díaz intentó mantener su distancia frente a Estados Unidos, pues Cosío Villegas y Ralph Roeder ya lo habían señalado, incluso elogiaron de forma discreta esa política; pero Buchenau citó sólo un texto de Lorenzo Meyer y Josefina Zoraida Vázquez para poder contrastar su propuesta de un Díaz digno y nacionalista.[42] Incluso identifica una “Doctrina Díaz” como “una piedra de toque” de la diplomacia mexicana, como un sutil refuerzo de la idea de que Díaz fue responsable de todo lo bueno y de nada de lo malo de su época.

En cuanto a considerar al régimen “en sus propios términos”, es claro que Porfiriato y Revolución pueden separarse y singularizarse por razones metodológicas, como de hecho ya lo habían hecho Valadés, Cosío Villegas, Roeder y Guerra; pero también se puede señalar continuidades entre el Porfiriato y la República Restaurada, como con la Revolución, como mostraron Guerra, Knight y Topik. Depende de cada historiador establecer cuándo resulta necesario vincular diferentes periodos, cuándo resaltar sus continuidades y cuándo enfocar sus diferencias. Pero en el momento de la publicación (1996), el tono que predominaba en el discurso historiográfico era el de singularizar al régimen de Díaz para destacar sus logros. Así, a pesar de que no se trata de nada nuevo, y de que la propuesta tiene problemas, entender al Porfiriato en “sus propios términos” se convierte en un argumento clave del revisionismo porque justifica retomar y destacar los discursos de la época, producidos por los beneficiarios del régimen.[43]

De hecho, Buchenau encuentra que la propaganda, distribución de información o “eficiencia de la comunicación” fue un nuevo recurso explotado de forma eficaz y conveniente por Porfirio Díaz y sus seguidores, por medio de la prensa, la “celebración de aniversarios”, escuelas, textos escolares “y proyectos de obras públicas”.[44] De esta manera, “sus seguidores iniciaron la propagación de un culto liberal patriótico que sugería continuidad en las posturas nacionalistas de Juárez y Díaz”.[45] Cosío Villegas y Córdova habían identificado la

fuerza de esa propaganda, pero ni ellos ni el historiador alemán se dieron cuenta de su capacidad para influenciar a los historiadores. Finalmente, cabe señalar que el trabajo de Buchenau estuvo motivado por la situación política de México, al igual que en los casos de José C. Valadés, Daniel Cosío Villegas y Arnaldo Córdova.[46]

La prioridad dada a los argumentos de las elites políticas, económicas y culturales puede verse en *Artilugio de la nación moderna*, de Mauricio Tenorio Trillo, brillante libro que analizó los múltiples rostros que diferentes gobiernos mexicanos, en especial el de Porfirio Díaz, mostraron ante Europa y Estados Unidos en las exposiciones universales, sobre todo en París en 1889.[47] El texto es magnífico, con una propuesta original, muy agradable de leer y muy informativo. Sin embargo, aquí me enfoco en la afirmación del autor de que su libro buscaba contrarrestar el "vacío historiográfico creado por la avasalladora preferencia de los historiadores por estudiar la Revolución mexicana de 1910". Un argumento que no corresponde con la situación de la historiografía ni en Estados Unidos ni en México; como he mostrado, el Porfiriato no estaba avasallado como tema de investigación. A buen seguro, fue más atractivo para algunos historiadores del siglo XX analizar la Revolución, pero invariablemente debían hablar del régimen de Díaz, dadas las vinculaciones, continuidades y rupturas, similitudes y diferencias entre ambos periodos. Se investigaba al Porfiriato como forma de rescatar su memoria, de contrastarlo frente a los gobiernos posrevolucionarios, y de tener elementos de crítica frente a un régimen priista que se había constituido en una dictadura de partido. También se analizaba al Porfiriato en su *singularidad*, en sus *propios términos*. No había ningún vacío historiográfico, sólo recuérdese que tanto Cosío Villegas como los investigadores Benjamin y Ocasio-Meléndez registraron cientos de trabajos sobre el tema.

Para Tenorio Trillo, el Porfiriato "constituye el primer periodo de relativa paz social, estabilidad política y dinámico desarrollo económico, desde el fin de la guerra de Independencia en 1821. En estos años se arraiga la noción de nación moderna". Paz, estabilidad y desarrollo económico permitieron que se creara una nación y un ser nacional mexicano; por eso, en su opinión, es la época más trascendental de todas.[48] Un periodo cuando "la democracia y su ambigua libertad" eran, en Occidente, "componentes valiosos pero prescindibles". Aunque *Artilugio* ofrece una semblanza crítica del régimen dominado por las elites políticas y económicas, con sus manías y sus lugares comunes, el texto afirma, entre otras cosas, que el régimen logró la paz y que la democracia participativa era un lujo, lo que sin duda es discutible.[49] Pero ¿de qué nación se habla? De la nación como la querían ver las elites, los llamados *nation builders*,

elites que en general renegaban de buena parte de la población del país.[50] El racismo y el clasismo fueron elementos centrales en las miradas de esas elites para con los indígenas y para con los otros grupos, a los que apenas se toleraba. Las imágenes de lo que los privilegiados consideraban su nación fueron autocomplacientes y retocadas para disimular partes *menos agradables*. En cuanto a su utilidad, contribuían a legitimar su dominio y las profundas desigualdades existentes en México.[51] El impulso a esa idea de nación estuvo acompañado de una campaña de propaganda oficial para ensalzar al hombre fuerte, al estadista, con extraordinarios resultados en el extranjero, y una muy larga duración entre políticos, intelectuales e historiadores.[52]

Si Tenorio Trillo afirmó que la democracia y su “ambigua libertad” eran prescindibles, en un ensayo de 2004, el historiador y politólogo del CIDE, Luis Medina Peña, fue un paso más adelante. En su opinión, el pragmatismo político, acompañado de reglas informales, permitió la estabilidad política y las tres décadas de duración del Porfiriato.[53] Frente a una historiografía tradicional (de la que no proporciona ningún detalle), que califica al gobierno de Díaz de dictadura, Medina sugiere que el cesarismo (un argumento ya adelantado por Bulnes, y utilizado por Cosío Villegas como un tipo ideal weberiano), como modelo de gobierno, ayuda más a entender al régimen de Díaz, aunque no por completo, mientras califica a su gobierno como plebiscitario, funcional y eficaz al conciliar intereses locales y provinciales con los del gobierno nacional.[54] El autor aseguró enfático que no quería “incluir juicios de valor” ni “anacronismos”, pero tomó los esquemas de interpretación de otros historiadores (sobre todo de Guerra) y de los intelectuales porfiristas como descripciones exactas del pasado. Así, el Porfiriato es “un esfuerzo por modernizar una sociedad política compuesta de actores tradicionales y modernos, de cuerpos que actúan colectivamente y de individuos ciudadanos”, por parte de “una clase política pragmática” interesada en construir una nación.[55] Se trata de una interpretación con base en el esquema estructural-funcionalista que entiende a las sociedades como sistemas equilibrados, donde cada parte o elemento es una variable interdependiente que sólo tiene significado en relación con el conjunto; es decir, Medina Peña naturaliza al funcionalismo como marco privilegiado de interpretación en la historia política del Porfiriato.

El enfoque por supuesto, es conservador, pues prioriza la estabilidad del sistema, es decir el orden y la armonía social, en tanto que desdeña o minimiza cualquier noción o sugerencia de problemas.[56] Sin embargo, algo no funciona bien en esta propuesta, pues si se aplica con rigor el modelo de líder plebiscitario de Weber-Schmitt,

entonces Díaz no fue tal porque su poder no estaba en la aclamación de la masa reunida de ciudadanos (Díaz y las elites temían a las masas) sino en los acomodos de las elites económicas y políticas locales, regionales y nacionales en su red de control. El supuesto plebiscito (las elecciones) eran cualquier cosa menos manifestaciones libres, masivas o multitudinarias.

Medina Peña asegura que un error y un anacronismo de la historiografía tradicional es "condenar el porfiriato porque no fue democrático en el sentido contemporáneo del término, es decir, por no desplegar un juego electoral que partiera de la equidad de las reglas de competencia entre partidos".[57] Ciertamente y en general, las elecciones tenían resultados pactados de antemano, y negociados en aquellos casos en que no, entre los grupos políticos regionales y el centro; en pocas palabras, el voto del ciudadano no era decisivo.[58] Ahora bien, aquí el asunto debatible es cómo se define la democracia. Si solamente se circunscribe a los procesos electorales, la existencia y competencia entre partidos y los resultados de las elecciones (una democracia liberal a la inglesa), la definición resulta tan estrecha que es tan acertado como vago decir, como ya se ha dicho, que las elecciones pueden anteceder a las democracias. Entonces ¿cómo se define la democracia? O, mejor aún, ¿cómo se definía en el Porfiriato? En el siglo XIX había varias ideas sobre la democracia, al igual que ahora; una de ellas entendía la democracia desde su aspecto participativo: individuos que intervienen en las decisiones y la forma de su gobierno, pero este aspecto interactivo de la democracia fue restringido por las elites y reducido a los espacios locales, y decir esto no es condenar al régimen sino describir su estrategia de control político. Por otro lado, se puede utilizar el enfoque economicista para señalar que un país con una enorme desigualdad socioeconómica, como el gobernado por Díaz, resulta antidemocrático por definición.[59] Es decir, utilizar el concepto de democracia resulta anacrónico cuando su definición se acota a la competencia entre partidos en condiciones de igualdad (algo que se alcanzó en México en el siglo XXI, más o menos). A pesar de estos detalles, restringir la definición de democracia al modelo liberal, y así minimizar su importancia como elemento de análisis del régimen porfirista, embonó perfectamente en la narrativa revisionista.

Medina Peña aseguraba que sólo las elites regionales, el clero y los militares eran actores políticos, y que los pueblos, "esos sucedáneos de las repúblicas de indios", apenas contaban, pues "jugaban un papel pasivo que sólo abandonaban cuando eran movidos desde fuera".[60] ¿De dónde salió esta descripción?, ¿no es acaso un juicio de valor con base en criterios elitistas y racistas? Afortunadamente, el historiador y politólogo reconoció que su descripción es "una simplificación del

complejo panorama social de los primeros años de la Independencia", porque esos "pueblos pasivos" sólo pudieron existir en las páginas de la obra de François-Xavier Guerra (y en las mentes de Rabasa, Bulnes, Sierra, etcétera).[61] Sólo para evidenciar de dónde viene el argumento –ideológico y racista–, aquí una cita de Bulnes, de su libro *El verdadero Díaz y la Revolución*: "Había acabado la resignación de cerca de cuatro siglos [...] había acabado el miedo al blanco [...] el dolor venció su abyecto pasivismo [...] El indio amaba sus costumbres".[62]

Como señaló Ralph Roeder al evidenciar el racismo de Emilio Rabasa, un analista no debería confundir la indiferencia, el recelo o la desconfianza de los *indios*, los *subalternos*, las *clases bajas*, etcétera, con ignorancia y/o pasividad. La supuesta pasividad puede ser también un arma de sobrevivencia y resistencia política en el contexto de una dominación elitista impregnada de racismo.[63] Páginas adelante en el texto de Medina esos "pueblos pasivos" rompen el esquema porque tuvieron participación política y militar en la guerra contra los franceses, lo que obligó a los políticos a dar concesiones a algunos de ellos.[64] Pero enseguida el autor señala que los liberales consiguieron devolverlos a su "pasividad" al respetar "sus usos y tradiciones", en especial en la "tenencia comunal de las tierras". En este sentido, Medina Peña asegura que no fue política pública de Díaz afectar las tierras comunales, pues inclusive las defendía, y para ello apunta una ley de 1896; probablemente sea cierto, pero no desplegó una política clara en ese sentido. Las leyes se aplicaban y respetaban cuando convenía al gobierno y a las elites, pero es más importante entender que el complejo problema de las tierras se originó en tiempos coloniales, y que no se resolvió en el Porfiriato. Para los historiadores sigue siendo uno de los temas más complejos de dilucidar, por las diferencias regionales existentes. Pero nada de eso se relaciona con los argumentos de la supuesta pasividad de los pueblos y de las conciliaciones políticas. Si el politólogo incluyó el tema fue para exponer un argumento exculpatorio del Díaz condenado por leyendas negras al estilo de Frank Tannenbaum.[65]

El ensayo de Medina Peña muestra la profunda influencia de *México: del Antiguo Régimen a la Revolución* de Guerra en la historiografía sobre el Porfiriato, sobre todo en el intento reivindicador de su figura central. Díaz fue, en la opinión del autor, un verdadero astro rey de la política de México, una auténtica estrella de la autoridad descrita en los siguientes términos: "En el centro brillaba Díaz y los radios que de él emanaban no tenían ningún contacto entre sí. Como bien saben los psicólogos sociales, éste es el esquema ideal para reforzar la autoridad".[66] Se trata de un halago para Porfirio Díaz que no le pide nada a los que se le tributaban cuando gobernaba, que además permite hacer una interesante comparación con un ejemplo

publicado en un periódico de 1906: "Foco de donde todo irradia en el país y centro adonde todo converge, tal es el General Díaz; tal, mejor dicho, ha llegado a ser".[67] Don Nemesio García Naranjo estaría de acuerdo. El resplandor de Díaz sigue siendo tan intenso que puede deslumbrar a un investigador y al mismo tiempo sacar a la luz su postura política.

Medina Peña extiende algunos de sus argumentos en su libro *Invención del sistema político mexicano*, también de 2004, en el que combinó enfoques propios de la ciencia política, la historia del derecho y la narración histórica, desde un punto de vista derivado del neoinstitucionalismo.[68] El texto es claro, estructurado y fundamentado, además de bien escrito. Distingue entre régimen político, que refiere a las formas de gobierno y los arreglos constitucionales correspondientes o reglas formales, esto es una "juridificación normativa", y sistema político, que refiere al conjunto de reglas informales acordadas por los actores políticos. Así, el régimen "proporciona el marco general para la concreción y operación de las reglas informales propias del sistema político". Evidentemente, el gobierno de Porfirio Díaz constituyó el primer sistema político mexicano "operativo" o exitoso. En el siguiente capítulo analizo la importancia del neoinstitucionalismo para la teoría económica, aquí sólo cabe subrayar que el libro del politólogo Medina Peña muestra que la orientación economicista neoliberal, sugerida por S. Topik en 1990, ya había sido incorporada en la ciencia política, la historia del derecho y, por supuesto, en historia, a principios de este milenio.[69]

Si bien de entrada critica a la teoría de sistemas, al enfoque estructural-funcionalista que la sustenta, y a la teoría de la elección racional, el politólogo no renuncia a ninguna de ellas, porque le permiten destacar que la gran aportación de Díaz fue el orden, la *pax* porfiriana que dio la estabilidad necesaria para el crecimiento material y las inversiones extranjeras, aunque hubiese huelgas, protestas, críticas, persecuciones políticas y represiones sangrientas. El peso de teorías y disciplinas generalizadoras le lleva a percibir sólo "dos grandes campos" en la historiografía sobre el siglo XIX: la historia tradicional concentrada en "la historia de hechos", y la revisionista que "ha venido revisando las conclusiones de la primera, echando mano a numerosos conceptos".[70] Medina Peña se empeñó en demostrar que, hasta 1867, en México hubo una interminable disputa sobre la forma de gobierno que alentó "la división en la clase política y había fragmentado al país, paralizando cualquier intento de progreso material". Así, sin darse cuenta, el autor coincide con la propuesta de Ralph Roeder de que la actividad económica fue un apéndice de la política, porque la inestabilidad tuvo un efecto profundo sobre la economía.[71] Pero si los excesos de las Leyes de

Reforma y la Constitución de 1857 hicieron imposible cualquier intento de reconciliación entre facciones, todo fue resuelto por Porfirio Díaz quien, debido a sus dotes políticas, edificó un sistema político que funcionaba bastante bien.

El autor le reprocha a Cosío Villegas haber adoptado "acríticamente la versión ideologizada" sobre un dictador cada vez más arbitrario; versión acuñada por Bulnes, López Portillo, Madero, Molina Enríquez, y José Vasconcelos. Luego le reprocha a Cosío Villegas su cambio de opinión sobre Díaz, de dictador a gobernante autoritario; también critica que el profesor del Colmex no pudo, o no quiso, ver el éxito de Díaz en hacer lo que "nadie esperaba: establecer una serie de reglas informales de trato político lo suficientemente amplias y generosas para que cupieran todas las ambiciones y todas las corrientes de opinión política". Es obvio que Medina Peña supone que su versión, al igual que la de Rabasa o la de Guerra, no estaba ideologizada, pero es igualmente obvio que todas las versiones sobre el dictador-exdictador-autócrata-presidente-genio político han estado y siguen estando inmersas en posturas ideológicas. La interpretación de Medina Peña se sustenta en la supuesta validez universal y atemporal del enfoque neoinstitucional, teoría acuñada en el último tercio del siglo XX y que acompaña el auge del neoliberalismo. Se presenta como panacea teórica que, además de establecer un tipo "científico" de análisis económico, es capaz de revelar la verdadera trama subyacente en el pasado. Para este enfoque la historia del México decimonónico se inscribe en un desarrollo lógico que va del caos al orden, de la torpe y fracasada abstracción liberal pura (jacobina diría Guerra) al eficiente y exitoso pragmatismo porfirista, de la postración económica al desarrollo capitalista; es decir, el Porfiriato era inevitable. Justo Sierra, Rabasa, Bulnes y Guerra estarían de acuerdo.

Hablar de reglas informales no es hablar de ilegalidad, porque hay un principio jurídico "de que lo que no está ordenado ni prohibido jurídicamente está permitido".[72] En este marco pragmático los acuerdos extralegales sobre elecciones/designaciones de diputados federales, los negocios de los gobernadores y caciques regionales, los negocios con terrenos baldíos, la violación de las Leyes de Reforma, la persecución a periodistas críticos, y los asesinatos, las represiones de huelgas, de manifestaciones y de pueblos rebeldes (Tomochic), y las campañas de exterminio contra los yaquis, por mencionar sólo asuntos tratados por el autor, entran dentro del ámbito de lo que estaba justificado porque estaba permitido. El enfoque funcionalista explica con tranquilidad estos detalles escabrosos, con el argumento general de que el sistema era legítimo y funcionaba, de manera que hasta los periodistas se acostumbraron a ser perseguidos judicialmente. Pero esto no es una explicación sino una descripción que justifica el pasado,

dándole a la vieja narrativa porfirista una actualización teórica: Díaz fue un gran político y un gobernante tolerante y generoso que, dentro del sistema político que articuló, fue capaz de aplicar su poder político-militar-judicial contra los pequeños inconformes como los periodistas, o los grandes como Bernardo Reyes, contra unos cuantos individuos como los lerdistas de Veracruz en 1879, o etnias completas como los yaquis.

El autor no dejó de mencionar su interpretación psicológica: el sistema porfirista se equipara a una estrella, con Díaz en el centro, de la que salen radios que no se relacionan entre sí, un esquema de control y mando efectivo.[73] Pero reconoce que el sistema era personalista y empírico, con muchas fallas, por lo que hace malabares narrativos para justificar el final del Porfiriato dentro de sus esquemas teóricos, como por ejemplo, escribe acerca de las elecciones: "en el éxito del artificio residió su fracaso", o corrobora la apreciación de Justo Sierra, de que "el talón de Aquiles del Porfiriato" era "la confianza depositada en la persona de Porfirio Díaz".[74] Luego afirma que el éxito de Madero se debió al planteamiento antisistémico de su movimiento, y que el sistema posrevolucionario representó una continuidad del porfirista en muchos aspectos. Contradicciones resultantes de tratar de mantener la coherencia del planteamiento teórico con la narrativa porfirista: todo iba bien, el sistema funcionaba y era el correcto, hasta que repentinamente se descompuso debido a que funcionaba bien. Cabe decir, finalmente, que este texto mantiene la idea de las continuidades entre Porfiriato y régimen posrevolucionario.

En 2006 apareció *El Porfiriato*, libro dirigido a estudiantes universitarios que se ha convertido en otra piedra angular del revisionismo. Con base en una amplia exploración historiográfica, Tenorio Trillo y Gómez-Galvarriato establecieron el punto de partida para abordar el tema, al mismo tiempo que sintetizaron las nuevas formas de entender al régimen, anteriormente caracterizado por la "simple historia oficial y panfletaria" como "el peor de los antiguos regímenes".[75] Pero es imposible coincidir con su tesis de que el Porfiriato era un "no tema", ante la abundante bibliografía citada por ellos mismos. A lo largo del siglo XX se publicaron trabajos de todo tipo y calidad, y desde todas las miradas político-ideológicas, sobre Porfirio Díaz y su prolongado gobierno. Tal vez en la historiografía mexicanista de Estados Unidos el Porfiriato era un *no tema*, aunque Benjamín y Ocasio-Meléndez mostraron lo contrario en 1984; lo cierto es que en México el interés ha sido constante. Pero la exageración retórica indica el tono que adquiere a partir de esos años el revisionismo.

Con su acento abiertamente polémico el texto no da lugar para

mesuras; de hecho, denunciaron la mesura en la historiografía, que asociaron a las ambigüedades e indecisiones de los investigadores que se ocuparon del Porfiriato durante el siglo XX, como José Valadés y Daniel Cosío Villegas, que no quisieron “elaborar un juicio histórico y moral sobre Díaz y su era”.[76] Sin duda que un historiador puede errar en sus percepciones, pero creo que los juicios morales aunque inevitables no son recomendables. Aprovecho para ser claro, aquí no pretendo enjuiciar moralmente ni textos ni personas, eso es área de inquisiciones políticas o religiosas. Lo que procuro es describir la narrativa revisionista y analizar los discursos que la componen, así como las posturas políticas e ideológicas asociadas.

El Porfiriato establece de forma categórica *verdades* historiográficas: aquella fue una dictadura, aunque probablemente, como dijeron Bulnes y López Portillo (y Rabasa, Cosío Villegas y Knight), fue una dictadura de la mejor y más noble; aunque no se aclara que ambos ex funcionarios porfiristas le achacan terribles errores y horribles defectos al general y a su régimen (más Bulnes que López Portillo). Para Tenorio Trillo y Gómez-Galvarriato aquel fue un tiempo de progreso económico y de articulación al sistema económico mundial; y “nadie duda que fueron años de orden, o al menos los años de más orden que México había vivido desde su Independencia”.[77] Así, en unas cuantas páginas escritas con destreza e ironía, los autores convierten interpretaciones y opiniones en unanimidad discursiva y realidad innegable: no es posible dudar, nadie entre los que importan duda ya de estas verdades, quien titubee se autoexcluye y carece de relevancia. Desigualdades, desórdenes y problemas sociopolíticos son ahora detalles menores porque el modelo de orden y progreso permitió consolidar geográfica y económicamente a México. Así, de un plumazo, la guerra de castas en Yucatán, las guerras contra los yaquis, los acontecimientos en Tomochic, las diferentes rebeliones y movimientos de indígenas, jornaleros y campesinos en Hidalgo, San Luis Potosí y Guerrero, las represiones de Monterrey en 1903, las matanzas de Cananea y Río Blanco, el bandidaje en los caminos, etcétera (ejemplos notorios de que el orden era intermitente, por decir lo menos), son anécdotas menores en la *nueva* narrativa de paz, orden y progreso.[78] El Porfiriato es, pues, decisivo “para entender el siglo XIX que lo precede y el XX que lo procede”, y para superar la visión ideal fija de lo que es o debería haber sido México.[79] Fue un periodo crucial en la construcción del Estado nacional porque fue el primer momento en el que México “experimentó un proceso de crecimiento sostenido, de industrialización, de integración del mercado nacional y de vinculación a los mercados internacionales, así como de construcción de instituciones ‘modernizadoras’ –léase liberales–”.[80] En esta interpretación el Estado nacional queda supeditado a los procesos

económicos:

> Muchos de los historiadores económicos de las últimas décadas se ubican dentro del reencuentro de su disciplina con los presupuestos básicos del liberalismo económico y del pensamiento neoclásico. Esto, junto con una nueva ola de globalización en el mundo, nos hace encontrar en el Porfiriato resonancias con el presente de formas que hace poco no se percibían. Tal pareciera que, a medida que pasa el tiempo, el Porfiriato, en lugar de alejarse, se vuelve cada vez más próximo.[81]

Pocas veces es más evidente que el presente de los historiadores condiciona sus miradas sobre el pasado. Analizaré esta metáfora tomada de la física en la parte correspondiente a la historia económica.[82] Por ahora, basta señalar que la racionalidad neoliberal convierte una proximidad ideológica en un vínculo real e irrefutable. Pero esa cercanía, como ventaja epistemológica que permite tener directamente acceso al pasado, según los autores, no aplica en cierta historia cultural (que no participa del nuevo orden normativo), ya que "es mucha fe creer que el historiador puede leer con propiedad una vieja broma, una caricatura, una obscenidad, un chiste de, digamos, 1870".[83] La proximidad resulta entonces un artilugio discriminatorio: sólo funciona cuando se trata de resaltar logros económicos o políticos. Por eso no se menciona la persecución a la prensa opositora, independiente o crítica (como se le quiera denominar), ampliamente tratada por Cosío Villegas.[84] Las persecuciones y las prisiones a los periodistas, a las publicaciones, incluso a la maquinaria de las imprentas, son anomalías tan irrelevantes como Tomochic, Cananea, los yaquis o la ausencia de prácticas democráticas, porque la nueva historiografía está "curada contra burdos dogmatismos teóricos o políticos".[85] Para esta perspectiva cualquier cosa contraria al neoliberalismo y a la mirada conservadora es un *burdo dogmatismo*, como se verá en otros textos *guardianes* de la nueva ortodoxia.

El Porfiriato es un libro prolijo, repetitivo y contradictorio. Con estilo mordaz, se critican textos y autores que alimentaron la "leyenda negra" así como aquellos dentro de la historia cultural, que consideran una importación teórica, mientras que se enaltece la nueva historia económica (otra importación teórica). Por momentos, su crítica llega al desdén y a la intolerancia con los textos que consideran siguieron caminos erróneos: "Hoy la historiografía del Porfiriato parece un árbol cuya rama principal (historia económica) es más gruesa y frondosa que lo magro del tronco de la historiografía general y lo prejuicioso de la conciencia histórica que todavía reina".[86] En resumen, a pesar de sus contradicciones, el revisionismo se asume como sofisticado, coherente, lógico, mesurado, sólido, científico y objetivo, mientras

cataloga la restante historiografía como simple, teleológica, incoherente, dogmática y prejuiciosa.

No obstante, vale la pena destacar que *El Porfiriato* es un esfuerzo intelectual honesto, escrito con toda franqueza por historiadores que no pretendieron ni por un momento parecer neutrales ni mesurados, lo cual los distingue favorablemente de aquellos que apelan a la contraseña de la historia mesurada, equilibrada y objetiva. Con esa franqueza y esa honestidad, Tenorio Trillo y Gómez-Galvarriato no aceptaron cualquier interpretación sobre cualquier aspecto del Porfiriato, antes bien prefirieron plantear preguntas sobre las formas en que los historiadores decidimos acercarnos al pasado.[87] Sobre todo, tomaron conciencia del problema "de los límites de la objetividad" en las investigaciones, por lo que, de forma consecuente con su reflexión, hicieron un llamado a los historiadores:

> Cualquier campo de la historia precisa de autocrítica y autoconciencia de quién habla y desde dónde, pero más la historia económica, que presume de objetividad más allá de creencias e ideologías. Hay que reflexionar sobre las creencias de las que parte el historiador económico, las motivaciones que llevan a hurgar en el pasado sobre tal o cual tema, con tal o cual enfoque.[88]

La convocatoria al autoanálisis crítico, a que el investigador sea consciente de lo que hace y por qué lo hace, y a que se hagan explicitas las posturas ideológicas y políticas personales, es un raro ejemplo de honestidad intelectual, en cualquier rama de la actividad académica. Sin duda se trata de un argumento inspirador, por lo menos lo es para quien esto escribe. Lamentablemente, esta invitación ha sido poco atendida.

En un volumen colectivo realizado en su honor, Raymond Buve publicó "Transformación y patronazgo político en el México rural", en 2009.[89] En ese texto el profesor de Leyden propone un concepto antropológico aplicado para ciertos países de Europa: el patronazgo, como herramienta de análisis político del México decimonónico, de la misma forma que Guerra planteó el Antiguo Régimen y la sociedad holista tradicional. Son las coordenadas de siempre que insisten en la enorme diferencia, abismal diríase, entre las realidades mexicanas y los ideales liberales europeos: Juárez y Díaz "tropezaron con la realidad intransigente de un país que no era un Estado nación, sino más bien un archipiélago de sociedades locales muy diferentes, patriarcales y fuertemente autonomistas".[90] Llega a decir que aquel país era "un archipiélago de ciudades-estados", lo que es una exageración sin duda, pero pregúntese el lector ¿cuál es la definición decimonónica de Estado nación?, y ¿qué país ya era, en 1867-1877,

un Estado-nación? ¿Francia, Inglaterra, Alemania? Si “las instituciones democráticas y los derechos universales de los ciudadanos” mencionados por Buve son los referentes del concepto, entonces la situación mexicana estaba en un nivel similar al de otros países. Los derechos universales apenas son una realidad hoy en día (y eso es discutible también), pues consistentemente han sido limitados, regateados o negados a grupos minoritarios o minorizados en todo Occidente, empezando por las mujeres.

Pero, al igual que Medina Peña, el mexicanista holandés usa las ideas de atraso y desfase ideales-realidades para insistir en el argumento de François-Xavier Guerra: el error de “la elite política liberal-republicana” fue querer “ajustar la realidad mexicana a la amplia legislación liberal lo antes posible, pero esa elite acabó reconociendo ‘la ilegalidad triunfante, la prepotencia del México Bárbaro’”. Como consecuencia lógica “Díaz, como *realpolitiker*, supo captar esa realidad mexicana mejor que Comonfort, Juárez y Lerdo”, conciliando los ideales y las realidades “en un liberalismo histórico-pragmático”.[91] Nada nuevo hay aquí, pero la repetición de argumentos por diferentes investigadores se asemeja a un catecismo político-historiográfico.[92] La intransigencia de los argumentos revisionistas provoca que sus adeptos se pierdan en su propio laberinto, por ejemplo, Buve escribe que:

> En el México decimonónico, el Estado y las elites ejercieron un control indirecto y muchas veces deficiente, por lo que podemos estar de acuerdo con la hipótesis que subraya el alto grado de autonomía de la política campesina, la que fue capaz no sólo de rebeliones, sino también de imponer un nivel de coexistencia entre las políticas de las elites y las suyas, lo cual implica que las políticas campesinas pueden, por lo menos en parte, lograr sus objetivos.[93]

No podría estar más de acuerdo con ese párrafo, los grupos de abajo son capaces de negociar y defender sus intereses frente a las elites y los gobiernos, pero parece que el profesor Buve no estaba tan de acuerdo consigo mismo, porque páginas adelante afirma que: “la soberanía popular y la existencia de una opinión pública distaban mucho del ideal del tipo liberal. Hacer política se limitaba a una pequeña minoría, la inercia política de las masas y la abstención electoral eran la regla”.[94] La flagrante contradicción no estaba en los documentos consultados ni en la realidad decimonónica, sino en la mente del historiador: había una exitosa “política campesina”, pero la política estaba circunscrita a la elite minoritaria, porque las masas eran pasivas (inertes) y se abstenían de votar. Entonces ¿de qué política habla Buve? Es evidente que la influencia de la narrativa

porfirista y la de François-Xavier Guerra pesan excesivamente en la historia política.

En los últimos años se ha producido un auge de estudios sobre los procesos electorales de los siglos XIX y XX en México. Luis Medina Peña coordinó un volumen en 2010 sobre elecciones en el siglo XX, en que incluye un texto suyo sobre el maderismo.[95] En ese capítulo, describió brevemente el sistema político porfirista, tema en el que es un experto, como ya se constató. Utiliza de nuevo el enfoque estructural funcionalista como base de algunas apreciaciones, como su metáfora de la estrella política, con la cual tuvo cuidado de no repetir de manera tan obvia el halago a Díaz. El oaxaqueño

> construyó un sistema político, es decir, un conjunto de reglas informales que dieron cauce y apoyaron el funcionamiento del régimen de gobierno consignado en la Constitución. Al montarlo, el caudillo se hizo indispensable, pues se colocó en el centro de una estrella de relaciones políticas que llegaron a proyectarse hasta el último rincón del país.[96]

Por lo demás, el texto repite el consabido discurso de paz y crecimiento económico porque, “no obstante la abundante historiografía oficial negativa sobre el extenso gobierno de Porfirio Díaz, es irrebatible que a lo largo de su dilatado horizonte hizo avanzar al país”. Aparte de esa declaración conforme con sus principios ideológicos, Medina Peña repite su descripción de un sistema de negociaciones y acomodos entre las elites locales y el gobierno central. Supone que el gobierno de Díaz era tan permisivo que todo cabía en él, excepto la sedición, lo que permite entender que hasta los “pueblos indígenas típicos” fueron respetados, mientras que las “represiones de Tomochic, Cananea y Río Blanco” quedan explicadas “aunque no se justifican”.[97] En cuanto a las elecciones, el gobierno era el gran elector del “acto ritual administrativo” o ficción democrática (un tributo a Guerra). El sistema porfirista funcionaba muy bien porque favorecía el orden y el equilibrio, inclusive no necesita ni justificaciones ni exculpaciones porque la verdad ha sido revelada: el Porfiriato fue un tiempo de paz, orden y progreso, cuando México fue guiado por la luz de una estrella llamada Porfirio Díaz.

En el mismo año 2010 apareció otro volumen colectivo sobre elecciones en el siglo XIX. El autor de la introducción advierte a sus lectores que la democracia liberal no surgió sino hasta el siglo XX, así que utilizar “los parámetros democráticos modernos para evaluar esas experiencias constituye un anacronismo que no ayuda a la comprensión histórica de los fenómenos electorales. Aquí, como en muchas partes del mundo, las elecciones precedieron a la democracia”.[98] De acuerdo, es menester evitar los anacronismos pero,

entonces ¿cuál era la idea o concepto de democracia utilizado en México durante el siglo XIX? En lugar de confrontar el problema y proponer una definición adecuada (o una que apunte en la dirección correcta), el autor escribe que los actores políticos y sociales dedicaron “una enorme cantidad de energía” a realizar elecciones y a reformar leyes electorales, sobre todo por parte de los perdedores, pues “la democracia es ‘un sistema en el cual los partidos pierden elecciones’”.[99] Entonces, ¿había o no democracia en el México decimonónico? ¿Se puede o no utilizar el concepto? ¿No es anacrónico usar una definición instrumental electoral elaborada en el siglo XX para definir una democracia del siglo XIX? Si no lo es, ¿en dónde se ubica la línea entre usos y análisis anacrónicos, y usos y análisis correctos? Una discusión sobre ese punto sería, sin duda, enriquecedora para la historia política del periodo, pero el autor no se detiene en ello.

Páginas adelante se menciona que la idea de una “democracia formal” como descripción de lo que pasaba en México no tiene sustento empírico; una obviedad que termina complicando las cosas porque con ella aparecen tres conceptos diferentes para un término considerado anacrónico: democracia liberal, democracia formal y democracia como sistema electoral de partidos perdedores. ¿Son anacrónicas todas esas definiciones, todas son válidas, son sinónimos? Con tantos problemas: anacronismo, confusión, definiciones múltiples, indefinición, falta de sustento empírico, entonces ¿no sería provechoso desechar el concepto de una buena vez? De hecho, hacia allá apunta esta historiografía, aunque tal vez de manera inconsciente. Si democracia como concepto sigue presente es porque, dependiendo de las intenciones del investigador, resulta útil en cuanto su ausencia o deficiencia permite justificar posturas políticas del pasado y del presente. Llama la atención que, en otro trabajo, el mismo autor planteó la necesidad de manejar correctamente conceptos y definiciones políticas relativas al siglo XIX.[100]

Esta historia política utiliza como contrapunto la tesis de una historiografía tradicional con enfoques equivocados, sesgados y anacrónicos. Por ejemplo, en otro capítulo del mismo volumen, dedicado a las elecciones de gobernadores durante el Porfiriato, se señala a Daniel Cosío Villegas como ejemplo de esa historiografía que ignoraba “el vasto universo de experiencias electorales” en México. La perspectiva tradicional era una “imagen del régimen porfiriano como la de un Leviatán monolítico, disciplinado, implacable, represivo y todopoderoso que imponía su voluntad inexorable sobre todo el territorio nacional”.[101] Como es costumbre en el revisionismo, no se dice quién elaboró esa dramática imagen; no la he encontrado en los textos analizados y, aunque puedo equivocarme, Cosío Villegas no la

elaboró; tal vez fueron historiadores estadounidenses o europeos, o tal vez fue Reyes Heroles. Como sea, el autor propone que hay

> una nueva historiografía que busca comprender la historia de las experiencias electorales en sus propios términos, y de la que se han desprendido visiones menos ideologizadas y teleológicas, más texturizadas y realistas, de la evolución del sufragio, las elecciones y el sistema representativo en Europa, los Estados Unidos e Iberoamérica.[102]

Parece que W. Borah y J. Womack tuvieron razón al describir las deficiencias de la investigación que se hace en este país, porque los historiadores somos medio reacios a las novedades (que se presentan ahora texturizadas, para mayor confort) ya que, según el autor, esa nueva historiografía es "marginal" en México. Lo cierto es que el capítulo presenta una mezcla de los argumentos adelantados por Topik y Buchenau (¡cuidado con la teleología!, es mejor estudiar las elecciones en sus propios términos), con elementos tomados del discurso de la historia económica, de Tenorio Trillo y Gómez-Galvarriato, y de Medina Peña (¡menos ideología, por favor!). Es decir, es el mismo discurso revisionista que denuncia una historiografía tradicional teleológica-ideológica para reivindicar su propia versión "realista".

El problema principal radica, según el autor, en que se parte del hecho de que las elecciones durante el Porfiriato no eran democráticas (el multicitado anacronismo), y que no cambiaron a lo largo del periodo; todo ello resulta ser "tributario" de "una polémica ya superada sobre el carácter 'dictatorial' del régimen porfiriano".[103] Seguro, en el capítulo anterior mostré que Cosío Villegas desechó el adjetivo dictatorial cuando enfrentó el problema de definir al régimen de Díaz, pero la dificultad para definirle continúa. ¿Cómo se define correctamente? No era democrático, según parámetros de nuestros días, pero tampoco fue una dictadura (o si lo fue, fue "benévola"), mucho menos un Leviatán. Entonces, ¿qué era?, ¿fue, como lo definió Cosío Villegas, un régimen autoritario? Desafortunadamente, el autor abandona sin más un tema que considera ya "superado", y reduce el asunto a un pragmatismo metodológico: "Rescatar la historia electoral porfiriana de esa inercia 'democraticofílica'", y entenderla como "una historia de lo posible, de los procesos electorales realmente existentes".[104] La definición es clara –y tautológica– como el agua: la historia electoral porfiriana es, evidentemente, la historia de los procesos electorales "reales". En unos cuantos años, el enfoque estructural funcionalista impuso como único análisis político válido la descripción de los procesos "reales", un empobrecimiento teórico y metodológico que responde a la racionalidad neoliberal que privilegia

la *realpolitik*. De esta manera la democracia pasó de ser considerada "valiosa pero prescindible", un verdadero "lujo" según Tenorio Trillo, a quedar como un concepto anacrónico e indefinible que provoca confusiones y que es perjudicial para la salud porque provoca "democraticofilia".

El autor aceptó que las elecciones no fueron democráticas, pero que eso no significa que no hubiera "política electoral". Entonces la anacrónica y peligrosa democracia puede que sí tenga importancia con relación a las prácticas electorales porfiristas; después de todo, se trata de un ideal liberal que en teoría correspondería con un régimen político liberal. A pesar de estos problemas conceptuales y metodológicos, el capítulo es muy bueno en realidad, muestra a detalle los cambios en los vericuetos de la política entre el centro y los estados, entre Díaz y las elites estatales, lo que ciertamente ya había sido enunciado pero no fue descrito con tanto detalle y cuidado. Sin embargo, no niega que Porfirio Díaz era el eje central de los procesos políticos. El cambio estriba en el tono revisionista que desvía la atención del problema enunciado. No hubo democracia en el México de Díaz, y las prácticas electorales tenían un límite evidente para todos: dictador o no, el general tenía la última palabra en la política en los ámbitos local, estatal y nacional.[105] Otro capítulo del mismo volumen colectivo se dedica a estudiar las representaciones y los distritos electorales. Parte de la premisa, correcta, de que la dicotomía entre Antiguo Régimen (tradición) y modernidad simplifica procesos políticos que fueron complejos, "híbridos" y cambiantes. La investigación presentada es sobresaliente, pues permite tener una idea de las complejidades en torno a la representación política para efectos electorales, y de cómo se aterrizó de manera concreta y práctica esa representación. Pero también cae en las trampas de la retórica académica. Para el autor,

> resulta evidente que las representaciones políticas contemporáneas se hallan asociadas a los liberalismos democráticos del presente (los distintos tipos de división de poderes, por ejemplo, no desmienten mi afirmación); pero también es cierto que su discusión no se agota –ni teórica ni históricamente– en los principios liberales [...] de ahí la necesidad de analizar las representaciones históricas como un concepto "autónomo", que delinee sus contornos y principios en el ámbito de las discusiones que le son propias.[106]

El párrafo es, otra vez, una obviedad tautológica: lo contemporáneo está ligado al presente. Insiste en que para analizar cualquier asunto del pasado hay que hacerlo a partir de las coordenadas empíricas, conceptuales, culturales, ideológicas, políticas y sociales que le

corresponden; es decir, hay que estudiar algo en sus propios términos. Igual que democracia, igual que pragmatismo, las representaciones políticas (históricas en este caso) también requieren una definición clara, pero ninguna de esas palabras, conceptos o prácticas la tiene porque cada una puede contener los significados que el investigador quiera, a veces son contemporáneos, a veces más cercanos a lo que algunos actores pensaban en una época u otra, a veces es sólo ambigüedad. Enredarse con las palabras con tal de acomodar las cosas a la retórica vigente es una solución aparentemente sencilla, pero termina en callejones sin salida.

Un texto colectivo sobre partidos políticos en el siglo XIX, publicado en 2012, permite aquilatar el peso de la perspectiva revisionista.[107] Uno de sus capítulos se enfoca en las contradicciones entre prácticas excluyentes y discursos incluyentes de liberales y de conservadores, por medio del análisis de los discursos en la prensa y los panfletos políticos y su correspondencia con la realidad de las clientelas políticas. De entrada, le resulta fácil apoyarse en el arsenal interpretativo de François-Xavier Guerra: la dicotomía sociedad tradicional/minoría ilustrada, su diagnóstico sobre la esquizofrenia de las elites, y el discurso sobre la ficción democrática y el pueblo imaginario. Al tomar como autoridad a Guerra el autor limita sus perspectivas, y termina por repetir que el discurso político era retórico por apelar a un pueblo democrático y participativo que era, sencillamente, una ficción o un producto imaginario porque, además, tenía una "mentalidad ancestral".[108] No se le ocurre pensar que las descripciones provenían del elitismo racista de los *hombres de bien*, que enunciaban su aversión y su miedo a la participación de *la plebe*, que veían como inferior y peligrosa. Aquellas elites no sólo excluían a los rivales políticos, también y sobre todo al *vulgo*.

Otro capítulo analiza los discursos de dos ideólogos porfiristas, Justo Sierra y Francisco Bulnes, sobre los partidos políticos. La autora muestra de forma convincente que las ideas de estos personajes sobre los partidos estaban encuadradas en sus interpretaciones elitistas sobre las dinámicas político-sociales de la República Restaurada y el Porfiriato. De manera que Sierra entendía los principios abstractos de igualdad y democracia no como reglas de aplicación inmediata sino como fines por alcanzar, mientras creía en la necesidad de paz y estabilidad, y de un gobierno fuerte, para encaminar a México hacia el crecimiento económico (es decir, lo que se convertiría en la narrativa porfirista). En cuanto a Bulnes, aspiraba a un bipartidismo oligárquico para mantener el dominio elitista sobre los "grupos medios y populares".[109] Ese era el rostro menos publicitado del Porfiriato, cuando se optó por un modelo liberal que privilegiaba la libertad económica, acompañada de la dominación elitista, en detrimento de la

igualdad, fuera jurídica, política o económica.

En otra obra colectiva, de 2016, no se hace hincapié en los argumentos neoporfiristas, excepto en que el revisionismo sobre procesos electorales va en contra de una historiografía (y una leyenda negra) que negó a las elecciones efectuadas durante el último tercio del siglo XIX "su lugar en la vida política del país", "descalificándolas" como actividades plagadas de corrupción y violencia.[110] A partir del consabido enfoque estructural funcionalista las autoras analizan el régimen porfirista y remarcan que, si bien hubo corrupción y violencia, lo importante es tratar de "comprender en qué sentidos y de qué formas" operaron ambas como partes del sistema político. Uno de sus capítulos analiza ciertas elecciones locales en el contexto de la estabilidad durante el cambio de siglo, es decir, en el apogeo de la *pax* porfiriana. La autora encuentra en la prensa "una veintena de denuncias" de violencia, durante ciertos comicios, aunque, afirma, "unos pocos casos de violencia electoral son insuficientes para negar la estabilidad política del régimen porfirista en esos años".[111] De acuerdo, una golondrina constituida por unos cuantos pequeños casos no hace verano, pero si se añaden esos pocos casos al conjunto general de problemas sociopolíticos que otros han enunciado, me parece que el capítulo sí contribuye al cuestionamiento de, o por lo menos a acotar, la idea de paz/estabilidad del Porfiriato. Pero como el acento está puesto en la estabilidad del sistema y en que funcionaba bien, los detalles problemáticos quedan reducidos dentro de la explicación tranquilizadora.

La historiografía política revisionista se erige desde el inicio contra una historia *tradicional* a la que sólo en contadas ocasiones describe, se deja la tarea al lector de suponer que se trata del viejo constructo Porfiriato-Revolución, el "villano del cuento", entelequia discursiva contra la cual enarbolan las banderas políticas de derechas. Los revisionistas piden estudiar al Porfiriato en sus propios términos, pero no definen qué significan esos "propios términos", por lo que parece ser pura retórica o un callejón sin salida. En contrapartida, apenas mencionan los trabajos publicados en México antes del libro de François-Xavier Guerra: de allí la insistencia en el mantra de los "vacíos historiográficos" y "no-temas", y en repetir argumentos ya enunciados: los "logros" del régimen porfirista, su buen funcionamiento, y las "cualidades políticas" del general Díaz, mientras minimizan o "explican" los problemas, defectos, vicios y errores de su larga dominación. La ideología no ha salido del campo de la investigación histórica, sigue presente como siempre, sólo que ahora la que predomina no es de tendencia marxista o de izquierda, es conservadora y neoliberal. Como se constatará enseguida, uno de los problemas de no reconocer la ideología, o la perspectiva política en

las investigaciones es la aparición de excesos y desproporciones.

4.2. EXCESOS REVISIONISTAS

La biografía sobre Porfirio Díaz publicada por Paul Garner constituye otra piedra angular del revisionismo, así que es menester revisar con detenimiento sus propuestas. En la primera edición en español, publicada en 2003, Garner establece que su propósito es explicar cómo y por qué consiguió Díaz quedarse treinta y un años en la presidencia de México, lo que significó una estabilidad política que contrastó con el pasado turbulento y caótico del país. Pero como ese argumento ya es parte central del discurso revisionista, Garner apunta otra razón para analizar el Porfiriato: durante esos años, "se generaron muchas de las raíces de la identidad mexicana como una nación moderna del siglo XX: su sistema político, su estructura económica, su proyección cultural".[112] Esto implica necesariamente que existe algo que se llama la Identidad Mexicana (con mayúsculas), lo cual es debatible y refutable, por decir lo menos. Otro problema es suponer que el sistema autoritario y elitista del Porfiriato define esa Identidad Mexicana tanto como la estructura económica reproductora de la desigualdad y la pobreza. El punto es discutible, pero si fuera verdad entonces como país tenemos muchos más problemas de los que nos imaginábamos, porque el autoritarismo, el elitismo, el racismo y la desigualdad formarían parte de esa supuesta Identidad Mexicana.[113] Además, ¿qué quiere decir esa "proyección cultural"? Me parece que Garner expresa no un punto de vista polémico, más bien presenta un argumento enredado, confuso, vacío de contenido empírico y lleno de estereotipos.

Desde allí, Garner se sincera con su segundo objetivo: "Continuar con los propósitos de reevaluación del régimen que ha sido objeto de una persistente distorsión historiográfica y política". A partir de ahí, afirma que el "dictador" mexicano es uno de los más incomprendidos o difamados.[114] Éste es el centro del argumento del historiador inglés, la revalorización de un personaje y de un régimen político difamados y distorsionados; así que los anteriores argumentos son retórica académica, interpretaciones socioculturales estereotipadas para confundir las cosas. Garner procedió a revisar cómo fue que la imagen de Díaz ha sido creada, apropiada y denigrada, lo que además estaría relacionado tanto con los cambios en las modas historiográficas como con los cambios en la política del país en el siglo XX. Pero, a pesar de su aparente mesura, esta reevaluación de Díaz y de su régimen es parte del neoporfirismo historiográfico en boga que, en las propias palabras del inglés, interpreta "la época de Díaz bajo una luz mucho más positiva. Ciertamente, incluso podría afirmarse que el

neoporfirismo constituye ahora la última forma de ortodoxia historiográfica".[115] Una de las razones de esta reevaluación positiva y "equilibrada" era, y sigue siendo, político-económica, el predominio del neoliberalismo:

> En este contexto político más amplio, el cambio en la actitud oficial y pública hacia el régimen de Díaz en el México contemporáneo es, claramente, un reflejo de la reestructuración radical de la economía política del país que tuvo lugar al ocurrir el devastador impacto de la crisis de los años 1980. Evidentemente, no es una casualidad que la reciente evaluación positiva de la estrategia económica porfirista coincida con la estrategia neoliberal de las administraciones posteriores a 1982. El neoliberalismo de México y Latinoamérica se ha caracterizado por un regreso a la apertura a la inversión extranjera, un renovado estímulo al desarrollo hacia afuera y un impulso hacia la privatización y la desregulación –distintivos de la política porfiriana anterior a 1910– en claro contraste con la ortodoxia posrevolucionaria de intervención estatal, nacionalización y sustitución de importaciones.[116]

Así que se trata de ver con filtro positivo (el tamiz neoliberal) al Porfiriato y a su protagonista. Si la nueva evaluación es positiva entonces la anterior debió por lógica ser negativa, de hecho, no sólo fue negativa sino además dañina. Por eso había que deshacer desde sus cimientos uno de los "vicios más intolerables del legado histórico de la Revolución […] la denigración y la satanización del personaje".[117] El legado histórico de la Revolución (otra vez la retórica académica-política, ¿qué es un legado histórico?) es uno de los culpables de esta satanización, mientras que el autor identifica al México posrevolucionario como el otro gran culpable del vicio intolerable (¿todo el México posrevolucionario?, ¿cuál México posrevolucionario?).[118] La frase resulta lapidaria, pero, además de ambigua en su indefinición, está completamente cargada de afectación política. Aquí Garner va un paso adelante de Enrique Krauze, porque ya no se trata de aquella "mirada generosa" que permitiría aquilatar el alcance del legado de Díaz; ahora se trata de deslegitimar, desautorizar, destruir la versión antiporfirista posrevolucionaria, porque, además de ser negativa y dañina (viciosa), es antineoliberal. Ante su propia trampa argumental Garner reacciona y dice que busca una "evaluación equilibrada", pero, al tratar de confrontar una vieja retórica política (el vicio revolucionario y posrevolucionario de denigrar a Díaz), el profesor inglés se apoya en otra retórica igualmente sustentada en intereses político-económicos. Se trata de discursos opuestos, que parecen confrontados, acerca de lo que es

positivo y de lo que es correcto en la definición de una parte de la historia de este país. Pero la vieja retórica política fue cuestionada en la historiografía desde la época de Cosío Villegas, y fue descartada con el revisionismo de los setenta y ochenta, lo que se conjugó con la llegada de los tecnócratas neoliberales al poder. Así que no hay confrontación, la historiografía neoporfirista mantiene en pie una entelequia llamada historia oficial porque así se justifican sus excesos retóricos y se disimula su confusión.

Garner caracteriza atinadamente tres rubros historiográficos sobre el tema: porfirismo, antiporfirismo y neoporfirismo, aunque tuvo cuidado en señalar que su propio trabajo quedaba fuera de la clasificación, por ser parte de "una interpretación mucho más matizada y menos polarizada de Porfirio Díaz y de su régimen".[119] A estas alturas del análisis debe ser evidente que no existe tal cosa como una historiografía matizada o equilibrada; lo que predomina en historia política e historia económica son interpretaciones con sesgos político-ideológicos. En las obras que cita como antiporfiristas sólo hay dos trabajos de investigación: *El Porfirismo*, de José C. Valadés, y la *Historia moderna de México*, de Daniel Cosío Villegas, colocados junto con textos polémicos como *México bárbaro*, de Turner, y autores como el ideólogo del PRI, Jesús Reyes Heroles.[120] He mostrado en el capítulo 2 que Valadés fue el primero que intentó hacer una historia "equilibrada" desde una postura de derecha. Enrique Krauze aparece como un destacado neoporfirista y al mismo tiempo como "el defensor más prominente de una interpretación equilibrada del porfiriato", en tanto que Francisco Bulnes (al que llama "intelectual inconforme") aparece entre los neoporfiristas, como si el intolerante ingeniero no hubiera descrito con términos muy negativos la parte final del Porfiriato y hubiera pertenecido a una generación diferente a la que sirvió y vio caer al dictador.[121] En esa extraña selección, quedaron excluidos los trabajos de Nemesio García Naranjo, Jesús Silva Herzog, Fernando Rosenzweig, Ralph Roeder, Arnaldo Córdova, Adolfo Gilly, François-Xavier Guerra y Alan Knight.

Al comparar las descripciones de Cosío Villegas y de Valadés con el retrato de Díaz que hace Garner, hay poco que sea realmente nuevo; apunta su pragmatismo, que asocia al ambiente político social de Oaxaca (el estereotipo regionalista utilizado por Krauze), su liderazgo "natural", su reputación de ser generoso y cruel, frío y calculador. Y a pesar de que reconoce que las memorias de Díaz no son confiables, sino una "ficción histórica", sustenta el relato de sus primeros años en ellas. Luego afirma que, debido a todas sus aptitudes y todos sus logros militares y políticos, "era inevitable que se involucrara aún más en la política nacional".[122] Este investigador crítico de las distorsiones históricas se apoyó en un relato que sabe es "distorsionado" para

introducir el truco teleológico del *destino inevitable*. También identifica una prensa favorable para Díaz desde 1866 (una década antes de su arribo al poder), que le consideraba una encarnación mexicana del héroe romano Cincinato.[123] Al igual que Cosío Villegas, Roeder, Córdova y otros, Garner también percibió el poder de la propaganda política que hizo de Díaz un héroe (el culto a la personalidad).[124] No podía faltar la dicotomía establecida por Guerra entre minoría liberal y mayorías acomodadas al Antiguo Régimen, que el biógrafo denomina liberalismo decimonónico y tradiciones de autoridad patriarcal, como descripción de la cultura política. Tal cultura obligó a Díaz a construir "un *modus vivendi*", pues "la habilidad para mantener un equilibrio entre estas tradiciones opuestas sería la clave del éxito o del fracaso de todas las administraciones liberales del siglo XIX", equilibrio condicionado por la "persistente necesidad de adaptar el principio liberal a la realidad política".[125] Aunque matiza el punto al incluir prácticas liberales entre grupos fuera de las elites letradas.

Garner retoma la idea de la doctrina Díaz antes expresada por Buchenau, y le define como "una interpretación alternativa a de la Doctrina Monroe desde una perspectiva panamericana". Claro que enseguida escribe que "había una notable renuencia por parte del gobierno mexicano a lanzar esta doctrina".[126] La supuesta doctrina, ignorada por "la historiografía antiporfirista", se sustenta en una comunicación personal del presidente a uno de sus allegados, y en los halagos interesados de José Martí. Escaso apoyo empírico para tan destacado rasgo del genio político y diplomático que era Díaz, pero es que el punto es resaltar la genialidad, el patriotismo y el panamericanismo del general. Por otro lado, aunque presenta una sucinta descripción de los vericuetos de la República Restaurada y de las desatadas pasiones políticas de los vencedores, no deja de deslizar un comentario negativo sobre Juárez (al igual que lo hicieran García Naranjo, José C. Valadés y F.-X. Guerra): "En pocas palabras, Juárez y Lerdo eran culpables de un 'centralismo ejecutivo' y de un despotismo personalista".[127] Seguramente, pero ¿acaso esa descripción no puede aplicarse también, y en grado superlativo, a Porfirio Díaz?

El libro tiene sus virtudes, sin duda, como cuando señala que las rebeliones de Díaz y su ascenso al poder enarbolando las banderas de la defensa de la Constitución, la legalidad y los principios liberales contaron con un amplio respaldo popular, lo que muestra que el entendimiento de esos principios, la conciencia de la política, y la participación en los asuntos públicos estaban ampliamente extendidos entre la población. Lo anterior cuestiona la dicotomía tradición/atraso *versus* liberalismo/modernidad. Otro punto que queda claro en *Porfirio Díaz* es que la paz porfiriana fue una idea de los "apologistas contemporáneos (y la subsecuente historiografía porfirista)", pues el

régimen debió enfrentar turbulencias de todo tipo, "que variaban desde las rebeliones agrarias y campesinas hasta la agitación política contra la reelección".[128] Igualmente, aunque Garner presenta un presidente conciliador, pragmático y creador de redes clientelares por medio de negociaciones en todas las regiones del país (como lo describió Molina Enríquez en 1909), le fue imposible negar que el héroe de Tuxtepec era un político engañoso, taimado, que imponía su autoridad y su voluntad. Díaz no dudaba en desplegar el ejército en zonas donde los políticos de signo contrario constituían problemas (como Puebla y Jalisco, o en el caso de Bernardo Reyes), y que, conforme pasó el tiempo, consiguió tener la última e indiscutida palabra en cuestiones de elecciones y nombramientos de funcionarios a lo largo y ancho del territorio.[129]

Al final, y al igual que otros comentaristas, el autor destaca el "carácter personalista del régimen" basado en una combinación de caudillismo y liberalismo, "las dos culturas políticas decimonónicas". Díaz construyó una red clientelar, fundada en el patronazgo, más negociada que impuesta, "de deferencia y lealtad al patriarca". Además, su "compromiso ideológico" con el liberalismo le llevó a mantener las apariencias del sistema político liberal, aunque el pragmatismo era su actitud básica para con todas las ideologías y las posturas intelectuales y teóricas (los "profundismos" que tanto le disgustaban). Todo ello, en consonancia con ideas en boga, como el elitismo, el positivismo y el darwinismo spenceriano, que dieron lugar a una "elite tecnócrata" dentro de un gobierno autoritario.[130] Hasta aquí se trata de un compendio de lo dicho por la historiografía y por los propios porfiristas en su momento (una buena síntesis, dijo Knight de la primera edición del libro), con el mérito de presentarse mediante una narrativa ponderada, que contrasta con los confusos y exagerados argumentos iniciales. De hecho, la sobriedad de estilo induce la complaciente tranquilidad de saber que las cosas funcionaban bien con Díaz. En este sentido, el texto logra con creces su propósito de reivindicar a don Porfirio.

Pero los malos hábitos reaparecen, y el esfuerzo de Garner para presentar una investigación mesurada sobre Porfirio Díaz y su régimen se resquebraja cuando al final de su texto deja salir sus ideas más personales. Según el historiador, Díaz "tenía buenas razones para lamentar la ingratitud y la injusticia de sus compatriotas" al menospreciar los logros de su gobierno. Tal vez el oaxaqueño tuvo razón en ese aspecto, pero ¿qué no se supone que la historia no levanta patíbulos ni altares?, ¿no se supone que no deben hacerse juicios de valor? Y no me refiero a las calificaciones que el historiador vierte dadivosamente acerca del "herido", distorsionado, vilipendiado y difamado Porfirio Díaz, hablo de la condena que lanza contra los

mexicanos como “injustos” e “ingratos”, porque aceptar que Díaz tuvo “buenas razones” para estar molesto es estar de acuerdo con esas razones. De hecho, Garner recicla una de las quejas típicas de los porfiristas y, en general, de los admiradores de Díaz, en los primeros años después de su caída. Por ejemplo, Federico Gamboa se lamentaba en 1915, desde su exilio en La Habana, de la muerte “del grande hombre mexicano, víctima de la más negra de las ingratitudes”.[131] Desde esa lógica, Garner recurre a Krauze para decir que a los mexicanos nos hace falta generosidad para recapacitar y revalorar al ocho veces presidente de México; lo cual, además, le sirve de pretexto para afirmar que en este tema “sólo el gobierno mexicano sigue arrastrando los pies”. Si ya nada más es el gobierno el que no quiere ser generoso con Díaz ¿por qué entonces el reproche a los mexicanos? De esta forma, la “equilibrada” biografía termina con un lamento neoporfirista que disfraza la pretensión de un historiador inglés de participar en la política mexicana del siglo XXIdesde una perspectiva de derecha.

La biografía ha sido un gran éxito de ventas, con varias reimpresiones y ediciones en español, por lo que vale la pena revisar de forma somera algunos cambios incorporados en las nuevas versiones. En 2010, apareció una segunda edición en una nueva presentación, con motivo del centenario del inicio de la Revolución mexicana. El autor argumenta que muchas cosas cambiaron desde la primera edición en inglés, tanto en la política mexicana como en el ámbito historiográfico, sobre todo con el predominio de la “nueva” historia cultural. Por ello incorporó cambios, como denominar al Porfiriato como “dictadura electiva” o como una “red oligárquica de elites que mutuamente se apoyaban y consentían”. Y se anima a decir que analiza al Porfiriato desde una configuración distinta: “Ver a la era porfiriana desde la perspectiva del siglo XIX, no desde la del siglo XX”, para tener resultados diferentes.[132] O lo que es lo mismo, estudiar al Porfiriato en “sus propios términos”. Lo que no explica es qué significa exactamente *la perspectiva* del siglo XIX, problema similar al de aquella Identidad Mexicana, por lo que surgen algunas preguntas: ¿quién y cómo estableció la perspectiva del siglo XIX?, ¿era única o había varias versiones?, ¿era la perspectiva que tenían los “científicos”?, ¿se trata de la que tenía Limantour o de la de Bulnes?, ¿era la de los inversionistas extranjeros?, ¿quizá es la que tuvo León Tolstoi, o acaso la expresada por la señora Tweedie?, ¿se trata de la que corresponde a la prensa católica?, ¿era la de los periodistas encarcelados o la de los yaquis deportados a Yucatán?, ¿o será la perspectiva de los hermanos Flores Magón?, ¿incluye esa perspectiva las ideas y opiniones de los manifestantes y los huelguistas reprimidos?

Si se responden satisfactoriamente esos y otros cuestionamientos similares, entonces esa única perspectiva definitiva sería una enorme contribución a los estudios del Porfiriato; sería la "revolución copernicana" que pondría punto final a las discusiones y las interpretaciones sobre el periodo. Si se trata del orden y el progreso, ya no hay necesidad de investigar en los archivos, puesto que el resultado siempre será el mismo: una época dorada de nacionalismo, orden y, sobre todo, de crecimiento económico, todo bajo la brillante luz guía de la Estrella Política (Porfirio Díaz). Esa perspectiva decimonónica establecería sin discusión que existe una única manera verdadera de entender correctamente el pasado: la del propio Garner, que es la de las derechas mexicanas; ya no habría lugar para miradas o interpretaciones diferentes. Esto se asemeja a aquella mencionada noción de la economía neoclásica de apoyarse en *verdades eternas*, sólo que aplicada en historia política. Pero, lo cierto es que no existe una única perspectiva decimonónica, como no puede existir una sola perspectiva sobre cualquier tema o problema de investigación; cada actor, cada persona y cada grupo tenían sus propias maneras de entender e interpretar las cosas. Tampoco es posible que un historiador retome ideas, valores o cosmovisiones de actores del siglo XIX, sin mezclarlos con los enfoques, ideas y preferencias contemporáneas. Si, como afirmaron Tenorio Trillo y Gómez-Galvarriato, es bastante complicado entender un chiste de 1870, entonces ¿cuánto más difícil será captar algo que pueda ser llamado la perspectiva general, o única, del siglo XIX?

Otra novedad de la edición de 2010 reside en que Garner apunta que su trabajo era, en conjunto con la nueva historiografía porfiriana "multi e interdisciplinaria", parte de "un mundo nuevo, posmoderno, 'líquido', de historiografía híbrida, diversa en cuanto a temas y metodología como sus objetos de estudio"; una clara referencia a las propuestas del sociólogo Zygmunt Bauman.[133] Ese panorama transformado le permitía a la historia abandonar "la obsesión anterior con el autoritarismo y la dictadura". Los nuevos análisis historiográficos preferían enfocarse en "formas más 'fluidas' de conformidad, movilización y resistencia popular al proyecto político" porfirista, mientras desaparecen las explicaciones "totalizantes".[134] Según Garner, predomina ahora el análisis "sofisticado e interdisciplinario" sobre comportamientos socioculturales "fluidos", todo lo cual ya constituye una "nueva ortodoxia".[135] Las inspiradas palabras parecen mostrar que las investigaciones históricas han encontrado su El Dorado epistemológico o su Shangri-La hermenéutico, o quizás su disolución posmoderna.

No obstante, si se lee con cuidado a Bauman queda claro que no percibió ventajas ni avances de ningún tipo en la posmodernidad o

"modernidad líquida". Su esquema teórico interpretativo es una lúcida crítica que rechaza la liquidez y la fluidez de la posmodernidad como aspectos nocivos, porque han resultado en condiciones socioeconómicas de precariedad e incertidumbre en la mayor parte del mundo. Los tiempos líquidos representan una nueva época oscura.[136] Según el modelo posmoderno denunciado por Bauman una historiografía "líquida" apostaría por la incertidumbre y por el vacío de contenidos, en sintonía con elementos de la racionalidad neoliberal; sería una historiografía "mercancía" precaria, hecha de investigaciones vacías, efímeras e intercambiables, sujeta a modas de consumo, congruente sólo con las demandas siempre cambiantes del mercado.[137] Esta semejanza de la "nueva historiografía líquida" con el enfoque neoliberal no es coincidencia, antes bien indica hasta dónde ha sido este último incorporado y naturalizado dentro de la academia. En cuanto a la hibridación, Bauman la define como un barniz ideológico de las elites globales que no reconocen fronteras, lealtades, pertenencias, ni identidades, lo que les permite separarse o distinguirse de los demás, considerándolos inferiores. De hecho, Bauman denunció que son los intelectuales actuales quienes más hablan y usan de esa hibridación, como parte de su alejamiento de la realidad cotidiana de las personas comunes y corrientes.[138] En este marco, una historiografía "híbrida" es ideológica y elitista, que rechaza como inferiores propuestas diferentes, rasgos eminentes del revisionismo que ya he mencionado. Estas infortunadas y problemáticas referencias a los conceptos sociológicos de Bauman dan cuenta del trasfondo ideológico de Garner, de sus confusiones y de los excesos neoliberales, por lo que era de esperar que las eliminara en la edición de 2015, en la que se limita a discutir la importancia del mito en la historia de México. Pero es difícil renunciar a la tentación posmoderna por los conceptos atractivos (desposeídos de su significado original, "descafeinados"), para describir el "carácter heterogéneo, híbrido y contradictorio" del régimen de Díaz.[139]

Otra de las implicaciones de la "historiografía híbrida" estriba en la declaración de Garner de que "estamos dejando atrás la obsesión anterior con el autoritarismo y la dictadura".[140] Ciertamente, autoritarismo y dictadura han dejado de ser temas de investigación y, en cambio, parecen ahora tabúes historiográficos; pero la frase es desafortunada al describir como obsesivas las investigaciones que trasgreden esos tabúes, o que producen una imagen desfavorable del Porfiriato. El *Diccionario de la lengua española* define *obsesión* como "una perturbación anímica producida por una idea fija".[141] Y, desde un punto de vista psicológico o psiquiátrico, *obsesión* remite a un trastorno que puede ser mental o anímico.[142] Así, el profesor de la Universidad de Leeds también recurre, como en su momento lo

hicieron François-Xavier Guerra y Luis Medina Peña, a términos y conceptos psicológicos o psiquiátricos. No obstante, mientras Guerra y Medina Peña los aplicaron al pasado, Garner los emplea para definir el presente. La obsesión tiene una connotación negativa que puede leerse así: cualquier investigación sobre los rasgos autoritarios o dictatoriales del Porfiriato es producto de perturbaciones o problemas mentales, y su autor debería buscar ayuda con un psicólogo o un psiquiatra.[143] Este desatino psicológico también desapareció de la versión publicada en 2015, en la que sólo insiste en que se debe dejar atrás la "leyenda negra", un viejo cliché desgastado pero todavía elegante, sin duda menos problemático y más *académico*.

Pero es difícil dejar la hibridación lingüística-psiquiátrica, pues en 2015 Garner decidió prescribir otro diagnóstico: en su opinión, existe en México una "interrelación íntima y compleja entre historia y política" que produce "una esquizofrenia fundamental", entre el "deseo de asumir nuevas interpretaciones" y el "instinto de preservar mitos históricos" que legitimaron al sistema político del siglo XX.[144] Aparte de que no explica ni formas ni metodologías para evaluar deseos e instintos en el ámbito nacional (tal vez un grupo de encuestas psicológicas, sociológicas y antropológicas que decidió no revelar), el inconveniente es que la esquizofrenia está clasificada como un trastorno crónico grave. Ya mencioné en el apartado dedicado a *México: del Antiguo Régimen*, que la esquizofrenia tiene dos connotaciones negativas, una clínica y otra metafórica derivada de la primera; en ambos casos es un problema que afecta las formas de pensar, de sentir y de actuar de las personas.[145] El término es desafortunado porque significa que en México en general estamos enfermos de la mente, o por lo menos que quienes manifiestan dudas o indecisiones sobre las nuevas interpretaciones historiográficas (es decir, sobre el revisionismo) tienen un grave problema mental y anímico.[146]

Antes de continuar es necesario preguntar abiertamente ¿por qué detenerse en estos detalles?, ¿vale la pena señalar y criticar minucias, pequeños deslices, errores humanos o ciertas extravagancias de estilo o escritura en tal o cual texto? Mientras que siempre es posible que sólo sean deslices y extravagancias, también es preciso reflexionar desde el punto de vista opuesto: ¿por qué aparecen esas extravagancias?, ¿por qué algunos investigadores acuden a fórmulas psicológicas o psiquiátricas sin profundizar ni explicar sus significados académicos o clínicos? Para ser claro, no se trata de nimiedades ni de extravagancias retóricas, por el contrario, su aparición constante en esta historiografía como etiquetas específicas (simplezas, prejuicios, obsesiones, esquizofrenias) revela el propósito de descalificar o invalidar propuestas divergentes y con las que no se dialoga pues,

para la racionalidad neoliberal, "aquellos que están de acuerdo con otros principios no solamente son irracionales, sino que rechazan la realidad".[147] Es decir, las aparentes extravagancias revelan ideologías, posturas políticas y opiniones intolerantes encubiertas en la retórica de lo "equilibrado y matizado".[148]

Atribuir irracionalidad a los argumentos discordantes permite, a quien lo usa, establecer límites discursivos entre lo que es *la verdad* y lo que no, así como entre quienes conocen y manejan esa *verdad* y quienes no. Aquellos que no están de acuerdo quedan fuera de consideración, son inferiores (o padecen serios problemas) y no tienen importancia. Ese sesgo se asemeja a lo que se ha llamado una cámara de eco (*echo chamber*), una estructura epistémica social en la que un grupo que comparte ciertas ideas activamente desacredita y excluye ideas divergentes.[149] En esta historiografía, cualquier tipo de duda o pensamiento diferente es marcado en términos negativos porque se desconfía de esos razonamientos y de quienes piensen en esos términos. Pero, antes de continuar con esto, debo concluir con el análisis de las ediciones de la biografía de Díaz.

Garner termina por reiterar su enfoque político: "Es necesario reconocer abierta y plenamente la contribución de Porfirio Díaz a la construcción del Estado y la nación en México".[150] Parece una afirmación académica, pero ¿para quién es necesario reconocer esto? Cito de nuevo lo escrito en 1987 por Enrique Krauze: una "mirada generosa –que siempre ha hecho falta en México– concedería, sin menoscabo de la verdad, que Porfirio Díaz contribuyó decisivamente a la integración material y a la consolidación nacional de su patria".[151] La versión de Garner sencillamente actualiza ese postulado político de las derechas. De hecho, el historiador inglés entiende bien que los propósitos políticos inciden con fuerza en las interpretaciones sobre el Porfiriato:

> Resalta el hecho de que la historiografía sobre esta época clave en el desarrollo de México ha sido secuestrada en más de una ocasión por el ambiente político en el que fue producida. Estas interpretaciones contradictorias han dificultado realizar un análisis equilibrado del régimen porfiriano. Productos de su momento histórico, las distintas interpretaciones encapsulaban un propósito político explícito que siempre fue más cercano a la propaganda que a la historia objetiva.[152]

Claro que el lector debe inferir que la influencia de la política en la escritura de la historia desaparece en los textos que apelen a la contraseña del análisis *equilibrado*, únicos que constituyen una historia *objetiva*. Frente a esta historiografía *matizada* cualquier otra es propaganda política y, además de profunda y evidentemente

irracional, una “secuestradora”. He aquí otro término desventurado, por decir lo menos (un secuestrador es un criminal), para caracterizar a textos e investigadores en desacuerdo con el revisionismo. El secuestro es un asunto más propio de policías, ministerios públicos o fiscalías, y procesos judiciales, de manera que su inserción en un texto de historia es lamentable, sobre todo en un país que padece de forma endémica ese y otros flagelos similares.

Paul Garner termina cada una de las ediciones de su exitoso libro con su deseo expreso de que los restos mortales de Díaz dejen Montparnasse y sean enterrados en Oaxaca, lo que probaría que los gobiernos mexicanos promueven la reconciliación política e histórica.[153] Puede ser que ese trámite tenga resultados conciliatorios, aunque también lo contrario es probable, pero el punto es que interceder por los restos del general no es un asunto académico ¿o sí lo es? Es un tema enarbolado por grupos dentro de la derecha y que, por tanto, corresponde a la esfera política de la opinión pública en México.[154] Interceder por la memoria de un líder autoritario y los significados políticos actuales de esa memoria es respaldar los intereses políticos de sus proponentes, en un país que es ahora tan desigual e injusto como el de mayo de 1911. El autor utiliza el medio académico para asumir un compromiso político-ideológico explícito. Nada de malo hay en ello pero, entonces ¿en qué queda el enfoque “equilibrado” de la investigación histórica? Queda como lo que es, una estratagema retórica y una excusa para disimular burdas contradicciones como denunciar el secuestro de la historia por la política mientras se hace lo mismo.

Esta biografía es una síntesis de todo lo dicho sobre Díaz y su régimen, no presenta nada novedoso excepto por el disimulo “equilibrado” de la ideología y la postura política. Insisto, para que quede claro, el punto de vista político-ideológico es válido como cualquier otro; de hecho, es inevitable su influencia en cualquier investigación o trabajo académico. Ahora bien, si se trata de tomar posiciones políticas, entonces hay que mirar alrededor y darse cuenta de que, afuera de la academia y de los confortables círculos donde se mueven las elites intelectuales y políticas, existe un país con docenas de millones de pobres, con desigualdades sociales y económicas cada vez mayores y más profundas, con violencia criminal incontrolable acompañada de violencia social y política, un país con innumerables fosas clandestinas y decenas de miles de desaparecidos, todo ello después de cuatro décadas de seguir fatalmente por el “único camino correcto”.[155]

Finalmente, un comentario incluido en 2010 refleja los problemas de la exitosa biografía. Se trata de una crítica sobre la endogamia que caracteriza a la academia en México. Los mexicanos sólo nos

ocupamos de nuestra historia, a diferencia de lo que sucede en el mundo desarrollado, donde estudiantes e investigadores pueden elegir temas fuera de sus fronteras.[156] El profesor inglés, alguien evidentemente externo a (e independiente de) esa práctica endogámica, pudo enriquecer, ampliar, o incluso replantear la dinámica historiográfica pro/anti/neoporfirista con una perspectiva diferente y mucho más vasta y desarrollada. Sin embargo, aparte de mencionar los halagos de los extranjeros a don Porfirio, su texto presenta incoherentes introducciones, extravíos posmodernos y prescripciones seudosiquiátricas. Un libro que es en cada una de sus ediciones un tributo a esa endogamia, pues únicamente describe a Díaz y su México. No contribuye con elementos inéditos, tampoco con un comparativo mínimo del héroe con líderes de su época, o de otras épocas, que permita captar semejanzas y singularidades, sobre todo si se asume que el suyo fue un cesarismo plebiscitario.[157] Por lo demás, el historiador mexicano Luis González alguna vez aclaró que "los historiadores del primer mundo, si un mexicano escribe historia de los Estados Unidos, o de Asia o de Europa, simple y sencillamente lo marginan".[158] Citó excepciones, claro, pero como he comentado varias veces en este libro, es una realidad que en Europa y en Estados Unidos se tiende a ignorar las investigaciones realizadas en México sobre historia de México, ya no se diga si se hicieran sobre temas fuera del país; un proceso discriminatorio que Garner reduce con la fórmula fácil de la endogamia.[159]

El éxito de esta biografía estriba en su capacidad para presentar una imagen amigable de don Porfirio y una descripción tersa en la que se impone, tranquilizadora, la figura de don Porfirio, y con ello legitima históricamente las perspectivas de las derechas ante el público no académico. En este sentido, su reconocimiento inicial de la influencia del giro neoliberal en la historiografía no fue un comentario casual ni un sencillo ejercicio de contextualización, antes bien buscó naturalizar el orden vigente como el marco correcto, adecuado y lógico de interpretación del Porfiriato. Sin duda era el mejor momento para una biografía como ésta, y esa ha sido su mayor virtud: compaginar con el auge neoliberal conservador de los comienzos del siglo XXI. Así, a pesar de todos sus problemas, era de esperar que el orden dominante recompensara bien a uno de sus portavoces. El revisionismo neoporfirista no tendría el peso del que goza en la academia si no reflejara los intereses contemporáneos predominantes. Ciertamente tampoco tendría tanta relevancia si no estuviera acompañado de una historiografía económica inspirada en postulados neoliberales. En el siguiente capítulo analizo la "nueva historia económica" aplicada al estudio del Porfiriato, que presume la aplicación de teorías económicas "científicas" al análisis del pasado, pues la economía es,

según sus practicantes, la más “científica” de todas las disciplinas sociales.

1 Sin embargo, se trata de una cuestión historiográfica (Knight, *La revolución cósmica*, 15-47).

2 Sobre el proyecto de Estado nación, Riguzzi, “From Globalization”, 347-368.

3 Tenorio y Gómez-Galvarriato, *El Porfiriato*, 19; Sandra Kuntz y Elisa Speckman, “El Porfiriato”, en *Nueva historia general de México* (México: El Colegio de México, 2010), 487-536. También, Sandra Kuntz, “La contribución económica de las exportaciones en México: un acercamiento desde las finanzas estatales, 1880-1926”, *América Latina en la Historia Económica* 21, núm. 2 (2014): 7-39.

4 Garner, *Porfirio Díaz. Del héroe al dictador* (2010), 16.

5 Véase Tenorio y Gómez-Galvarriato, *El Porfiriato*, p. 63; Riguzzi, “From Globalization”, 348.

6 Salmerón, “Paul Garner”, 176.

7 Véase Tenorio y Gómez-Galvarriato, *El Porfiriato*, 63; y Kuntz, “La historiografía económica”, 477.

8 El economista Thomas Piketty describe así a los analistas pragmáticos: “Su postura supuestamente posideológica a duras penas logra disimular su falta de interés por los hechos, la dimensión de su ignorancia histórica, lo cargante de sus prejuicios y su egoísmo de clase”(Piketty, *Capital e ideología*, 23).

9 Ricoeur, *Tiempo y narración III*, 860. Una discusión teórica diferente en Reinhardt Koselleck, *Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia* (Barcelona: Paidós/Universidad Autónoma de Barcelona, 2001), 43-92.

10 Tenorio y Gómez-Galvarriato, *El Porfiriato*, 20-21 y 99.

11 Hayek, *Camino de servidumbre*, 129-130. Recuérdese su defensa y alabanza del régimen de A. Pinochet, descrita en Farrant, McPhail y Berger, “Preventing the ‘Abuses’ of Democracy”. Hayek declaraba alegremente que no había encontrado a nadie en Chile que considerara que había más libertad con Allende que con Pinochet; claro que visitó aquel país cuando toda la oposición al golpe militar había sido silenciada, encarcelada o masacrada. Una descripción menos halagadora del régimen de Pinochet en Klein, *La doctrina*, 109-123.

12 Véase Aurora Nacarino-Brabo, “Los enemigos de la democracia liberal”, *Letras Libres España*, https://www.letraslibres.com/espana-mexico/politica/los-enemigos-la-democracia-liberal (consultado en junio de 2020). Sobre Aron y su posición política de derecha, véase Pedro Carlos González Cuevas, “Raymond Aron y España”, *Revista de Estudios Políticos* 157 (2012): 13-44.

13 Aron, citado en González Cuevas, “Raymond Aron”, 21.

14 Véase Elias Palti, “Introducción” a Koselleck, *Los estratos del tiempo*, 9-32.

15 González Cuevas, “Raymond Aron”, 25.

16 Velasco, “Un programa”, 910.

17 *Ibid.*, 911. Lo mismo afirmó Rabasa en 1920, Rabasa, *La Constitución y la dictadura*, 139-161.

18 Para una discusión breve sobre las ideas acerca de la democracia entre pensadores liberales europeos del siglo XIX, como Bentham, Tocqueville, Mills y otros, véase Bobbio, *Liberalismo y democracia*, 39-87.

19 Véase Eric Hilt, “Economic History, Historical Analysis, and the ‘New History of Capitalism’”, *The Journal of Economic History* 77, núm. 2 (2017): 511-536. Fue Ragnar Frisch, un profesor noruego, quien acuñó los términos *macroeconomics* y *econometrics* (Roll, *Historia*, 477).

20 Véase Marcello Carmagnani, “Campos, prácticas y adquisiciones de la historia política latinoamericana”, en *Ensayos sobre la nueva historia política*, ed. Guillermo Palacios (México: El Colegio de México, 2007), 32. Compárese con un comentario de Paul Samuelson (uno de los padres de la economía matemática neoclásica que da fundamento al neoliberalismo) hecho en 1986: “La fe en una evidente vigorización de la actividad económica proviene de la fe en las verdades eternas de los libros de texto”, libros que, por supuesto, él había escrito, Paul Samuelson, “La economía mundial se oscurece”, *El País*, 12 de julio de 1986, consultado el 23 de julio de 2021, en https://elpais.com/diario/1986/07/13/opinion/521589607_850215.html

21 Tenorio Trillo y Gómez-Galvarriato, *El Porfiriato*, 60-63. Sobre las bondades de la globalización decimonónica véase Sandra Kuntz y Reinhard Liehr, “Introducción”, Sandra Kuntz y Reinhard Liehr (coords.), *Estudios sobre la historia económica de México. Desde la época de la Independencia hasta la primera globalización* (México: El Colegio de México/Iberoamericana Vervuert, 2014), 7-9. Una crítica al modelo de crecimiento guiado por exportaciones en Bulmer-Thomas, *La historia económica de América Latina*, 31-34.

22 En 2006, Alan Knight afirmaba que “a second area of fruitful recent research is the *economic history of the Porfiriato*, now analysed [*sic*] whith great objectivity and sophistication than before” (Knight, “Patterns and Prescriptions”, 347).

23 Bert Baumgaertner, “Yes, No Maybe So: A Veristic Approach to Echo Chambers Using a Trichotomous Belief Model”, *Synthese* 191, núm. 11 (2014) 2549-2569. Doi 10.1007/ s11229-014-049-9

24 Véase Emanuele Brugnoli, Matteo Cinelli, Walter Quattrociocchi y Antonio Scala, “Recursive Patterns in Online Echo Chambers”,

Scientific Reports 9, artículo 20118 (2019), https://doi.org/10.1038/s41598-019-56191-7 (consultado en junio de 2020).

25 C. Thi Nguyen, "Echo Chambers and Epistemic Bubbles", *Episteme* 17, núm. 2 (2020): 141-161. Véase también, del mismo autor, "Escape the Echo Chamber", *Aeon* (abril de 2018), https://aeon.co/essays/why-its-as-hard-to-escape-an-echo-chamber-as-it-is-to-flee-a-cult (consultado en junio de 2020).

26 Certeau, *La escritura*, 75.

27 *Ibid.*, 110.

28 *Ibid.*, 75-76.

29 Steven Topik, "La revolución, el estado y el desarrollo económico en México", *Historia Mexicana* XL, núm. 1 (1990): 79-144.

30 *Ibid.*, 81. *Corporate capítalism* es un término preferido por la escuela de Chicago (Connel y Dados, "Where in the World", 118.

31 En la historiografía económica de esos años predominaba la visión del atraso mexicano, véase Kuntz Ficker, Introducción, 9-38.

32 Hace años Charles Hale describió esta situación, incluso señaló que tanto Woodrow Borah (en 1977) como John Womack (en 1984) habían hecho pública la mala opinión que cada uno tenía de lo que se hacía en México: "Borah y Womack insinúan que mientras una pequeña minoría de historiadores mexicanos son conocedores e innovadores, según las normas internacionales, la mayor parte de ellos son 'intelectualmente anticuados' (frase de Womack) y localistas" (Hale, *La transformación del liberalismo*, 31). Recientemente se ha señalado la tendencia entre los académicos de Europa y Estados Unidos a ignorar investigaciones y publicaciones hechas en lo que algunos llaman el "sur global". Véase Connel y Dados, "Where in the World", 121. Véase también Moreno, "Crisis de los pilares", 49-76.

33 Topik, "La revolución", 82-83.

34 En los años ochenta del siglo XX comenzó el esfuerzo por entender el desarrollo industrial durante el Porfiriato. Véase Stephen Haber, "Mercado interno, industrialización y banca, 1890-1929", en *Historia económica general de México. De la Colonia a nuestros días*, coord. Sandra Kuntz (México: El Colegio de México/Secretaría de Economía, 2010), 411-436.

35 Topik, "La revolución", 88-94.

36 Probablemente fue un trabajo de historia económica neoclásica, de Fogel, donde se utilizó de forma amplia el argumento contrafactual por primera vez con "éxito", Kuntz Ficker, "Introducción", 12-19. Véanse los ejemplos de las hipótesis contrafactuales propuestas para la intervención de Inglaterra, en una u otra guerra mundial, en Richard Evans, *Contrafactuales ¿Y si todo hubiera sido diferente?* (Madrid: Turner, 2018), 74-90. Una crítica a la propuesta de pensar

qué habría pasado sin los ferrocarriles en Estados Unidos, en Guillermo Guajardo Soto, "Infraestructura y logística en la historia económica: una contribución a partir de los casos de Chile y México, *ca*. 1850-1970", *América Latina en la Historia Económica* 22, núm. 2 (2015): 10-11.

37 Evans, *Contrafactuales*, 60. Véase Traverso, *La historia*, 74-76. Como se verá en el capítulo 5, cierta historia económica no considera demasiado importantes los datos.

38 Como reconocía el gran historiador holandés Johan Huizinga: "El pensamiento histórico siempre es teleológico [...]. Para la historia, la pregunta siempre es '¿hacia dónde?'. Hay que reconocer que la historia es la disciplina teleológica por antonomasia" (citado en Evans, *Contrafactuales*, 11). Véase Umberto Eco, *Los límites de la interpretación* (Barcelona: Lumen, 1998), 272.

39 Como ha dicho Žižek acerca de la separación entre la realidad de las personas y los intereses del capital financiero: "La 'realidad' no es lo que importa, lo que importa es la situación del capital" (Žižek, *Sobre la violencia*, 24).

40 Topik, "La revolución", 119-120.

41 Jürgen Buchenau, "Inversión extranjera y nacionalismo: lo paradójico de la política internacional de Porfirio Díaz", *Dimensión Antropológica* 3, núm. 6 (1996): 7-24.

42 Aunque enseguida citó a Cosío Villegas para la relación entre ambos países (*ibid.*, 9).

43 Véase Aurora Gómez-Galvarriato, "Porfiriato, vida económica ¿Qué sabemos de nuevo?", en *El historiador frente a la historia. Historia económica en México*, coords. Virginia Guedea y Leonor Ludlow (México: UNAM, 2003), 127. También Knight, *La revolución cósmica*, 18.

44 Véase Margarita Espinosa Blas, "La nación a debate. El discurso nacionalista en la prensa liberal antiporfirista", *Memorias. Revista digital de historia y arqueología desde el Caribe colombiano* 10, núm. 20 (2013): 138-158.

45 Buchenau, "Inversión extranjera", 11-12.

46 *Ibid.*, 22-23.

47 Mauricio Tenorio Trillo, *Artilugio de la nación moderna. México en las exposiciones universales, 1880-1930* (México: Fondo de Cultura Económica, 1998).

48 *Ibid.*, 10.

49 *Ibid.*, 18. Una mirada diferente sobre la paz porfiriana, en Knight, *La revolución mexicana*. Ni siquiera Paul Garner insiste en esa "paz" (Garner, *Porfirio Díaz. Del héroe al dictador* [2007], 135-137).

50 Véase Espinosa, "La nación a debate", 138-158.

51 Sobre el racismo de las elites, véase Enrique Semo, "Francisco

Pimentel, precursor del neoliberalismo", en *Don Porfirio presidente…, nunca omnipotente. Hallazgos, reflexiones y debates. 1876-1911*, ed. Raymond Buve y Romana Falcón (México: Universidad Iberoamericana, 1998), 473-494. Véase también Hale, *Emilio Rabasa*. Sobre el clasismo véase Rangel, "'Para reprimir a este difamador'", 457-484.

52 Espinosa, "La nación a debate", 144-147.

53 Luis Medina Peña, "Porfirio Díaz y la creación del sistema político en México", *Istor* 17 (2004): 60-94.

54 La idea de una "dictadura plebiscitaria" proviene sobre todo de Hayek y del teórico del derecho y la política Carl Schmitt. Ambos retomaron un tipo ideal de Max Weber sobre el liderazgo carismático convertido en plebiscitario (un cesarismo particular), la diferencia es que para Schmitt ese liderazgo era algo bienvenido, para Hayek era un peligro, véase Hayek, *Camino de servidumbre*, 128. Schmitt fue un declarado crítico de la democracia liberal o parlamentaria, y un decidido partidario del régimen nazi, véase Luis Alejandro Rossi, "El poder constituyente y el líder plebiscitario: formas de la Nación en la teoría política de Carl Schmitt", *Signos filosóficos* VI, núm. 12 (2004): 117-146. Véase también Max Weber, *Economía y sociedad. Esbozo de sociología comprensiva* (México: Fondo de Cultura Económica, 1998).

55 Medina Peña, "Porfirio Díaz", 63.

56 Una breve introducción al tema, desde el punto de vista de la historia, en María Alba Pastor, "La negación de la historia por el estructural-funcionalismo", *Iztapalapa* 26 (1992): 169-176.

57 Un argumento utilizado por un porfirista, véase Molina, *Los grandes problemas*, 109-115.

58 Véase Ponce, "Un vistazo", 121-131; un ejemplo de las prácticas electorales en el ámbito estatal, en Mario Alejandro Domínguez Cruz, "Sistema electoral porfirista: el caso de Chihuahua en 1892", *Chihuahua Hoy* 15, núm. 15 (2017): 33-55.

59 La democracia era entendida como una institución esencialmente individualista por Tocqueville, entre otros. Véase Hayek, *Camino de servidumbre*, 69. Véase Brown, *El pueblo*, 239-240. Actualmente economistas como Paul Krugman y Joseph Stiglitz arguyen que un sistema político deformado por la influencia de grandes fortunas, y donde existe una gran desigualdad económica, no puede ser democrático (Stiglitz, *El precio*, pp. 192-198). Sobre el Porfiriato como un sistema antidemocrático, Hale, *Emilio Rabasa*, 26.

60 Medina, "Porfirio Díaz", 64.

61 Ni siquiera Paul Garner describe a los pueblos indígenas de Oaxaca en esos términos. Véase Garner, *Porfirio Díaz. Del héroe al dictador* (2007), 32-35. Para una perspectiva general del tema véase Romana

Falcón, "Desamortización a ras de suelo, ¿el lado oculto del despojo? México en la segunda mitad del siglo XIX", en *El oficio de una vida. Raymond Buve, un historiador mexicanista*, ed. por Ma. Eugenia Ponce Alcocer y Laura Pérez Rosales (México: Universidad Iberoamericana, 2009), 59-85.

62 Bulnes, *El verdadero Díaz*, 407-408.

63 Sobre esto es recomendable leer el conjunto de obras del antropólogo estadounidense James Scott, en especial sus libros *Weapons of the Weak* y *Los dominados y el arte de la resistencia*.

64 Medina, "Porfirio Díaz", 72. Compárese con la descripción de Garner sobre las unidades milicianas en Oaxaca a mediados de siglo (Garner, *Porfirio Díaz. Del héroe al dictador* [2007], 51-52).

65 Medina, "Porfirio Díaz", 78-81.

66 *Ibid.*, 90. También Guerra recurrió a la psicología, con el uso de "esquizofrenia".

67 "La popularidad sin cesar creciente del Sr. General Díaz", *El Imparcial*, 7 de febrero de 1906, citado en Gerardo Dávila y Manlio Tirado, *Como México no hay dos. Porfirismo-Revolución-Neoporfirismo* (México: Nuestro Tiempo, 1971), 20-21.

68 Luis Medina Peña, *Invención del sistema político mexicano. Forma de gobierno y gobernabilidad en México en el siglo XIX* (México: Fondo de Cultura Económica, 2018); primera edición en 2004.

69 *Ibid.*, 13-16.

70 *Ibid.*, 20-21.

71 *Ibid.*, 273-330. El comentario sobre el efecto de la política en la economía en la p. 284.

72 *Ibid.*, 19 y 270.

73 *Ibid.*, 286 y 333-334.

74 *Ibid.*, 338, 342.

75 Tenorio y Gómez-Galvarriato, *El Porfiriato*, 11. Hay una edición de 2013, prácticamente igual a la primera.

76 *Ibid.*, 16. La crítica a Cosío Villegas sorprende porque, en un texto anterior, Gómez-Galvarriato analizó su obra con simpatía. Véase Gómez-Galvarriato, "Porfiriato", 123-130.

77 Tenorio y Gómez-Galvarriato, *El Porfiriato*, 11-22.

78 Para esos "detalles menores", véase, entre otros, Gabriel Aarón Macías Zapata, *Guerra de encrucijada: rostros de la resistencia maya en tiempos aciagos. Península de Yucatán, 1847-1901* (México: CIESAS, 2016); Paul Vanderwood, *The Power of God Against the Guns of Government: Religious Upheaval in Mexico at the Turn of the Nineteenth Century* (Stanford: Stanford University Press, 1998); Rodney Anderson, *Parias en su propia tierra: los trabajadores industriales en México, 1906-1911* (San Luis Potosí: El Colegio de San Luis, 2006); Ermanno Abbodanza, "La cuestión yaqui en el segundo

Porfiriato, 1890-1909. Una revisión de la historia oficial", *Signos Históricos* 19 (2008): 94-126.

79 Tenorio y Gómez-Galvarriato, *El Porfiriato*, 98.

80 *Ibid.*, 60-61 y 111.

81 *Ibid.*, 63.

82 La versión original de esta retórica, en Aurora Gómez-Galvarriato, "Industrialización, empresas y trabajadores industriales, del porfiriato a la Revolución: la nueva historiografía", *Historia Mexicana* LII, núm. 3 (2003): 774.

83 Tenorio y Gómez-Galvarriato, *El Porfiriato*, 46.

84 Cosío Villegas dedicó docenas de páginas a la persecución de la prensa en su *Historia moderna de México*. Por comparación, puede constatarse que un balance reciente sobre el Porfiriato apenas dedica dos renglones al asunto. Véase Kuntz y Speckman, "El Porfiriato", 500.

85 Tenorio y Gómez-Galvarriato, *El Porfiriato*, 29.

86 *Ibid.*, 12.

87 *Ibid.*, 97-114.

88 *Ibid.*, 113.

89 Raymond Buve, "Transformación y patronazgo político en el México rural: continuidad y cambio entre 1867 y 1920", en *El oficio de una vida. Raymond Buve, un historiador mexicanista*, ed. por Ma. Eugenia Ponce Alcocer y Laura Pérez Rosales (México: Universidad Iberoamericana, 2009), 87-118.

90 *Ibid.*, 87-89.

91 *Ibid.*, 89-91.

92 Repita hasta memorizar: el liberalismo era un elemento extraño, que el México ignorante, pasivo y bárbaro no podía entender, menos aprovechar, gracias a Dios por Porfirio Díaz que vino a mostrar el camino.

93 *Ibid.*, 92.

94 *Ibid.*, 94.

95 Medina, "El maderismo", 27-55.

96 *Ibid.*, 29.

97 *Ibid.*, 28-31. ¿Qué son los pueblos indígenas típicos? Abusar del uso de tipos ideales lleva a esta clase de afirmaciones sin sentido, carentes de contenido empírico, pero que refuerzan la idea de una sociedad uniforme con una única religión, que tanto gusta a católicos conservadores.

98 José Antonio Aguilar Rivera, "Introducción", en José Antonio Aguilar Rivera, *Las elecciones y el gobierno representativo en México (1810-1910)*, ed. José Antonio Aguilar Rivera (México: Fondo de Cultura Económica/Conaculta/Instituto Federal Electoral, 2010), 11.

99 *Ibid.*, 12.

100 Aguilar, "Tres momentos liberales", 119-121.

101 Carlos Bravo Regidor, "Elecciones de gobernadores durante el Porfiriato", en *Las elecciones y el gobierno representativo en México (1810-1910)*, ed. José Antonio Aguilar Rivera (México: Fondo de Cultura Económica/Conaculta/Instituto Federal Electoral, 2010), 257-263.

102 *Ibid.*, 259, nota 3. ¿El texturizado se refiere a un proceso en pintura, o al de un corte de cabello, o el que corresponde en alimentos, o quizás a imágenes 3D?

103 *Ibid.*, 259-262.

104 *Ibid.*, 262.

105 Tal vez Díaz, sólo tal vez, haya sido la encarnación del Leviatán tan mencionado: el héroe de la derecha era implacable con sus enemigos, represivo de movimientos políticos y sociales que pudieran causar conmoción social, y normalmente tenía la última palabra en cuestiones políticas.

106 Israel Arroyo, "Los tránsitos de la representación política en México, 1821-1857", en *Las elecciones y el gobierno representativo en México (1810-1910)*, ed. José Antonio Aguilar Rivera (México: Fondo de Cultura Económica/Conaculta/Instituto Federal Electoral, 2010), 92.

107 Alfredo Ávila y Alicia Salmerón (eds.), *Partidos, facciones y otras calamidades. Debates y propuestas acerca de los partidos políticos en México, siglo XIX* (México: Conaculta/Fondo de Cultura Económica/UNAM, 2012).

108 Frédéric Johansson, "El imposible pluralismo político: del exclusivismo y otros vicios de los partidos políticos en el México de la Reforma", en *Partidos, facciones y otras calamidades*, 106-139. ¿Qué es una mentalidad ancestral? Para una crítica de ese tipo de posturas véase Carmagnani y Forte, "Introducción. Cultura política liberal y nuevo orden", 147-158.

109 Alicia Salmerón, "Partidos personalistas y de principios; de equilibrios y contrapesos. La idea de partido en Justo Sierra y Francisco Bulnes", en *Partidos, facciones y otras calamidades*, 140-167.

110 Véase Fausta Gantús y Alicia Salmerón, "Introducción", en *Cuando las armas hablan, los impresos luchan, la exclusión agrede… Violencia electoral en México, 1812-1912*, ed. Fausta Gantús y Alicia Salmerón (México: Instituto Mora, 2016), 13-14. También, Fausta Gantús, "Sabotear los comicios desde el humor. Caricatura y violencia electoral en la ciudad de México", *ibid.*, 272-273.

111 Alicia Salmerón, "Prensa que juzga, que obliga… dos casos de violencia electoral en el México rural: Papalotla, 1902: Kanasín,

1905", *ibid.*, 345-346.

112 Garner, *Porfirio Díaz. Del héroe al dictador* (2007), 10.

113 ¿Soy mexicano porque vivo en un sistema autoritario donde existen unos cuantos millonarios y decenas de millones de pobres? En lo personal no me siento a gusto con esta situación, y creo que buena parte de los mexicanos tampoco están a gusto con las cosas tal como están después de cuatro décadas de neoliberalismo. Además, me parece que esas condiciones políticas y económicas definen hoy a la mayoría de la población de este planeta, incluidos los millones de pobres y desempleados en Europa y Estados Unidos. Las personas están enfocadas en ganarse la vida, pagar las cuentas y mantener a flote a sus cercanos. No es que mexicanos o ingleses o rusos sean corruptos porque sus regímenes lo sean, sencillamente que el capitalismo neoliberal mantiene a las mayorías ocupadas en sobrevivir.

114 *Ibid.*, 10-13.

115 *Ibid.*, 15.

116 *Ibid.*

117 *Ibid.*, 17.

118 Para ser intolerable el vicio ha sido muy tolerado, porque parece que ha durado muchísimos años. Garner tomó la desafortunada frase de historiadores mexicanos sin cuestionarla.

119 *Ibid.*, 12-17. Repite sus posturas, aunque moderadas, en Paul Garner "El porfiriato como Estado-nación moderno: ¿paradigma o espejismo?", en *Nación Constitución y Reforma, 1821-1908*, ed. Érika Pani (México: Fondo de Cultura Económica, 2010), 276-303. Alan Knight describe el texto de la biografía realizada por Garner como "valioso si algo caritativo" (Knight, "El precio de la longevidad").

120 Garner, *Porfirio Díaz. Del héroe al dictador* (2007), 17-20.

121 *Ibid.*, 25-26.

122 *Ibid.*, 46-55.

123 *Ibid.*, 58.

124 *Ibid.*, 132-135.

125 *Ibid.*, 30.

126 *Ibid.*, 151-152.

127 *Ibid.*, 60.

128 *Ibid.*, 61-76, 135-137.

129 *Ibid.*, 77-102.

130 *Ibid.*, 221-228.

131 Véase González Gómez, "Nostalgia", 171-191. García Naranjo es otro ejemplo de los quejosos.

132 Garner, *Porfirio Díaz. Del héroe al dictador* (2010), 11-12.

133 *Ibid.*, 11.

134 *Ibid.*, 12. ¿Y suponer que existe una única perspectiva del siglo XIX no es una explicación totalizante en sí misma?

135 *Ibid.*, 12.

136 Zygmunt Bauman, *Vida líquida* (México: Paidós, 2013), 9-25. Del mismo autor, véase *Tiempos líquidos. Vivir en una época de incertidumbre* (México: Tusquets, 2018); también Alberto Constante, "De refugiados a parias, en la modernidad líquida", *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales* 62, núm. 230 (2017): 385-386.

137 El "objeto de consumo" pierde su utilidad en el transcurso mismo del acto de uso (Bauman, *Vida líquida*, 18-19). Véase también Zygmunt Bauman, *Vida de consumo* (México: Fondo de Cultura Económica, 2016), 11-41. Una crítica al relativismo posmodernista y su incapacidad para cuestionar los peores rasgos del neoliberalismo, en Naredo, "La economía", 83-117.

138 Bauman, *Vida líquida*, 43-48; una despiadada pero, a mi juicio, acertada crítica del sociólogo anglopolaco a la hibridación y los intelectuales de esta época oscura en las pp. 191-193.

139 Paul Garner, *Porfirio Díaz. Entre el mito y la historia* (México: Crítica, 2015), 21-25; la referencia descafeinada en p. 324.

140 Garner, *Porfirio Díaz. Del héroe al dictador* (2010), 11.

141 *Diccionario de la lengua española*, https://dle.rae.es/?id=Qp4ig6r (consultado en enero de 2019).

142 Una interesante reflexión sobre la obsesión como trastorno mental y anímico descrito y atendido por médicos alienistas durante el siglo XIX, y hasta Freud, en Rafael Huertas, "Las obsesiones antes de Freud: historia y clínica", *História, Ciências, Saúde – Manguinhos* 21, núm. 4 (2014): 1397-1415.

143 Se puede argumentar que el término no refiere a trastornos psicológicos, pero en otros ámbitos como el laboral y el académico la obsesión también es un problema o trastorno de salud. Véase Juan Carlos Vázquez Parra, Florina Arredondo Trapero y Adriana Ramírez Rocha, "La obsesión al trabajo. Una aproximación desde la impulsividad del sujeto de rendimiento", *ACADEMO. Revista de Investigación en Ciencias Sociales y Humanidades* 4, núm. 1 (2017), https://revistacientifica.uamericana.edu.py/index.php/academo/article/view/62

144 Garner, *Porfirio Díaz. Entre el mito*, 18. En 2010 sólo escribe de "la interrelación íntima, visceral, entre la política y la historiografía en un país donde el Estado siempre se ha dedicado a fomentar, monopolizar y apropiarse de los símbolos públicos y los rituales de identidad nacional, especialmente la escritura de *historia patria*" (Garner, *Porfirio Díaz. Del héroe al dictador* [2010]), 13. En todo caso, el manejo sesgado de símbolos nacionales por parte de un

Estado no es exclusivo de México. Véase, para el caso inglés, el trabajo de Philip Corrigan y Derek Sayer, *The Great Arch: English State Formation as Cultural Revolution* (Oxford: Basil Blackwell, 1985).

145 National Institute of Mental Health, “La esquizofrenia”. Utilicé esta definición en el capítulo 3, en la parte correspondiente a François-Xavier Guerra.

146 El *diagnóstico* psiquiátrico es aceptado, sin reparos, en Erika Pani, “Prólogo”, en *Porfirio Díaz. Entre el mito y la historia*, de Paul Garner (México: Crítica, 2015), 10. Pero entonces, si la esquizofrenia aplica a los indecisos con la nueva historiografía, ¿qué terrible padecimiento mental tienen quienes estén en total desacuerdo? ¿acaso su diagnóstico implica el encierro en un pabellón psiquiátrico? Garner también aplicó el concepto psiquiátrico al *México bárbaro* de Turner (Garner, *Porfirio Díaz. Entre el mito*, 44, nota 16).

147 Véase Brown, *El pueblo*, 86. Algunos antecedentes de estas posturas descalificadoras en México pueden leerse en Romero, *Los orígenes*, 260-262.

148 Cuando se sale de la cómoda esfera académica el asunto se vuelve sombrío. Por ejemplo, en la Inglaterra de la señora Thatcher, cuando una huelga de mineros (1984-1985) fue calificada por un editorial del influyente *Times* de Londres como una *guerra* contra la democracia liberal y la libertad, y los mineros etiquetados como *los enemigos*. El diario exigió *quebrar la capacidad de los sindicatos* que se oponían al gobierno y a los “cambios necesarios en el orden económico”, *The Times*, 2 de agosto de 1984, citado en Corrigan y Sayer, *The Great Arch*, 1, traducción mía.

149 Véase C. Thi Nguyen, “Group-Strapping, Bubble, or Echo Chamber?”, *Social Epistemology Review and Reply Collective* 8, núm. 6 (2019): 31-37, https://wp.me/p1Bfg0-4dr (consultado en junio de 2020). Véase también Nguyen, “Echo Chambers”.

150 Garner, *Porfirio Díaz. Entre el mito*, 325.

151 Krauze, *Porfirio Díaz*, 151.

152 Paul Garner, “Presentación” en *Historiografía del Porfiriato, Diversas interpretaciones en torno a un polémico asunto*, coord. por Carlos Becerril (México: Universidad Anáhuac, 2017), VII.

153 Garner, *Porfirio Díaz. Del héroe al dictador* (2010), 248; Garner, *Porfirio Díaz. Entre el mito*, 325; véase Becerril, “Introducción”, XI.

154 Sobre los movimientos políticos actuales de las derechas, véase Geoffrey Pleyers, “Pensar los actores conservadores y capitalistas como movimientos sociales”, *Revista de Estudios Sociales* 67 (2019): 116-123.

155 Cadena, “El neoliberalismo”, 198-236. Véase el breve balance

sobre los resultados de las políticas neoliberales en México en Jaramillo, “Lo que el neoliberalismo nos dejó”.

156 Garner, *Porfirio Díaz. Del héroe*, p. 10.

157 Weber citó de manera breve ejemplos europeos y estadounidenses que se asemejan al cesarismo plebiscitario, Weber, *Economía y sociedad*, 1109-1110.

158 Luis González y González, “La historiografía que nos rodea”, en *El historiador frente a la historia*, Horacio Crespo *et al.*, 32.

159 Incluso se ignoran abiertamente las investigaciones académicas hechas en países europeos mediterráneos, considerándolos periféricos, Moreno, “Crisis de los pilares”, 49-54.

CAPÍTULO 5. PROGRESO REVISIONISTA

Al comenzar la primera década del siglo XXIalgunos exponentes de la llamada nueva historia económica afirmaban sin dudar que era el área de investigación más exitosa y madura de toda la producción historiográfica mexicanista:

> La historiografía económica de la década de los noventa es un testimonio de [...] que, justamente, a lo largo de ese periodo llegó a un punto de madurez significativo: fuentes mejor sistematizadas, mayor capacidad analítica y un giro historiográfico hacia una economía aplicada al análisis histórico, entre otras evidencias de esa evolución. Adicionalmente, una nueva historia institucional y de la conducta económica han contribuido a superar viejos esquemas interpretativos sobre el Estado, las instituciones y las organizaciones, el mercado y los actores económicos, sociales e individuales.[1]

El entusiasmo no era para menos, al comenzar el tercer milenio el neoliberalismo alcanzaba su apogeo, aplicado como programa económico y político por la mayoría de los gobiernos del planeta. De Gran Bretaña a México, de China a Chile, de la India a Rusia, el llamado Consenso de Washington se impuso como programa global. También se profundizó el impacto de su racionalidad en las formas de pensar de individuos, sociedades y organizaciones. En ese contexto *global*, algunos historiadores de la economía declaraban tener "influencias historiográficas, señaladamente estadounidenses".[2]

Un claro ejemplo de las influencias estadounidenses en la historia económica mexicana de la década de los noventa es un reconocido texto de Sandra Kuntz Ficker, que sirve de introducción a un volumen colectivo sobre ferrocarriles y obras públicas en el Porfiriato. Mientras destacaba las contribuciones del estadounidense Robert Fogel y sus "conjeturas razonables" con base en el análisis contrafactual, así como las aportaciones de Alfred Chandler y su historia del capitalismo gerencial, Kuntz insistía en el atraso económico, social e institucional de México como obstáculo principal que impidió aprovechar plenamente la implementación de los ferrocarriles.[3] La introducción está muy bien escrita, con un profundo conocimiento de teorías económicas anglosajonas, y es concisa y clara (puede decirse que inclusive es elegante) en su argumentación, mesurada en sus

propuestas, sin triunfalismos ni excesos. Sin duda se trata de un modelo de cómo presentar una introducción accesible para un tema especializado. Ese texto y el libro colectivo del que forma parte constituyen una excelente aportación al conocimiento de la historia económica del siglo XIX, con un manejo magistral de fuentes, hipótesis y teorías disponibles en esa época. Así es difícil discutir la madurez de la historia económica.

Sin embargo, aparte de aprobar sin más las conjeturas contrafactuales, de las que he señalado sus problemas en el capítulo anterior, la tesis del atraso mexicano no explica nada. Se puede continuar la línea de reflexión y suponer que el atraso actual de nuestro país ("un país que no está preparado para tanto adelanto") impide aprovechar plenamente la informática, las telecomunicaciones, la energía nuclear, la genética y cualquier otra tecnología, por lo que daría igual tener o no tenerlas (como sostuvo Fogel sobre los ferrocarriles en EUA).[4] Es decir, es un argumento retórico resultado de una suposición imposible de ser verificada. En el mismo volumen otro texto describe el atraso como una combinación de condiciones económicas y de rasgos socioculturales de las elites que impidieron el aprovechamiento del ferrocarril.[5] Si el atraso impidió aprovechar a plenitud un medio de transporte y comunicación, entonces la autora se contradice en un capítulo del mismo libro, donde muestra los alcances del aprovechamiento. Así que el libro representa tanto las virtudes como los defectos de la historia económica. Debe tenerse en cuenta que el volumen pertenece a la época del México priista neoliberal, donde las derechas representadas por el PAN no tenían el poder político ni sus abundantes recursos; eso cambió en el año 2000. De allí que el tono triunfal de Ibarra en 2003 refleje en parte el nuevo escenario político, lo que también se percibe en el cambio de tono en los subsecuentes trabajos de Kuntz y de Paolo Riguzzi. Pero antes de examinar esos textos, así como otras publicaciones y otros argumentos de la historia económica, es necesario volver a desglosar detalles epistemológicos, esta vez justamente aquellos presentes en las teorías económicas anglosajonas. En las siguientes páginas trato de mantener una redacción clara y sencilla, en lo posible, pues el punto es mostrar las formas en que esta historiografía construye su conocimiento, así como los argumentos ideológicos y políticos subyacentes.

5.I. LA NUEVA HISTORIA ECONÓMICA

En el mundo anglosajón, las humanidades (historia, filosofía, literatura) son consideradas artes, de manera que se perciben como un área o *cultura* diferentes de la ciencia (física, biología, química, etcétera), con las ciencias sociales ubicadas en algún lugar

intermedio.[6] Sin embargo, desde el siglo XIX, algunos de los teóricos de la economía forjaron la llamada corriente neoclásica, con base en la idea de que la actividad económica era "un gigantesco mecanismo gobernado por los principios de equilibrio y conservación", por lo que les resultó lógico equiparar la disciplina con la física de Newton. Los neoclásicos abandonaron la tradicional denominación de economía política y adoptaron un enfoque racionalista en el que las matemáticas permitirían identificar las leyes de la actividad económica. León Walras, uno de sus fundadores, expresó la supuesta similitud con la física newtoniana de la siguiente manera: "El rasgo característico de una ciencia propiamente dicha es la completa indiferencia frente a cualquier consecuencia, ventajosa o indeseable, de su vínculo con la búsqueda de la verdad pura".[7]

Gracias al antecedente de la llamada "escuela escocesa", donde sobresale la propuesta de Adam Smith de estudiar la economía como algo desligado de la política y la historia, en un claro respaldo del orden conservador elitista británico, el análisis económico neoclásico se afianzó en los países de habla inglesa como la forma correcta de estudiar la actividad económica. Sobre todo a partir de los trabajos de economistas como Alfred Marshall y Lionel Robbins, en el cambio del siglo XIX al XX. Ellos introdujeron la teoría marginalista, que pone el valor de una mercancía en la utilidad que le otorgue el consumidor, calculada racionalmente, y en su escasez, es decir, introdujeron consideraciones subjetivas dentro de una *ciencia* que se preciaba de su naturaleza matemática; también aportaron el concepto de equilibrio.[8]

La indiferencia ante cualquier consecuencia buena o mala le permitió al neoclasicismo ignorar y excluir el enfoque marxista, que hizo hincapié en la plusvalía y en su apropiación excesiva por los capitalistas, y que justificaba los reclamos de los movimientos obreros, socialistas y comunistas. Es decir, se prescindió de las connotaciones políticas y sociales de la aplicación de las teorías.[9] Cualquier factor o variable que se refiera a "asuntos sociales" es puesto de lado como tema "no científico" o bien es calificado de sociológico, esto es, fuera del interés de la economía. Se trata de una falacia argumental disfrazada de objetividad científica, porque los asuntos humanos estudiados por la economía no ocurren fuera de la sociedad ni carecen de consecuencias sociales, por el contrario, cada teoría aplicada en decisiones comerciales, empresariales, y gubernamentales tiene consecuencias directas sobre las vidas de millones de personas. En cuanto a la objetividad planteada, además de imposible e inalcanzable, es otro argumento falaz desde el momento en que la teoría neoclásica partió de una postura política conservadora. Por ejemplo, entiende al capitalismo como "un sistema pacífico impulsado por mecanismos de competencia autoequilibradores", un concepto que

representa la antítesis de la interpretación de Karl Marx de un capitalismo desequilibrado, amenazado por la acumulación infinita e inmerso en la lucha de clases.[10] De manera que, con supuestos entendidos como conceptos (axiomas) como el de una sociedad compuesta de individuos racionales que elimina no sólo la idea del desempleo (¡es una elección tener o no trabajo!), y la noción de una reserva de mano de obra, sino también el concepto mismo de clases sociales (sólo hay individuos como agentes económicos), la economía neoclásica es decididamente antisocialista, antisindicalista y antimovimientos obreros, es decir, es capitalista, proempresarial y elitista.[11]

En este marco cientificista y antimarxista, surgió, a mediados del siglo pasado, la llamada Nueva Economía como crítica y complemento a las propuestas de Keynes, con base en los trabajos de Paul Samuelson y Milton Friedman, sobre todo.[12] Con ellos se supone que los neoclásicos habían descubierto las "verdades eternas" de la economía y las habían aterrizado en modelos expresados mediante ecuaciones matemáticas, es decir, confirmaron que sus antecesores habían convertido la economía en una ciencia al nivel de las ciencias naturales. Como dijo Samuelson con su sencillez característica: "¿Quién soy yo para negar las verdades inamovibles de los libros de texto si yo soy uno de esos académicos que contribuyeron a descubrirlas partiendo del estudio de las experiencias históricas y de la lógica de los principios económicos?"[13] Un economista e historiador inglés describe el impacto en su profesión de este nuevo desarrollo:

> Aquellos que han estudiado economía a partir de la terminación de la Segunda Guerra Mundial, y para quienes el uso corriente de los términos y los conceptos que utilizan es algo normal, difícilmente pueden imaginarse la sensación de emancipación, casi de revelación, que las generaciones que los precedieron sintieron con el nacimiento de lo que llegó a ser conocido como la "nueva economía". No es sorprendente encontrar, al mirar retrospectivamente, cómo la que ahora debe ser llamada primera generación de economistas poskeynesianos proporcionó una base sólida para el surgimiento excepcional de una nueva actividad teórica.[14]

Es significativo que la aparición y el impacto inicial de una teoría económica fundamentada en ecuaciones y modelos matemáticos se exprese por medio de impresiones subjetivas, más propias de experiencias sensoriales o de revelaciones religiosas. Una mistificación comprensible en cuanto los economistas creyeron –sí, creyeron– que trabajaban con base en "sólidos" y "sofisticados" modelos matemáticos. En ese marco inspirado aparecieron historiadores

económicos como Robert Fogel y Douglas North, que impulsaron la *New Economic History* (también llamada *Historical Economics*) con base en estadísticas y matemáticas (*cliometrics*) como medios para probar hipótesis sobre actividades del pasado.[15] De esta manera las investigaciones en historia económica dejaron de ser primariamente narrativas para dar preferencia a la aplicación y examen de modelos económicos, a construir series de datos y probar empíricamente hipótesis o, como lo expresó con su típica modestia Samuelson, plantear "teoremas significantes" en cuestiones económicas que fueran "refutables".[16]

Mencioné brevemente en el capítulo 1 cómo Friedman, en conjunto con Mises y Hayek, estableció las bases del neoliberalismo contemporáneo. En términos teóricos el neoliberalismo parte de la "nueva teoría económica" y la "nueva historia económica", que se guían principalmente por los supuestos (axiomas) de los modelos neoclásico y neoinstitucional: que las personas son racionales en sus ideas, motivaciones y acciones; que los mercados son eficientes y perfectos porque los agentes involucrados manejan información perfecta por lo cual, además, mercados y economías se autocorrigen sin necesidad de regulación gubernamental, esto es, tienden espontáneamente al equilibrio. Evidentemente, desde esta perspectiva es preferible una economía de libre mercado, así como una drástica reducción del papel del gobierno.[17] El mercado es la clave de la teoría económica, por tanto, es necesario suponer que existen mercados de todo tipo y para cualquier propósito.[18]

La economía neoclásica y el neoliberalismo reducen la razón a la lógica económica del mercado, apoyando toda su pretendida cientificidad y fortaleza analítica en ese supuesto, aquello que no quede dentro de ese ámbito lo desechan o descalifican como irracional.[19] Pero tales consideraciones teóricas difícilmente corresponden con la realidad cotidiana, pues las personas no siempre se guían por una racionalidad regida por la ganancia material egoísta, tampoco se es racional en cada momento; de hecho, los seres humanos podemos ser bastante irracionales. Los comportamientos durante la reciente pandemia de Covid-19 demuestran que las conductas de personas, grupos e incluso gobiernos, difícilmente siguen una racionalidad economicista o, para ampliar el espectro de consideraciones posibles, razones de salud pública o razones científicas o de seguridad personal. Es obvio que estas teorías de origen anglosajón son enfoques reductores, limitados y limitativos, de la racionalidad y de las realidades cotidianas de la vida, incapaces de explicar todo lo que se salga de sus moldes. Por supuesto, los mercados reales no son eficientes, no se autocorrigen ni equilibran por sí solos, como tampoco los actores económicos o los inversionistas son

racionales o manejan información perfecta. Basta pensar en los recurrentes *cracks* bursátiles y en las crisis económicas de las últimas décadas, normalmente no previstas por los expertos (o bien, disimuladas y negadas hasta el último momento), para constatar que la racionalidad económica y el "mercado eficiente y autorregulado" sirven para dos cosas: como axiomas teóricos y como pretextos ideológicos para naturalizar las inmensas ganancias de unos cuantos y las constantes pérdidas para millones.[20] No obstante todos los problemas señalados, esos supuestos constituyen el núcleo argumental del modelo neoclásico, del modelo neoinstitucional y del neoliberalismo.

El enfoque neoinstitucional fue desarrollado en primera instancia por North en *Estructura y cambio en la historia económica*, que apareció en 1981. El libro ofrece una crítica a los límites del modelo neoclásico, aunque dejaba en claro que ese modelo

> ha suministrado una explicación tan convincente de la asignación de recursos de mercado que el tema ya no constituye un punto de discusión entre académicos. Dicho en términos sencillos, la economía neoclásica predice tan bien muchos aspectos de las relaciones de mercado que simplemente hemos olvidado cuánto contribuyeron al avance científico dichos desarrollos.[21]

North insiste en que el modelo neoclásico era científico y constituyó un avance extraordinario, que generó tal consenso entre los economistas que ahora da fundamento a la economía como ciencia y la equipara con las ciencias naturales. Su propuesta plantea ampliar y mejorar los alcances del modelo. Sin embargo, su "nuevo" modelo se basa en suposiciones, falacias e intuiciones, por ejemplo, la "conclusión intuitiva" de que "si bien bajo condiciones de incertidumbre es imposible que exista maximización del beneficio o de la riqueza individual", a nivel agregado sí se produce máxima riqueza, porque, "al ser la escasez un fenómeno permanente, la competencia lleva a que sobreviva la institución política o acción individual más eficiente y a que perezcan las ineficientes".[22]

En un texto más reciente, North define las instituciones como "las reglas de juego en una sociedad", con base en dos teorías: la teoría de juegos y la de la elección racional. Las instituciones incluyen normas formales e informales que "son totalmente análogas a las reglas de juego en un deporte competitivo de equipos".[23] Esos equipos son organismos sociales, como partidos políticos, empresas, cooperativas, iglesias y universidades, y los jugadores son entendidos como empresarios, es decir, agentes racionales en busca de la maximización de su ganancia y su riqueza; "la fuerza de la teoría microeconómica es que está construida sobre la base de supuestos en la conducta

humana".[24] Pese al entusiasmo del historiador, me parece que la metáfora de un juego con sus reglas y su competencia no es adecuada para describir a una sociedad, ni siquiera toda actividad económica, de hecho, es una visión estrecha y muy limitante de la complejidad del mundo. Suponer que cualquier actividad social es un juego que empieza en condiciones de igualdad para todos los participantes es, sencillamente, una ingenuidad (o una postura cínica) que soslaya las diferencias sociales y económicas existentes de antemano; en un equipo todos sus miembros juegan con el mismo uniforme y los mismos dispositivos, mientras que en una competencia se enfrentan jugadores en igualdad de condiciones, pero en la vida real esas paridades iniciales no existen.[25] Además, presumir que el propósito de todos los individuos es ganar el juego implica que es "natural" que haya ganadores y perdedores en la sociedad, donde los ganadores lo son por demostrar capacidad excepcional y por tanto "merecen" su éxito y su riqueza. En pocas palabras, se encubre la desigualdad inicial mientras se legitima el resultado de una "competencia" que no es tal. Y de nuevo, afirmar que todos los seres humanos somos agentes racionales dentro de un esquema capitalista de mercado, es tan absurdo como muchos de los comportamientos de las personas.

Aunque estas teorías contienen la idea de que el capitalismo es algo natural y eterno o transhistórico, en realidad es un sistema económico relativamente reciente (unos cuantos siglos, dependiendo del especialista que se lea), originado en Europa, que en los dos últimos siglos se ha expandido globalmente, aunque de manera intermitente. Lo mismo puede decirse del neoliberalismo, una racionalidad construida por intelectuales en Europa occidental y los Estados Unidos en el último siglo. Considero que resulta complicado que modelos económicos, teorías y racionalidades elaboradas para ciertos aspectos de tipos particulares de sociedad puedan aplicar indistintamente para el resto del mundo.[26] Además, presumir que la ganancia económica es el valor máximo o motivación, es desconocer que otros elementos no económicos inciden en la vida y en las decisiones de cada persona, y de los grupos sociales.

Los supuestos como axiomas facilitan la elaboración de modelos matemáticos, pero a cambio empobrecen tanto el análisis de las dinámicas sociales del presente y del pasado como a la disciplina que adopta estos esquemas. Además, son simplificaciones tendenciosas de la realidad. Así, aunque al inicio se enfatiza la existencia de organizaciones, el eje de análisis neoinstitucional gira sobre las "elecciones individuales racionales"; a lo cual se añade una perspectiva evolucionista del "cambio institucional" inspirada en Herbert Spencer, donde los más aptos (económicamente) sobreviven, mientras desaparecen los inferiores.[27] Esta última idea puede ser

aceptable en biología evolutiva (y sólo en ciertos casos), o en algunos análisis empresariales, pero es inadmisible en el estudio de las actividades humanas, mucho menos como criterio general de interpretación. El evolucionismo economicista, expresado como la "selección natural por medio de la competencia económica", no es un enfoque científico sino una ideología que justifica las desigualdades, la pobreza, las bancarrotas, el desempleo masivo, así como los monopolios y oligopolios, los fraudes financieros y las prácticas depredadoras, sin contar con su glorificación del individuo egoísta. Entretanto, economistas, funcionarios y políticos neoliberales consideran, cuando les conviene, que ciertas entidades deben ser protegidas y hasta rescatadas con fondos públicos, como los grandes bancos o las multinacionales en bancarrota ("too big to fail" afirman), olvidando con cinismo aquello de la desaparición de los perdedores incapaces.

Suposiciones, intuiciones, sofismas y falacias son los fundamentos de la teoría económica y de la historia económica para hacer predicciones "científicas". Estos problemas están relacionados con las ideas que sus expositores tienen acerca de lo que es una ciencia.[28] Para entenderlo conviene revisar un viejo texto de Stephen Haber, especialista en historia económica, donde se puede captar la mezcla de teorías económicas (con los problemas aquí descritos) con teorías tomadas de la filosofía de la ciencia. En ese escrito Haber afirmaba que la historia cuenta con dos paradigmas o formas principales de presentar sus investigaciones: una que corresponde a la "historia ciencia social" (*social science history*), "enraizada" en las ciencias naturales y sustentada en una "epistemología falsacionista popperiana" que pone énfasis en el pensamiento formal y su consistencia lógica. Esta "historia ciencia social", o historia económica, prueba teorías e hipótesis en una forma directa y explícita, "y abraza el análisis cuantitativo de datos reunidos sistemáticamente". La otra forma es una historia "tradicional" arraigada en un modelo legalista de prueba con base en el razonamiento analógico, y que construye una narrativa autoritaria que deja ver la imaginación histórica y la "voz moral" de su autor.[29]

Haber se basó en Thomas Kuhn y sus conceptos de paradigmas, ciencia normal y revoluciones científicas, en Imre Lakatos y su modelo de programas de investigación, así como en Karl Popper y sus métodos de falsación de hipótesis; los tres filósofos e historiadores de la ciencia.[30] Haber supone que existe una unidad de método entre las ciencias naturales y las sociales (Popper), cree a pie juntillas que las primeras son "ciencias maduras" (Kuhn), y por tanto constituyen la única fuente de legitimidad científica (Lakatos).[31] Para Haber la historia ciencia social descansa en el uso de matemáticas avanzadas en

análisis cuantitativos, como productores de "pruebas" que sustentan o rechazan hipótesis y modelos; y los estudios de caso como observaciones científicas en el sentido "riguroso" empleado por un psicólogo clínico o un investigador en medicina. Al adoptar estos "métodos científicos", la historia económica reafirma el mantra decimonónico de haberse convertido en una ciencia equiparable a las ciencias médicas o las ciencias naturales.[32] Ese enfoque enfatiza que, aunque puede ser subjetiva ontológicamente, una disciplina debe mantener una epistemología objetiva; para ello, Haber enlistó métodos y técnicas que minimizan los peligros de la subjetividad y garantizan que los datos recopilados y las conclusiones sean verificables de forma empírica, es decir, confiables. Un ejemplo de sus técnicas y métodos es el producto interno bruto o PIB (GDP, en inglés). La certeza en el carácter científico de la disciplina viene de la seguridad en que las matemáticas son objetivas en sí mismas; esto es, para expresarlo en términos de Kuhn, que constituyen "un lenguaje neutro", y, por tanto, se puede confiar en ecuaciones, estadísticas y modelos en cuanto métodos e instrumentos de medición neutrales, imparciales e irrebatibles.

En cambio, la "nueva historia cultural" estadounidense resulta un ejercicio retórico y pretencioso que dudaba de la existencia de hechos objetivos (*objective facts*), independientes de las ideas y creencias del historiador. Sus practicantes, inmersos en el posmodernismo, tenían una posición político-ideológica de izquierda "anticapitalista, prosocialista, prorrevolucionaria"; mientras carecían de conceptos analíticos claros. Sin fundamentos matemáticos y plagada de ideología perniciosa, la historia cultural "ha fracasado en crear un programa de investigación serio" ("a serious research program").[33] Evidentemente, para ser "científico" hay que ser de derecha, capitalista y antirrevolucionario, lo que además ayudaría a erigir un programa de investigación. Por eso, la historia económica sí era un programa de investigación serio en 1999, es decir, ya había alcanzado el estatus de "ciencia madura". Como puede verse, *paradigma*, *falsación*, ciencia madura, programa de investigación y muchas otras proposiciones de Kuhn, Popper y Lakatos parecen sustentar las afirmaciones de Haber. No obstante, tanto Kuhn como Lakatos remarcaron que no consideraban a las disciplinas sociales como ciencias de la misma forma que las naturales, mucho menos como ciencias maduras o programas de investigación. De hecho, ambos filósofos estuvieron en desacuerdo con respecto de que en estas áreas se utilizaran sus conceptos, modelos e ideas.[34] Añádase a lo anterior que Karl Popper fue muy crítico de las limitaciones del modelo de Kuhn, y éste del falsacionismo de Popper, mientras Lakatos los criticó a los dos. Es decir, apoyarse en estos filósofos y mezclar sus propuestas es

complicar enormemente las cosas.[35]

Si se quiere ser congruente en seguir a Kuhn, entonces debe reflexionarse que la metodología sustentada en matemáticas, estadísticas, lógica formal y modelos conlleva en sí misma la noción de que estos elementos no conforman un "lenguaje neutro", porque "no puede haber ningún sistema de lenguaje o de conceptos que sea científica o empíricamente neutro"; en otras palabras, teorías, conceptos, mediciones y datos se construyen y se interpretan a partir de lenguajes condicionados por las teorías o por los paradigmas en que se mueve el investigador.[36] Por otro lado, recientes estudios han mostrado que los datos estadísticos, y en general los datos recopilados por científicos de todas las áreas, antes que hablar por sí mismos, son producto de procesos de selección acumulativos que le dan forma a la presentación, al análisis de esos datos y a las posibles conclusiones.[37] De manera que los datos estadísticos mismos dependen del investigador o investigadores, de su perspectiva disciplinaria, personal, de clase, de género y política. No hay datos duros, ni lenguajes neutros, ni estadísticas puras. Por supuesto que algunos economistas son plenamente conscientes de que la ideología es parte de su actividad profesional; es decir, que por más estrategias metodológicas que propongan, sus interpretaciones contienen matices ideológicos; así, un economista asesor del gobierno estadounidense declaró que "cuando [los economistas] llegan a Washington, no pueden dejar atrás sus ideologías. Y, por cierto, no deberían hacerlo".[38]

La historia económica no es una ciencia madura ni un programa de investigación porque carece de los ingredientes principales requeridos en los mencionados esquemas teórico-filosóficos: no ha proporcionado un descubrimiento o un logro científico trascendental que permita explicar problemas de otra manera irresolubles, lo que daría lugar a un consenso disciplinario a partir del cual construir un paradigma sobre el cual desarrollar una "ciencia normal". Tampoco ha predicho hechos nuevos previamente desconocidos.[39] ¿Cuál es la revolución copernicana en economía? Dado que veneran la física de Newton ¿tienen algo comparable a las leyes de la física newtoniana? Porque una cosa es creerlo y afirmarlo, pero mostrar de forma indiscutible ese logro es otra muy distinta. ¿Cuál es la teoría equivalente a la teoría de la relatividad en economía, o en historia económica? ¿Cuáles predicciones se han cumplido, y han generado nuevos descubrimientos y nuevas disciplinas? La experiencia casi religiosa con la que se describe la nueva historia económica es sólo una impresión subjetiva ante una manera particular de aplicar matemáticas en la teoría económica. Neoclasicismo y neoinstitucionalismo aspiran a imitar un modelo científico del siglo XVII, pero en sus aplicaciones concretas no

aportan ninguna diferencia ni para la disciplina ni tampoco para alguna economía nacional.[40]

Los economistas ni siquiera han podido prever ni mucho menos evitar crisis como la del "error de diciembre" de 1994 en México, o la mundial del año 2008, por mencionar sólo dos casos.[41] De hecho, ambas crisis fueron provocadas por la aplicación irrestricta (además de irracional y corrupta) de medidas desregulatorias sustentadas en modelos "científicos" elaborados por economistas formados en las universidades anglosajonas o en las instituciones neoliberales mexicanas. No hay predicciones certeras por ningún lado, pero en cambio sus errores pueden ser colosales y para muestra otro vergonzoso botón: todavía en 1970 "Paul Samuelson seguía prediciendo una posible superación del PIB estadounidense por el PIB soviético entre 1990 y 2000".[42] Ni en lo teórico ni en su aplicación como programa de gobierno, el modelo neoclásico-neoliberal ha logrado algo que no sea una creciente desigualdad económica, un número cada vez mayor de personas en la pobreza y una inmensa concentración de la riqueza en unas cuantas manos (entre las que hay buen número de economistas de altos vuelos, banqueros, especuladores financieros y consejeros económicos).

Por si algo faltara en este sorprendente cuadro, los modelos de Kuhn y de Lakatos suponen ontologías conservadoras en las que las ciencias y los científicos, de entrada, rechazan anomalías, fallas y propuestas alternas al paradigma o programa dominante; en esos modelos es lógico ignorar o suprimir metódicamente críticas y evidencias discordantes, así como negar cualquier diálogo con posturas opuestas y propuestas alternas. La ciencia normal de Kuhn es un esquema rígido y repelente al diálogo y al pluralismo teórico, que da lugar a grupos de investigación que se cierran y se aíslan, mientras apuestan por el esoterismo de conceptos y términos, encubiertos bajo la apariencia de una supuesta *complejidad* de procesos y métodos.[43] Se completa el cuadro con los supuestos neoinstitucionales y su visión evolucionista, y el resultado es una extraña mezcla de teorías decimonónicas, ideologías elitistas inglesas, conservadurismos políticos y académicos, supuestos simplistas, malinterpretaciones de modelos filosóficos, y matemáticas complejas, que ha favorecido el desarrollo de argumentos discutibles (o absurdos) como la idea del equilibrio económico, la competencia en condiciones de igualdad, el reino de los fuertes y aptos (los ganadores), y el sometimiento de los *débiles* e ineptos (los perdedores), la inexistencia de clases sociales y de agudos problemas como el desempleo.[44] Un economista mexicano ha dicho recientemente que la teoría neoclásica "se ha vuelto un dogma para sus seguidores", donde "el dogma sustituye a la realidad".[45] Lo mismo puede decirse del neoinstitucionalismo y del

neoliberalismo. Hecho este breve recorrido, conviene volver a considerar los trabajos dentro de la nueva historia económica.

5.2. HISTORIA ECONÓMICA EN AUGE

El ensayo publicado en 2003 por Ibarra proclamaba que la historiografía económica había alcanzado la "maduración historiográfica", y se había convertido en un "programa de investigación en historia económica para México, ligado a la fuerza monográfica e interpretativa de la historiografía estadounidense". Se abandonaron las polémicas con el marxismo y el estructuralismo dependentista (consideradas ortodoxias en declive), y se desacreditaron las teorías como recurso metodológico en favor de un "empirismo acrítico" y del eclecticismo. Con base en lo anterior, los historiadores de la economía prefirieron las "teorías modernas" y "útiles", es decir, la teoría neoclásica y el enfoque neoinstitucional.[46] En consecuencia, al adherirse a las ventajas y aciertos del enfoque estadounidense, también se adquirieron sus desventajas y errores. Por ejemplo, considerar que la disciplina es un "programa de investigación", mientras que al mismo tiempo se dice que es "una constelación de enfoques y paradigmas", en una confusa mezcla de las ideas de Kuhn, Lakatos y Popper. En medio del desconcierto Ibarra manifestó su duda de si adoptar el modelo neoinstitucional de Douglas North implicaba "un cambio de paradigma en la historia económica que [obligaba] a un relevamiento de nuestros supuestos de conocimiento".[47] Así, el batiburrillo de conceptos, definiciones e ideas, de los filósofos de la ciencia acompaña la rigidez epistemológica de esta historiografía, en conjunto con un fuerte contenido ideológico de las derechas estadounidenses y mexicanas.

Lo que sí es claro es el impacto del neoliberalismo, ejemplificado en la metáfora utilizada para definir la disciplina: "La historia económica se ha consolidado como un mercado de ofertas intelectuales que se miden frente al conocimiento, con la consistencia de sus argumentos y la solidez de la evidencia, antes que por su ideología explícita".[48] De esta manera, una actividad académica que debería privilegiar el debate de argumentos, de evidencias y de su aportación al conocimiento, además del diálogo con posturas divergentes, es convertida en un mercado, un lugar de transacciones de mercancías en competencia cuyo valor queda determinado por la oferta y la demanda.[49] Las investigaciones y publicaciones son mercancías *ofertadas* de acuerdo con la demanda existente, mientras su "consistencia" y su "solidez" se refieren a lo que la teoría económica estadounidense entiende como bajo o nulo contenido ideológico (esto es, sin rastro de teorías marxistas, dependentistas, desarrollistas,

etcétera). La metáfora es un ejemplo espectacular de las formas en las que "la racionalidad neoliberal disemina el modelo del mercado a todas las esferas y actividades –incluso aquellas en que no se involucra el dinero– y configura a los seres humanos de modo exhaustivo como actores del mercado, siempre y en todos lados".[50]

Si la investigación histórica es un mercado racional, equilibrado y eficiente, se pueden plantear las siguientes preguntas: ¿es un mercado perfecto, libre y sin trabas? Si lo es, se trata de un hito en el panorama del capitalismo por su rareza, si no lo es ¿cuál es el factor que distorsiona el mercado historiográfico?, ¿o acaso el mercado se autorregula?, de ser así habría que resaltar el ejemplo para que todos los economistas neoliberales lo utilicen en su análisis, porque en la vida real no existe nada similar. ¿Es un mercado equilibrado?, ¿cómo y cuándo lo consiguió? y ¿cómo se mide su eficiencia? Por otro lado, ¿la naturaleza "intelectual" de las mercancías se ofrece en gramos, onzas, litros, por pieza o en *stocks* por mayoreo? ¿Hay un mercado de futuros para libros y artículos de historia económica? Si los clientes tienen preferencias de consumo ¿los historiadores económicos ofrecen textos conforme esas preferencias? En cuanto a las teorías consideradas ideológicas ¿por qué solo las teorías neoclásica y neoinstitucional pueden decidir cuáles son descartables?, ¿de dónde tomaron esa potestad sobre lo correcto e incorrecto? ¿Por qué las teorías contrarias no pueden competir en este mercado? Si algunas mercancías o algunos productores no pueden competir entonces ya no es un libre mercado, por el contrario, es *un mercado distorsionado* por cuestiones político-ideológicas; y si es así, entonces ¿cómo impacta la ideología capitalista conservadora a los argumentos y a la evidencia "solida"?[51] Parece que el ideal de los neoliberales es un mercado controlado por un monopolio u oligopolio ideológico que impide la entrada de teorías alternas y competidoras mediante la censura de contenidos.

La metáfora reutilizó viejos argumentos positivistas, como que el conocimiento se produce sólo con base en evidencia "sólida" (hechos y "datos duros"), y sin contaminación ideológica. Equiparar hechos históricos con los hechos empíricos de las "ciencias de la naturaleza" revela la creencia de los historiadores económicos en que practican una ciencia "madura".[52] Aunque en realidad sólo es una posición autoritaria, rígida y cerrada, disfrazada de empirismo, que descalifica como productos ideológicos –con valor nulo y ninguna competitividad– las investigaciones que no se apoyen en los modelos económicos neoclásico o neoinstitucional. Es evidente que el neoliberalismo tiene "penetrantes efectos en los modos de pensamiento, hasta el punto de que ha llegado a incorporarse" como la forma natural en que se interpreta, se vive y se entiende el

mundo.[53] Define preferencias y aversiones ideológicas, contenidos "intelectuales", así como identidades políticas y de clase. He aquí otro ejemplo, un artículo de Aurora Gómez-Galvarriato, también de 2003:

> Los profundos cambios ideológicos, políticos, económicos y sociales que se cristalizaron a mediados de los ochenta, con la caída de la cortina de hierro en Europa del Este, nos han hecho tomar distancia de las bondades de las revoluciones sociales y obligado a verlas de forma más escéptica. Asimismo, el giro en el modelo de desarrollo dado por México, entre muchos otros países, hacia políticas de corte liberal, con una nueva ola de globalización, nos hacen encontrar en el periodo de fines del siglo XIX y principios del XX resonancias con el presente que hasta hace poco no se percibían. Tal pareciera que el paso de los años, en vez de alejarnos, nos ha acercado a aquel periodo, que hoy percibimos menos ajeno y distante de lo que era para los historiadores de hace sólo unas décadas.[54]

Ésta es la versión original de la explicación citada anteriormente (en el capítulo cuatro), del libro *El Porfiriato*. La metáfora de la resonancia es tomada de la física: un movimiento oscilatorio (como el de un péndulo que se acerca y se aleja), y que en historia implicaría que las similitudes entre el Porfiriato y el presente representan tanto un "regreso actualizado" del liberalismo practicado en aquella época, el cumplimiento de un ciclo de casi un siglo de duración y, por supuesto, la identificación entre ambos periodos (el péndulo que vuelve es el mismo péndulo).[55] Esta postura política conservadora y antirrevolucionaria identifica el presente en el pasado porfirista, demostrando que la ideología nunca ha dejado la historia económica. Es una extraña manera de aplicar el modelo de ciclos económicos (o de negocios) de expansión y de contracción (o crisis) que supuestamente siguen unos a otros de forma automática, aplicado a la historia política contemporánea de Occidente.[56] La metáfora expresa además un elemento epistemológico: la identificación entre el presente neoliberal y el Porfiriato supone que es posible un acceso más directo a ese pasado, lo que permite dejarlo hablar y escucharlo y, por supuesto, entenderlo "en sus propios términos". De esa manera, el conocimiento obtenido por los historiadores económicos neoclásicos o neoinstitucionales sería directo y sin intermediación y de una pureza inalcanzable por otros medios.

El pretendido entendimiento íntimo del pasado es complementado mediante el uso del plural mayestático (*nosotros*), que implica que existe un amplio consenso o respaldo para el discurso, que lo relaciona al mismo tiempo con una comunidad o institución, mientras excluye opiniones e interpretaciones diferentes y, por tanto, ajenas al grupo.[57]

El *nosotros* encubre al individuo con todas sus ideologías, subjetividades y filosofías personales, así como las influencias del mundo exterior, en favor de un lugar o institución social. El artificio lingüístico identifica a los verdaderos destinatarios de la obra: los colegas o pares, es decir, la comunidad académica restringida que aprobará y respaldará el texto presentado, y traza una frontera discursiva con lectores fuera del grupo principal, y con un público desfavorable.[58]

La autora añadió algunos elementos teóricos y metodológicos para afirmar que la historia es una ciencia con "cierto grado de objetividad".[59] Con estas bases, desglosó y corrigió algunas ideas sobre el Porfiriato: una industria ineficiente y poco competitiva (era más o menos eficiente y algo competitiva), empresarios explotadores (no se puede generalizar, pues hubo diversidad regional), trabajadores explotados (pero privilegiados en comparación con los jornaleros), gobierno protector de extranjeros y del grupo cercano a Díaz (aunque existieron políticas industrial y fiscal).[60] A pesar de la seguridad en la cientificidad y la objetividad de esta nueva narrativa, la historiadora consideró necesario advertir de su complejidad a los lectores no especializados, en un tono desdeñoso, pues supuso que el gran público es un consumidor "ávido de ideas simples".[61] El resultado es una amalgama de puntos de vista conservadores con suposiciones epistemológicas cuestionables y ciertas formas lingüísticas, en una nueva narrativa que no admite dudas ni interpretaciones divergentes, como tampoco tolera *simplezas*.

En 2005, Sandra Kuntz publicó un artículo de balance de la nueva historiografía económica sobre el siglo XIX que, en su opinión, experimentaba un *boom* de investigaciones.[62] Consideraba al Porfiriato "un viejo favorito" como tema de investigación económica, por lo que en su texto propuso diálogos fructíferos con diferentes autores; por ejemplo, sobre los orígenes del atraso económico mexicano (enfoque favorito de la especialista). Inclusive recurre a conceptos marxistas para discutir los rasgos de la burguesía o clase social "que encabezó el tránsito de una economía tradicional a una moderna".[63] Sin embargo, inesperadamente, decidió incluir en su análisis la biografía política de Díaz publicada por Paul Garner, porque consideró que la obra presentaba un "perfil más mesurado" del régimen porfirista, pues lo evaluaba con estándares del siglo XIX y carecía de un compromiso ideológico.[64] Es una lástima que no hiciera explícitos esos estándares decimonónicos ni demostrara la profilaxis ideológica de Garner, sencillamente los enunció. En el capítulo anterior mostré el propósito declarado del historiador inglés de revalorar a Porfirio Díaz, desde una perspectiva de derecha y neoliberal, disfrazada de punto de vista equilibrado. Es entendible que su texto sea resaltado por una

historiografía económica de tendencia conservadora. Lo que no es entendible, en lo académico, es que en un balance de investigaciones y debates sobre historia económica se introduzca un elogio gratuito a un libro de historia política, sin contextualizar su propuesta ni justificar su introducción, mucho menos el aplauso. El triunfalismo neoliberal parece haber inducido a la normalmente cuidadosa analista a permitirse esta abrupta intromisión. Pero no es un asunto aislado, o anómalo, pues incluir la biografía de Díaz muestra que enunciar la mesura y la falta de ideología, sin mostrarlas o comprobarlas (sin falsearlas diría Popper), se convirtió en un requisito y un trámite para considerar un texto como relevante y útil para el revisionismo.

Por otro lado, al discutir la propuesta de los historiadores Haber, Maurer y Razo sobre la existencia de las redes informales de cooptación económica, que denominaron modelo de integración política vertical ("vertical political integration", VPI), durante el Porfiriato, Kuntz aceptó que esta nueva historia económica no escapa a las contradicciones o las interpretaciones divergentes. Por ejemplo, en el caso de la política arancelaria porfirista, que se puede entender como parte de una "política coherente de promoción económica", lo que resulta en una imagen muy favorable del régimen, o bien como "una forma de privilegiar a los aliados del presidente", lo que amenaza con devolver al Porfiriato algunos aspectos de las leyendas negras, al poner el énfasis en las prácticas corruptas.[65]

Otra piedra angular del revisionismo es un ensayo de 2009 de Paolo Riguzzi, que, desde la perspectiva del neoinstitucionalismo, presentó un panorama amplio y riguroso de las fuentes y las interpretaciones en la historia económica, mientras destacaba el carácter "científico" de la revaloración del régimen de Díaz. El autor dejó atrás la sobriedad que caracterizó sus trabajos en los noventa, en favor del tono neoliberal triunfalista. Habían pasado ya diecinueve años desde el ensayo de Topik en *Historia Mexicana*, pero Riguzzi todavía comenta que la vieja historiografía tenía oscurecido al Porfiriato (como un régimen autoritario cuya modernización estuvo subordinada a las demandas del imperialismo o de la división internacional del trabajo), entre teorías marxistas y una academia sujeta a la herencia revolucionaria del Estado mexicano.[66] Esa vieja historiografía que ensombrece al Porfiriato tenía que ser mencionada y caricaturizada como requisito inicial de un planteamiento revisionista, un efectivo recurso retórico y propagandístico que contrasta pasados sombríos con brillantes presentes (y futuros), sobremanera utilizado en la política y en la academia.

El autor resalta que aquella historiografía no se planteaba cuestiones como ¿qué estándares deben utilizarse para reconocer el grado de autoritarismo del régimen, su concentración de riqueza y su

desempeño económico?, y ¿sus rasgos eran únicos o similares a otros países durante el mismo periodo? En cambio, predominaban asuntos tautológicos como ¿qué tan revolucionaria fue la Revolución? Personalmente, creo que esta última pregunta es válida, porque, de no hacerse, entonces la idea de la Revolución puede quedar vacía de contenido, lo que da pie a argumentos absurdos como decir que no hubo revolución, un argumento favorecido tanto por sectores de la extrema derecha como por sus contrapartes en la extrema izquierda. En cuanto al autoritarismo, a Riguzzi le basta con entender que la democracia no era "moneda corriente" en el mundo de aquellos años; es decir, no interesa ni la dictadura ni el autoritarismo ni la democracia, lo único que realmente importa es el aspecto económico. Pero ¿por qué entonces mencionar los temas políticos? Aquí es útil recordar que, para Hayek la democracia era sólo un medio, un expediente utilitario para cuidar la paz de un país y la libertad individual, en especial la libertad económica. El desdén no es, pues, casual: "Cuando la legitimidad y las tareas del Estado quedan vinculadas de modo exclusivo al crecimiento económico, a la competitividad global y al mantenimiento de una calificación de crédito fuerte, las preocupaciones con la justicia de la democracia liberal retroceden".[67]

Lo que sí ocupó al autor fue reconocer que las elites porfiristas ("an intelligentsia") buscaron construir un Estado-nación que se combinara con el crecimiento económico; es decir, el ámbito político importa en cuanto está íntimamente relacionado con el modelo económico de un país, sobre todo si ayuda a resaltar el aspecto constructivo del régimen. En el mismo sentido, Riguzzi coincide con la crítica de Kuntz en 2005 del modelo de integración política vertical (VPI), que describe la red de contratos privilegiados entre políticos y empresarios cercanos a Díaz, porque ese modelo cuestiona al Estado y sus políticas económicas.[68] Sin embargo, su crítica no anula el modelo VPI porque la corrupción, el acceso a información privilegiada y el tráfico de influencias que describe el modelo no minimizan el papel del Estado, lo que hicieron (y hacen todavía) es incrustarse en él y condicionar sus acciones. De hecho, si se revisa con cuidado el trabajo de Riguzzi sobre ferrocarriles, que mencioné al principio de este capítulo, puede verse cómo tomó en cuenta variables socioculturales y políticas para explicar fallos y limitaciones de empresarios y empresas, que podrían perfectamente ser considerados en un modelo VPI. Pero, una década después, el historiador estaba enfocado en ensalzar las virtudes del régimen porfirista, no en analizar sus problemas.[69]

Para Riguzzi, la nueva historia económica se distingue por el uso intensivo de estadísticas históricas, de métodos cuantitativos y de teorías económicas. Sin embargo, reconoció que las estadísticas sobre

el Porfiriato en varios ámbitos son inexistentes o poco confiables, por ejemplo el PIB. Así que se han requerido exhaustivos trabajos de reconstrucción de series y de proyecciones para solventar vacíos de información y distorsiones de las estadísticas históricas. Tales esfuerzos son muy meritorios y muestran las excelentes capacidades técnicas de sus autores, pero, inevitablemente, los resultados implican cuadros incompletos, estimaciones, cifras presumidas y aproximadas, es decir, son interpretaciones. Para casi todos los aspectos económicos del Porfiriato, "las cifras son incompletas y deben tomarse con reserva".[70] Los datos económicos sobre esa época son construcciones hechas por el investigador, al igual que en las otras ramas de la historia; no existen datos duros extraídos de la realidad *tal como era*, en su pureza, con un sentido inequívoco. La *sólida* evidencia es en realidad una interpretación de estadísticas, que son construcciones ideadas y realizadas por el historiador con datos incompletos, mediante un proceso de selección y descarte de lo que debe ser considerado y lo que no. Stephen Haber lo explica de esta manera:

> Lo que los investigadores parecen haber hecho para estimar el PIB de años anteriores fue usar los pocos datos disponibles sobre la producción o la exportación de ciertas mercancías e incorporarlos en la matriz insumo-producto de 1950. La precisión de estas proyecciones históricas puede ser la que uno se imagine.[71]

Las estadísticas son construcciones a partir de procesos de discriminación de elementos de la realidad, con base en ciertos métodos y, por tanto, pueden ser modificables, interpretables de diversas maneras y manejadas de forma selectiva para obtener el resultado que uno quiere.[72] Claro que se puede recurrir a técnicas de comprobación o corroboración para reducir los factores subjetivos, pero ninguna metodología evita que sean los investigadores quienes deciden qué es un dato y qué no lo es, y qué es lo que significa y cómo se utiliza.

> Los "hechos" dependen de mecanismos institucionales (censos, encuestas, impuestos, etcétera) y de categorías sociales, fiscales o jurídicas forjadas por las diferentes sociedades para definirse, medirse y transformarse ellas mismas. Dicho de otro modo, los "hechos" son construcciones cognitivas que cobran sentido en un contexto concreto de interacciones complejas, cruzadas e interesadas, entre el aparato de observación y la sociedad estudiada.[73]

En términos de estadísticas "la solidez" del Porfiriato se disipa en interpretaciones sobre datos incompletos. Se dice que los que no

somos especialistas en historia económica o econometría no entendemos de qué hablan los expertos, y eso puede ser cierto, pero apelar a conocimientos cerrados, esotéricos, y “sacerdocios” del conocimiento elevado no modifica la naturaleza selectiva y manufacturada de las estadísticas sobre las que descansan modelos y teorías económicas supuestamente infalibles.[74] En resumidas cuentas, además de teorías de tipo racionalista y de los métodos matemáticos, la historia económica recurre a supuestos, creencias y expectativas, así como a apreciaciones subjetivas de tipo político. Es posible que por ello los historiadores economistas neoliberales tienen esa necesidad de decir una y otra vez que su disciplina parte de bases científicas: “The study of the economy of the Porfiriato based on scientific criteria is actually fairly recent”.[75]

De hecho, un reciente libro da testimonio de las contradicciones de la historia económica. Un texto bastante provechoso entre más se acerca al presente, pero tiene una clara orientación neoliberal. Pese a utilizar de manera abundante material estadístico para subrayar el tremendo éxito económico del Porfiriato, el autor resta importancia a los datos que maneja, asegurando que hasta las cifras “de dudosa calidad” pueden servir si concuerdan con las teorías, es decir si tienen “consistencia interna, su lógica con la teoría económica”, y “teniendo una buena idea de qué fue lo que sucedió”.[76] Por eso lo que le importa es que las teorías económicas prevalezcan, con datos o sin ellos, pues al conocer lo que sucedió el enfoque teleológico permite confiar en esas teorías.

> Para ello la teoría económica es fundamental. Si las hipótesis que se desprenden del estudio de las variables mencionadas son inconsistentes, o simplemente imposibles teóricamente hablando, lo más probable es que no reflejen la realidad histórica. Si las cifras, a pesar de su relativa calidad, muestran una tendencia lógica, o coinciden con explicaciones coherentes de corte cualitativo, es probable que entonces puedan utilizarse para reforzar los argumentos. Así basados en datos cualitativos y cuantitativos, que sean coherentes con la lógica y la teoría, se pueden construir hipótesis sobre hechos históricos que se acerquen a lo que ocurrió.[77]

Entonces, las hipótesis deben ajustarse al marco de la teoría o no tendrán sentido, “no reflejarán la realidad histórica”; en cuanto a los datos, deben coincidir con las explicaciones, deben reforzar los argumentos, deben ser coherentes “con la lógica y la teoría”, aunque sean de “relativa calidad”. Este argumento teleológico, apriorístico y retórico se centra en la teoría y su coherencia lógica, no en los datos; de todos modos, ya se sabe lo que pasó y se puede acomodar al

esquema teórico. Como la declaración es palpablemente problemática, el autor se retracta y dice que “la forma de construir hipótesis no parte de un modelo preconcebido, ni de una teoría del desenvolvimiento histórico particular”. Esto conduce a otro problema, pues la teoría neoclásica y el neoinstitucionalismo son modelos “preconcebidos” de cómo funciona la economía. Más allá de sus contradicciones, el autor sigue un esquema racionalista que privilegia modelos con base en teorías e interpretaciones con consistencia lógica, y reforzados con técnicas econométricas. Ya en 1977 un investigador del MIT señalaba que:

> La econometría pasó de ser una herramienta para probar teorías a ser una herramienta para exponer teorías. Se convirtió en un lenguaje descriptivo y no en un instrumento de prueba. Los modelos estadísticos son construidos para mostrar que ciertas teorías son consistentes con los datos. Pero otras teorías también son consistentes y sólo ocasionalmente puede una teoría ser desechada por causa de los datos. Como resultado la buena teoría económica era más fuerte que los datos –al menos en la mente de los economistas– y por tanto debía imponerse sobre los datos. Lo que empezó como una técnica para elevar los datos frente a la teoría acabó haciendo exactamente lo opuesto.[78]

Lo descrito es un problema de la econometría, de la economía neoclásica, y de la historia económica revisionista, que se concentran en la belleza y elegancia de sus modelos, cuadros estadísticos y ecuaciones, y en la “consistencia lógica” de sus teorías, correspondan o no con las realidades del presente y del pasado. Esto representa una abierta contradicción con el empirismo y el positivismo de la historia política. Lo cierto es que no se tienen datos confiables en historia económica sino para periodos muy recientes (1950 en adelante), que las investigaciones no conforman ningún programa de investigación ni una ciencia madura, sino que lo que presentan son modelos e interpretaciones con fuertes sesgos ideológicos, y que no se tienen todas las respuestas por más que las teorías sean sugerentes y atractivas. Conviene recordar que Certeau advertía que cualquier obra histórica se presenta ante sus lectores “plena”, esto es, que “llena o tapa las lagunas que constituyen, por el contrario, el principio mismo de la investigación, siempre aguijoneada por la carencia”.[79] Los vacíos o huecos en la información disponible son el pan de todos los días del historiador, que los cubre o disimula mediante una narrativa coherente. Las estadísticas y las aproximaciones matemáticas son herramientas que permiten establecer órdenes de magnitud de procesos económicos, así como de asuntos sociales y culturales, así que de hecho pueden ser bastante útiles, pero por sí mismas no

otorgan "cientificidad" a una investigación o a una corriente historiográfica.[80]

En un texto más reciente, Riguzzi aceptó que la carencia de datos confiables sobre el PIB impide una visión de conjunto de la economía del Porfiriato. Además, señaló que los avances económicos del gobierno porfirista fueron sobresalientes pero parciales; también aseveró que Díaz intentó no depender de la inversión estadounidense. Pero, en contradicción con lo anterior (y en la inevitable reaparición de la teleología), supuso que la crisis estadounidense de 1907 afectó profundamente a México, dado el grado de interconexión económica que ya existía, por lo que podría ser considerada un elemento importante en el descontento que llevó al movimiento maderista.[81] Viene a cuento otra vez el planteamiento de Alan Knight de que la Revolución mexicana no surgió como resultado de una ecuación con base en parámetros económicos del Porfiriato. Knight criticó que, además del descenso en los niveles de vida, los análisis económicos se concentren en la recesión de 1907 o en las malas cosechas de los años 1908 y 1909 como condiciones "objetivas" o factores "cuantificables" para una revolución. Me parece claro que, para balancear los enfoques económicos, es necesario considerar las nociones de justicia/injusticia y de legitimidad (y su ausencia) en el plano de las economías morales de las localidades, las regiones, las provincias, y de los grupos sociales involucrados.[82]

Los textos revisados se enfocan en los agregados económicos (PIB, rentas, precios, inflación, balanza comercial, etcétera), los ciclos o el crecimiento, temas que oscurecen los impactos de la economía en los actores individuales y colectivos, y en los asuntos cotidianos, o de plano los ignoran porque son cuestiones que no interesan a estos historiadores.[83] Registrar el crecimiento en los indicadores no necesariamente permite conocer la distribución de la riqueza, ni el aumento o disminución del poder adquisitivo, ni la desigualdad socioeconómica, a menos que el investigador decida conscientemente enfocarse en esos asuntos.[84] Recuérdese que, según Haber, el PIB es uno de los instrumentos para minimizar los peligros de la subjetividad, pero, como señala un economista:

> El producto interno bruto (PIB) per cápita es una medida de la riqueza producida y disponible en promedio por habitante; sin embargo, sólo se trata de un indicador que oculta las desigualdades sociales. El nivel de vida engloba muchos más factores que los que considera el PIB.[85]

El PIB es un instrumento que incluye en sus resultados rentas y beneficios que provienen del sector financiero de un país; esos ingresos difícilmente representan una contribución en la generación

de valor, o riqueza general, tampoco en la mejora del nivel de vida de una población. De hecho, el PIB como indicador es solamente otra de las herramientas construidas por los que se dedican a *medir* la actividad económica:

> Resulta fundamental recordar que todas las clases de métodos de contabilidad son convenciones sociales en evolución, definidas no por leyes físicas y "realidades" definitivas, sino por las ideas, teorías e ideologías que reflejan de la época en que se conciben.[86]

Si se conjuntan esos detalles sobre los indicadores de medición y evaluación de la actividad económica con el discurso neoliberal, que es "una cómoda manera de justificar cualquier nivel de desigualdad", es sencillo reafirmar que la *solidez* económica del Porfiriato, su progreso y su éxito se basan en enfoques subjetivos y formas *ad hoc* de medir las cosas, registros estadísticos "más o menos" confiables que permiten estimaciones, presunciones e interpretaciones, algunas divergentes.[87] Como en cualquier otra rama de la historia, las interpretaciones estriban en las intenciones de los investigadores, sus ideologías, sus supuestos y sus fuentes.[88] Por ejemplo, la interpretación de que hubo un estancamiento o decadencia de la economía mexicana entre la Independencia y la República Restaurada; algunos estudios recientes han mostrado que en esas décadas hubo crecimiento en algunos sectores, y que "no hay una evidencia de que alguna guerra, rebelión, intervención o amenaza militar colapsara la economía mexicana durante el siglo XIX".[89] Haber, Razo y Maurer coinciden en que "no hay una conexión necesaria entre la inestabilidad política y el estancamiento económico".[90] No pretendo entrar en la discusión del tema del crecimiento antes del Porfiriato, lo que me interesa resaltar es que se ha construido un discurso de desarrollo a partir de la idea decimonónica de que sólo el orden político que impuso Porfirio Díaz podía dejar atrás la inestabilidad asociada al atraso y auspiciar un verdadero crecimiento.[91] Una interpretación muy conveniente para las derechas neoliberales en cuanto combina un régimen autoritario, elitista, con un crecimiento basado en exportaciones agromineras, como elementos necesarios del único camino posible.

Ante la crítica de que el modelo porfirista estuvo sustentado en capitales foráneos y tecnologías extranjeras, lo que probablemente condicionó de forma negativa el consecuente subdesarrollo económico, los revisionistas argumentan que México era un país pobre y atrasado para el que los capitales extranjeros suplieron "una carencia estructural de la economía", y que el crecimiento con base en capitales y tecnologías extranjeras eran "la única opción". La razón neoliberal, que por momentos permanece agazapada, reaparece con

uno de sus lemas favoritos: no hay (no había) otro camino:

> Esto no significa desconocer las posibles implicaciones negativas que para el desarrollo del país tuvo el origen externo del capital y de los recursos tecnológicos con que se activó el crecimiento económico. Significa, en cambio, admitir que ésta era la única opción asequible.[92]

Parece una afirmación pragmática, pero en realidad es un fatalismo económico y político que convenientemente reivindica el modelo porfirista. El resultado "más probable", de no seguir ese modelo, "hubiera sido, por el contrario, la prolongación del estancamiento económico y la postergación del inicio del crecimiento".[93] Como no existía otra opción viable, era necesario e ineludible aplicar ese modelo económico, y de sus resultados lo único que en verdad importa es el crecimiento alcanzado.[94] En esta interpretación el sector exportador mexicano era diversificado, con alto valor agregado para algunos productos exportados, y su éxito permitió superar el estancamiento económico, porque antes del Porfiriato la economía no estaba en condiciones de iniciar la modernización e industrialización con sus recursos internos. La actividad económica era muy baja para soportar un proceso autónomo de formación de capital y un mejor uso de los recursos disponibles, y un largo etcétera.[95]

> En resumen, los requisitos más importantes para la industrialización estaban ausentes, y no hay razón para pensar que aparecerían sin la intervención de fuerzas exógenas. La progresiva –aunque desigual– instauración de un conjunto de instituciones liberales y la consecución de una política más estable en los años 1870 (y particularmente durante el largo gobierno autoritario de Porfirio Díaz [1876-1911], conocido como el Porfiriato) crearon un escenario en el que fue posible la idea de tomar ventaja de las oportunidades ofrecidas por la economía internacional.[96]

Mientras no hay historiador que discuta o niegue la expansión económica durante el Porfiriato, los argumentos sobre el éxito del modelo y sobre la imposibilidad de una alternativa sí son discutibles y cuestionables. El argumento fatalista recuerda el que fue enunciado en 1946 por Ludwig von Mises: "La única manera de mejorar la situación económica de México es mediante el liberalismo económico [...] Lo que México necesita es libertad económica".[97] Recuérdese que, desde la perspectiva apriorística de Mises, la teoría económica neoliberal es verdadera, autoevidente y no permite opciones. Así que "México no tiene otra opción". Es la famosa afirmación TINA repetida como

mantra por Margaret Thatcher: “There is no alternative!”. Para revisionistas, neoporfiristas y neoliberales existe una única manera correcta de hacer las cosas, y cualquier otra forma representa el desastre. Como lo explica la politóloga Brown: desde la perspectiva neoliberal,

> tanto las personas como los Estados se construyen sobre el modelo de la empresa contemporánea, se espera que tanto las personas como los Estados se comporten en modos que maximicen su valor de capital en el presente y mejoren su valor futuro […] Cualquier régimen que busque otro camino, se enfrenta a crisis fiscales, a una disminución de las calificaciones de crédito, monetarias y de bonos y, cuando menos, a pérdida de legitimidad y, en casos extremos, a bancarrota y a disolución.[98]

El argumento no sólo afirma que el régimen de Porfirio Díaz fue un orden político favorable y necesario para el crecimiento, sino que compartía la naturaleza de su modelo económico: no había alternativa al Porfiriato. Ésta parece ser ahora una *verdad* tan incontrovertida que apenas puede distinguirse si se trata de la versión de los funcionarios o intelectuales porfiristas o bien de la perspectiva de un historiador de nuestros días: “Si el capital no venía de fuera y se le cuidaba para arraigarlo y aclimatarlo a las necesidades de desarrollo del país, sería imposible superar el estancamiento económico, y la viabilidad misma de la nación estaría en peligro”. Por eso, además de cumplir los compromisos con los acreedores externos, había que ofrecer garantías a la inversión extranjera, lo que “requería de mucho tiempo y continuidad en el gobierno”, por lo que era necesaria la reelección de Díaz.[99] Como cualquier otro derrotero era imposible, Porfirio Díaz y su régimen fueron necesarios para instaurar el único modelo económico posible. Es una forma sutil de afirmar que, así como el modelo económico neoliberal es la única opción posible y un resultado “natural”, también lo fue el liberalismo porfirista y su régimen político, y, por supuesto, también la desigualdad y la dictadura (o el autoritarismo, si se prefiere). El discurso de las elites políticas y económicas del Porfiriato se ha convertido así en la *verdad*, o por lo menos en la descripción *verdadera* de la *realidad* del pasado. Nada nuevo, por cierto:

> De forma poco sorprendente, las elites de las distintas sociedades, en cualquier época y en cualquier lugar, tienden a naturalizar las desigualdades; es decir, a tratar de asociarlas con fundamentos naturales y objetivos, a explicar que las diferencias sociales son (como debe ser) beneficiosas para los más pobres y para la sociedad en su conjunto, que en cualquier caso su estructura

> presente es la única posible y que no puede ser modificada sin causar inmensas desgracias.[100]

Sin embargo, siempre hay opciones y alternativas políticas, económicas, teóricas y, por supuesto, historiográficas. Por ejemplo, Haber ha hecho notar que, si bien hubo crecimiento económico e industrialización, el modelo impulsado mantuvo una política arancelaria que protegía las actividades industriales de ciertos segmentos de las elites, los pequeños grupos "políticamente conectados al régimen de Díaz". Esto propició algunos de los peores rasgos de la economía mexicana, como la incapacidad y el desinterés de las empresas de generar tecnología propia, una baja productividad conectada con poca eficiencia, bajos salarios y un mercado interno limitado.[101] Otros trabajos apuntan a que el desarrollo de la industria textil muestra que las fuerzas internas eran capaces de generar crecimiento e industrialización, con lo cual la tajante afirmación de que sólo el modelo orientado a exportaciones podía tener buenos resultados queda abierto a la discusión.[102] En cuanto al éxito económico, se ha propuesto que, si bien la economía mexicana creció durante el Porfiriato, ese crecimiento no fue igual en todas las regiones: "Los distritos mineros, los centros industriales y la agricultura de exportación fueron motores de crecimiento, pero coexistieron con agricultura de baja productividad y regiones aisladas con poca conexión con los mercados internacionales".[103]

La narrativa neoporfirista insiste en los grandes logros económicos y en la construcción de un Estado-nación, en especial si se compara el periodo porfirista con la inestabilidad política y el limitado crecimiento que lo antecedieron, pero al ampliar el panorama al ámbito latinoamericano, las supuestas grandezas no lo son tanto.[104] De hecho, el orden y el progreso no fueron marca exclusiva del régimen de Díaz. En Argentina, Brasil, Chile y Perú, las elites de cada país lograron cierto orden, restringieron los privilegios de la Iglesia católica y se enfocaron en el crecimiento económico, además de aplicar algunas medidas nacionalistas, entre 1870 y 1914, que en general fue un periodo de expansión económica mundial.[105] En ese sentido, Victor Bulmer-Thomas señaló que durante el Porfiriato hubo crecimiento económico y estabilidad política, pero también que su éxito fue limitado y su rendimiento similar al de otras economías latinoamericanas.[106]

Un destacado historiador ha dicho recientemente que "es sólo comparando el desempeño económico mexicano con el del resto del mundo que podemos razonar en términos no ideológicos sobre este periodo".[107] Es probable, pero recuérdese que en 2003 se decía, eufóricamente, que el lastre ideológico estaba superado, y que la

disciplina estaba curada contra dogmatismos, en tanto que en 2009 se atestiguaba que el enfoque *científico* había generado una nueva historiografía. Parece entonces que ha desaparecido la confianza en la cientificidad y en la infalibilidad de la econometría, y en su lugar aparecen la incertidumbre y la duda sobre la pretendida naturaleza atemporal de su objeto de estudio. Por extensión lógica, pierde *solidez* el argumento central de esta historiografía: que el modelo económico porfirista fue exitoso porque era el correcto, y el único posible. Así, la versión historiográfica neoliberal no ha conseguido ser la *Verdad absoluta*, mucho menos ahora que diversos especialistas reconocen lo dañino que ha sido ese modelo económico en las últimas décadas. De manera que las preguntas críticas son necesarias: ¿por qué la ideología vuelve a ser un problema?, y ¿por qué sólo mediante el método comparativo entre estudios económicos se supera ese "problema"? En el mismo sentido, ¿se puede razonar académicamente sin ideología? Me parece que una mejor solución estriba en que los historiadores reconozcamos que la ideología y la subjetividad, así como las preferencias personales y políticas, no han desaparecido de la disciplina, incluida la historia económica. Tenorio Trillo y Gómez-Galvarriato lo señalaron desde 2006: es necesario hacer explícitos nuestros puntos de vista; así que la nueva historia económica podría reconocer que es tan ideológica como la teoría de la dependencia o como el viejo marxismo dogmático. Esa autocrítica le permitiría percibir al elefante neoliberal en el revisionismo contemporáneo, y que el núcleo ideológico adopta un rostro neoporfirista.

5.3. COLOFÓN

El revisionismo como propuesta general ha impulsado el conocimiento histórico sobre el Porfiriato, además de contribuir a superar narrativas oficiales y leyendas negras alimentadas por ideologías y posturas políticas legitimadoras del régimen priista. Esos éxitos alimentan su pretensión de imponerse como interpretación ortodoxa. Pero se trata de otro constructo igualmente ideológico, además de intolerante.[108] Por ejemplo, en un volumen colectivo sobre el Porfiriato publicado en 2018, lo primero que aparece en la introducción es la contraseña discursiva: *historiografía matizada* o *equilibrada*:

> El reconocimiento de los logros de este periodo constituye una aportación al desmantelamiento de la construcción revolucionaria del régimen encabezado por el general Porfirio Díaz [...] dicho reconocimiento impulsó un revisionismo que ha dado lugar a una visión más equilibrada del porfiriato, en el que, sin ignorar los grandes problemas nacionales que dejó este régimen, se le reconocen aportaciones en puntos estratégicos del desarrollo

político y económico del país.[109]

La clave del párrafo es la palabra reconocimiento, que tiene dos acepciones: un análisis detallado de algo, y/o una valoración positiva que identifica los méritos de algo. ¿Cuál es la acepción utilizada en esa introducción? Ya que dice reconocer los logros y aportaciones del régimen y del periodo, se trata de una valoración positiva de sus méritos. Esa es la aportación del revisionismo para una historia equilibrada, reconocer la naturaleza positiva, meritoria, del Porfiriato, y al mismo tiempo echar por tierra –desmantelar– "la construcción revolucionaria del régimen" por negativa, dañina, prejuiciosa, etcétera. Buve repite así, de forma sutil y elegante, las aseveraciones políticas de Garner en su biografía de Díaz. Pero no es una visión equilibrada, antes bien es intransigente con cualquier cosa que "se salga del guacal" equilibrado/ matizado. Asimismo, los historiadores y el público en general deben suponer que sigue en pie aquella construcción revolucionaria, que debe ser muy fuerte, resistente a la racionalidad neoliberal, a prueba de revisionismos y de enfoques científicos. Hay que decir, sin embargo, que ese volumen colectivo contiene trabajos de todo tipo. Porque no toda la historiografía de las últimas décadas que se ocupa del Porfiriato es neoporfirista.

Otro ejemplo reciente es una monografía sobre la "carismática" figura de Porfirio Díaz, publicado en 2018; una interpretación con base en metáforas musicales sobre un tema ya enunciado por Francisco Bulnes, así como por la *Historia moderna* de Cosío Villegas: calificar al Porfiriato como un cesarismo. Su autora apenas puede disimular su admiración por don Porfirio, por lo que asegura, tajante, que, "como advirtió Tenorio Trillo", durante el Porfiriato no hubo "democracia aspiracional", pero, "aunque la historiografía posrevolucionaria ha insistido machaconamente en eso, el gobierno porfiriano no mantuvo durante sus casi treinta años de existencia la política coercitiva y represiva que ejerció en sus inicios".[110] A la "construcción revolucionaria" señalada por Buve, la autora le llama "historiografía posrevolucionaria machacona", "poderosa" corriente historiográfica que ha resultado ser a prueba de todo, aunque tampoco se proporcionan detalles de la misma (en especial en las últimas décadas), ni se pregunta cuáles serían las razones para tanta tozudez. Lo importante es tener el pretexto para recurrir a la contraseña:

> Una visión desapasionada y alejada de los prejuicios ideológicos que tanto los opositores contemporáneos a Díaz como los sucesores de éstos de las décadas posteriores mantuvieron podría llevar –como apuntó Medina Peña– a la formulación de varias hipótesis de trabajo que nos permitirían comprender o matizar con mayor cabalidad y nivel de detalle qué fue y cómo se fue

transformando el gobierno porfiriano.[111]

Queda claro que la *nueva* historiografía debe ser aquella que presume ser "una visión desapasionada y alejada de los prejuicios ideológicos" que caracterizaron a los opositores de Díaz, y ahora a sus críticos. Entonces, cualquiera que caiga en estas dos categorías, es decir, quienes pretendan volver a hablar sobre "la política coercitiva y represiva", o sobre cualquier aspecto negativo del régimen, entonces (además de ser tozudo o machacón) automáticamente es diagnosticado como prejuiciado al extremo, y no puede ser tomado en serio porque no es desapasionado ni está en sus cabales. Una vez más, son los mismos argumentos adelantados por Garner sobre obsesiones y esquizofrenias, aunque algo menos sutiles: los revisionistas son sensatos, inteligentes, pero sobre todo son personas normales, en cambio los críticos de Díaz y de su gobierno son prejuiciosos, machacones, y tienen serios problemas personales.

Así que la contraseña discursiva es un requisito indispensable para que un texto sea tomado en cuenta por los revisionistas. Por supuesto que ningún investigador quiere ser etiquetado como simple, irracional, prejuicioso, esquizofrénico, problemático, mucho menos como *renegado machacón*. Para eso sirven también las etiquetas descalificadoras: son señales de advertencia a investigadores, lectores y consumidores de obras sobre el Porfiriato, de que existen ciertas verdades en que es necesario creer, y ciertas normas a seguir, de lo contrario se cae en una zona indeseable. Para los académicos quedarse fuera del círculo *equilibrado* es como caer en el ostracismo. La contraseña opera para reforzar lo que algunos especialistas en comunicación llaman "Groupstrapping" (que se puede traducir como "refuerzo grupal"), esto es cuando un miembro de cualquier agrupación apela al testimonio de la misma para afirmar una idea o creencia, pero ese conjunto a su vez depende, al menos en parte, de ese miembro para determinar la aceptación de las ideas o creencias.[112] Es un circuito comunicativo cerrado en el cual las ideas se refuerzan dentro del grupo y por medio de él, sin que sus miembros reflexionen que el refuerzo o validación es realizado por ellos mismos, mientras se desecha toda evidencia externa o contraria. El concepto se aplica sobre todo a las llamadas redes sociales en internet y está íntimamente relacionado con el de la "echo chamber", pero me parece que da una idea de cómo los procesos comunicativos en historia pueden producir problemáticas similares.

El revisionismo neoporfirista, además de reciclar los argumentos esgrimidos por los intelectuales porfiristas, se apoya en ciertas obras que he llamado piedras angulares: *México: del Antiguo Régimen a la Revolución* de François-Xavier Guerra, *Porfirio Díaz* de Paul Garner,

“Porfirio Díaz y la creación del sistema político en México”, de Luis Medina Peña, *El Porfiriato* de Mauricio Tenorio Trillo y Aurora Gómez-Galvarriato, y “From Globalization to Revolution” de Paolo Riguzzi, que se citan una y otra vez. Un amplio número de quienes los citan no analizan críticamente sus propuestas, esas repeticiones acríticas los han vuelto textos necesarios, porque su sola mención autoriza argumentos e interpretaciones revisionistas mientras desautoriza las posturas diferentes. Para los neoporfiristas se han convertido en textos “canónicos” que establecieron la manera correcta de entender el pasado, que ya no puede ni debe ser rebatida o criticada. En ese sentido, la “historia equilibrada” es también una metáfora que remite a esa interpretación supuestamente *verdadera*, porque ser equilibrado o matizado es reconocer logros y méritos de Díaz y su régimen, y también es minimizar sus aspectos “feos” como asuntos secundarios, desequilibrios inherentes a un sistema que de cualquier manera funcionaba bien.

1 Antonio Ibarra, “A modo de presentación: la historia económica mexicana de los noventa, una apreciación general”, *Historia Mexicana* LII, núm. 3 (2003): 614. Un balance historiográfico breve sobre la historia económica hasta el 2000 se encuentra en Antonio Ibarra y Mario Contreras Valdez, “De la excepcionalidad a la regularidad: la mirada económica del siglo XIX”, en *Repensar el siglo XIX. Miradas historiográficas desde el siglo XX*, ed. María Luna Argudín y María José Rhi Sausi (México: Secretaría de Cultura/ Fondo de Cultura Económica/UAM, 2015), 145-165; texto que es, además, una versión posterior y menos militante que el artículo de 2003.

2 Ibarra, “A modo de presentación”, 614.

3 Kuntz, “Introducción” a *Ferrocarriles y obras públicas*, 9-38.

4 Es una llamativa coincidencia que estos argumentos aparecieran en la época en que el “ultra” neoliberal Ernesto Zedillo decidió (sin consultar a los contribuyentes) vender los ferrocarriles mexicanos a una empresa estadounidense (trámite del cual él mismo fue gran beneficiado). Es posible que el estado actual del sistema ferroviario estadounidense refleje ese desdén economicista, cuando países como China, Japón, Alemania, Francia o España cuentan con sistemas en mejores condiciones e incluso con trenes de alta velocidad.

5 Paolo Riguzzi, “Mercados, regiones y capitales en los ferrocarriles de propiedad mexicana, 1870-1908”, en *Ferrocarriles y obras públicas*, 39-70.

6 Véase Donald McCloskey, *Si eres tan listo. La narrativa de los expertos en economía* (Madrid: Alianza, 1993), 16-17. Sobre la visión anglosajona de la diferencia entre ciencias y artes, véase Jürgen Habermas, *Ciencia y técnica como ideología* (Madrid: Tecnos, 2009),

113-129.

7 Walras, citado en Mariana Mazzucato, *El valor de las cosas. Quién produce y quién gana en la economía global* (Madrid: Taurus, 2019), 99-101. Leon Walras fue alabado por Paul Samuelson como el más grande de los economistas, el Isaac Newton de la disciplina, y sus propuestas como el descubrimiento del "sistema de equilibrio general del mundo", véase Alberto Fragio, "La crisis del estilo histórico de razonamiento económico: Joseph A. Schumpeter, Nicholas Georgescu-Roegen y Paul Samuelson", *Historia y Grafía* 28, núm. 55 (2020): 136-139. Para el racionalismo véase David Sylvan y Barry Glassner, *A Rationalist Methodology for the Social Sciences* (Southampton: Basil Blackwell, 1985).

8 Una crítica de la "escuela escocesa" en Fontana, *Historia: análisis*, 78-97. Otro teórico, Nicholas Georgescu-Roegen, postuló un enfoque sin equilibrio ni conservación, con base en una interpretación *sui generis* de una rama de la física: la termodinámica; llamó a su enfoque "bioeconomía", Fragio, "La crisis del estilo", 136.

9 Mazzucato, *El valor*, 35-36. Esa manera de entender el concepto de ideología proviene de los inicios del siglo XIX. Cuando el concepto fue utilizado por el marxismo las derechas europeas lo desecharon definitivamente, véase Mannheim, *Ideología y utopía*, 104-109.

10 Véase Roll, *Historia*, 528-529. Si se trata de analogías con la física, puede sugerirse que las teorías de Schrödinger y Heisenberg se corresponden mucho mejor con el análisis económico marxista, o, en todo caso, con el estado actual de la economía mundial (Mazzucato, *El valor*, 97-105).

11 La inexistencia del desempleo se explica porque la oferta y la demanda del mercado laboral "deben igualarse" o "equilibrarse", de manera que lo que existe, en todo caso, son estrategias de los trabajadores que "racionalmente" deciden no trabajar; véase Stiglitz, *Caída libre*, 402-416. Es decir, no importa la realidad sino el modelo explicativo.

12 Sobre la obra de Samuelson y su impacto véase, Roll, *Historia*, 481-487. Milton Friedman y Anna J. Schwartz publicaron *A Monetary History of the United States* en 1963, un célebre libro con un enfoque monetarista, que interpretó la depresión iniciada en 1929 como una crisis monetaria agravada por las torpes políticas de la Reserva Federal. El texto concluye que el *New Deal* fue una gran farsa, "costosa e inútil". Así que no hace falta un estado de bienestar ni un gobierno interventor para impulsar el crecimiento, sólo se necesita una política monetaria apropiada y un buen banco central, véase Piketty, *El capital*, 831-832.

13 Paul Samuelson, "La economía mundial se oscurece", *El País*, 12 de julio de 1986, consultado el 23 de julio de 2021, en https://

elpais.com/diario/1986/07/13/opinion/521589607_850215.html

14 Roll, *Historia*, 475.

15 Robert Fogel se interesó en revisar viejas ideas que privaban en historia, por ejemplo, sobre la esclavitud (que en su estudio *Time on the Cross* resultó ser eficiente en términos económicos, y menos brutal de lo que se supone; lo que nadie les explicó a los esclavizados). También publicó un libro de historia contrafactual sobre los ferrocarriles y su contribución a la economía de Estados Unidos (una contribución que, según Fogel, no fue tan importante). North publicó en 1961 *The Economic Growth of the United States 1790-1860*. Véase Donald McCloskey, "Sobre el Premio Nobel en Economía 1993 otorgado a Robert Fogel y Douglas North", *Anuario del Instituto de Estudios Histórico Sociales* 9 (1994): 319-321. También Mauro Boianovsky, "Furtado, North and the New Economic History", *Revista Economía* 10, núm. 4, (2009): 849-866; y Peter Temin, "Economic History and Economic Development: New Economic History in Retrospect and Prospect", *NBER Working Paper Series*, Working Paper 20107 (2014), http://www.nber.org/papers/w2010.

16 Para la historia económica es igualmente importante la influencia de Joseph Schumpeter, quien en la primera mitad del siglo XX introdujo conceptos como el ciclo de negocios, la destrucción creativa, y el empresario innovador (racional y egoísta) como agente económico fundamental, véase Fragio, "La crisis del estilo", 143-150.

17 Otras suposiciones del modelo, que han ido incorporándose a lo largo del siglo XX, incluyen la inexistencia del desempleo, porque se igualan la oferta y la demanda en el mercado laboral; lo que existe en todo caso son estrategias de los trabajadores que "racionalmente" deciden no trabajar; también, que el valor de algo está dado por el precio que tiene en un mercado, que no existen restricciones al crédito, que da lo mismo si una empresa se financia con recursos propios o con deuda, y que la diferencia de salarios en una economía depende de la contribución marginal a la sociedad de cada individuo, por lo que un individuo altamente calificado es un recurso escaso y sus servicios deben tener un alto valor, todo lo cual justifica la desigualdad. Finalmente, este modelo teórico niega que exista algún tipo de discriminación. Véase Stiglitz, *Caída libre*, 402-416; también, Mazzucato, *El valor*, 95-116, y North, *Estructura y cambio*, 18-21.

18 Stiglitz, *Caída libre*, 421.

19 Una breve discusión sobre la razón y el racionalismo, si bien desde un punto de vista marxista, en Erice, *En defensa de la razón*, 20-25. Para la posible confusión entre racionalismo y teoría racionalista,

véase Sylvan y Glassner, *A Rationalist Methodology*, 1-4.

20 Un ejemplo de los desatinos de los economistas es el citado artículo de Samuelson de 1986 (Samuelson, "La economía mundial se oscurece"), en el que aseguró que no habría recesión ni crisis en Estados Unidos en ese año, y que había "muy pocas posibilidades" de que ocurriera en 1987, profecía ridiculizada por el *crack* de Wall Street de octubre de 1987 (el Black Monday, el peor día en la historia de la bolsa neoyorkina).

21 North, *Estructura y cambio*, 72.

22 Si bien North también acepta que los agentes no son racionales, por lo que incorpora las ideologías en las variables a tomar en cuenta, *ibid.*, 20-21, y 61-64.

23 Douglass C. North, *Instituciones, cambio institucional y desempeño económico* (México: Fondo de Cultura Económica, 2006), 13-14.

24 North, *Instituciones*, 15-16.

25 Estos modelos de "agente representativo" suponen "que cada agente dispone del mismo ingreso y de la misma riqueza", nada que ver con las desigualdades de la vida real, véase Piketty, *El capital*, 46-47 y 208-209. Para críticas a la teoría de juegos desde un punto de vista matemático véase Pablo Amster y Juan Pablo Pinasco, *Teoría de juegos. Una introducción a la toma de decisiones* (México: Fondo de Cultura Económica, 2020), 100-105.

26 Un ejemplo es la teoría de juegos, que "no es capaz de solucionar todos los problemas del mundo, porque sólo funciona cuando los individuos juegan 'racionalmente', y por tanto no puede predecir el comportamiento de unos adolescentes enfermos de amor como Romeo y Julieta, o de dementes como Hitler y Stalin", Ken Binmore, *La teoría de juegos. Una breve introducción* (Madrid: Alianza, 2015), 12. Una teoría no puede solucionar todo, no puede explicar todo, ni es una herramienta heurística infalible.

27 North, *Instituciones*, 18-21, 34-37.

28 Una incisiva crítica al intento de aplicar modelos neoclásicos, como el del mercado laboral equilibrado para la realidad mexicana, en Rogelio Huerta Quintanilla, "¿Cómo la teoría impide ver la realidad? Comentarios al libro de Santiago Levy: *Buenas intenciones malos resultados*", *Economía Informa* 380 (2013): 95-110.

29 Stephen Haber, "Anything Goes: Mexico's 'New' Cultural History", *Hispanic American Historical Review* 79, núm. 2 (1999): 310-311.

30 Thomas S. Kuhn, *La estructura de las revoluciones científicas* (México: Fondo de Cultura Económica, 2000); Imre Lakatos, "La historia de la ciencia y sus reconstrucciones racionales", en *Revoluciones científicas*, ed. Ian Hacking (México: Fondo de Cultura Económica, 1981), 204-242; Karl R. Popper, *La lógica de la investigación científica* (Madrid: Tecnos, 1999), 27-47, 75-88. De hecho, North citó

concretamente a Kuhn en su libro, para una analogía entre ciencia normal e ideología (North, *Estructura y cambio*, 65). Por cierto, Lakatos decía que "los seres humanos no son seres completamente racionales" (Lakatos, "La historia", 228). Es llamativo cómo se toman elementos de uno y otro modelo teórico, aunque se contradigan entre sí, ya sea por completo o en algunas de sus partes constitutivas. Véase también Thomas C. Walker, "The Perils of Paradigm Mentalities: Revisiting Kuhn, Lakatos, and Popper", *Perspectives on Politics* 8, núm. 2 (2010): 433-451.

31 La unidad de las ciencias fue un tema de mediados del siglo XX entre los filósofos de la ciencia; Véase Theodore Arabatzis, "Explaining Science Historically", *Isis* 110, núm. 2 (2019): 354-359; también Leonarda García Jiménez, "Aproximación epistemológica al concepto de ciencia: una propuesta básica a partir de Kuhn, Popper, Lakatos y Feyerabend", *Andamios* 4, núm. 8 (2008): 185-212.

32 Haber, "Anything Goes", 311-312. Haber se apoya en un trabajo de Robert W. Fogel y G. R. Elton, *Which Road to the Past? Two Views of History*; Haber, "Anything Goes", 311.

33 Las críticas a esa historia cultural son acertadas, aunque algo exageradas, Haber, "Anything Goes", 314-319. Recuérdese que, desde la época de Walras, la economía neoclásica desecha al marxismo como ideología, en cuanto introduce temas sociales en el análisis económico.

34 Kuhn criticaba que los científicos sociales buscaban "mejorar el estatus de su campo" al establecer por decreto paradigmas y ciencia normal: "ellos malinterpretan terriblemente mi punto" (citado en Walker, "The Perils", 433). Lakatos ponía comillas cuando se refería a las "ciencias" sociales y lo que llamaba su "desarrollo canceroso" (o degenerativo) por utilizar hipótesis *ad hoc* (Lakatos, "La historia", 224, nota 27). Véase también Kuhn, *La estructura*, 227-228; y Thomas S. Kuhn, *La tensión esencial. Estudios selectos sobre la tradición y el cambio en el ámbito de la ciencia* (México: Fondo de Cultura Económica, 1996), 290-316. Críticas de Lakatos a sus contrapartes en Imre Lakatos, *La metodología de los programas de investigación científica* (Madrid: Alianza Universidad, 1982).

35 Walker, "The Perils"; Kuhn, *La estructura*, 227-228. Véase también Kuhn, *La tensión esencial*, 290-316.

36 Kuhn, *La estructura*, 176-211, 226-227.

37 Véase Catherine D'Ignazio y Lauren F. Klein, *Data Feminism* (Cambridge, The MIT Press, 2020), https://data-feminism.mitpress.mit.edu (consultado en enero de 2021).

38 Arthur M. Okun, citado en Roll, *Historia*, 494. Por ejemplo, se ha mostrado que una propuesta de la economía neoclásica, la "curva

de Kuznets" (que muestra que la desigualdad crece primero y luego disminuye con la industrialización y el desarrollo económico capitalista de manera "natural" o "espontánea", por lo que no es necesario que el gobierno intervenga en la economía), es una mezcla de datos parciales con argumentos político-ideológicos de la guerra fría, Piketty, *El capital*, 38-47. Véase también Branko Milanovic, *Desigualdad mundial. Un nuevo enfoque para la era de la globalización* (México: Fondo de Cultura Económica, 2021), 61-138.

39 Walker, "The Perils", 440; Kuhn, *La estructura*, 33-35. La predicción de hechos nuevos y su descubrimiento confirmatorio son características necesarias de un programa de investigación, según su inventor, véase Lakatos, *Metodología de los programas*, 14-15.

40 Se supone que el interés de una disciplina especializada en la macroeconomía son los comportamientos económicos de una nación, sobre todo con el argumento de que el enfoque liberal clásico y neoclásico ha contribuido de manera significativa a que el libre mercado sea "el principio guía" en las economías occidentales. Véase Roll, *Historia*, 487-499. Pero lo cierto es que sus derivaciones neoliberales han dado resultados negativos.

41 Sobre la soberbia, la ceguera y la asombrosa incapacidad de los economistas neoliberales, neoclásicos, neokeynesianos (y neo lo que sea) para prever la crisis de 2008, véase un comentario en Krugman, *Contra los zombies*, 152-153.

42 Piketty, *El capital*, 211. A Samuelson se le daba bien lo de ser un "profeta" extraviado, dada su tendencia a equivocarse tan dramáticamente en sus pronósticos.

43 Por ejemplo, Kuhn, señala que los científicos "a menudo se muestran intolerantes" con las teorías "formuladas por otros" (Kuhn *La estructura*, 53). Véase también Ian Hacking, "Introducción", en *Revoluciones científicas* (México: Fondo de Cultura Económica, 1981), 10. Este proceso negativo ha sido identificado en la ciencia política y los estudios de relaciones internacionales practicados en Estados Unidos. Véase Walker, "The Perils".

44 Un ejemplo de la actitud de los economistas neoclásicos y neoliberales frente a las críticas se dio en la llamada "controversia de Cambridge sobre el capital" de las décadas de los cincuenta y sesenta del siglo XX, cuando ignoraron las observaciones de que algunas de sus suposiciones se basaban en fundamentos ideológicos y en tautologías. Véase Mazzucato, *El valor*, 110-111; véase también Piketty, *El capital*, 345-348.

45 Huerta Quintanilla, "¿Cómo la teoría impide ver la realidad?", 98.

46 Ibarra, "A modo de presentación", 614-617. Los argumentos de ruptura con la teoría de la dependencia se centraron sobre todo en su supuesta carencia al no enfocar de manera conjunta historia,

economía y política, y en usar los datos cuantitativos sólo de forma descriptiva y no analítica. Véase Boianovsky, "Furtado, North and the New Economic History", 851.

47 Ibarra, "A modo de presentación", 632. La confusión de conceptos tomados de Kuhn y de Lakatos es constante en el texto.

48 Ibarra, "A modo de presentación", 617.

49 Una conversión similar ocurrió en el ámbito cultural mexicano en los años noventa, véase Lemus, *Breve historia de nuestro neoliberalismo*, 120.

50 Brown, *El pueblo*, 35-38. Además, la metáfora utilizada por Ibarra se asemeja a la referencia de Paul Garner sobre la historiografía líquida, malinterpretando a Bauman.

51 Se puede llegar a extremos como preguntarse si leer un texto de historia económica equivale a consumir una soda descafeinada (sin ideología) o un vegetal orgánico (sin pesticidas políticos).

52 Sobre las peculiaridades del "hecho histórico" véase Ricoeur, *La memoria*, 233.

53 Harvey, *Breve historia*, 7.

54 Gómez-Galvarriato, "Industrialización", 774. Repite el argumento en Gómez-Galvarriato, "Porfiriato", 130.

55 Aunque el péndulo que retorna no llega exactamente al mismo lugar.

56 Una vez más la física newtoniana inspira la analogía. Sobre los ciclos económicos y los de negocios véase Fragio, "La crisis del estilo", 156; también Milanovic, *Desigualdad mundial*, 61-138.

57 Véase Émile Benveniste, *Problemas de lingüística general* (México: Siglo XXI, 1997): 170-171. Sobre el uso del plural mayestático en política, véase Joan Barril, "La primera persona del plural", *El Periódico*, 5 de mayo de 2014, www.elperiodico.com/es/opinion/20140504/la-primera-persona-del-plural-3265120 (consultado en enero de 2019). El asunto no es menor, de manera que recientemente otro economista aclaró cuidadosamente cuándo utiliza el *nosotros* y cuándo el *yo*, véase Milanovic, *Desigualdad mundial*, 19-21.

58 Certeau, *La escritura*, 75.

59 Gómez-Galvarriato, "Industrialización", 774-775.

60 *Ibid.*, 775-790.

61 La autora desarrolla esa idea en Gómez-Galvarriato, "Porfiriato", 126.

62 Kuntz, "La historiografía", 463.

63 *Ibid.*, 464-467.

64 *Ibid.*, 476-477.

65 Kuntz, "La historiografía", 486-487. Sobre el concepto VPI, véase Haber *et al.*, *La política*, 17-105. El revisionismo subraya, como

defecto, las interpretaciones divergentes en historia cultural (Tenorio y Gómez-Galvarriato, *El Porfiriato*, 52).

66 Riguzzi, "From Globalization", 347-368. El argumento implícito es que si la leyenda negra ensombrecía al Porfiriato es porque éste era luminoso, y su líder una estrella, un verdadero sol de la política y de la historia.

67 Riguzzi, "From Globalization", 349. Véase Brown, *El pueblo*, 49; Hayek, *Camino*, 129-131.

68 Riguzzi, "From Globalization", 352-356. Véase también Haber *et al.*, *La política*. Un ejemplo de cómo el acceso de las elites a información privilegiada era una práctica extendida en áreas no económicas, en Jose Alfredo Rangel, "Los comuneros, el abogado y el senador: cultura política y orden liberal a finales del Porfiriato", *Historia Mexicana* LXIV, núm. 3 (2015): 937-1000.

69 Seguramente Riguzzi discrepa del trabajo de Alan Knight sobre la Revolución, porque el historiador de Oxford describe de manera precisa las redes de corrupción política en el Porfiriato. Véase Knight, *The Mexican Revolution*, 38.

70 Riguzzi, "From Globalization", 348-351. Véase Sandra Kuntz, "De las reformas liberales a la Gran Depresión, 1856-1929", en *Historia económica general de México. De la Colonia a nuestros días*, coord. Sandra Kuntz (México: El Colegio de México/Secretaría de Economía, 2010), 308-311. Sobre las discrepancias en las estimaciones del PIB para el siglo XIX, véase Graciela Márquez, "Las aristas del debate. En torno a la depresión del siglo XIX", en *Repensar el siglo XIX. Miradas historiográficas desde el siglo XX*, ed. María Luna Argudín y María José Rhi Sausi (México: Secretaría de Cultura/Fondo de Cultura Económica/UAM, 2015), 166-187.

71 Haber *et al.*, *La política*, 32.

72 Ejemplos contemporáneos de manejos selectivos de estadísticas económicas y demográficas, en Jaramillo, "Lo que el neoliberalismo nos dejó".

73 Piketty, *Capital e ideología*, 23.

74 McCloskey describe esta situación a su manera: "Economists appear to believe that economics is too important to be left to the open-minded, and especially must never be left to anyone lacking faith in some approved formula for achieving knowledge" (Los economistas parecen creer que la economía es muy importante como para dejarla a los de mente abierta, y especialmente nunca debe dejarse en manos de nadie que carezca de fe en alguna fórmula probada para lograr conocimiento) (Donald N. McCloskey, "The Rethorics of Economics", *Journal of Economic Literature* XXI, núm. 2 [1983]): 485, nota 3); traducción mía. Ejemplos de las ideas y creencias en economía en Stiglitz, *Caída libre*, 440-444.

75 Riguzzi, "From Globalization", 348. Sobre la subjetividad de los presupuestos de la economía neoclásica y neoliberal, véase Mazzucato, *El valor*, 51-148.

76 Enrique Cárdenas Sánchez, *El largo curso de la economía mexicana. De 1780 a nuestros días* (México: Fondo de Cultura Económica/El Colegio de México, 2015), 14. De creer su descripción de la crisis de 1994 y del rescate bancario subsecuente, los mexicanos deberíamos disculparnos con el gobierno por no entender sus manejos; sin embargo, hasta hoy se sigue pagando esa deuda con fondos públicos, por lo que resulta poco creíble su alegato. Lo mismo puede decirse de su defensa del oligopolio bancario (seis bancos con 87% del mercado), su justificación de la "extranjerización de la banca", de la usura ("banca popular"), y del modelo de crecimiento orientado por exportaciones; véase las pp. 754-794.

77 *Ibid.*, 14.

78 "Econometrics shifted from being a tool for testing theories to being a tool for exhibiting theories. It became a descriptive language rather than a testing tool. Statistical models are built to show that particular theories are consistent with the data. But other theories are also consistent with the data and only occasionally can a theory be rejected because of the data. As a result good economic theory was stronger that the data –at least in the mind of the economists– and therefore it must be imposed on the data. What started out as being a technique for elevating data relative to theory ended up doing exactly the opposite." Lester Thurow, "Economics 1977", *Daedalus* 106, núm. 4 (1977): 83. Traducción mía.

79 Certeau, *La escritura*, 102. El racionalismo es una perspectiva epistemológica que atraviesa diversas disciplinas, Sylvan y Glassner, *A Rationalist Methodology*, 1-17.

80 Véase Piketty, *Capital e ideología*, 63-65.

81 Riguzzi, "Ciclos, crisis", 61-73. El autor confirmó que las cifras no eran confiables en Paolo Riguzzi, "B. México y la economía internacional, 1860-1930", en *Historia económica general de México. De la Colonia a nuestros días*, coord. Sandra Kuntz (México: El Colegio de México/Secretaría de Economía, 2010), 378. Sobre la dependencia del régimen de Díaz de los inversionistas estadounidenses, que incidió en el cambio de México al patrón oro, véase Thomas P. Passananti, "The Politics of Silver and Gold in An Age of Globalization: The Origins of Mexico's Monetary Reform of 1905", *América Latina en la Historia Económica* 30 (2008): 69-95.

82 Knight, *The Mexican Revolution*, 128-150, 164-167. Se pueden añadir variables de este tipo, como la dignidad humana y la capacidad de autonomía, que no son medibles o cuantificables "cliométricamente", y cuyo contenido varía sociocultural y

regionalmente, pero que resultan de primera importancia para las personas.

83 El desinterés es resultado directo del entramado neoliberal en la academia anglosajona. Robert Lucas, economista premio nobel de la Universidad de Chicago, afirmó en 2003 que "entre las tendencias perjudiciales para una economía sólida, la más seductora y… venenosa es la de centrarse en la distribución", es decir en la desigual distribución de la riqueza, citado en Stiglitz, *La gran brecha*, 14. Estos "expertos" dicen ocuparse sólo de cómo aumentar la riqueza, y que toca a los políticos ocuparse de cómo distribuirla. Retórica aparte, la única riqueza que ha aumentado es la del 1% privilegiado, que no tiene ningún interés en redistribuirla. Para Kuntz esos temas tampoco son prioritarios: "Aunque ésta no es una historia social y no pretende por ello ahondar en esa dimensión del desarrollo, cuando es oportuno se abordan cuestiones relativas a las relaciones de trabajo, los salarios, la desigualdad y la pobreza, así como al impacto social de los patrones de crecimiento o de las políticas públicas", Sandra Kuntz, "Introducción". En *Historia económica general de México. De la Colonia a nuestros días*, coord. Sandra Kuntz (México: El Colegio de México/Secretaría de Economía, 2010), 22.

84 Véase Moramay López-Alonso, "Growth with Inequality: Living Standars in Mexico, 1850-1950", *Journal of Latin American Studies* 39, núm. 1 (2007): 81-105, que propone una metodología novedosa para medir los impactos del crecimiento económico en la población. Su reciente libro insiste en sus estimaciones de un crecimiento económico que no se reflejó en mejores niveles de vida para la mayor parte de la población (Moramay López-Alonso, *Estar a la altura. Una historia de los niveles de vida en México, 1850-1950* (México: Fondo de Cultura Económica, 2015)). Una interpretación más reciente, en Raymundo M. Campos Vázquez, Cristóbal Domínguez Flores y Graciela Márquez, "Long-Run Human Development in Mexico: 1895-2010", en *Has Latin American Inequality Changed Direction? Looking Over the Long Run*, ed. Luis Bértola y Jeffrey Williamson (Suiza: Springer Open, 2017), 89-112. Sobre la importancia de considerar la desigualdad en los análisis económicos, véase Piketty, *La economía*; y Piketty, *El capital*. Una reciente visión neoliberal en Milanovic, *Desigualdad mundial*; véase también su *blog*: https://glineq.blogspot.com/2018/12/why-inequality-matters.html (consultado el 5 de abril de 2019).

85 Héctor Guillén Romo, "Regreso hacia una economía humana: el indicador de desarrollo humano", *Comercio Exterior* 54, núm. 1 (2004): 36. Stiglitz coincide, porque "el PIB per cápita no proporciona una buena imagen de lo que está ocurriendo a la

mayoría de los ciudadanos de una sociedad –y por consiguiente, en un aspecto fundamental, de lo bien que está funcionando la economía–". Véase Stiglitz, *El precio*, 71.

86 Mazzucato, *El valor*, 118-119.

87 Véase Sandra Kuntz, "La inserción en la economía internacional y la modernización económica (1880-1929)", en *México contemporáneo. Tomo 1. La economía, 1808-2014*, coordinado por Marcello Carmagnani (México: El Colegio de México/Fondo de Cultura Económica/ Fundación Mapfre, 2015), 153-155. Véase también Piketty, *Capital e ideología*, 14.

88 Sobre argumentos y narrativas en economía, véase McCloskey, *Si eres tan listo*.

89 Mario Contreras Valdez y Antonio Ibarra, "Oportunidades económicas y diversidad productiva en México, 1821-1871", en *México contemporáneo. Tomo 1. La economía, 1808-2014*, coordinado por Marcello Carmagnani (México: El Colegio de México/Fondo de Cultura Económica/Fundación Mapfre, 2015), 97-135. Su perspectiva cuestiona el vínculo entre inestabilidad política y crecimiento limitado antes del Porfiriato. Véase Margaret Chowning, "Revaluación de las perspectivas de ganancias en la agricultura mexicana del siglo XIX. Una perspectiva regional: Michoacán, 1810-1860", en *Cómo se rezagó la América Latina. Ensayos sobre las historias económicas de Brasil y México, 1880-1914*, ed. Stephen Haber (México: Fondo de Cultura Económica, 1999), 213-254. Véase también Sergio Cañedo, *Comercio, alcabalas y negocios de familia en San Luis Potosí, México. Crecimiento económico y poder político, 1820-1846* (San Luis Potosí: El Colegio de San Luis, 2015). Para los debates historiográficos sobre el crecimiento o la depresión económica en el México del siglo XIX, Márquez, "Las aristas", 166-187.

90 Haber *et al.*, *La política*, 33. La frase refiere al periodo después de la fase más violenta de la Revolución mexicana. No es que la inestabilidad no sea perjudicial para el crecimiento, pero el grado de daño depende de las condiciones de una economía y de la estructura política correspondiente.

91 Contreras e Ibarra, "Oportunidades económicas", 97.

92 Kuntz y Liehr, "Introducción", 9. En el lenguaje neoliberal, una "carencia estructural de la economía" requiere siempre de "ajustes estructurales" (Harvey, *Breve historia*, 36). Sobre los resultados negativos del modelo económico porfirista, véase una interpretación reciente en Mauricio Lascurain Fernández y Luis Fernando Villafuerte Valdés, "Primera globalización económica y las raíces de la inequidad social en México", *Ensayos de Economía* 48 (2016), 67-90.

93 Kuntz y Liehr, “Introducción”, 9.

94 Véase Sandra Kuntz, “El patrón del comercio exterior de México, 1870-1929”, en *Estudios sobre la historia económica de México. Desde la época de la Independencia hasta la primera globalización*, coord. Sandra Kuntz y Reinhard Liehr (México: El Colegio de México/ Iberoamericana Vervuert, 2014), 49-81. En ese texto, la autora expone las virtudes del crecimiento del sector exportador, pero como su análisis sobrepasa los límites temporales del régimen porfirista, no recalca sus logros.

95 Sandra Kuntz, “Mexico in the Export Era (1870s-1929): Export Boom, Economic Modernization, and Industrialization”, en *The First Export Era Revisited. Reassessing its Contribution to Latin American Economies*, ed. Sandra Kuntz (Londres: Palgrave MacMillan, 2017), 238-239.

96 “In sum, the most important prerequisites for industrialization were utterly absent, and there is no reason to think that they would appear without the intervention of exogenous forces. The progressive –albeit unequal– implementation of a liberal institutional framework and the achievement of a more stable polity starting in the 1870s (and particularly during the long authoritarian rule of Porfirio Diaz [1876-1911], or what is known as the Porfiriato) create a setting in which the idea of taking advantage of the opportunities offered by the international economy was conceivable” (*ibid.*, 239). Traducción mía.

97 Romero, *Los orígenes*, 106-107.

98 Brown, *El pueblo*, 20-21.

99 Leonardo Lomelí Vanegas, “La política económica durante el porfiriato: ciclos y tendencias”, en *Miradas retrospectivas al México de Porfirio Díaz*, coord. Luz Carregha, Marisa Pérez y María Eugenia Ponce Alcocer (México: El Colegio de San Luis/UNAM/Instituto Mora/ Universidad Iberoamericana, 2018), 264. El argumento, condensado, también aparece en trabajos no económicos. Véase, por ejemplo, Mario Barbosa, “Capacitación y posición social de los empleados públicos de la Ciudad de México a comienzos del siglo XX”, *Historia Mexicana* LXVIII, núm. 2 (2018): 749.

100 Piketty, *Capital e ideología*, 20.

101 Haber, “Mercado interno”, 411-436. Otra perspectiva que señala los problemas del modelo adoptado se encuentra en Guajardo, “Infraestructura y logística”, 7-27.

102 Véase la propuesta sobre el auge de las textileras como “industrias nuevas” en Humberto Morales Moreno, “Las ideas políticas sobre la nación en América Latina durante la segunda mitad del siglo XIX (historiografía y análisis)”, *Revista de Historia de América* 132 (2003): 55-74. En 1999 el propio Paolo Riguzzi incluso sugirió que

en el ámbito de los ferrocarriles se "habría necesitado en aquella etapa una movilización de fuerzas sí problemática pero no inalcanzable, para empresas basadas en recursos mexicanos"; el problema principal radicaba en variables socioculturales como la desconfianza de los inversionistas en las posibles ganancias y "en las reglas institucionales", su aversión al riesgo, la búsqueda de actividades protegidas, y una débil demanda de innovaciones, Riguzzi, "Mercado, regiones y capitales", 41-42.

103 Campos-Vázquez *et al.*, "Long-Run Human", 91. Un ejemplo de ese crecimiento desigual estuvo en las vías de ferrocarril, pues mientras en el norte de México, en 1910, había un promedio de 28.9 kilómetros de vías por cada 10 000 habitantes, en el centro del país solo había 7.7 kilómetros por habitante, y otras regiones no tenían un solo kilómetro construido (Guajardo, "Infraestructura y logística", 20).

104 Contreras e Ibarra, "Oportunidades económicas", 97-135.

105 Claro que cada país mostró dinámicas peculiares, y en cada uno las diferencias regionales fueron importantes (Douglas W. Richmond, "Comparative Elite Systems in Latin America and the United States, 1870-1914", *Revista de Historia de América* 114 [1992]: 61-89). Ésa fue, más o menos, la misma apreciación de William Glade, "América Latina y la economía internacional", en *Historia de América Latina. 7. América Latina: economía y sociedad, c. 1870-1930*, ed. Leslie Bethel (Barcelona: Crítica, 1991), 1-49.

106 Bulmer-Thomas, *La historia económica*, 69. Se difiere de estas apreciaciones en Kuntz, "Mexico in the Export Era", 266-267. No obstante las objeciones revisionistas, en algunos casos el rendimiento mexicano fue incluso menor que el de otras economías latinoamericanas, como en el ámbito del valor de las mercancías transportadas por ferrocarril. Véase Guajardo, "Infraestructura y logística", 20.

107 Marcello Carmagnani, "Presentación. Bosquejo del desempeño económico", en *México contemporáneo. Tomo 1. La economía, 1808-2014*, coord. Marcello Carmagnani (México: El Colegio de México/Fondo de Cultura Económica/Fundación Mapfre, 2015), 13-47.

108 De hecho, los textos revisados son centrales en las justificaciones discursivas e historiográficas de otros trabajos. Véase Óscar Sánchez Rangel, "Inversión extranjera y minería. La reactivación de la producción de plata en el Guanajuato porfiriano", en *Repensar el siglo XIX. Miradas historiográficas desde el siglo XX*, ed. María Luna Argudín y María José Rhi Sausi (México: Secretaría de Cultura/Fondo de Cultura Económica/UAM, 2015), 188-215; véase también los textos reunidos en Becerril, *Historiografía*.

109 Raymond Buve, “Introducción”, en *Miradas retrospectivas al México de Porfirio Díaz*, ed. Luz Carregha Lamadrid, Marisa Pérez Domínguez y María Eugenia Ponce Alcocer (México: El Colegio de San Luis/UNAM/Instituto Mora/Universidad iberoamericana, 2018), 9.

110 Campos Pérez, *Ave, oh, Porfirio!* Me parece que el concepto de democracia aspiracional es un desliz anacrónico, perteneciente a la ciencia política contemporánea.

111 *Ibid.*, 1-2.

112 Véase Kenneth Boyd, “Epistemically Pernicious Groups and the Groupstrapping Problem”, *Social Epistemology* 33, núm. 1 (2018): 61-73; también Nguyen, “Group-Strapping”, 32-33.

CONCLUSIONES. CUANDO LA SOLIDEZ TANGIBLE SE DESVANCE EN EL AIRE

La idea del general Porfirio Díaz como genio político y figura central de un México próspero es el producto de una propaganda política que se fraguó durante su prolongada presidencia. Esa *leyenda positiva* es un constructo que ha sobrevivido al paso del tiempo, a una revolución y al régimen político surgido de ella. Este régimen, como ha sido señalado desde Daniel Cosío Villegas hasta Luis Medina Peña, representó la continuidad de muchos de los rasgos del Porfiriato, y de imitación de algunos de los peores. Con el arribo de los tecnócratas y de las políticas neoliberales, en el último cuarto del siglo XX, la *leyenda positiva* se transformó en una operación revisionista en la academia y en una narrativa pública que con sutileza justifica el perfil neoliberal gubernamental y el modelo económico vigente. La continuidad de rasgos porfiristas en el régimen político, la persistencia del constructo, y la admiración que hoy en día algunos le tienen a don Porfirio, han sido formas muy eficaces de honrar su memoria. Aunque los restos de la "estrella política" de las derechas sigan en Montparnasse, las derechas han mantenido vigente la sombra del caudillo convertido en general, en el hombre "necesario" de este país, y en presidente casi vitalicio, en la política y en la historiografía.

La mayor parte de los textos de historia aquí analizados contribuyen al mejor conocimiento del Porfiriato. Sin embargo, los trabajos más recientes tienden a ignorar mucha de la obra publicada antes de 1980, lo que les conduce a repetir argumentos, tanto los elaborados por los intelectuales porfiristas como los realizados entre 1930 y 1980. La historiografía reciente contiene muy poco que pueda considerarse verdaderamente *nuevo*. En este sentido, aunque se han incorporado modelos teóricos y conceptos de las ciencias sociales, técnicas econométricas, y se han consultado nuevos archivos y nuevas fuentes, además de construirse ficheros, bases de datos y series cada vez más amplias y complejas, el esfuerzo se ha concentrado en apuntalar la narrativa originada en el Porfiriato, refrendando su orientación y sus propósitos políticos. Esta corriente interpretativa contribuye a la dominación al dotarla de antecedentes legitimadores en términos históricos. Proporciona un pasado ideal por medio de una narrativa congruente, mientras oculta su carácter interesado bajo el disfraz del equilibrio y la neutralidad.

Las diferencias y divergencias en los textos analizados hablan

también de los laberintos del espectro político y del campo historiográfico, y de sus complejas relaciones con las múltiples manifestaciones del poder político y de los modelos económicos. Así, el revisionismo de izquierda de los años setenta del siglo pasado se concentró en criticar al desgastado modelo priista, en tanto que el revisionismo de derecha que florece en los años ochenta corresponde con el ascenso de las políticas y de la racionalidad neoliberal entre intelectuales, historiadores, políticos y funcionarios. El auge de la historia económica y de la historia política de comienzos del nuevo milenio se vincula con el momento de arrogante apogeo del neoliberalismo a nivel mundial. Se impuso entonces la retórica convertida en contraseña académica: el revisionismo es una nueva "historia matizada" y "equilibrada" que sustituye a la "historia tradicional".

En un libro sobre la historiografía de la Revolución mexicana, publicado en 2004, el historiador Luis Barrón escribió, en un ejercicio de honestidad intelectual, que el tema había sido tan debatido y politizado que, a esas alturas, él también había entrado en las polémicas: "Ahora estoy convencido de que no se puede hacer una historiografía 'neutral' de la Revolución".[1] Ciertamente no es posible hacer una investigación neutral-matizada-equilibrada, aunque sin duda es deseable pues ¿quién se opondría a un análisis equilibrado de datos, sucesos, procesos y personajes del pasado? Seguramente algunos investigadores han creído con sinceridad que realmente se pueden tener enfoques equilibrados, en tanto que otros aceptan la contraseña porque les ha permitido imponer una visión neoporfirista y, al mismo tiempo, restar importancia a interpretaciones incómodas por divergentes. En este último aspecto, la contraseña también es un disfraz efectivo.

El revisionismo neoporfirista es una interpretación tan dogmática e ideológica como aquellos cuentos de bribones en las llanuras lunares y víctimas heroicas contra las cuales se erigió y a los que desplazó. A partir de François-Xavier Guerra los revisionistas tomaron como hechos comprobados los que originalmente eran argumentos porfiristas: el más evidente era el de un país sumido en el caos político y, por ende, en el estancamiento económico, lo que hizo necesario un gobierno fuerte que diera estabilidad. Otro argumento hablaba de una sociedad dividida en una enorme mayoría tradicionalista y una elite liberal, escenario donde las ideas democráticas "modernas" resultaron extrañas a las mayorías, y su implementación una ficción y un error, por lo que fue necesario suspenderla. Un argumento más refiere a la incapacidad del país (o de su burguesía), para impulsar el desarrollo económico, por lo que era menester atraer capitales extranjeros, mimarlos y protegerlos. Esos argumentos se convirtieron en contextos,

y los contextos en pretextos que legitimaron la revuelta de Tuxtepec y el prolongado gobierno de Porfirio Díaz: sólo él podía llevar a cabo la hercúlea tarea de imponer el orden y generar progreso, dejando para después la democratización y la "modernización social y política". El resultado fue la época dorada de un país estable y próspero. Esta "verdad" manufacturada por Sierra, Bulnes, Rabasa, Molina Enríquez, y demás intelectuales, ahora pretende ser incontrovertible: don Porfirio era imprescindible (el "necesario"), su régimen el único viable (ante el caos que le precedió y el atraso en el que comenzó), y el modelo económico el único camino posible (TINA expresaría Margaret Thatcher). Pero se trata sencillamente de retórica política disfrazada de hechos incuestionables, una falacia historiográfica que da por hecho asuntos que es menester analizar, probar y (de) mostrar.

Las ideologías no se acabaron ni desaparecieron, ni se fueron de vacaciones, siguen presentes; sólo que en estos días la ideología hegemónica no contiene elementos marxistas ni socialistas, antes bien es elitista, procapitalista, y se ubica a la derecha del espectro político. Me permito repetir lo escrito por Thomas Piketty, destacado economista francés, ya que viene al caso:

> quienes se reivindican diciendo ser adeptos al pragmatismo absoluto suelen ser los más "ideológicos" (en un sentido peyorativo de la palabra): su postura supuestamente posideológica a duras penas logra disimular su falta de interés por los hechos, la dimensión de su ignorancia histórica, lo cargante de sus prejuicios y su egoísmo de clase.[2]

La descripción propuesta por Piketti se refiere a los economistas y políticos neoliberales que argumentan ser totalmente pragmáticos, científicos y desideologizados, los mismos que consideran a la ideología como una visión dogmática (de izquierda) despegada de los hechos. No obstante, me parece que el cuadro aplica bien para la historiografía revisionista, envuelta en un complejo proceso de retroalimentación con la racionalidad neoliberal y la política contemporánea. Hay que tener presente que los textos de historia son productos de comunicación que transmiten información y conocimiento, y al mismo tiempo divulgan las ideologías, convicciones políticas y preferencias de sus autores/as y de los grupos académicos en los que se mueven. Algunas veces los historiadores/as no son conscientes de ello; en otras ocasiones las posturas político-ideológicas aparecen de forma sutil y, en otras más, con toda estridencia. La herencia más duradera del positivismo en historia, y una de las más nocivas, ha sido el convencimiento académico de que se trabaja sin ideologías mientras se extraen conocimientos directos del pasado, puros, "científicos", aislados del mundo exterior y ajenos a

preferencias personales. Sin embargo, antes que un producto científico, o un texto objetivo, la obra historiográfica representa los puntos de vista subjetivos del/la investigador/a sobre un tema, así como sus encuadres institucionales.

Quiero ser claro: al hablar de subjetividades no promuevo el relativismo ni el posmodernismo. Estoy seguro que existieron los acontecimientos del pasado, pero no es posible acceder a ninguno de forma inmediata, directa o completa, porque con el paso del tiempo sólo sobreviven de forma aleatoria algunos elementos materiales, escritos, rasgos culturales y lingüísticos, de los que es posible extraer información. De la información, fragmentaria e incompleta, los/as investigadores/as seleccionamos lo que consideramos útil como datos para nuestra investigación. Los convertimos en hechos históricos y, como indicó Michel de Certeau, presentamos los resultados en textos redondeados que disimulan los vacíos de información, nuestras preferencias políticas y personales, y las ideologías que adoptamos. El conocimiento histórico es, por tanto, inconcluso, cargado y recargado de sentidos y significados, susceptible de ser reconfigurado una y otra vez conforme cambia la racionalidad rectora. Requiere mucho trabajo intelectual seleccionar y conectar fragmentos de información, e identificar sentidos desde los condicionantes del presente, por lo que para muchos resulta más sencillo recopilar información y presentarla como hallazgo, o insertarla dentro de cánones interpretativos trillados o, como se muestra en este libro, reciclar lo ya dicho.

Así que, en realidad, el texto historiográfico expresa menos el pasado que estudia y más a los/las investigadores/as, sus subjetividades, sus condicionamientos, y la época en que viven. En este sentido, la objetividad de un historiador y de su trabajo está en relación con las subjetividades que lo constituyen.[3] La objetividad es un imperativo ético que se aspira alcanzar, y no un elemento inherente a (o un resultado de) un proceso metodológico. Una alternativa a la trampa positivista es aplicar una constante autocrítica a los enfoques teóricos, historiográficos y personales, para identificar las subjetividades que los atraviesan, y su impacto o influencia en investigaciones y publicaciones. Las motivaciones no académicas representan algunas de las conexiones menos exploradas por la historiografía, como el mundo en que vive un/a historiador/a, sus elecciones de investigación, sus interpretaciones y sus textos publicados, pero son tan relevantes como los hallazgos de archivo, las teorías o las técnicas utilizadas. Es importante explicitar tales subjetividades y motivaciones, y presentarlas como parte de los elementos a considerar, dialogar y debatir. Recupero aquí la saludable propuesta de Tenorio Trillo y Gómez-Galvarriato, de 2006: “Cualquier campo de la historia precisa de autocrítica y autoconciencia de quién

habla y desde dónde", un par de operaciones epistemológicas necesarias, sobre todo cuando se

> presume de objetividad más allá de creencias e ideologías. Hay que reflexionar sobre las creencias de las que parte el historiador […] las motivaciones que lo llevan a hurgar en el pasado sobre tal o cual tema, con tal o cual enfoque, y hacer explícitas esas creencias y motivaciones.[4]

Dejar atrás la quimera cientificista es encontrarse con las realidades soslayadas de las dimensiones políticas e ideológicas del presente en el que trabajamos. En lo personal no me es posible leer el texto de François-Xavier Guerra como una investigación histórica objetiva y equilibrada, en cuanto fue miembro activo del Opus Dei y parte de la corriente revisionista conservadora francesa encabezada por François Furet. Tampoco puedo considerar los textos de Furet como "textos objetivos", pues su feroz antimarxismo floreció en el marco de su financiamiento por la ultraconservadora fundación estadounidense John M. Olin. Esa historiografía francesa revisionista tuvo (y tiene todavía) como objetivo destruir los enfoques marxistas y revolucionarios, en Francia y en donde sea posible, incluido México. Es completamente válido ser un convencido derechista, lo que no es válido es encubrir esa elección personal en retóricas sobre enfoques "matizados" o "equilibrados". En el mismo sentido, no me impresiona la historiografía económica sobre el Porfiriato inspirada en la teoría neoclásica. Teoría elaborada en el siglo XIX como respuesta al socialismo y al materialismo histórico, que afirma seguir el modelo científico de la física newtoniana y sus equilibrios, ¡un modelo del siglo XVII! Como he mostrado, la teoría neoclásica y su derivado, el neoinstitucionalismo, son una mezcolanza de puntos de vista positivistas, matemáticas, estadísticas y un *collage* de ideas tomadas de Popper-Kuhn-Lakatos. Nos proponen de forma ingenua (o cínica) que todos partimos de condiciones iguales en el juego económico, para justificar la desigualdad, el darwinismo socioeconómico y los excesos del capital financiero. Lo más sorprendente es que aseguran que son "teorías científicas", incluso una "verdad eterna". Pero la "solidez tangible" que nos presentan del desarrollo porfirista se desvanece en aproximaciones estadísticas, teorías *ad hoc*, interpretaciones y afirmaciones cargadas políticamente.

Lo que sí me impresiona es la capacidad del neoliberalismo para reordenar en su favor a las disciplinas dedicadas al análisis social y la reflexión. En esta *contrarrevolución neoliberal* algunos en verdad han creído que se acabaron las ideologías, que desaparecieron los metarrelatos, que fracasaron las revoluciones y, por ende, las búsquedas de justicia e igualdad, como nos han contado los filósofos

posmodernos (Lyotard), los “teóricos” neoliberales (Fukuyama), y los historiadores conservadores (Furet). Los dictados de esos intelectuales y sus escuelas de pensamiento han contribuido (consciente o inconscientemente) a que el neoliberalismo sea el metarrelato dominante, la racionalidad economicista que todo lo organiza, que todo lo explica y dota de sentido, y que advierte que no hay otro camino, que no existe alternativa viable al capitalismo financiero desbocado.

Hay un paquidermo incrustado en la sala historiográfica, un enorme y peligroso conglomerado de elementos político-ideológicos que toma viejos discursos y los recicla conforme a los intereses dominantes del siglo XXI, y que por su naturaleza excluyente dificulta o impide el diálogo con argumentos diferentes o alternos. Ese conglomerado empobrece a la investigación histórica, tanto como la racionalidad que la sostiene ha empobrecido en tantas maneras a países y sociedades de todo el planeta. El presente libro enuncia lo no dicho que lo encubre, como una contribución crítica para una historiografía embelesada por el orden neoliberal conservador.

1 Barrón, *Historias*, p. 13.

2 Piketty, *Capital*, 23.

3 Una introducción a estos temas en Carlos Oliva Mendoza, “Subjetividad y objetividad”, *Diccionario iberoamericano de filosofía de la educación*, ed. por Ana María Salmerón Castro, Blanca Flor Trujillo Reyes, Azucena del Huerto Rodríguez Ousset y Miguel de la Torre Gamboa (México: Fondo de Cultura Económica/UNAM, 2016), consultado el 20 de octubre de 2021, en https://www.fondodeculturaeconomica.com/dife/definicion.aspx?l=S&id=21

4 Tenorio y Gómez-Galvarriato, *El Porfiriato*, 113.

BIBLIOGRAFÍA

ABBODANZA, Ermanno. “La cuestión yaqui en el segundo Porfiriato, 1890-1909. Una revisión de la historia oficial”. *Signos Históricos* 19 (2008), 94-126.

AGUILAR RIVERA, José Antonio. “Introducción”. En *Las elecciones y el gobierno representativo en México (1810-1910)*, editado por José Antonio Aguilar Rivera, 11-24. México: Fondo de Cultura Económica/Conaculta/Instituto Federal Electoral, 2010.

AGUILAR RIVERA, José Antonio. “Tres momentos liberales en México (1820-1890)”. En *Liberalismo y poder. Latinoamérica en el siglo XIX*, editado por Iván Jaksic y Eduardo Posada Carbó, 119-152. Santiago de Chile: Fondo de Cultura Económica, 2011.

AGUILAR RIVERA, José Antonio. “Presentación”. En *La espada y la pluma. Libertad y liberalismo en México. 1821-2005*, editado por José Antonio Aguilar Rivera, 9-14. México: Fondo de Cultura Económica, 2011.

AGUILAR RIVERA, José Antonio (ed.). *Las elecciones y el gobierno representativo en México (1810-1910)*. México: Fondo de Cultura Económica/Conaculta/Instituto Federal Electoral, 2010.

AGUILAR RIVERA, José Antonio. *Ausentes del Universo. Reflexiones sobre el pensamiento político hispanoamericano en la era de la construcción nacional, 1821-1850.* México: Fondo de Cultura Económica/CIDE, 2012.

AGUIRRE ROJAS, Carlos Antonio. “Presentación”, *Contrahistorias. La otra mirada de Clío* 1 (2003): 5-7.

ALEXANDER, Jeffrey C. *Las teorías sociológicas desde la Segunda Guerra Mundial. Análisis multidimensional*. México: Gedisa, 2008.

AMSTER, Pablo y Juan Pablo Pinasco. *Teoría de juegos. Una introducción a la toma de decisiones*. México: Fondo de Cultura Económica, 2020.

ANAYA MERCHANT, Luis. “Esclavitud y peonaje: el destierro yaqui en Yucatán, 1900-1912”. *Jangwa Pana: Revista de Ciencias Sociales y Humanidades* 18, núm. 1 (2019): 87-101.

ANDERSON, Rodney. *Parias en su propia tierra: los trabajadores industriales en México, 1906-1911*. San Luis Potosí: El Colegio de San Luis, 2006.

ANKERSMITH, Frank. “Historiografía y posmodernismo”, *Historia Social* 50 (2004): 7-23.

ARABATZIS, Theodore. “Explaining Science Historically”. *Isis* 110,

núm. 2 (2019): 354-359.

ARROYO, Israel. "Los tránsitos de la representación política en México, 1821-1857". En *Las elecciones y el gobierno representativo en México (1810-1910)*, editado por José Antonio Aguilar Rivera, 55-94. México: Fondo de Cultura Económica/Conaculta/Instituto Federal Electoral, 2010.

AUREL, Jaume. *La escritura de la memoria: de los positivismos a los posmodernismos*. Valencia: Universitat de València, 2005.

ÁVILA, Alfredo y Alicia Salmerón (eds.). *Partidos, facciones y otras calamidades. Debates y propuestas acerca de los partidos políticos en México, siglo XIX*. México: Conaculta/Fondo de Cultura Económica/ UNAM, 2012.

ÁVILA ESPINOSA, Felipe. *La justicia durante el Porfiriato y la Revolución. El problema agrario a fines del porfiriato y en los comienzos de la Revolución*. México: Suprema Corte de Justicia de la Nación, 2010.

BARBOSA, Mario. "Capacitación y posición social de los empleados públicos de la Ciudad de México a comienzos del siglo XX". *Historia Mexicana* LXVIII, núm. 2 (2018): 747-783.

BARRÓN, Luis. *Historias de la Revolución mexicana*. México: CIDE/ Fondo de Cultura Económica, 2004.

BAUMAN, Zygmunt. *Vida líquida*. México: Paidós, 2013.

BAUMAN, Zygmunt. *Vida de consumo*. México: Fondo de Cultura Económica, 2016.

BAUMAN, Zygmunt. *Tiempos líquidos. Vivir en una época de incertidumbre*. México: Tusquets, 2018.

BAUMGAERTNER, Bert. "Yes, No Maybe So: A Veristic Approach to Echo Chambers Using a Trichotomous Belief Model". *Synthese* 191, núm. 11 (2014): 2549-2569. Doi 10.1007/s11229-014-049-9

BECERRIL HERNÁNDEZ, Carlos. "Introducción". En *Historiografía del Porfiriato. Diversas interpretaciones en torno a un polémico asunto*, editado por Carlos Becerril, IX-XXIII. México: Universidad Anáhuac, 2017.

BECERRIL HERNÁNDEZ, Carlos. "'Poca política y mucha administración'. Historiografía jurídica del Porfiriato. Un acercamiento". En *Historiografía del Porfiriato. Diversas interpretaciones en torno a un polémico asunto*, editado por Carlos Becerril, 47-86. México: Universidad Anáhuac, 2017.

BECERRIL HERNÁNDEZ, Carlos (ed.). *Historiografía del Porfiriato. Diversas interpretaciones en torno a un polémico asunto*. México: Universidad Anáhuac, 2017.

BENJAMIN, Thomas. *La Revolución mexicana. Memoria, mito e historia*. México: Taurus, 2005.

BENJAMIN, Thomas y Marcial Ocasio-Meléndez. "Organizing the

Memory of Modern Mexico: Porfirian Historiography in Perspective, 1880s-1980s". *Hispanic American Historical Review* 64, núm. 2 (1984): 323-364.

BENJAMIN, Walter. "Historia literaria y ciencia de la literatura". *Contrahistorias. La otra mirada de Clío* 3 (2004): 21-26.

BENVENISTE, Émile. *Problemas de lingüística general*. México: Siglo XXI, 1997.

BERRIOS, Germán, Rogelio Duque y José M. Villagrán. "Schizophrenia. A Conceptual History". *International Journal of Psychology and Psychological Therapy* 3, núm. 2 (2003): 111-140.

BERRUECO GARCÍA, Adriana. "El nacimiento del socialismo mexicano en la bibliografía de José C. Valadés". *Boletín del Instituto de Investigaciones Bibliográficas* XII, núms. 1 y 2 (2007): 219-237.

BERTRAND, Michel. "De la familia a la red de sociabilidad". *Revista Mexicana de Sociología* 61, núm. 2 (1999): 107-135.

BINMORE, Ken. *La teoría de juegos. Una breve introducción*. Madrid: Alianza, 2015.

BLOCH, Marc. *Introducción a la historia*. México: Fondo de Cultura Económica, 2019.

BOBBIO, Norberto. *Liberalismo y democracia*. México: Fondo de Cultura Económica, 2018.

BOHOSLAVSKY, Ernesto, David Jorge y Clara E. Lida (eds.). *Las derechas iberoamericanas desde el final de la Primera Guerra Mundial hasta la Gran Depresión*. México: El Colegio de México, 2019.

BOIANOVSKY, Mauro. "Furtado, North and the New Economic History". *Revista Economía* 10, núm. 4, (2009): 849-866.

BORAH, Woodrow. *El Juzgado General de Indios en la Nueva España*. México: Fondo de Cultura Económica, 1985.

BOURDIEU, Pierre. *Contrafuegos. Reflexiones para servir a la resistencia contra la invasión neoliberal*. Barcelona: Anagrama, 1999.

BOURDIEU, Pierre. *Intervenciones políticas. Un sociólogo en la barricada*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2015.

BOURDIEU, Pierre. *Homo academicus*. México: Siglo XXI, 2019.

BOYD, Kenneth. "Epistemically Pernicious Groups and the Groupstrapping Problem". *Social Epistemology* 33, núm. 1 (2018): 61-73.

BOYER, Chris. *Becoming Campesinos: Politics, Identity, and Agrarian Struggle in Posrevolutionary Michoacan, 1920-1935*. Stanford: Stanford University Press, 2003.

BRAVO REGIDOR, Carlos. "Elecciones de gobernadores durante el Porfiriato". En *Las elecciones y el gobierno representativo en México (1810-1910)*, editado por José Antonio Aguilar Rivera, 257-281. México: Fondo de Cultura Económica/Conaculta/Instituto Federal Electoral, 2010.

BROWN, Jonathan C. “From Structuralism to the New Institutional Economics: A Half Century of Latin American Economic Historiography”. *Latin American Research Review* 40, núm. 3 (2005), 97-99.

BROWN, Wendy. *El pueblo sin atributos. La secreta revolución del neoliberalismo*. Barcelona: Malpaso, 2016.

BRUGNOLI, Emanuele, Matteo Cinelli, Walter Quattrociocchi y Antonio Scala. “Recursive Patterns in Online Echo Chambers”. *Scientific Reports* 9, artículo 20118 (2019). https://doi.org/10.1038/s41598019-56191-7 (consultado en junio de 2020).

BUCHENAU, Jürgen. “Inversión extranjera y nacionalismo: lo paradójico de la política internacional de Porfirio Díaz”. *Dimensión Antropológica* 3, núm. 6 (1996): 7-24.

BULMER-THOMAS, Victor. *La historia económica de América Latina desde la Independencia*. México: Fondo de Cultura Económica, 2010.

BULNES, Francisco. *El verdadero Díaz y la Revolución*. México: Conaculta, 2013.

BURKE, Peter. *La revolución historiográfica francesa. La escuela de los Annales: 1929-1989*. México: Gedisa, 2006.

BUVE, Raymond. “Introducción”, En *Miradas retrospectivas al México de Porfirio Díaz,* editado por Luz Carregha Lamadrid, Marisa Pérez Domínguez y María Eugenia Ponce Alcocer, 9-27. México: El Colegio de San Luis/UNAM/Instituto Mora/Universidad iberoamericana, 2018.

BUVE, Raymond. “Transformación y patronazgo político en el México rural: continuidad y cambio entre 1867 y 1920”, en *El oficio de una vida. Raymond Buve, un historiador mexicanista*. Editado por Ma. Eugenia Ponce Alcocer y Laura Pérez Rosales, 87-118. México: Universidad Iberoamericana, 2009.

BUVE, Raymond. “Un paisaje lunar habitado por bribones y sus víctimas. Mirada retrospectiva al debate sobre las haciendas y los pueblos durante el porfiriato”. En *Don Porfirio presidente…, nunca omnipotente. Hallazgos, reflexiones y debates. 1876-1911*, editado por Raymond Buve y Romana Falcón, 121-151. México: Universidad Iberoamericana, 1998.

BUVE, Raymond y Romana Falcón (coords.). *Don Porfirio presidente…, nunca omnipotente. Hallazgos, reflexiones y debates. 1876-1911*. México: Universidad Iberoamericana, 1998.

BUVE, Raymond y Romana Falcón. “Introducción”. En *Don Porfirio presidente…, nunca omnipotente. Hallazgos, reflexiones y debates. 1876-1911*, editado por Raymond Buve y Romana Falcón, 13-36. México: Universidad Iberoamericana, 1998.

CADENA, Evel. "El neoliberalismo en México: saldos económicos y sociales". *Quivera* 7, núm. 1 (2005): 198-236.

CAMPOS PÉREZ, Lara. *Ave, oh, Porfirio! Conmemoraciones, cesarismo y modernidad al final del Porfiriato (1900-1911)*. México: UNAM, 2018.

CAMPOS VÁZQUEZ, Raymundo M., Cristóbal Domínguez Flores y Graciela Márquez. "Long-Run Human Development in Mexico: 1895-2010". En *Has Latin American Inequality Changed Direction? Looking Over the Long Run*, editado por Luis Bértola y Jeffrey Williamson, 89-112. Suiza: Springer Open, 2017.

CAÑEDO, Sergio. *Comercio, alcabalas y negocios de familia en San Luis Potosí, México. Crecimiento económico y poder político, 1820-1846*. San Luis Potosí: El Colegio de San Luis, 2015.

CÁRDENAS AYALA, Elisa. "El Porfiriato: una etiqueta historiográfica". *Historia Mexicana* LXV, núm. 3 (2016): 1405-1433.

CÁRDENAS SÁNCHEZ, Enrique. *El largo curso de la economía mexicana. De 1780 a nuestros días*. México: Fondo de Cultura Económica/El Colegio de México, 2015.

CÁRDENAS SÁNCHEZ, Enrique. "La restructuración económica de 1982 a 1994". En *Del nacionalismo al neoliberalismo, 1940-1994*, editado por Elisa Servín, 182-241. México: Fondo de Cultura Económica/ CIDE/INEHRM/Conaculta, 2010.

CARMAGNANI, Marcello. "Campos, prácticas y adquisiciones de la historia política latinoamericana". En *Ensayos sobre la nueva historia política de América Latina*, editado por Guillermo Palacios, 31-43. México: El Colegio de México, 2007.

CARMAGNANI, Marcello. "Presentación. Bosquejo del desempeño económico". En *México contemporáneo. Tomo 1. La economía, 1808-2014*, coordinado por Marcello Carmagnani, 13-47. México: El Colegio de México/Fondo de Cultura Económica/Fundación Mapfre, 2015.

CARMAGNANI, Marcello y Riccardo Forte. "Introducción. Cultura política liberal y nuevo orden", en *Tradición y modernidad en la historia de la cultura política. España e Hispanoamérica, siglos XVI-XX*, editado por Riccardo Forte y Natalia Silva Prada, 147-158. México: Juan Pablos/UAM-Iztapalapa.

CARREGHA LAMADRID, Luz, Marisa Pérez Domínguez y María Eugenia Ponce Alcocer, coords. *Miradas retrospectivas al México de Porfirio Díaz*. México: El Colegio de San Luis/UNAM/Instituto Mora/Universidad iberoamericana, 2018.

CASTILLA URBANO, Francisco. "Walter Benjamin: una filosofía de la historia entre la política y la religión". *Anuario de Filosofía del Derecho* VIII (1991): 453-471.

CASTILLO MARTOS, Manuel y Juan Luis Rubio Mayoral. *Enseñanza,*

ciencia e ideología en España (1890-1950). Sevilla: Vitela Gestión Cultural/Diputación de Sevilla, 2015.

CASTRO SANCHÉZ, Álvaro. "Contribución para una sociología del pensamiento reaccionario español previo a la Guerra Civil. Sociogénesis del filósofo nacional-católico José Pemartín (1888-1954)", *Sociología Histórica* 2 (2013): 181-210.

CENTENO, Miguel A. y Joseph N. Cohen. "The Arc of Neoliberalism". *Annual Review of Sociology* 38 (2012): 317-340.

CERTEAU, Michel de. *La escritura de la historia*. México: Universidad Iberoamericana, 1993.

CERTEAU, Michel de. "Una epistemología en transición: Paul Veyne", *Historia y Grafía* 1 (1993): 103-116.

CHAPMAN QUEVEDO, William Alfredo. "El concepto de sociabilidad como referente del análisis histórico". *Investigación y Desarrollo* 23, núm. 1 (2015): 187-224.

CHEVALIER, François. "Prefacio", en *México: del Antiguo Régimen a la Revolución*, t. I, de François-Xavier Guerra, 9-17. México: Fondo de Cultura Económica, 1999.

CHOWNING, Margaret. "Revaluación de las perspectivas de ganancias en la agricultura mexicana del siglo XIX. Una perspectiva regional: Michoacán, 1810-1860?". En *Como se rezagó la América Latina. Ensayos sobre las historias económicas de Brasil y México, 1880-1914*, editado por Stephen Haber, 213-254. México: Fondo de Cultura Económica, 1999.

CHUST, Manuel y José Antonio Serrano Ortega. *Tras la guerra, la tempestad. Reformismo borbónico, liberalismo doceañista y federalismo revolucionario en México (1780-1835)*. Madrid: Marcial Pons/Universidad de Alcalá, 2019.

CONNEL, Raewyn y Nour Dados. "Where in the World does Neoliberalism Comes From? The Market Agenda in Southern Perspective". *Theory and Society* 43, núm. 2 (2014): 117-138.

CONSTANTE, Alberto. "De refugiados a parias, en la modernidad líquida". *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales* 62, núm. 230 (2017): 385-386.

CONTRERAS VALDEZ, Mario y Antonio Ibarra. "Oportunidades económicas y diversidad productiva en México, 1821-1871". En *México contemporáneo. Tomo 1. La economía, 1808-2014*, coordinado por Marcello Carmagnani, 97-135. México: El Colegio de México/Fondo de Cultura Económica/Fundación Mapfre, 2015.

CÓRDOVA, Arnaldo. *La ideología de la Revolución mexicana. La formación del nuevo régimen*. México: Era/UNAM, Instituto de Investigaciones Sociales, 1983.

CORNBLIT, Óscar. "Karl Popper, el historicismo y la narración".

Estudios Públicos 62 (1996): 197-214.
CORRIGAN, Philip y Derek Sayer. *The Great Arch: English State Formation as Cultural Revolution*. Oxford: Basil Blackwell, 1985.
COSÍO VILLEGAS, Daniel. “El Porfiriato, era de consolidación”. *Historia Mexicana* XIII, núm. 1 (1963): 76-87.
COSÍO VILLEGAS, Daniel. *Historia moderna de México. El Porfiriato. La vida política interior. Parte primera*. México: Hermes, 1970.
COSÍO VILLEGAS, Daniel. *Historia moderna de México. El Porfiriato. La vida política interior. Parte segunda*. México: Hermes, 1972.
COSÍO VILLEGAS, Daniel. *La historiografía política del México moderno. Sobretiro de la Memoria de El Colegio Nacional*. México: El Colegio Nacional, 1953.
COSÍO VILLEGAS, Daniel. “Llamada general”. *Historia Mexicana* IV, núm. 3 (1955): 334-336.
COSÍO VILLEGAS, Daniel. “Octava llamada particular”. En *Historia moderna de México. El Porfiriato. La vida política interior. Parte primera*, XI-XXIV. México: Hermes, 1970.
COSÍO VILLEGAS, Daniel. “Segunda llamada general”. *Historia Moderna de México. El Porfiriato. La vida política interior. Parte segunda*. México: Hermes, 1972.
COSÍO VILLEGAS, Daniel. “Séptima llamada particular”. En *Historia Moderna de México. El Porfiriato. La vida económica*, XI-XXVIII. México: Hermes, 1965.
COSTELOE, Michael. *La Primera República federal de México (1824-1835). Un estudio de los partidos políticos en el México independiente*. México: Fondo de Cultura Económica, 1983.
D’IGNAZIO, Catherine y Lauren F. Klein. *Data Feminism*. Cambridge, The MIT Press, 2020, https://data-feminism.mitpress.mit.edu (consultado en enero de 2021).
DÁVILA, Gerardo y Manlio Tirado. *Como México no hay dos. Porfirismo-Revolución-Neoporfirismo*. México: Nuestro Tiempo, 1971.
DÍAZ ARCINIEGA, Víctor. “Calles: el voluntarioso circunspecto”. *Historia Mexicana* 34, núm. 135 (1985): 460-505.
DÍAZ DE RADA, Ángel. “Las formas del holismo. La construcción teórica de la totalidad en etnografía”. *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares* LVIII, núm. 1 (2003): 237-262.
Diccionario de la lengua española. https://dle.rae.es/?id=Qp4ig6r (consultado en enero de 2019).
DOMÍNGUEZ CRUZ, Mario Alejandro. “Sistema electoral porfirista: el caso de Chihuahua en 1892”. *Chihuahua Hoy* 15, núm. 15 (2017): 33-55.
DUMONT, Louis. *Homo Aequalis: génesis y apogeo de la ideología económica*. Madrid: Taurus, 1982.

EAGLETON, Terry. *Ideología*. México: Paidós, 2021.
ECO, Umberto. *Los límites de la interpretación*. Barcelona: Lumen, 1998.
ECO, Umberto. *La memoria vegetal*. México: Lumen, 2021.
ERICE, Francisco. *En defensa de la razón. Contribución a la crítica del posmodernismo.* Madrid: Siglo XXI España, 2020.
ESPINOSA BLAS, Margarita. "La nación a debate. El discurso nacionalista en la prensa liberal antiporfirista". *Memorias. Revista digital de historia y arqueología desde el Caribe colombiano* 10, núm. 20 (2013): 138-158.
EVANS, Richard. *Contrafactuales ¿Y si todo hubiera sido diferente?* Madrid: Turner, 2018.
FALCÓN, Romana. "Desamortización a ras de suelo, ¿el lado oculto del despojo? México en la segunda mitad del siglo XIX", en *El oficio de una vida. Raymond Buve, un historiador mexicanista*, editado por Ma. Eugenia Ponce Alcocer y Laura Pérez Rosales, 59-85. México: Universidad Iberoamericana, 2009.
FARRANT, Andrew, Edward McPhail y Sebastian Berger. "Preventing the 'Abuses' of Democracy: Hayek, the 'Military Usurper' and Transitional Dictatorship in Chile?", *The American Journal of Economics and Sociology* 71, núm. 3 (2012): 513-538.
FEBVRE, Lucien. *Combates por la historia.* México: Ariel, 1982.
FERNÁNDEZ CASTRO, Roberto. "Silvio Zavala y la historiografía americana. Una vida de vínculos intelectuales", *Revista de Historia de América* 155 (2018): 33-55.
FIGUEROA SALAMANCA, Helwar Fernando. "El imperio espiritual español: lengua, raza y religión (1930-1942)", *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* 34 (2007): 165-206.
FIX-FIERRO, Héctor. "Porfirio Díaz y la modernización del Derecho mexicano". En *Porfirio Díaz y el Derecho. Balance crítico*, editado por Raúl Ávila Ortiz, Eduardo de Jesús Castellanos Hernández y María del Pilar Hernández, 15-32. México: Cámara de Diputados LXIII Legislatura/UNAM, Instituto de Investigaciones Jurídicas, 2015.
FLORESCANO, Enrique. "De la memoria del poder a la historia como explicación". En *Historia ¿para qué?*, Carlos Pereyra *et al.*, 93-127. México: Siglo XXI, 1986.
FLORESCANO, Enrique. "La nueva interpretación del pasado mexicano". En *El historiador frente a la historia*, Horacio Crespo, Luis González y González, Carlos Marichal, Álvaro Matute, Juan A. Ortega y Medina, Enrique Florescano, Miguel León Portilla, Carlos Martínez Assad, Josefina Muriel, Sergio Ortega Noriega, Silvio Zavala, 7-27. México: UNAM, 1992.
FLORESCANO, Enrique. "Los historiadores, las instituciones y el poder en el México contemporáneo". En *La historiografía del siglo XX en*

México. Recuentos, perspectivas teóricas y reflexiones, editado por Evelia Trejo, 305-325. México: UNAM, 2015.

FONTANA, Josep. *Historia: análisis del pasado y proyecto social*. Barcelona: Austral, 2013.

FORNARI, Emanuela. *Líneas de frontera. Filosofía y poscolonialismo*. México: Gedisa, 2017.

FOUCAULT, Michel. *Historia de la sexualidad. 1. La voluntad de saber*. México: Siglo XXI, 2007.

FOUCAULT, Michel. *Nacimiento de la biopolítica. Curso en el Collège de France (1978-1979)*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2007.

FRAGIO, Alberto. "La crisis del estilo histórico de razonamiento económico: Joseph A. Schumpeter, Nicholas Georgescu-Roegen y Paul Samuelson", *Historia y Grafía* 28, núm. 55 (2020): 131-164.

GALLEGOS CRUZ, Cristhian. "Arnaldo Córdova y el estudio sobre la política mexicana". *Vitam. Revista de Investigación en Humanidades* 3, núm. 3 (2017): 30-45.

GALVÁN VARGAS, Edgardo. "Luis Montes de Oca. Una biografía política, 1892-1958", tesis de maestría en Historia, UNAM, 2017.

GANTÚS, Fausta. "Sabotear los comicios desde el humor. Caricatura y violencia electoral en la ciudad de México". En *Cuando las armas hablan, los impresos luchan, la exclusión agrede… Violencia electoral en México, 1812-1912*, editado por Fausta Gantús y Alicia Salmerón, 271-310. México: Instituto Mora, 2016.

GANTÚS, Fausta y Alicia Salmerón. "Introducción". En *Cuando las armas hablan, los impresos luchan, la exclusión agrede… Violencia electoral en México, 1812-1912*, editado por Fausta Gantús y Alicia Salmerón, 7-37. México: Instituto Mora, 2016.

GANTÚS, Fausta y Alicia Salmerón (eds.). *Cuando las armas hablan, los impresos luchan, la exclusión agrede… Violencia electoral en México, 1812-1912*. México: Instituto Mora, 2016.

GARCÍA, Pablo Sebastián. "Apriorismo y refutabilidad en el conocimiento económico: sobre una tesis de Lawrence Boland". *Epistemología e Historia de la Ciencia* 9, núm. 9 (2003): 174-177.

GARCÍA JIMÉNEZ, Leonarda. "Aproximación epistemológica al concepto de ciencia: una propuesta básica a partir de Kuhn, Popper, Lakatos y Feyerabend". *Andamios* 4, núm. 8 (2008): 185-212.

GARCÍA NARANJO, Nemesio. *Porfirio Díaz*. México: Compañía Periodística Nacional, 1931.

GARCÍA NARANJO, Francisco A. "El gobernador de Michoacán y el conflicto universitario de 1949. La mirada de Nemesio García Naranjo", *Historia y Memoria* 15 (2017): 243-293.

GARCIADIEGO, Javier. "Daniel Cosío Villegas y la modernización de

la historiografía mexicana”. En *Llamadas*, de Daniel Cosío Villegas, 11-33. México: El Colegio de México, 2001.

GARCIADIEGO, Javier. “Revistas revisitadas: ventana a la historiografía mexicana del siglo XX”. *Historia Mexicana* LI, núm. 202 (2001): 221-231.

GARNER, Paul. *Porfirio Díaz. Del héroe al dictador. Una biografía política*. México: Planeta, 2007.

GARNER, Paul. *Porfirio Díaz. Del héroe al dictador. Una biografía política*. México: Planeta, 2010.

GARNER, Paul. “El Porfiriato como Estado-nación moderno: ¿paradigma o espejismo?”. En *Nación, Constitución y Reforma, 1821-1908*, editado por Érika Pani, 276-303. México: Fondo de Cultura Económica, 2010.

GARNER, Paul. *Porfirio Díaz. Entre el mito y la historia*. México: Crítica, 2015.

GARNER, Paul. “Presentación”. En *Historiografía del Porfiriato*, *Diversas interpretaciones en torno a un polémico asunto*, coordinado por Carlos Becerril Hernández, VII-VIII. México: Universidad Anáhuac, 2017.

GARNER, Paul. “Vaivenes de la ‘leyenda negra’”. *Nexos*, 2015. http://www.nexos.com.mx/p=25430 (consultado en julio 2017).

GIDDENS, Anthony. “El positivismo y sus críticos”. en *Historia del análisis sociológico*, editado por Tom Bottomore y Robert Nisbet, 273-326. Buenos Aires: Amorrortu, 2001.

GIL ANTÓN, Manuel y Leobardo Eduardo Contreras Gómez. “El Sistema Nacional de Investigadores: ¿espejo y modelo?”. *RESU Revista de la Educación Superior* 46, núm. 184 (2017): 3. http://doi.org/10.1016/j.resu.2017.12.004 (consultado en mayo, 2020).

GILLY, Adolfo. *La revolución interrumpida.* Edición corregida y aumentada. México: Era, 1994.

GLADE, William. “América Latina y la economía internacional”. En *Historia de América Latina. 7. América Latina: economía y sociedad, c. 1870-1930*, editado por Leslie Bethel, 1-49. Barcelona: Crítica, 1991.

GODICHEAU, François y Pablo Sánchez León. “Introducción. Por una semántica histórica sobre el vínculo social”. En *Palabras que atan. Metáforas y conceptos del vínculo social en la historia moderna y contemporánea*, editado por François Godicheau y Pablo Sánchez León, 9-31. Madrid: Fondo de Cultura Económica/Université Bordeaux Montaigne, 2015.

GOLD, Andrew. *Origins of Liberal Dominance. State, Church, and Party in Nineteenth-Century Europe*. Ann Arbor: The University of Michigan Press, 1999.

GÓMEZ-GALVARRIATO, Aurora. “Porfiriato, vida económica. ¿Qué

sabemos de nuevo?". En *El historiador frente a la historia. Historia económica en México*, coordinado por Virginia Guedea y Leonor Ludlow, 123-142. México: UNAM, 2003.

GÓMEZ-GALVARRIATO, Aurora. "Industrialización, empresas y trabajadores industriales, del porfiriato a la Revolución: la nueva historiografía". *Historia Mexicana* LII, núm. 3 (2003): 773-804.

GONZÁLEZ CUEVAS, Pedro Carlos. "Raymond Aron y España". *Revista de Estudios Políticos* 157 (2012): 13-44.

GONZÁLEZ GÓMEZ, Claudia. "Nostalgia por la muerte de don Porfirio. Revisión en la prensa habanera". En *Miradas retrospectivas al México de Porfirio Díaz*, coordinado por Luz Carregha Lamadrid, Marisa Pérez Domínguez y María Eugenia Ponce Alcocer, 171-191. México: El Colegio de San Luis/UNAM/ Instituto Mora/Universidad Iberoamericana, 2018.

GONZÁLEZ HERNÁNDEZ, Domingo. "Holismo e individualismo. Un enriquecedor debate girardiano para el trabajo social". *La Razón Histórica. Revista Hispanoamericana de Historia de las Ideas* 34 (2016): 205-222.

GONZÁLEZ Y GONZÁLEZ, Luis. "La historiografía que nos rodea". En *El historiador frente a la historia*, Horacio Crespo, Luis González y González, Carlos Marichal, Álvaro Matute, Juan A. Ortega y Medina, Enrique Florescano, Miguel León Portilla, Carlos Martínez Assad, Josefina Muriel, Sergio Ortega Noriega, Silvio Zavala, 29-38. México: UNAM, 1992.

GRANADOS, Aimer. "Hispanismo, nación y proyectos culturales. Colombia y México: 1886-1921. Un estudio de historia comparada". *Memoria y sociedad* 9, núm. 19 (2005): 5-15.

GUAJARDO SOTO, Guillermo. "Infraestructura y logística en la historia económica: una contribución a partir de los casos de Chile y México, *ca.* 1850-1970", *América Latina en la Historia Económica* 22, núm. 2 (2015): 7-27.

GUARDINO, Peter. *Campesinos y política en la formación del Estado nacional en México. Guerrero 1800-1857.* Chilpancingo: Gobierno de Guerrero/Congreso del Estado, 2001.

GUARDINO, Peter. *El tiempo de la libertad. La cultura política popular en Oaxaca, 1750-1850.* Oaxaca: Universidad Autónoma Benito Juárez de Oaxaca/UAM Iztapalapa/El Colegio de San Luis/El Colegio de Michoacán/Congreso del Estado, 2009.

GUERRA, François-Xavier. *México: del Antiguo Régimen a la Revolución*. México: Fondo de Cultura Económica, 1999. [Dos tomos.]

GUILLÉN ROMO, Héctor. "Regreso hacia una economía humana: el indicador de desarrollo humano". *Comercio Exterior* 54, núm. 1 (2004): 36-46.

HABER, Stephen. "Anything Goes: Mexico's 'New' Cultural History".

Hispanic American Historical Review 79, núm. 2 (1999): 310-311.

HABER, Stephen. "Mercado interno, industrialización y banca, 1890-1929". En *Historia económica general de México. De la Colonia a nuestros días*, coordinado por Sandra Kuntz, 411-436. México: El Colegio de México/Secretaría de Economía, 2010.

HABER, Stephen. "The Commitment Problem and Mexican Economy History". En *The Mexican Economy, 1870-1930. Essays on the Economic History of Institutions, Revolution, and Growth*, editado por Jeffrey L. Bortz y Stephen Haber, 324-336. Stanford: Stanford University Press, 2002.

HABER, Stephen, Armando Razo y Noel Maurer. *La política de los derechos de propiedad. Inestabilidad política, compromisos creíbles y crecimiento económico en México, 1876-1929*. México: Instituto Mora, 2015.

HABERMAS, Jürgen. *Ciencia y técnica como ideología*. Madrid: Tecnos, 2009.

HABERMAS, Jürgen. "Del uso público de la historia. La quiebra de la visión oficial de la República Federal de Alemania", *Pasajes. Revista de Pensamiento Contemporáneo* 24 (2007): 77-84.

HACKING, Ian (ed.). *Revoluciones científicas*. México: Fondo de Cultura Económica, 1981.

HACKING, Ian. "Introducción". En *Revoluciones científicas*. Editado por Ian Hacking, 7-15. México: Fondo de Cultura Económica, 1981.

HALE, Charles A. *El liberalismo en México en la época de Mora, 1821-1853*. México: Siglo XXI, 1972.

HALE, Charles A. *Emilio Rabasa y la supervivencia del liberalismo porfiriano*. México: Fondo de Cultura Económica/CIDE, 2011.

HALE, Charles A. "Emilio Rabasa: liberalismo, conservadurismo y revolución", en *Conservadurismo y derechas en la historia de México*, coordinado por Erika Pani, vol. 2, 398. México: Fondo de Cultura Económica/Conaculta, 2009.

HALE, Charles A. *La transformación del liberalismo en México a fines del siglo XIX*. México: Fondo de Cultura Económica, 2002.

HALE, Charles A. "The Liberal Impulse: Daniel Cosío Villegas and the *Historia moderna de México*". *Hispanic American Historical Review* 54, núm. 3 (1974): 479-498.

HARTOG, François. *Evidencia de la historia. Lo que ven los historiadores*. México: Universidad Iberoamericana, 2011.

HARTOG, François. "La inquietante extrañeza de la historia", *Historia y Grafía* 19, núm. 37 (2011): 181-201.

HARVEY, David. *Breve historia del neoliberalismo*. Madrid: Akal, 2015.

HARVEY, John T. "Neoliberalism, Neoclassicism and Economic Welfare". *Journal of Economic Issues* XLIV, núm. 2 (2010): 359-367.

HAYEK, Friedrich A. *Camino de servidumbre*. Madrid: Alianza, 2017.

HENESTROSA, Andrés. "Ralph Roeder". En *Juárez y su México*, de Ralph Roeder, VII-XV. México: Fondo de Cultura Económica, 1972.

HERNÁNDEZ LÓPEZ, Conrado. "Edmundo O'Gorman y la polémica de la historia". *Iztapalapa* 51 (2001): 17-52.

HILT, Eric. "Economic History, Historical Analysis, and the 'New History of Capitalism'". *The Journal of Economic History* 77, núm. 2 (2017): 511-536.

HOBSBAWM, Eric. "Prefacio". En *Sobre la historia*, de Eric Hobsbawm, 7-11. Barcelona: Crítica, 2002.

HOBSBAWM, Eric. *Sobre la historia*. Barcelona: Crítica, 2002.

HUERTA QUINTANILLA, Rogelio. "¿Cómo la teoría impide ver la realidad? Comentarios al libro de Santiago Levy: *Buenas intenciones malos resultados*", *Economía Informa* 380 (2013): 95-110.

HUERTAS, Rafael. "Las obsesiones antes de Freud: historia y clínica". *História, Ciências, Saúde – Manguinhos* 21, núm. 4 (2014): 1397-1415.

IBARRA, Antonio. "A modo de presentación: la historia económica mexicana de los noventa, una apreciación general". *Historia Mexicana* LII, núm. 3 (2003): 613-647.

IBARRA, Antonio y Mario Contreras Valdez. "De la excepcionalidad a la regularidad: la mirada económica del siglo XIX". En *Repensar el siglo XIX. Miradas historiográficas desde el siglo XX*, editado por María Luna Argudín y María José Rhi Sausi, 145-165. México: Secretaría de Cultura/Fondo de Cultura Económica/UAM, 2015).

IGGERS, Georg. *La historiografía del siglo XX. Desde la objetividad científica al desafío posmoderno*. Santiago de Chile: Fondo de Cultura Económica, 2012.

ILLADES, Carlos. *En los márgenes. Rhodakanaty en México*. México: Fondo de Cultura Económica, 2019.

Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones en México. "José C. Valadés". https://www.inehrm.gob.mx/es/inehrm/Jose_C_Valades_2018 (consultado en junio de 2020)
JAKSIC, Iván. "Presentación". En *La historiografía del siglo XX. Desde la objetividad científica al desafío posmoderno*, de Georg Iggers, 9-15. Santiago de Chile: Fondo de Cultura Económica, 2012.

JARAMILLO MOLINA, Máximo Ernesto. "Lo que el neoliberalismo nos dejó". *Nexos* (11 de diciembre de 2018). https://economia.nexos.com.mx/?p=2034 (consultado el 5 de abril de 2019).

JOHANSSON, Fréderic. "El imposible pluralismo político: del

exclusivismo y otros vicios de los partidos políticos en el México de la Reforma", en *Partidos, facciones y otras calamidades. Debates y propuestas acerca de los partidos políticos en México, siglo XIX*. Coordinado por Alfredo Ávila y Alicia Salmerón, 106-139. México: Conaculta/Fondo de Cultura Económica/UNAM, 2012.

JUNCO, Alfonso. "Evocación de García Naranjo". En *Memorias de la Academia Mexicana. Correspondiente de la española*, 196-198. México: Academia Mexicana Correspondiente de la Española, 1968.

KLEIN, Naomi. *La doctrina del Shock. El auge del capitalismo del desastre*. México: Paidós Booket, 2021.

KNIGHT, Alan. *La revolución cósmica. Utopías, regiones y resultados, México 1910-1940*. México: Fondo de Cultura Económica, 2015.

KNIGHT, Alan. *La Revolución mexicana*. México: Fondo de Cultura Económica, 2010.

KNIGHT, Alan. "Patterns and Prescriptions in Mexican Historiography", *Bulletin of Latin American Research* 25, núm. 3 (2006): 340-366.

KNIGHT, Alan. *The Mexican Revolution. Vol. 1. Porfirians, Liberals and Peasants*. Lincoln/Londres: University of Nebraska Press, 1990.

KNIGHT, Alan. "El precio de la longevidad", *Nexos*, 2015, www.nexos.com.mx/?p=25427 (consultado en enero, 2017).

KOSELLECK, Reinhardt. *Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia*. Barcelona: Paidós/Universidad Autónoma de Barcelona, 2001.

KOZEL, Andrés. "Historicismo e hispanoamericanismo. En torno al itinerario intelectual de José Gaos". http://lanic.utexas.edu/project/etext/llilas/vrp/kozel.pdf (consultado el 20 de abril de 2020).

KRAUZE, Enrique. *Porfirio Díaz. Místico de la autoridad*. México: Fondo de Cultura Económica, 1995.

KRUGMAN, Paul. *Contra los zombies. Economía, política y la lucha por un futuro mejor*. México: Crítica, 2020.

KUHN, Thomas S. *La estructura de las revoluciones científicas*. México: Fondo de Cultura Económica, 2000.

KUHN, Thomas S. *La tensión esencial. Estudios selectos sobre la tradición y el cambio en el ámbito de la ciencia*. México: Fondo de Cultura Económica, 1996.

KUNTZ FICKER, Sandra. "De las reformas liberales a la Gran Depresión, 1856-1929". En *Historia económica general de México. De la Colonia a nuestros días*, coordinado por Sandra Kuntz, 305-352. México: El Colegio de México/Secretaría de Economía, 2010.

KUNTZ FICKER, Sandra. "El patrón del comercio exterior de México,

1870-1929". En *Estudios sobre la historia económica de México. Desde la época de la Independencia hasta la primera globalización*, coordinado por Sandra Kuntz y Reinhard Liehr, 49-81. México: El Colegio de México/Iberoamericana Vervuert, 2014.

KUNTZ FICKER, Sandra. "Introducción". En *Ferrocarriles y obras públicas*, coordinado por Sandra Kuntz Ficker y Priscilla Connolly, 9-38. México: Instituto Mora, 1999.

KUNTZ FICKER, Sandra. "Introducción". En *Historia económica general de México. De la Colonia a nuestros días*, coordinado por Sandra Kuntz, 13-37. México: El Colegio de México/Secretaría de Economía, 2010.

KUNTZ FICKER, Sandra. "La contribución económica de las exportaciones en México: un acercamiento desde las finanzas estatales, 1880-1926". *América Latina en la Historia Económica* 21, núm. 2 (2014): 7-39.

KUNTZ FICKER, Sandra. "La historiografía económica reciente sobre el México decimonónico". *Mexican Studies/Estudios Mexicanos* 21, núm. 2 (2005): 461-492.

KUNTZ FICKER, Sandra. "La inserción en la economía internacional y la modernización económica (1880-1929)". En *México contemporáneo. Tomo 1. La economía, 1808-2014*, coordinado por Marcello Carmagnani, 137-190. México: El Colegio de México/ Fondo de Cultura Económica/Fundación Mapfre, 2015.

KUNTZ FICKER, Sandra. "Mexico in the Export Era (1870s-1929): Export Boom, Economic Modernization, and Industrialization". En *The First Export Era Revisited. Reassessing its Contribution to Latin American Economies*, editado por Sandra Kuntz, 238-239. Londres: Palgrave MacMillan, 2017.

KUNTZ FICKER, Sandra y Elisa Speckman. "El Porfiriato". En *Nueva Historia General de México*, 487-536. México: El Colegio de México, 2010.

KUNTZ FICKER, Sandra y Priscilla Connolly (coords.). *Ferrocarriles y obras públicas*. México: Instituto Mora, 1999.

KUNTZ FICKER, Sandra y Reinhard Liehr. "Introducción". En *Estudios sobre la historia económica de México. Desde la época de la Independencia hasta la primera globalización*, coordinado por Sandra Kuntz y Reinhard Liehr, 7-9. México: El Colegio de México/Iberoamericana Vervuert, 2014.

LAKATOS, Imre. "La historia de la ciencia y sus reconstrucciones racionales". En *Revoluciones científicas*, editado por Ian Hacking, 204-242. México: Fondo de Cultura Económica, 1981.

LAKATOS, Imre. *La metodología de los programas de investigación científica*. Madrid: Alianza Universidad, 1982.

LASCURAIN FERNÁNDEZ, Mauricio y Luis Fernando Villafuerte

Valdés. "Primera globalización económica y las raíces de la inequidad social en México". *Ensayos de Economía* 48 (2016), 67-90.

LEMUS, Rafael. *Breve historia de nuestro neoliberalismo. Poder y cultura en México*. México: Penguin Random House, 2021.

LEREUZ, Jacques y Fernando I. Salmerón. "El legado del thatcherismo en Gran Bretaña", *Foro Internacional* XXXII, núm. 4 (1992): 617-643.

LIRA, Andrés. "José C. Valadés. La interpretación histórica como actualidad política". *Revista de la Universidad de México*, marzo de 1974. https://www.revistadelauniversidad.mx/articles-files/0ef15b7c-aa804281-95e1-080f5e989785 (consultado en noviembre de 2019).

LIZAMA SILVA, Gladys y Sergio Valerio Ulloa. "Redes empresariales en la región de Guadalajara durante el Porfiriato". *Secuencia* 64 (2006): 205-230.

LOMELÍ VANEGAS, Leonardo. *La política económica y el discurso de la reconstrucción nacional (1917-1925)*. México: UNAM, 2016.

LOMELÍ VANEGAS, Leonardo. "La política económica durante el Porfiriato: ciclos y tendencias". En *Miradas retrospectivas al México de Porfirio Díaz*, coordinado por Luz Carregha, Marisa Pérez y María Eugenia Ponce Alcocer, 261-283. México: El Colegio de San Luis/ UNAM/Instituto Mora/Universidad Iberoamericana, 2018.

LOMNITZ, Claudio. *La nación desdibujada. México en trece ensayos*. Barcelona: Malpaso, 2017.

LÓPEZ-ALONSO, Moramay. *Estar a la altura. Una historia de los niveles de vida en México, 1850-1950*. México: Fondo de Cultura Económica, 2015.

LÓPEZ-ALONSO, Moramay. "Growth with Inequality: Living Standars in Mexico, 1850-1950". *Journal of Latin American Studies* 39, núm. 1 (2007): 81-105.

LÓPEZ PORTILLO, Felícitas. "El hispanoamericanismo de la 'reacción' mexicana". *Temas de nuestra América, Revista de Estudios Latinoamericanos*, núm. extraordinario (2012): 95-106.

LOSADA, Leandro. "Sociabilidad, distinción y alta sociedad en Buenos Aires: Los clubes sociales de la elite porteña (1880-1930)", en *Desarrollo económico* 180 (2006): 547-572.

LUNA ARGUDÍN, María y María José Rhi Sausi. "Introducción". En *Repensar el siglo XIX. Miradas historiográficas desde el siglo XX*, editado por María Luna Argudín y María José Rhi Sausi, 17-34. México: Secretaría de Cultura/Fondo de Cultura Económica/ UAM, 2015.

LUNA ARGUDÍN, María y María José Rhi Sausi (eds.). *Repensar el siglo XIX. Miradas historiográficas desde el siglo XX*. México: Secretaría

de Cultura/Fondo de Cultura Económica/UAM, 2015.
LUNA SANTIAGO, Germán. "Vuelta al cliché: Silvio Zavala positivista", *Revista de Historia de América* 155 (2018): 199-207.
LYTHGOE, Esteban. "Pasado y presente en Ricoeur y De Certeau. Algunas consideraciones". *Tópicos* 18 (2009): s.p.
MACGREGOR CAMPUZANO, Javier. "La derecha mexicana en los años veinte: tradición católica y conservadurismo", *Revista de Historia de América* 160 (2021): 275-303.
MACÍAS ZAPATA, Gabriel Aarón. *Guerra de encrucijada: rostros de la resistencia maya en tiempos aciagos. Península de Yucatán, 1847-1901*. México: CIESAS, 2016.
MANNHEIM, Karl. *Ideología y utopía. Introducción a la sociología del conocimiento*. México: Fondo de Cultura Económica, 2019.
MARICHAL, Carlos. "The Construction of Credibility: Financial Market Reform and the Renegotiation of Mexico's External Debt in the 1880s". En *The Mexican Economy, 1870-1930. Essays on the Economic History of Institutions, Revolution, and Growth*, editado por Jeffrey L. Bortz y Stephen Haber, 93-119. Stanford: Stanford University Press, 2002.
MÁRQUEZ, Graciela. "Las aristas del debate. En torno a la depresión del siglo XIX". En *Repensar el siglo XIX. Miradas historiográficas desde el siglo XX*, coordinado por María Luna Argudín y María José Rhi Sausi, 166-187. México: Secretaría de Cultura/Fondo de Cultura Económica/UAM, 2015.
MATUTE, Álvaro. *Aproximaciones a la historiografía de la Revolución mexicana*. México: UNAM, 2005.
MATUTE, Álvaro (ed.). *La teoría de la historia en México (1940-1968)*. México: Fondo de Cultura Económica, 2015.
MATUTE, Álvaro. "Notas sobre la historiografía positivista mexicana", *Secuencia* 21 (1991): 49-64.
MATUTE, Álvaro. *Pensamiento historiográfico mexicano del siglo XX. La desintegración del positivismo (1911-1935)*. México: UNAM/Fondo de Cultura Económica, 1999.
MAZZUCATO, Mariana. *El valor de las cosas. Quién produce y quién gana en la economía global*. Madrid: Taurus, 2019.
MCCLOSKEY, Donald. *Si eres tan listo. La narrativa de los expertos en economía*. Madrid: Alianza, 1993.
MCCLOSKEY, Donald. "Sobre el Premio Nobel en Economía 1993 otorgado a Robert Fogel y Douglas North". *Anuario del Instituto de Estudios Histórico Sociales* 9 (1994): 319-321.
MCCLOSKEY, Donald. "The Rhetoric of Economics". *Journal of Economic Literature* 21, núm. 2 (1988): 481-517.
MEDINA PEÑA, Luis. "El maderismo: la oportunidad perdida". En *El siglo del sufragio. De la no reelección a la alternancia*, editado por

Luis Medina Peña, 27-55. México: Fondo de Cultura Económica/ Conaculta/IFE, 2010.

MEDINA PEÑA, Luis. “Introducción”. En *El siglo del sufragio. De la no reelección a la alternancia*, editado por Luis Medina Peña, 13-23. México: Fondo de Cultura Económica/Conaculta/IFE, 2010).

MEDINA PEÑA, Luis. *Invención del sistema político mexicano. Forma de gobierno y gobernabilidad en México en el siglo XIX*. México: Fondo de Cultura Económica, 2018.

MEDINA PEÑA, Luis. “Porfirio Díaz y la creación del sistema político en México”. *Istor* 17 (2004): 60-94.

MENÉNDEZ, Eduardo L. “Continuidad/discontinuidad en el uso de los grandes relatos: el caso del iluminismo”. En *Fronteras de iluminismo*, coordinado por Enzo Segre Malagoli e Isidoro Moreno Navarro, 17-47. México: UAM/Juan Pablos, 2012.

MEYER, Jean. “Obituario. François-Xavier Guerra”. *Historia Mexicana* LII, núm. 4 (2003): 1131-1133.

MEYER, Leticia, “Centros de poder en una facultad universitaria”. *Relaciones. Estudios de Historia y Sociedad* III, núm. 12 (1982): 91-118.

MEYER, Lorenzo. “Daniel Cosío Villegas”. *Letras Libres* 29 (2001), https://www.letraslibres.com/mexico/daniel-cosio-villegas (consultado el 15 de diciembre de 2019).

MILANOVIC, Branko. *Desigualdad mundial. Un nuevo enfoque para la era de la globalización*. México: Fondo de Cultura Económica, 2021.

MILANOVIC, Branko. *Capitalismo, nada más. El futuro del sistema que domina al mundo*. Madrid: Taurus, 2020.

MOCTEZUMA FRANCO, Abraham. “El camino de la historia hacia su institucionalización”. *Historia y Grafía* 25 (2005): 45-78.

MOLINA ENRÍQUEZ, Andrés. *Los grandes problemas nacionales*. México: INEHRM/Secretaría de Cultura, 2016.

MORALES MORENO, Humberto. “Las ideas políticas sobre la nación en América Latina durante la segunda mitad del siglo XIX (historiografía y análisis)”, *Revista de Historia de América* 132 (2003): 55-74. MORENO, Isidro. “Crisis de los pilares de la modernidad, globalización mercantilista y activación identitaria. Los papeles posibles de la antropología hoy”. En *Fronteras de iluminismo*, coordinado por Enzo Segre Malagoli e Isidoro Moreno Navarro, 49-76. México: UAM/Juan Pablos, 2012.

MUNCK, Ronaldo. “Neoliberalism, Necessitarianism and Alternatives in Latin America: There Is No Alternative (TINA)?”, *Third World Quarterly* 24, núm. 3 (2003): 495-511.

NACARINO-BRABO, Aurora. “Los enemigos de la democracia liberal”. *Letras Libres España*. https://www.letraslibres.com/espana-

mexico/politica/los-enemigos-la-democracia-liberal (consultado en junio de 2020).

NAREDO, José Manuel. “La economía en evolución: invento y configuración de la economía en los siglos XVIII y XIX y sus consecuencias actuales”. *Manuscrits. Revista d’història moderna*, núm. 22 (2004): 83-117.

National Institute of Mental Health. “La esquizofrenia”. www.nimh.nih.gov/health/publications/espanol/la-esquizofrenia/index.shtml (consultado en enero de 2019).

NGUYEN, C. Thi. “Escape the Echo Chamber”. *Aeon* (abril de 2018). https://aeon.co/essays/why-its-as-hard-to-escape-an-echo-chamber-as-it-is-to-flee-a-cult (consultado en junio de 2020).

NGUYEN, C. Thi. “Group-Strapping, Bubble, or Echo Chamber?”. *Social Epistemology Review and Reply Collective* 8, núm. 6 (2019): 31-37. https://wp.me/p1Bfg0-4dr (consultado en junio de 2020).

NGUYEN, C. Thi. “Echo Chambers and Epistemic Bubbles”. *Episteme* 17, núm. 2 (2020): 141-161.

NISBET, Robert. “Conservadorismo”, en *Historia del análisis sociológico*, editado por Tom Bottomore y Robert Nisbet, 105-145. Buenos Aires: Amorrortu, 2001.

NORTH, Douglas C. *Estructura y cambio en la historia económica*. Madrid: Alianza Universidad, 1984.

NORTH, Douglas C. *Instituciones, cambio institucional y desempeño económico*. México: Fondo de Cultura Económica, 2006.

O’GORMAN, Edmundo. “Consideraciones sobre la verdad en historia”. En *La teoría de la historia en México (1940-1968)*, editado por Álvaro Matute, 94-102. México: Fondo de Cultura Económica, 2015.

O’GORMAN, Edmundo. “Historia y vida”. En *La teoría de la historia en México (1940-1968)*, editado por Álvaro Matute, 147-182. México: Fondo de Cultura Económica, 2015.

OLIVA MENDOZA, Carlos. “Subjetividad y objetividad”. En *Diccionario iberoamericano de filosofía de la educación*, editado por Ana María Salmerón Castro, Blanca Flor Trujillo Reyes, Azucena del Huerto Rodríguez Ousset y Miguel de la Torre Gamboa. México: Fondo de Cultura Económica/UNAM, 2016. https://www.fondodeculturaeconomica.com/dife/definicion.aspx?l=S&id=21 (consultado en octubre de 2021) PADVALSKIS, Cecilia. “Michel de Certeau, recorrido por sus múltiples pertenencias”. *Revista Teología* XLVII, núm. 102 (2010): 189-207.

PALACIOS, Guillermo. “Presentación”. En *La nación y su historia, independencias, relato historiográfico y debates sobre la nación. América Latina, siglo XIX*, editado por Guillermo Palacios, 9-15. México: El Colegio de México, 2009.

PALACIOS, Guillermo (ed.). *Ensayos sobre la nueva historia política de América Latina*. México: El Colegio de México, 2007.

PALACIOS, Guillermo (ed.). *La nación y su historia, independencias, relato historiográfico y debates sobre la nación. América Latina, siglo XIX*. México: El Colegio de México, 2009.

PALTI, Elías J. *El tiempo de la política: el siglo XIX reconsiderado*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2007.

PALTI, Elías J. "Introducción". En *Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia*, de Reinhardt Koselleck, 9-32. Barcelona: Paidós/ Universidad Autónoma de Barcelona, 2001.

PANI, Érika (ed.). *Conservadurismo y derechas en la historia de México*. México: Fondo de Cultura Económica/Conaculta, 2009. [Dos tomos.]

PANI, Érika. "La 'nueva historia política' mexicanista: no tan nueva, menos política, ¿mejor historia?". En *Ensayos sobre la nueva historia política de América Latina. Siglo XIX*, editado por Guillermo Palacios, 63-81. México: El Colegio de México, 2007.

PANI, Érika. "Prólogo". En *Porfirio Díaz. Entre el mito y la historia*, de Paul Garner, 9-13. México: Crítica, 2015.

PANTOJA MORÁN, David. *El Supremo Poder Conservador. El diseño institucional en las primeras constituciones mexicanas*. México: El Colegio de México/El Colegio de Michoacán, 2005.

PARKIN, Robert. "Louis Dumont: estructuralismo, jerarquía e individualismo". *Revista de Occidente* 299 (2006): 9-34.

PASSANANTI, Thomas P. "The Politics of Silver and Gold in An Age of Globalization: The Origins of Mexico's Monetary Reform of 1905". *América Latina en la Historia Económica* 30 (2008): 69-95.

PASTOR, María Alba. "La negación de la historia por el estructural-funcionalismo", *Iztapalapa* 26 (1992): 169-176.

PÉREZ MONTFORT, Ricardo. "Tradición, anticomunismo y nacionalismo en el México de los años veinte (1922-1929)". En *Las derechas iberoamericanas desde el final de la Primera Guerra Mundial hasta la Gran Depresión*, editado por Ernesto Bohoslavsky, David Jorge y Clara E. Lida, 281-318. México: El Colegio de México, 2019.

PIKETTY, Thomas. *Capital e ideología*. México: Grano de Sal, 2020.

PIKETTY, Thomas. *El capital en el siglo XXI*. México: Paidós, 2018.

PIKETTY, Thomas. *La economía de las desigualdades. Cómo implementar una redistribución justa y eficaz de la riqueza*. México: Siglo XXI, 2015.

PILATOWSKY GOÑI, Priscila. "Sobre historiografía americanista y un caballero de la hispanidad. Carlos Pereyra en España (1916-1942)". *Revista de Indias* LXXVIII, núm. 273 (2018): 561-592.

PLEYERS, Geoffrey. “Pensar los actores conservadores y capitalistas como movimientos sociales”. *Revista de Estudios Sociales* 67 (2019): 116-123.

POGGIO, Pier Paolo. *Nazismo y revisionismo histórico*. Madrid: Akal, 2006.

PONCE ALCOCER, María Eugenia. “Un vistazo a la historiografía política del Porfiriato (1996-2006)”. *Historia y Grafía*, núm. 27 (2006): 107-135.

POPPER, Karl R. *La lógica de la investigación científica*. Madrid: Tecnos, 1999.

QUIRARTE, Martín. “Ralph Roeder y su obra póstuma”. *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México* 5 (1976): 132-158.

RABASA, Emilio. *La Constitución y la dictadura. Estudio sobre la organización política de México*. México: Conaculta, 2015.

RANGEL SILVA, Jose Alfredo. “Lo que antes era casa de Dios… Adaptaciones del liberalismo en los ámbitos locales, 1820-1825”. *Historia Mexicana* LIII, núm. 1 (2003): 117-177.

RANGEL SILVA, Jose Alfredo. “Los comuneros, el abogado y el senador: cultura política y orden liberal a finales del porfiriato”. *Historia Mexicana* LXIV, núm. 3 (2015): 937-1000.

RANGEL SILVA, Jose Alfredo. “‘Para reprimir a este difamador’: Discursos públicos, valores y orden social en Guadalajara, México, 1885”. *Hispanic American Historical Review* 97, núm. 3 (2017): 457-484.

RICHMOND, Douglas W. “Comparative Elite Systems in Latin America and the United States, 1870-1914”. *Revista de Historia de América* 114, (1992): 61-89.

RICOEUR, Paul. *La memoria, la historia, el olvido*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2013.

RICOEUR, Paul. *Sí mismo como otro*. México: Siglo XXI, 1996.

RICOEUR, Paul. *Tiempo y narración III. El tiempo narrado*. México: Siglo XXI, 1999.

RIGUZZI, Paolo. “B. México y la economía internacional, 1860-1930”. En *Historia económica general de México. De la Colonia a nuestros días*, coordinado por Sandra Kuntz, 377-409. México: El Colegio de México/Secretaría de Economía, 2010.

RIGUZZI, Paolo. “Ciclos, crisis y ruptura. La economía mexicana, 1896-1910”. En *Fin de siglos ¿fin de ciclos? 1810, 1910-2010*, editado por Leticia Reina y Ricardo Pérez Monfort, 61-73. México: Siglo XXI/INAH/CIESAS, 2010.

RIGUZZI, Paolo. “From Globalization to Revolution? The Porfirian Political Economy: An Essay on Issues and Interpretations”. *Journal of Latin American Studies* 41, núm. 2 (2009): 347-368.

RIGUZZI, Paolo. “Mercados, regiones y capitales en los ferrocarriles de

propiedad mexicana, 1870-1908". En *Ferrocarriles y obras públicas*, coordinado por Sandra Kuntz Ficker y Priscilla Connolly, 39-70. México: Instituto Mora, 1999.

RINA SIMÓN, César. "Proyección exterior, hispanoamericanismo y regeneración nacional en la península Ibérica en el siglo XIX". *Historia Mexicana* LXVII, núm. 4 (2018): 1597-1631.

RIOJAS, Carlos. "América Latina entre narrativas influyentes y tiempos de historia global". *América Latina en la Historia Económica* 25, núm. 3 (2018): 7-39.

RÍOS SALOMA, Martín. "Conquista, ¿qué conquista? Notas para una revisión y crítica historiográfica". En *La disputa del pasado. España, México y la leyenda negra*, editado por Emilio Lamo de Espinosa, 33-58. México: Turner, 2021.

RODRIGUES, Joao. "Where to Draw the Line Between the State and Markets? Institutionalist Elements in Hayek's Neoliberal Political Economy", *Journal of Economic Issues* 46, núm. 4 (2012): 1007-1033.

ROEDER, Ralph. *Hacia el México moderno: Porfirio Díaz*. México: Fondo de Cultura Económica, 1973. [Dos volúmenes.]

ROLL, Eric. *Historia de las doctrinas económicas*. México: Fondo de Cultura Económica, 2020.

ROMERO SOTELO, María Eugenia. *Los orígenes del neoliberalismo en México. La Escuela Austriaca*. México: UNAM/Fondo de Cultura Económica, 2016.

ROSENZWEIG, Fernando. "El desarrollo económico de México de 1877 a 1911". *El Trimestre Económico* XXXII, núm. 127 (1965): 405-454.

ROSENZWEIG, Fernando. "El desarrollo económico de México de 1877 a 1911". *Secuencia* 12 (1988): 151-190.

ROSSI, Luis Alejandro. "El poder constituyente y el líder plebiscitario: formas de la Nación en la teoría política de Carl Schmitt", *Signos Filosóficos* VI, núm. 12 (2004): 117-146.

RUIZ MARTÍN, Felipe. "Prólogo". En *La historia y las ciencias sociales*, de Fernand Braudel, 7-17. México: Alianza Editorial Mexicana, 1989. SALAS-PORRAS, Alejandra. *La economía política neoliberal en México ¿Quién la diseñó y cómo lo hizo?* México: Akal FOCA, 2017.

SALMERÓN, Alicia. "Paul Garner: *Porfirio Díaz. Del héroe al dictador. Una biografía política*". *Revista Fuentes Humanísticas* 19, núm. 34 (2007): 171-177.

SALMERÓN, Alicia. "Partidos personalistas y de principios; de equilibrios y contrapesos. La idea de partido en Justo Sierra y Francisco Bulnes". En *Partidos, facciones y otras calamidades. Debates y propuestas acerca de los partidos políticos en México, siglo*

XIX, coordinado por Alfredo Ávila y Alicia Salmerón, 140-167. México: Conaculta/ Fondo de Cultura Económica/UNAM, 2012.
SALMERÓN, Alicia. "Prensa que juzga, que obliga… dos casos de violencia electoral en el México rural: Papalotla, 1902; Kanasín, 1905". En *Cuando las armas hablan, los impresos luchan, la exclusión agrede… Violencia electoral en México, 1812-1912*, editado por Fausta Gantús y Alicia Salmerón, 343-396. México: Instituto Mora, 2016. SALMERÓN, Luis Arturo. "Nemesio García Naranjo, cartografía urbana". *Relatos e historia de México*, abril de 2016. https://relatosehistorias.mx/nuestras-historias/nemesio-garcia-naranjo (consultado en febrero de 2020).
SÁNCHEZ RANGEL, Óscar. "Inversión extranjera y minería. La reactivación de la producción de plata en el Guanajuato porfiriano". En *Repensar el siglo XIX. Miradas historiográficas desde el siglo XX*, editado por María Luna Argudín y María José Rhi Sausi, 188-215. México: Secretaría de Cultura/Fondo de Cultura Económica/UAM, 2015.
SCARANO, Eduardo R. "Teoría a priori en economía: criterios para su evaluación". *Éndoxa. Series Filosóficas* 21 (2006): 375-394.
SCHMIDT, Henry C. "The Mexican Intellectual as Political Pundit, 1968-1976: The Case of Daniel Cosío Villegas". *Journal of Interamerican Studies and World Affairs* 24, núm. 1 (1982): 81-103.
SEMO, Enrique. "Francisco Pimentel, precursor del neoliberalismo". En *Don Porfirio presidente…, nunca omnipotente. Hallazgos, reflexiones y debates. 1876-1911*, editado por Raymond Buve y Romana Falcón, 473-494. México: Universidad Iberoamericana, 1998.
SEMO, Enrique. "Tres fines de siglo". En *Fin de siglos ¿fin de ciclos? 1810, 1910, 2010*, editado por Leticia Reina y Ricardo Pérez Montfort, 15-35. México: INAH/CIESAS/Siglo XXI, 2013.
SERRANO, José Antonio y Manuel Chust. *¡A las armas! Milicia cívica, revolución liberal y federalismo en México (1812-1846)*. Madrid: Marcial Pons, 2018.
SEVILLANO CALERO, Francisco. "El revisionismo historiográfico, sobre el pasado reciente en España". *Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea* 6 (2007): 183-190.
SILVA HERZOG, Jesús. *Breve historia de la Revolución mexicana. Los antecedentes y la etapa maderista*. México: Fondo de Cultura Económica, 2017.
SILVA HERZOG, Jesús. *El agrarismo mexicano y la reforma agraria. Exposición y crítica*. México: Fondo de Cultura Económica, 1964.
SILVA HERZOG, Jesús. *El pensamiento económico mexicano. El pensamiento económico, social y político de México. Obras 3*. México: El Colegio Nacional, 2007.

SOBERANES FERNÁNDEZ, José Luis. "El positivismo, paradigma del régimen porfirista". En *Porfirio Díaz y el Derecho. Balance crítico*, editado por Raúl Ávila Ortiz, Eduardo de Jesús Castellanos Hernández y María del Pilar Hernández, 33-50. México: Cámara de Diputados LXIII Legislatura/UNAM, Instituto de Investigaciones Jurídicas, 2015.

SOLORZA, Marcia y Moisés Cetré. "La teoría de la dependencia". *Revista Republicana*, núm. 10 (2011): 127-139.

STIGLITZ, Joseph E. *Caída libre. El libre mercado y el hundimiento de la economía mundial*. México: Penguin Random House, 2018.

STIGLITZ, Joseph E. *El precio de la desigualdad. El 1 por ciento de la población tiene lo que el 99 por ciento necesita*. México: Penguin Random House, 2018.

STIGLITZ, Joseph E. *La gran brecha*. México: Penguin Random House, 2015.

STOLCKE, Verena. "Gloria o maldición del individualismo moderno según Louis Dumont". *Revista de Antropología* 44, núm. 2 (2001): 7-37.

SYLVAN, David y Barry Glassner. *A Rationalist Methodology for the Social Sciences*. Southampton: Basil Blackwell, 1985.

TAIBO II, Paco Ignacio. "Introducción". En *El socialismo libertario mexicano (siglo XIX)*, de José C. Valadés, 7-15. México: Fundación Rosa Luxemburgo/Para leer en libertad, 2013.

TELLES, Edward y René Flores. "Not Just Color: Whiteness, Nation, and Status in Latin America". *Hispanic American Historical Review* 95, núm. 3 (2013): 411-449.

TELLO, Carlos, y Jorge Ibarra. *La revolución de los ricos*. México: Fondo de Cultura Económica, 2020.

TELLO DÍAZ, Carlos. *El exilio: un relato de familia*. México: Random House Mondadori, 2013.

TEMIN, Peter. "Economic History and Economic Development: New Economic History in Retrospect and Prospect". *NBER Working Paper Series*, Working Paper 20107 (2014), http://www.nber.org/papers/w20107

TENORIO TRILLO, Mauricio. *Artilugio de la nación moderna. México en las exposiciones universales, 1880-1930*. México: Fondo de Cultura Económica, 1998.

TENORIO TRILLO, Mauricio y Aurora Gómez-Galvarriato. *El Porfiriato*. México: Fondo de Cultura Económica/CIDE, 2006.

THOMPSON, E. P. *Costumbres en común*. Barcelona: Crítica, 1995.

THOMPSON, Guy P. C. y David G. LaFrance. *Patriotism, Politics, and Popular Liberalism in Nineteenth-Century Mexico. Juan Francisco Lucas and the Puebla Sierra*. Wilmington: Scholarly Resources, 2002.

THURNER, Mark. “Indios republicanos: acerca de la posibilidad conceptual de una historia republicana en las Américas”. En *Tradición y modernidad en la historia de la cultura política. España e Hispanoamérica, siglos XVI-XX*, editado por Ricardo Forte y Natalia Silva Prada, 159-193. México: Juan Pablos/UAM Iztapalapa.

THUROW, Lester. “Economics 1977”. *Daedalus* 106, núm. 4 (1977): 79-94.

TOPIK, Steven. “La revolución, el Estado y el desarrollo económico en México”. *Historia Mexicana* XL, núm. 1 (1990): 79-144.

TORRE VILLAR, Ernesto de la. “El historiador José C. Valadés”. *Revista de la Universidad de México*, octubre de 1976, https://www.revistadelauniversidad.mx/articles-files/ed2891ea-d463-41f5-abe1321faa97387d (consultado en noviembre de 2019).

TOVAR Y DE TERESA, Rafael. *El último brindis de don Porfirio*. México: Penguin Random House, 2016.

TRAVERSO, Enzo. *La historia como campo de batalla. Interpretar las violencias del siglo XX*. México: Fondo de Cultura Económica, 2017.

TRAVERSO, Enzo. “Revisión y revisionismo”, *Pasajes. Revista de Pensamiento Contemporáneo* 14 (2004): 69-74.

TREJO, Evelia. *La historiografía del siglo XX en México. Recuentos, perspectivas teóricas y reflexiones*. México: UNAM, 2015.

VALADÉS, Eduardo. “Un opositor silenciado con violencia”. https://www.noroeste.com.mx/especiales/memoriasdemazatlan/201601/27.php (consultado en junio de 2020).

VALADÉS, José C. “Confesiones políticas”. *Revista de la Universidad de México*, junio de 1969, https://www.revistadelauniversidad.mx/articles-files/4c9f16b0-55f1-4f7e-a1d1-a428ba17b02d (consultado en noviembre de 2019).

VALADÉS, José Cayetano. *El Porfirismo. Historia de un régimen*. México: Fondo de Cultura Económica, 2015.

VALADÉS, José Cayetano. *El socialismo libertario mexicano (siglo XIX)*. México: Fundación Rosa Luxemburgo/Para leer en libertad, 2013.

VANDERWOOD, Paul. *The Power of God Against the Guns of Government: Religious Upheaval in Mexico at the Turn of the Nineteenth Century*. Stanford: Stanford University Press, 1998.

VÁZQUEZ, Josefina Zoraida. “Cincuenta y tres años de las Memorias de la Academia Mexicana de la Historia”. *Historia Mexicana* L, núm. 200 (2001): 709-718.

VÁZQUEZ PARRA, Juan Carlos, Florina Arredondo Trapero y Adriana Ramírez Rocha. “La obsesión al trabajo. Una aproximación desde la impulsividad del sujeto de rendimiento”. *ACADEMO Revista de*

Investigación en Ciencias Sociales y Humanidades 4, núm. 1 (2017), https://revistacientifica.uamericana.edu.py/index.php/academo/article/view/62

VELASCO, Gustavo R. "El mayor peligro, el Estado". En *La espada y la pluma. Libertad y liberalismo en México. 1821-2005*, de José Antonio Aguilar Rivera, 886-898. México: Fondo de Cultura Económica, 2011.

VELASCO, Gustavo R. "Un programa para un partido liberal". En *La espada y la pluma. Libertad y liberalismo en México. 1821-2005*, de José Antonio Aguilar Rivera, 899-917. México: Fondo de Cultura Económica, 2011.

WALKER, Thomas C. "The Perils of Paradigm Mentalities: Revisiting Kuhn, Lakatos, and Popper". *Perspectives on Politics* 8, núm. 2 (2010): 433-451.

WEBER, Max. *Economía y sociedad. Esbozo de sociología comprensiva*. México: Fondo de Cultura Económica, 1998.

WEINER, Richard. "Antecedents to Daniel Cosío Villegas's Post-Revolutionary Ideology: Justo Sierra's Critique of Mexico's Legendary Wealth and Trinidad Sánchez Santos's Assault on Porfirian Progress". *Mexican Studies/Estudios Mexicanos* 30, núm. 1 (2014): 71-103.

WEYMANS, Wim. "Michel de Certeau and the Limits of Historical Representation". *History and Theory* 43, núm. 2 (2004): 161-178.

WHIPPLE, Pablo. *La gente decente de Lima y su resistencia al orden republicano: jerarquías sociales, prensa y sistema judicial durante el siglo XIX*. Lima y Santiago: Instituto de Estudios Peruanos/Centro de Investigaciones Diego Barros, 2013.

WOMACK, J. R., John. *Zapata and the Mexican Revolution*. Nueva York: Vintage Books, 1968.

WOMACK J., John. *Zapata y la Revolución mexicana*. México: SEP/Siglo XXI, 1985.

ZEA, Leopoldo. *El positivismo en México: nacimiento, apogeo y decadencia*. México: Fondo de Cultura Económica, 2014.

ZEITLER, Tomás Elías. "Cuarenta años de *La escritura de la Historia*. Reflexiones en torno a la operación historiográfica, de Michel de Certeau a Paul Ricoeur". *Historiografías* 9 (2015): 65-80.

ZERMEÑO, Guillermo. "Apropiación del pasado, escritura de la historia y construcción de la nación en México". En *La nación y su historia, independencias, relato historiográfico y debates sobre la nación. América Latina, siglo XIX*, editado por Guillermo Palacios, 81-112. México: El Colegio de México, 2009.

ZERMEÑO, Guillermo. *La cultura moderna de la historia. Una aproximación teórica e historiográfica*. México: El Colegio de México, 2002.

ZERMEÑO, Guillermo. "La historiografía en México: un balance (1940-2010)", *Historia Mexicana* LXII, núm. 4 (2013): 1695-1742.
ZERMEÑO, Guillermo. "Toribio Esquivel Obregón: del hombre público al privado: 'Memorias' a la sombra de la Revolución". *Secuencia* 21 (1991): 65-82.
ZERMEÑO, Guillermo. "Volver a Hayden White: algunas reflexiones". *Historia y Grafía* 28, núm. 55 (2020): 17-49.
ŽIŽEK, Slavoj. *Robespierre. Virtud y terror*. Madrid: Akal, 2016.
ŽIŽEK, Slavoj. *Sobre la violencia. Seis reflexiones marginales*. Buenos Aires: Paidós, 2009.

HEMEROGRAFÍA

ALLEN, John. "El Opus Dei desde dentro. Un intento de analizar con objetividad la institución fundada por Escrivá de Balaguer". *El País*, 30 abril de 2006. https://elpais.com/diario/2006/04/30/domingo/1146369161_850215.html (consultado el 18 de marzo de 2020).
BARRIL, Joan. "La primera persona del plural". *El Periódico*, 5 de mayo de 2014. www.elperiodico.com/es/opinion/20140504/la-primera-persona-del-plural-3265120 (consultado en enero de 2019).
BARRANCO, Bernardo. "Opus Dei. Pederastia y silencio de los medios". *La Jornada*, 8 de julio de 2020. https://www.jornada.com.mx/2020/07/08/opinion/018a1pol (consultado el 8 de julio de 2020).
"Catedrática alerta sobre embestida de la ultraderecha en la UNAM. El Opus Dei intenta consolidarse como grupo de poder en la institución educativa, señala". *La Jornada*, 14 de julio de 2003. https://www.jornada.com.mx/2003/07/14/009n1pol.php?origen=politica.php&fly= (consultado el 19 de marzo de 2020).
GARCÍA ARISTEGUI, David. "La larga sombra del Opus Dei sobre el CSIC". *Diario 16*, 13 de diciembre de 2016. https://diario16.com/la-larga-sombra-del-opus-dei-sobre-el-csic/ (consultado el 19 de marzo de 2020).
GAUNT, Jeremy. "'Thatcherismo', la ideología radical que se convirtió en norma global". *Reuters mundo*, 8 de abril 2013. https://www.reuters.com/article/internacional-gente-thatcherismo-idLTASIE93707B20130408 (consultado en abril 2021) SAMUELSON, Paul. "La economía mundial se oscurece". *El País*, 12 de julio de 1986. https://elpais.com/diario/1986/07/13/opinion/521589607_850215.html (consultado el 23 de julio de 2021).

VALADÉS, Eduardo. "Un opositor silenciado con violencia". *Noroeste*. https://www.noroeste.com.mx/especiales/memoriasdemazatlan/201601/27.php (consultado en junio de 2020).